

TAHEREH MAFI

DESTRÓZAME



se

Tocarme es letal
Tocarme es poder

Juliette no ha tocado a nadie desde hace exactamente 264 días. La última vez que lo hizo, ocurrió un accidente. Ahora está encerrada acusada de asesinato y vigilada por un gobierno dictatorial: el Restablecimiento.

Escapar es impensable hasta que Adam entra en la celda de Juliette. Su encuentro es la chispa que enciende una esperanza de libertad, pero Warner, el hijo del líder del gobierno, tiene otros planes para Juliette. Su obsesión por la joven alcanza límites insospechados, y por mucho que ella se esfuerce en odiarle, descubre que no es tan fácil. Juliette tendrá que decidir si convertirse en el arma de Warner o unirse a la revolución.



Tahereh Mafi

Destrózame

Destrózame - 1

ePub r1.2

Titivillus 02.09.18

Título original: *Shatter Me*
Tahereh Mafi, 2011
Traducción: Andrea Romero

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



A mis padres y a mi marido, porque cuando dije que
quería tocar la luna me disteis la mano,
me sujetasteis y me enseñasteis a volar.

*—Dos caminos se bifurcaban en un bosque, y yo...
tomé el menos transitado,
y esto marcó la diferencia.*

ROBERT FROST, EL CAMINO NO ELEGIDO

UNO

Llevo 264 días encerrada.

No tengo más que una libretita y un bolígrafo roto y los números que me acompañan en mi cabeza. 1 ventana. 4 paredes. 5 metros cuadrados de espacio. 26 letras de un alfabeto que no he utilizado en 264 días de aislamiento.

6336 horas desde que toqué a otro ser humano.

—Tendrás un ~~compañero de celda~~ compañero de habitación —me dijeron.

—~~Esperamos que te pudras aquí~~. Por buena conducta —me dijeron.

—~~Otro psicópata como tú~~. Se acabó el aislamiento —me dijeron.

Son los secuaces del Restablecimiento. La iniciativa que teóricamente iba a ayudar a nuestra sociedad moribunda. La misma gente que me sacó de casa de mis padres y me encerró en un psiquiátrico por alguna razón que escapa a mi control. A nadie le importa que no supiera de qué era capaz. Que no supiera qué hacía.

No tengo ni idea de dónde estoy.

Sólo sé que alguien que condujo 6 horas y 37 minutos me trajo en una furgoneta blanca hasta aquí. Sé que me maniataron al asiento. Que estaba atada a la silla. ~~Sé que mis padres ni siquiera se molestaron en decirme adiós~~. Que no lloré cuando me llevaban.

Sé que el cielo oscurece cada día.

El sol se hunde en el océano y salpica de colores marrones, rojos, amarillos y naranjas el mundo que hay fuera de mi ventana. Un millón de hojas de un centenar de ramas diferentes se sumergen en el viento, revoloteando con falsas promesas de alzar el vuelo. La ráfaga de viento

atraza sus alas marchitas para obligarlas a ir hacia abajo, olvidadas, destinadas a que los soldados que están justo debajo las pisoteen.

No hay tantos árboles como antes, dicen los científicos. Dicen que el mundo era verde. Que las nubes eran blancas. Que el sol siempre brillaba en su justa medida. Pero yo sólo tengo vagos recuerdos de ese mundo. No recuerdo demasiado sobre el pasado. La única existencia que conozco es la que me dieron. Un eco de lo que fue.

Presiono la palma contra el cristal y siento que el frío estrecha mi mano en un abrazo que me resulta familiar. Los dos estamos solos, ambos existimos como ausencia de otra cosa.

Cojo mi bolígrafo casi gastado con la poca tinta que he aprendido a racionar a diario y lo miro fijamente. Cambio de idea. Abandono el esfuerzo que supone escribir. Tener un compañero de celda puede estar bien. Hablar con un ser humano real puede facilitar las cosas. Practico con mi voz, dando forma con mis labios a palabras conocidas que resultan desconocidas para mi boca. Practico durante todo el día.

Me sorprendo al recordar cómo se habla.

Enrollo mi libretita y la meto dentro de la pared. Me incorporo en los muelles cubiertos de tela en los que me obligan a dormir. Espero. Me balanceo y espero.

Espero demasiado y me quedo dormida.

Mis ojos se abren y se encuentran con dos ojos dos labios dos orejas dos cejas.

Ahogo un grito, la necesidad de soltar el terror paralizante que inmoviliza mis miembros.

—Eres un ch...

—Y tú una chica. —Levanta una ceja. Se aparta para ver mi cara. Hace una mueca pero no sonríe y yo quiero llorar. Mis ojos, desesperados, aterrorizados, se lanzan hacia la puerta que he intentado abrir tantas veces que ya he perdido la cuenta. Me han encerrado con un chico. Un chico.

Dios mío.

Quieren matarme.

Lo han hecho a propósito.

Para torturarme, para atormentarme, para que no vuelva a dormir por la noche, nunca más. Tiene los brazos tatuados, desde el hombro hasta el codo. En la ceja le falta un pendiente que deben de haberle confiscado. Ojos azul oscuro pelo castaño oscuro mandíbula angulosa complexión fuerte y esbelta. ~~Maravilloso~~. Peligroso. Temible. Horrible.

Se ríe y me caigo de la cama y me escabullo hacia la esquina.

Sopesa la exigua almohada de la cama libre que esta mañana han metido atropelladamente en una zona vacía; el ligero colchón y la manta harapienta cuyo tamaño apenas cubriría su mitad superior. Echa un vistazo a mi cama. Echa un vistazo a la suya.

Las junta de un empujón con una mano. Empuja con el pie las dos estructuras metálicas hacia su trozo de habitación. Se estira en los dos colchones y agarra mi almohada para ahuecarla bajo el cuello. Empiezo a temblar.

Me muerdo el labio y trato de esconderme en la oscura esquina.

Me ha robado la cama la manta la almohada.

Sólo me queda el suelo.

Sólo me quedará el suelo.

Nunca contraatacaré porque estoy demasiado petrificada paralizada paranoica.

—Entonces tú... ¿qué? ¿Estás loca? ¿Por eso estás aquí?

~~No estoy loca.~~

Se incorpora lo justo para verme. Se ríe otra vez.

—No voy a hacerte daño.

~~Me gustaría creerle.~~ No le creo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

~~:Qué más te da! ¿Cómo te llamas?~~

Oigo su irritante exhalación cuando respira. Lo oigo revolverse en la cama que había sido medio mía. Me quedo despierta toda la noche. Acurrucó las rodillas bajo la barbilla, envuelvo los brazos firmemente alrededor de mi cuerpo; mi pelo castaño es la única cortina que nos separa.

No voy a dormir.

No puedo dormir.

No puedo oír esos gritos otra vez.

DOS

Huele a lluvia matutina.

El ambiente está cargado por el olor a piedra mojada, del suelo revuelto; el aire huele a humedad y a tierra. Respiro profundamente y voy de puntillas hacia la ventana para apretar la nariz contra la superficie fría. Noto que mi aliento empaña el cristal. Cierro los ojos para oír el suave sonido de la lluvia a través del viento. Las gotas de lluvia son lo único que me recuerda que el corazón de las nubes late. Y el mío también.

Siempre me pregunto por las gotas de lluvia.

Me pregunto por qué siempre caen, tropezando con sus propios pies, rompiéndose las piernas y olvidándose los paracaídas al caer directamente desde el cielo hacia un final incierto. Es como si alguien vaciara sus bolsillos sobre la tierra y pareciera no importarle dónde cae el contenido, pareciera no importarle que las gotas estallen cuando golpean el suelo, que se hagan añicos al topar con el suelo, que la gente maldiga los días en que las gotas se atreven a llamar a sus puertas.

Soy una gota de lluvia.

~~Mis padres me vaciaron de sus bolsillos y dejaron que me evaporara sobre una losa de hormigón.~~

La ventana me cuenta que no estamos lejos de las montañas y que sin duda estamos cerca del agua, aunque hoy en día todo está cerca del agua. Lo que no sé es de qué lado estamos. Hacia qué dirección miramos. Entorno los ojos hacia la luz matutina. Alguien ha recogido el sol y lo ha vuelto a clavar con alfileres en el cielo, pero cada día cuelga un poco más abajo que el anterior. Es como un padre descuidado que sólo conoce la mitad de lo

que eres. Nunca se da cuenta de cómo su ausencia cambia a las personas. Lo diferentes que somos en la oscuridad.

Un crujido repentino indica que mi compañero de celda está despierto.

Me doy la vuelta como si me hubieran vuelto a pillar robando comida. Sólo ocurrió una vez y mis padres no me creyeron cuando les dije que no era para mí. Les dije que sólo estaba tratando de salvar a los gatos callejeros que vivían a la vuelta de la esquina, pero no pensaban que fuera tan humana como para preocuparme por un gato. Yo no. Ni ~~algo~~ alguien como yo. Nunca creían nada de lo que decía. Ése es exactamente el motivo por el que estoy aquí.

Mi compañero de celda me está analizando.

Ha dormido completamente vestido. Lleva una camiseta azul marino y unos pantalones de color caqui metidos en unas botas negras de media caña.

Yo llevo algodón muerto en las extremidades y rubor de rosas en el rostro.

Sus ojos examinan la silueta de mi cuerpo a cámara lenta y eso hace que el corazón se me acelere. Recojo los pétalos de rosa a medida que caen de mis mejillas, mientras flotan alrededor de mi cuerpo, y me cubren con algo que parece falta de coraje.

Deja de mirarme, quiero decirle.

Deja de tocarme con la mirada y mantén tus manos a los lados y por favor por favor por favor...

—¿Cómo te llamas? —La inclinación de su cabeza parte en dos la gravedad.

Estoy suspendida en el momento. Parpadeo y me obligo a contener mi respiración agitada.

Se mueve y mis ojos se rompen en miles de pedazos que rebotan por la habitación, capturando un millón de instantáneas; un millón de momentos a la vez. Imágenes parpadeantes que desaparecen con el tiempo, pensamientos congelados que flotan precariamente en el espacio muerto, un torbellino de recuerdos que me parten el alma. ~~Me recuerda a alguien conocido.~~

Una bocanada de aire y vuelvo a la realidad.

~~Se acabó el soñar despierta.~~

—¿Por qué estás aquí? —pregunto a las grietas del muro de hormigón. 14 grietas en 4 muros, mil tonalidades de gris. El suelo, el techo: todo un mismo bloque de piedra. Las estructuras de la cama patéticamente construidas: hechas de antiguas tuberías de agua. El pequeño rectángulo de la ventana: demasiado grueso para hacerse añicos. Mi esperanza se ha agotado. Mis ojos están desenfocados y me duelen. Trazo con el dedo un camino lento en el frío suelo.

Estoy sentada en un suelo que huele a hielo metal y suciedad. Mi compañero de celda se sienta sobre sus piernas dobladas, frente a mí, con unas botas demasiado brillantes para este lugar.

—Me tienes miedo. —Su voz no tiene forma.

Mis dedos se encuentran con un puño.

—Creo que te equivocas.

Quizás estoy mintiendo, pero no es asunto suyo.

Resopla y el sonido hace eco en el aire mortecino que nos separa. No levanto la cabeza. No me enfrento a los ojos que me perforan. Pruebo el rancio y agotado oxígeno y suspiro. Mi garganta está atada a algo que me resulta familiar, algo que he aprendido a tragar.

Dos golpes en la puerta devuelven mis emociones a su lugar.

Él se levanta de golpe.

—No hay nadie —le aviso—. Sólo es el desayuno.

264 desayunos y aún no sé de qué están hechos. Huele a productos químicos; una masa amorfa que siempre sirven al extremo: a veces es demasiado dulce, a veces demasiado salada, siempre asquerosa. La mayoría de las veces estoy tan muerta de hambre que no noto la diferencia.

Lo oigo dudar sólo un instante antes de dirigirse hacia la puerta. Mantiene abierta una pequeña ranura y observa un mundo que ya no existe.

—¡Mierda! —Casi tira la bandeja por la abertura, deteniéndose sólo para golpear la palma de su mano contra la camisa—. ¡Mierda, mierda! —Enrosca los dedos en un tenso puño y aprieta la mandíbula. Se ha quemado la mano. Le habría prevenido si me hubiera escuchado.

—Tienes que esperar como mínimo tres minutos antes de tocar la bandeja —le digo al muro. No miro las borrosas cicatrices que adornan mis

pequeñas manos, marcas de quemaduras que nadie pudo enseñarme a evitar —. Creo que lo hacen a propósito —añado tranquilamente.

—¿Así que hoy me hablas? —Está enfadado. Parpadea antes de mirar hacia otro lado y me doy cuenta de que está más avergonzado que otra cosa. Es un tipo duro. Demasiado duro como para cometer errores estúpidos delante de una chica. Demasiado duro para mostrar dolor.

Aprieto los labios y miro por el pequeño rectángulo de cristal al que llaman ventana. No quedan demasiados animales, pero hay historias sobre pájaros que vuelan. Quizás algún día consiga ver alguno. Hoy en día las historias se entretelen de forma tan descontrolada que no hay mucho en lo que creer, pero he oído a más de una persona decir que ha visto un pájaro volar en los últimos años. Así que miro por la ventana.

Hoy vendrá un pájaro. Será blanco con manchas doradas como si llevara una corona en la cabeza. Volará. Hoy vendrá un pájaro. Será blanco con manchas doradas como si llevara una corona en la cabeza. Volará. Hoy vendrá un...

Su mano.

Sobre mí.

Dos dedos

dos yemas rozan mi hombro cubierto de tela durante menos de un segundo y cada músculo, cada tendón de mi cuerpo está cargado de tensión y atado a nudos que envaran mi columna. Me quedo muy quieta. No me muevo. No respiro. Quizás, si no me muevo más, este sentimiento dure para siempre.

~~Nadie me ha tocado en 264 días.~~

A veces pienso que la soledad que llevo dentro va a estallar a través de mi piel y a veces no estoy segura de si llorar, gritar o reír de histeria va a solucionar algo. En ocasiones estoy tan desesperada por tocar o que me toquen, por sentir, que casi estoy segura de que caeré por un precipicio en un universo paralelo donde nadie podrá encontrarme jamás.

No me parece imposible.

He gritado durante años y nadie me ha oido nunca.

—¿No tienes hambre? —Su voz es más baja ahora, parece un poco preocupado.

~~Llevo 264 días muerta de hambre.~~

—No. —La palabra es algo más que un suspiro entrecortado ya que se escapa de mis labios y me doy la vuelta, y no debería pero lo hago y él me está mirando. Analizándome. Sus labios apenas están entreabiertos, sus piernas temblando, sus pestañas parpadean confusas.

Algo me golpea en el estómago.

Sus ojos. Algo en sus ojos.

~~No es él no es no es no es él.~~

Cierro la puerta y dejo el mundo fuera. Lo encierro. Aprieto la llave firmemente.

La oscuridad me entierra en sus pliegues.

—Eh...

Abro los ojos de golpe. Dos ventanas destrozadas que me llenan la boca de cristal.

—¿Qué es esto? —Su voz es un intento fallido de monotonía, un intento ansioso de apatía.

Nada.

Me concentro en el cuadrado transparente que me separa de mi libertad. Quiero destrozar este mundo de hormigón y que no quede ni el recuerdo. Quiero ser más grande, mejor, más fuerte.

~~Quiero estar~~ enfadada, enfadada, enfadada.

Quiero ser el pájaro que echa a volar.

—¿Qué escribes? —Mi compañero de celda vuelve a hablar.

~~Estas palabras son vómito.~~

~~Este bolígrafo tembloroso es mi esófago.~~

~~Esta hoja de papel es mi bol de porcelana.~~

—¿Por qué no me respondes? —Está demasiado cerca demasiado cerca demasiado cerca.

Nadie está lo bastante cerca.

Trago saliva y espero a que se aleje de mi vida, como han hecho todos. Fijo la mirada en la ventana y en la promesa de lo que podría ser. La promesa de algo mayor, mejor, alguna razón para la locura que se erige en mis huesos, algo que explique mi incapacidad de hacer algo sin estropearlo

todo. Vendrá un pájaro. Será blanco con manchas doradas como una corona en la cabeza. Volará. Vendrá un pájaro. Será...

—Eh...

—No puedes tocarme —murmuro. Miento, es lo que no le digo. Puede tocarme, es lo que nunca le diré. Por favor, tócame, es lo que quiero decirle. Pero cuando la gente me toca pasan cosas. Cosas extrañas. Cosas malas. Cosas muertas.

No consigo recordar la calidez de ningún abrazo. Mis brazos adolecen por el ineludible hielo del aislamiento. Mi propia madre no pudo ni sostenerme en brazos. Mi padre no pudo calentar mis manos congeladas. Vivo en un mundo vacío.

Hola.

Mundo.

Me olvidarás.

Toc, toc.

Mi compañero de celda se pone de pie.

Es hora de ducharse.

TRES

La puerta se abre hacia un abismo.

No hay color, ni luz, ni promesa alguna excepto horror al otro lado. No hay palabras. Ni dirección. Sólo una puerta abierta que siempre significa lo mismo.

El compañero de celda tiene preguntas.

—¿Qué? —Me mira y después mira hacia el espejismo de la salida—.
¿Nos dejan salir?

~~Nunca nos dejarán salir.~~

—Es hora de ducharse.

—¿Ducharse? —Su voz pierde entonación pero aún le tienta la curiosidad.

—No tenemos mucho tiempo —le digo—. Hay que darse prisa.

—Espera, ¿qué? —Llega a mi brazo pero me aparto—. Pero no hay luz... ni siquiera vemos adónde vamos...

—Rápido. —Fijo la vista en el suelo—. Agarra el borde de mi camisa.

—¿Cómo?

A lo lejos suena una alarma. Un zumbido de murmullos se acerca por momentos. Al poco rato toda la celda vibra ante el aviso y la puerta se va deslizando hacia su posición. Agarro su camisa y lo dirijo a mi lado en la oscuridad.

—No. Degas. Nada.

—Pe...

—*Nada* —le siseo.

Tiro de su camisa y le ordeno que me siga mientras adivino mi camino en el laberinto del manicomio. ~~Es un hogar, un centro para jóvenes con~~

~~problemas, para niños abandonados de familias desestructuradas, un hogar seguro para los perturbados mentales.~~ Es una cárcel. No nos dan comida y nuestros ojos nunca ven a los demás excepto cuando los escasos destellos de luz se deslizan a través de las grietas de cristal que hacen pasar por ventanas. Gritos y sollozos, lamentos y gemidos tormentosos perforan la noche, sonidos de carne y huesos que se rompen por la fuerza o por voluntad, nunca lo sabré. Pasé mis tres primeros meses acompañada de mi propio hedor. Nadie me explicó dónde estaban los baños ni las duchas. Nadie me explicó cómo funcionaba el sistema. Nadie habla contigo excepto para darte malas noticias. Nadie te toca jamás. Chicos y chicas nunca se encuentran.

Nunca, excepto ayer.

No puede ser pura coincidencia.

Mis ojos empiezan a readaptarse al manto artificial de la noche. Mis dedos palpan el camino a través de los ásperos pasillos, y mi compañero de celda no dice nada. Casi me siento orgullosa de él. Es más o menos un palmo más alto que yo, su cuerpo es duro y sólido, con la musculatura y la fuerza propias de alguien de mi edad. El mundo todavía no lo ha destruido. Libertad en la ignorancia.

—Qu...

Tiro de su camisa un poco más fuerte para que deje de hablar. Aún no hemos terminado de recorrer los pasillos. Me siento curiosamente protectora hacia él, alguien que probablemente podría destrozarme con dos dedos. No se da cuenta de que su ignorancia lo hace vulnerable. No se da cuenta de que pueden matarlo sin motivo alguno.

He decidido no tenerle miedo. He decidido que sus acciones son más inmaduras que amenazadoras. ~~Me resulta muy familiar muy familiar muy familiar.~~ Una vez conocí a un chico con los mismos ojos azules y mis recuerdos no me dejan odiarlo.

Quizás me gustaría tener un amigo.

Dos metros más y la pared pasa de áspera a suave, y entonces torcemos a la derecha. Medio metro más de espacio vacío hasta que lleguemos a una

puerta de madera con un pomo roto y un puñado de astillas. Tres latidos del corazón para asegurarme de que estamos solos. Un paso adelante para llegar al borde de la puerta interior. Un suave crujido y la abertura se ensancha para no revelar más que lo que imagino que será este espacio.

—Por aquí —susurro.

Tiro de él hacia la hilera de duchas y rebusco por el suelo pedazos de jabón atrapados en el desagüe. Encuentro dos trozos, uno el doble de grande que el otro.

—Abre la mano —le digo a la oscuridad—. Es viscoso. Pero no lo dejes caer. No hay mucho jabón y hoy hemos tenido suerte.

Se queda callado unos segundos y empiezo a preocuparme.

—¿Sigues ahí? —Me pregunto si ésta era la trampa. Si éste era el plan. Si quizás lo mandaron para matarme bajo el amparo de la oscuridad en este pequeño espacio. En realidad nunca supe qué iban a hacer conmigo en el manicomio, nunca supe si creyeron que encerrarme sería suficiente, pero siempre he pensado que quizás me matarían. Siempre lo creí factible.

No puedo decir que no lo mereciera.

Pero estoy aquí por algo que nunca quise hacer y a nadie parece importarle que fuera un accidente.

~~Mis padres nunca intentaron ayudarme.~~

No oigo que ninguna ducha funcione y mi corazón se detiene. Esta habitación en concreto casi nunca se llena, pero normalmente hay más gente, aunque sean uno o dos. He llegado a la conclusión de que los residentes del manicomio, o están locos de verdad y no pueden encontrar el camino hacia las duchas, o simplemente no les importa.

Trago saliva.

—¿Cómo te llamas? —Su voz quiebra el aire y mi conciencia en un solo movimiento. Noto que respira mucho más cerca que antes. Mi corazón se acelera y no sé por qué pero no puedo controlarlo—. ¿Por qué no me dices cómo te llamas?

—¿Tienes la mano abierta? —le pregunto, con la boca seca y la voz ronca.

Se mueve hacia delante lentamente y me da miedo incluso respirar. Roza con los dedos la tela almidonada de la única ropa que poseo y trato de

respirar. Mientras no toque mi piel. Que no toque mi piel. Que no me toque. Ése es el secreto.

He lavado tantas veces mi fina camiseta en el agua dura de este edificio que parece un saco de arpillería sobre mi piel. Dejo caer el pedazo más grande de jabón sobre su mano y tiro hacia atrás de puntillas.

—Voy a abrir la ducha —le explico prudentemente, ansiosa por no levantar la voz para que otros no puedan escucharme.

—¿Qué hago con la ropa? —Su cuerpo sigue demasiado cerca del mío.

Parpadeo mil veces en la oscuridad.

—Te la tienes que quitar.

Se ríe como si se lo estuviera pasando bien.

—No, ya. Quiero decir, ¿qué hago con la ropa mientras me ducho?

—Intenta que no se moje.

Respira profundamente.

—¿Cuánto rato tenemos?

—Dos minutos.

—¡Dios! ¿Por qué no me dijiste que...?

Enciendo su ducha al mismo tiempo que la mía y sus quejas se ahogan bajo los orificios rotos de grifos que apenas funcionan.

Mis movimientos son mecánicos. Lo he hecho tantas veces que ya sé las formas más eficientes de lavar, enjuagar y racionar el jabón para el cuerpo y el pelo. No hay toallas, así que el truco está en no mojarse demasiado ninguna parte del cuerpo. Si lo haces nunca te secarás debidamente y te pasarás la siguiente semana casi muriéndote de neumonía. Lo sé muy bien.

En exactamente 90 segundos ya me he escurrido el pelo y vuelvo a ponerme la ropa harapienta. Mis zapatillas de tenis son lo único que tengo que se conserva en bastante buen estado. No andamos demasiado por aquí.

Mi compañero de celda me imita casi de forma inmediata. Me gusta que aprenda rápido.

—Agárrate al borde de mi camisa —le ordeno—. Tenemos que darnos prisa.

Sus dedos rozan la parte baja de mi espalda durante un largo momento y tengo que morderme el labio para sofocar la intensidad. Casi me quedo inmóvil. Nadie pone nunca sus manos cerca de mi cuerpo.

Me muevo deprisa hacia delante para que sus dedos se alejen. Tropieza para alcanzarme.

Cuando ya por fin estamos atrapados entre las cuatro paredes familiares y claustrofóbicas, el compañero de celda no deja de mirarme.

Me siento hecha un ovillo en una esquina. Aún tiene mi cama, mi manta, mi almohada. Lo perdono por su ignorancia, pero quizás aún es demasiado pronto para que seamos amigos. Quizás me he precipitado al ayudarle. Quizás sólo está aquí para que me sienta triste. Pero si no entro en calor me pondré enferma. Tengo el pelo demasiado mojado y la manta con la que normalmente lo envuelvo sigue en su lado de la habitación. Quizás aún le tengo miedo.

Respiro demasiado bruscamente, miro rápidamente la tenue luz del día. Mi compañero de celda me cubre los hombros con dos mantas.

Una mía.

Una suya.

—Siento ser tan gilipollas —le susurra a la pared. No me toca y estoy ~~decepcionada~~ contenta de que no lo haga. ~~Ojalá lo hubiera hecho.~~ No debería. Nadie debería tocarme.

—Soy Adam —me dice lentamente. Se aleja de mí hasta dejar la habitación despejada. Empuja la estructura de mi cama con una mano hacia mi lado de la habitación.

Adam.

¡Qué nombre tan bonito! Mi compañero de celda tiene un nombre bonito.

Es un nombre que siempre me ha gustado pero no recuerdo por qué.

No pierdo ni un segundo y me subo al colchón, que tiene los muelles apenas ocultos, y estoy tan cansada que casi no noto las espirales metálicas que amenazan con perforarme la piel. Hace más de 24 horas que no duermo. *Adam es un nombre bonito* es lo único en que puedo pensar antes de que el agotamiento me paralice el cuerpo.

CUATRO

El horror hace que abra los ojos violentamente.

Tengo el cuerpo empapado en sudor frío, y mi cerebro nada en inolvidables olas de dolor. Mis ojos se asientan en círculos de negrura que se disuelven en la oscuridad. No sé cuánto rato he dormido. No sé si he

asustado a mi compañero de celda con mis sueños. A veces grito en voz alta.

Adam me está mirando fijamente.

Respiro con dificultad y me las arreglo para ponerme en pie. Me envuelvo más con las mantas sólo para darme cuenta de que le he robado su única forma de conservar el calor. No se me había ocurrido que tal vez tenía tanto frío como yo. Estoy tiritando pero su cuerpo parece inquebrantable en la noche, la forma de su silueta firme contra el fondo negro. ~~No sé qué decir~~. No hay nada que decir.

—Aquí nunca dejan de gritar, ¿no?

~~Los gritos son sólo el principio.~~

—No —murmuro casi en silencio. Me sonrojo levemente y me alegra que sea demasiado oscuro como para que se dé cuenta. Seguro que ha oído mis gritos.

A veces desearía no tener que dormir. A veces pienso que si me quedo muy, muy quieta, si no me muevo en absoluto, todo cambiará. Pienso que si puedo congelarme podré congelar mi dolor. A veces no me muevo durante horas. No me muevo ni un centímetro.

Si el tiempo se detiene nada puede ir mal.

—¿Estás bien? —La voz de Adam suena preocupada. Analizo sus puños cerrados a los lados, su ceño fruncido, la tensión de su mandíbula. La persona que me robó la cama y la manta es la misma que se quedó sin ellas esta noche. Tan arrogante y despreocupado hace pocas horas, tan cuidadoso y callado ahora. Me asusta que este sitio lo haya destrozado tan rápido. Me pregunto qué ha oído mientras dormía.

Me gustaría poder ahorrarle el sufrimiento.

Algo se hace pedazos; se oye un lamento tormentoso en la distancia. Las habitaciones están enterradas en hormigón, las paredes son más gruesas que los suelos y techos juntos para evitar que los sonidos huyan. Si se distingue el ruido de la agonía, es que debe ser insopportable. Todas las noches hay sonidos que no se oyen. Todas las noches me pregunto si seré la siguiente.

—Tú no estás loca.

Levanto la mirada. Tiene la cabeza ladeada, los ojos fijos y cristalinos a pesar de la oscuridad que nos envuelve. Respira profundamente.

—Pensaba que todos estabais locos aquí —prosigue—. Pensaba que me habían encerrado con una psicópata.

Tomo una gran bocanada de oxígeno.

—Es gracioso. Yo también.

1

2

3 segundos.

Esboza una sonrisa tan amplia, tan divertida, tan refrescante y sincera que es como el estallido de un trueno en mi cuerpo. Algo me pincha los ojos y me rompe las rodillas. No he visto una sonrisa en 265 días.

Adam está de pie.

Le ofrezco su manta.

Sólo la toma para envolverla más firmemente alrededor de mi cuerpo y de repente algo constriñe mi pecho. Mis pulmones están ensartados y perforados y justo cuando decido no moverme durante una eternidad él habla.

—¿Qué pasa?

~~Mis padres dejaron de tocarme cuando empecé a gatear. He hecho llorar a compañeros de clase sólo con darles la mano. Los profesores me hacían estudiar sola para que no hiciera daño a los demás niños. Nunca he tenido un amigo. Nunca he conocido el abrazo de una madre. Nunca he sentido la ternura del beso de un padre. No estoy loca.~~

—Nada.

Cinco segundos más.

—¿Puedo sentarme a tu lado?

~~Sería maravilloso.~~

—No. —Vuelvo a mirar fijamente hacia la pared.

Tensa y relaja la mandíbula. Se pasa una mano por el pelo y entonces me doy cuenta de que no lleva camiseta. Esta habitación es tan oscura que sólo puedo percibir las curvas y el contorno de su silueta; la luna sólo tiene una pequeña ventana para iluminar la estancia pero observo cómo los músculos de sus brazos se contraen con cada movimiento y de repente estoy

ardiendo. Las llamas lamen mi piel y una explosión de calor me araña el estómago. Cada centímetro de su cuerpo está repleto de poder, todas las superficies están iluminadas de alguna forma en la oscuridad. No he visto nada como él en diecisiete años. Nunca he hablado con un chico de mi edad en diecisiete años. ~~Porque soy un monstruo.~~

Cierro los ojos hasta coserlos.

Oigo el crujido de su cama, el gemido de los muelles al sentarse. Descoso mis ojos y examino el suelo.

—Debes estar helándote.

—No. —Un suspiro fuerte—. En realidad estoy ardiendo.

Me pongo de pie tan rápido que las mantas se caen al suelo.

—¿Estás enfermo? —Mis ojos escanean su rostro en busca de signos de fiebre pero no me atrevo a acercarme ni un centímetro—. ¿Estás mareado? ¿Te duelen las articulaciones? —Trato de recordar mis propios síntomas. Mi cuerpo me encadenó a la cama durante una semana. Sólo podía gatear hacia la puerta y caer de brúces sobre la comida. No sé cómo logré sobrevivir.

—¿Cómo te llamas?

Ya me ha preguntado lo mismo tres veces.

—Quizás te has puesto enfermo. —Es lo único que consigo decirle.

—No estoy enfermo. Sólo tengo calor. No suelo dormir con ropa.

En mi estómago se encienden mariposas. Una inexplicable humillación me abrasa la carne. No sé hacia dónde mirar.

Respira profundamente.

—Ayer me comporté como un capullo. Te traté como una mierda y lo siento. No debería haberlo hecho.

Me atrevo a mirarlo a los ojos.

Tiene los ojos del tono perfecto del cobalto, azules como un moratón que florece, cristalinos, profundos y decididos. Tiene la mandíbula marcada y los rasgos tallados en una expresión cuidada. Lleva toda la noche pensando en eso.

—Vale.

—¿Entonces por qué no me dices cómo te llamas? —Se inclina hacia delante y me quedo helada.

Me descongelo.

Me derrito.

—Juliette —murmuro—. Me llamo Juliette.

Suaviza los labios con una sonrisa que parte en dos mi columna vertebral. Repite mi nombre como si le divirtiera. Como si le entretuviera. Le deleitara.

~~En diecisiete años nadie ha pronunciado así mi nombre.~~

CINCO

No sé cuándo empezó.

No sé por qué empezó.

No sé nada sobre nada excepto los gritos.

Los gritos de mi madre al darse cuenta de que no podía tocarme más.

Los gritos de mi padre al darse cuenta de lo que le había hecho a mi madre.

Los gritos de mis padres al encerrarme en mi habitación y decirme que debería estarles agradecida. Por la comida. Por el trato humano a esa cosa que no podía ser su hija. Por la regla que usaban para medir la distancia que necesitaba para mantenerme alejada.

Arruiné sus vidas, es lo que me dijeron.

Les robé la felicidad. Destruí la esperanza de mi madre de volver a tener un hijo.

Me preguntaron si no me daba cuenta de lo que había hecho. Si no veía que lo había echado todo a perder.

Me esforcé por arreglar lo que había echado a perder. Cada día intenté ser lo que ellos querían que fuera. Siempre luchaba por ser mejor pero nunca supe exactamente cómo.

Ahora sólo sé que los científicos están equivocados.

El mundo es plano.

Lo sé porque me empujaron por el borde y he tratado de aguantar durante diecisiete años. Llevo diecisiete años intentando volver a subir, pero es casi imposible vencer la gravedad si nadie está dispuesto a echarte una mano.

Si nadie quiere arriesgarse a tocarte.

Hoy nieva.

El hormigón está helado y más rígido de lo habitual, pero prefiero estas temperaturas gélidas a la asfixiante humedad de los días de verano. El verano es como una olla de cocción lenta y hace que todas las cosas del mundo hiervan a la vez. Te promete un millón de adjetivos alegres para acabar cubriéndote con el hedor y las aguas residuales hasta la nariz a la hora de cenar. Odio el calor y la masa pegajosa y sudorosa que provoca. Odio el hastío apático de un sol que está demasiado preocupado por sí mismo como para darse cuenta de la infinidad de horas que pasamos ante su presencia. El sol es arrogante, siempre deja atrás el mundo cuando se cansa de nosotros.

La luna es una compañera fiel.

Nunca se va. Siempre está ahí, observando, inalterable; nos conoce en nuestros momentos de luz y oscuridad, cambia para siempre igual que nosotros. Cada día ofrece una versión distinta de sí misma. A veces es débil y pálida, a veces llena y radiante. La luna entiende qué significa ser humano.

Incierta. Sola. Llena de cráteres debido a sus imperfecciones.

Miro por la ventana durante tanto rato que me olvido de mí misma. Extiendo la mano para agarrar un copo de nieve y cierro el puño en el aire helado. Vacío.

Me gustaría atravesar el puño que tengo pegado a la muñeca por la ventana.

Para sentir algo.

Para sentirme humana.

—¿Qué hora es?

Mis ojos parpadean, alterados por un momento. Su voz me devuelve a un mundo que siempre trato de olvidar.

—No lo sé —digo. No tengo la menor idea de qué hora es. No sé qué día de la semana es, en qué mes estamos, ni siquiera en qué estación se

supone que estamos.

En realidad, ya no tenemos estaciones.

Los animales se están muriendo, los pájaros no vuelan, las cosechas son difíciles de lograr, las flores casi ni existen. No puedes confiar en el tiempo. A veces, durante los días de invierno, llegamos a más de 33 grados. Otras nieva sin razón alguna. Ya no podemos cultivar comida suficiente, ya no podemos mantener la vegetación necesaria para los animales, y no podemos darle a la gente el alimento que necesita. La población se moría a un ritmo alarmante antes de que el Restablecimiento tomara las riendas y nos prometiera una solución. Los animales estaban tan desesperados por conseguir comida que estaban dispuestos a comer cualquier cosa, y la gente estaba tan desesperada por conseguir comida que estaba dispuesta a comer animales envenenados. Nos estábamos matando, tratando de mantenernos con vida. El tiempo, las plantas, los animales y la supervivencia de los humanos están íntimamente ligados. Los elementos naturales estaban en guerra entre ellos porque abusamos del ecosistema. Abusamos de la atmósfera. Abusamos de los animales. Abusamos del prójimo.

El Restablecimiento nos prometió que arreglaría las cosas. Pero a pesar de que la salud de las personas haya mejorado un poco con el nuevo régimen, hay más gente que ha muerto a punta de pistola que por tener el estómago vacío. Cada vez va a peor.

—¿Juliette?

Levanto la vista.

Me inspecciona con una mirada cautelosa e inquieta.

Aparto la vista.

Se aclara la garganta.

—¿Así que sólo nos dan de comer una vez al día?

La pregunta dirige la mirada de ambos hacia la pequeña ranura de la puerta.

Hundo las rodillas en mi pecho y mantengo el equilibrio de mis huesos sobre el colchón. Si me quedo muy, muy quieta, casi puedo ignorar el metal que se clava en mi piel.

—No hay régimen de comidas —le digo. Trazo un nuevo camino con el dedo en la áspera tela de la manta—. Normalmente nos dan algo por la

mañana, pero no hay garantía de nada más. A veces... hay suerte. —Dirijo la vista hacia el cristal perforado en la pared. Colores rosados y rojizos se filtran en la habitación y sé que es el principio de un nuevo comienzo. El principio del mismo final. Un día más.

Quizás hoy muera.

Quizás hoy vuela un pájaro.

—¿Y eso es todo? ¿Abren la puerta una vez al día para que la gente haga sus cosas y quizás si tenemos *suerte* nos dan de comer? ¿Eso es todo?

El pájaro será blanco con manchas doradas como una corona en la cabeza. Volará.

—Eso es todo.

—¿No hay... terapia de grupo? —Casi se echa a reír.

—Hasta que llegaste, no había dicho ni una sola palabra en 264 días.

Su silencio dice mucho. Casi puedo estirar el brazo y tocar la culpa que crece sobre sus hombros.

—¿Hasta cuándo estarás aquí? —me pregunta finalmente.

Para siempre.

—No lo sé. —Un sonido metálico cruje/gime/maniobra en la distancia. Mi vida son cuatro paredes de oportunidades perdidas vertidas en moldes de hormigón.

—¿Qué hay de tu familia? —Percibo un gran dolor en su voz, casi como si ya conociera la respuesta a tal pregunta.

~~Esto es lo que sé de mis padres: no tengo ni idea de dónde están.~~

—¿Por qué estás aquí? —Hablo con mis dedos para evitar su mirada. He examinado mis manos tan a fondo que sé exactamente por dónde han devastado mi piel cada corte y hematoma. Manos pequeñas. Dedos finos. Los cierro en un puño y los libero para perder la tensión. Todavía no ha respondido.

Miro hacia arriba.

—No estoy loco —se limita a decir.

—Esto es lo que decimos todos. —Inclino la cabeza sólo para agitarla un instante. Me muerdo el labio. No puedo evitar mirar de reojo por la ventana.

—¿Por qué sigues mirando fuera?

No me molestan sus preguntas, de verdad que no. Es sólo que me resulta raro tener a alguien con quien hablar. Es raro tener que gastar energía para mover los labios y formar las palabras necesarias para explicar mis actos. ¡A nadie le ha importado en tanto tiempo! Nadie me ha observado lo suficientemente cerca como para preguntarse por qué miro por la ventana. Nunca me han tratado como un igual. Por otro lado, no sabe ~~que soy un monstruo~~ mi secreto. Me pregunto cuánto tardará en huir para salvar su vida.

Me he olvidado de responder y sigue observándome.

Me coloco un mechón de pelo detrás de la oreja pero cambio de idea.

—¿Por qué me miras tanto?

Sus ojos son dos microscopios que examinan las células de mi existencia. Prudentes, curiosos.

—Me imaginé que el único motivo por el que me encerraría con una chica sería porque estabas loca. Creía que pretendían torturarme al ponerme en la misma celda que una psicópata. Creía que tú eras mi castigo.

—Por eso me robaste la cama. —Para ejercer poder. A modo de reivindicación. Para dar el primer golpe.

Baja la mirada. Aprieta y suelta las manos antes de frotarse la nuca.

—¿Por qué me ayudaste? ¿Cómo sabías que no iba a hacerte daño?

Me cuento los dedos para asegurarme de que siguen ahí.

—No.

—¿No me ayudaste o no sabías si te iba a hacer daño?

—Adam. —Curvo los labios para dar forma a su nombre. Me sorprende descubrir cómo me gusta lo fácil y familiar que resulta el sonido que resbala de mi lengua.

Está sentado, casi tan inmóvil como yo. Sus ojos revelan una nueva emoción que no puedo describir.

—Dime.

—¿Cómo es? —pronuncio cada palabra más lentamente que la anterior

—. ¿Fuera? —~~En el mundo real~~. —¿Es peor?

El dolor marca los rasgos de su rostro, esculpido finamente. Tarda un poco en contestar. Echa un vistazo por la ventana.

—¿Sinceramente? No estoy seguro de si es mejor estar aquí dentro que fuera.

Sigo su mirada hacia el cristal que nos separa de la realidad y espero a que entreabre los labios; espero para oírle hablar. Y entonces trato de prestar atención mientras sus palabras rebotan en la neblina de mi cabeza, empañando mis sentidos, llenando mis ojos de vapor, nublando mi concentración.

—¿Sabes que fue un movimiento internacional? —me pregunta Adam.

—No, no lo sabía —contesto. No le digo que me sacaron a rastras de casa hace tres años. No le digo que me llevaron a la fuerza exactamente siete años después de que El Restablecimiento empezara a difundir su mensaje y 4 meses después de que se hiciera con el control. No le digo que sé muy poco sobre nuestro nuevo mundo.

Adam dice que El Restablecimiento alcanzó todos los países, preparado para colocar a sus líderes en posiciones de control. Dice que la tierra habitable que queda en el mundo se ha dividido en 3333 sectores y que cada parte está controlada actualmente por una persona diferente.

—¿Sabías que nos mintieron? —me pregunta Adam.

—¿Sabías que El Restablecimiento dijo que alguien debía tomar el poder, que alguien tenía que salvar a la sociedad, que alguien tenía que restablecer la paz? ¿Sabías que dijeron que la única forma de restablecer la paz era matar a todas las voces de la oposición?

—¿Lo sabías? —es lo que Adam me pregunta.

Y aquí asiento. Y le digo que sí.

Esa parte la recuerdo. El enfado. Los disturbios. La rabia.

Cierro los ojos en un esfuerzo inconsciente de bloquear los malos recuerdos, pero fracaso en el intento. Protestas. Mítines. Gritos de supervivencia. Veo a mujeres y niños muriéndose de hambre, casas destruidas y sepultadas entre escombros, el campo como un paisaje quemado, cuyos únicos frutos son la carne podrida de las víctimas. Veo muertos, muertos, muertos y rojo y bermellón y marrón y el tono más exquisito del pintalabios favorito de tu madre manchando la tierra.

Mucho de todo y todo cosas muertas.

El Restablecimiento lucha por seguir controlando a la gente, dice Adam. Dice que el Restablecimiento lucha en una guerra contra los rebeldes que no aceptan este nuevo régimen. El Restablecimiento lucha para arraigarse como nueva forma de gobierno en todas las sociedades internacionales.

Y entonces me pregunto qué habrá pasado con toda la gente que solía ver a diario. Qué ha sido de sus casas, de sus padres, de sus hijos. Me pregunto cuántos de ellos estarán enterrados bajo tierra.

Cuántos de ellos fueron asesinados.

—Lo están destruyendo todo —continúa diciendo Adam, y repentinamente su voz parece un sonido solemne en el silencio—. Todos los libros, todos los artefactos, todos los restos de la historia de la humanidad. Dicen que es la única forma de arreglar las cosas. Dicen que tenemos que empezar de nuevo. Dicen que no podemos cometer los mismos errores que las generaciones anteriores.

Dos

golpes

en la puerta y los dos nos sobresaltamos bruscamente al volver a este mundo sombrío.

Adam levanta una ceja.

—¿El desayuno?

—Espera tres minutos —le recuerdo. Ocultar el hambre se nos da bien hasta que los golpes en la puerta paralizan nuestra dignidad.

Nos matan de hambre a propósito.

—Sí. —Esboza una suave sonrisa—. No quiero quemarme. —El aire corre cuando da un paso adelante.

Soy una estatua.

—Aún no lo entiendo —dice en voz baja—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

Deja poco más de un palmo de distancia entre nosotros y estoy a 25 centímetros de la combustión espontánea.

—Tus ojos son muy profundos. —Inclina la cabeza—. Muy calmados. Quiero saber en qué piensas.

—No deberías —digo con voz titubeante—. Ni siquiera me conoces.

Se ríe y el gesto aviva la luz de sus ojos.

—No te conozco.

—No.

Sacude la cabeza. Se sienta en la cama.

—Tienes razón. Claro que no te conozco.

—¿Qué?

—Que tienes razón. —Su aliento me alcanza—. Quizás estoy loco.

Doy dos pasos hacia atrás.

—Quizás sí.

Sonríe otra vez y me gustaría hacerle una foto. Me gustaría mirar fijamente sus labios sonrientes el resto de mi vida.

—No lo estoy, ya lo sabes.

—Pero no vas a decirme por qué estás aquí —le desafío.

—Y tú tampoco.

Caigo de rodillas y tiro de la bandeja a través de la ranura. Algo no identificable humea en dos tazas de hojalata. Adam se deja caer en el suelo frente a mí.

—El desayuno —le digo acercándole su ración.

SEIS

Una palabra, dos labios, tres cuatro cinco dedos en un puño.

Una esquina, dos padres, tres cuatro cinco razones para esconderme.

Una niña, dos ojos, tres cuatro diecisiete años de miedo.

Un palo de escoba roto, un par de rostros salvajes, susurros rabiosos, cerraduras en mi puerta.

Mírame, es lo que quiero decirte. Habla conmigo de vez en cuando. Encuentra el remedio para estas lágrimas. Me encantaría exhalar por primera vez en mi vida.

Han pasado dos semanas.

Dos semanas rutinarias, dos semanas exclusivamente rutinarias. Dos semanas con el compañero de celda, ~~que ha estado demasiado cerca de tocarme~~ que no me toca. Adam se está adaptando al sistema. Nunca se queja, nunca ofrece demasiada información voluntariamente y sigue haciéndome demasiadas preguntas.

Es amable conmigo.

Me siento junto a la ventana para ver cómo chocan la lluvia, las hojas y la nieve. Se turnan para bailar en el viento, realizando coreografías para las masas desprevenidas. Los soldados pisotean, pisotean, pisotean bajo la lluvia, aplastando las hojas y la nieve bajo sus pies. Tienen las manos enfundadas en guantes que envuelven armas que podrían meterle un balazo a un millón de posibilidades. No se molestan en apreciar la belleza que cae del cielo. No entienden la libertad de sentir el universo en su piel. No les importa.

Ojalá pudiera llenarme la boca de gotas de lluvia y los bolsillos de nieve. Ojalá pudiera trazar las venas de una hoja caída y sentir el viento pellizarme la nariz.

En cambio, ignoro la desesperación que hace que se me peguen los dedos y busco el pájaro que sólo he visto en sueños. Antes los pájaros volaban, es lo que dicen los cuentos. Antes de que se deteriorara la capa de ozono, antes de que la contaminación hiciera que las criaturas mutaran convirtiéndose en algo ~~horrible~~ diferente. Dicen que el tiempo no siempre fue impredecible. Dicen que los pájaros planeaban en el cielo como aviones.

Es raro que un animal tan pequeño lograra algo tan complejo como la ingeniería humana, pero la posibilidad es demasiado tentadora como para ignorarla. He soñado con el mismo pájaro que vuela a través del mismo cielo desde hace exactamente 10 años. Blanco con manchas doradas como una corona en la cabeza.

Es el único de mis sueños que me da paz.

—¿Qué escribes?

Entorno los ojos hacia su gran estatura y la sonrisa fácil de su rostro. No sé cómo consigue sonreír a pesar de todo. Me pregunto si podrá conservar esa forma, esa curva en la boca que cambia vidas. Me pregunto cómo se sentirá dentro de un mes y me estremezco al pensarlo.

No quiero que acabe como yo.

Vacío.

—Eh... —Toma la manta de mi cama y se agacha cerca de mí. Sin perder un momento, envuelve la delgada tela alrededor de mis hombros, aún más delgados—. ¿Estás bien?

Intento sonreír. Decido evitar la pregunta.

—Gracias por la manta.

Se sienta cerca de mí y se apoya contra la pared. Sus hombros están muy cerca, demasiado cerca, ~~nunca lo suficientemente cerca~~. El calor de su cuerpo me ayuda más que cualquier manta. Algo en las articulaciones me duele con un profundo anhelo, una necesidad desesperada que nunca he sido capaz de satisfacer. Mis huesos suplican algo que no puedo permitir.

Tócame.

Echa un vistazo a la pequeña libreta que tengo en la mano, al bolígrafo roto que aferra mi mano. Cierro la libreta y la enrollo. La guardo en una grieta de la pared. Examino el bolígrafo en la palma de mi mano. Me está observando fijamente.

—¿Estás escribiendo un libro?

—No. —No estoy escribiendo ningún libro.

—Quizás deberías hacerlo.

Me giro para encontrarme con sus ojos pero me arrepiento de inmediato. Nos separan poco más de cinco centímetros y no puedo moverme porque mi cuerpo sólo sabe quedarse paralizado. Cada músculo y movimiento se tensa, cada vértebra de mi columna es un bloque de hielo. Aguanto la respiración y mis ojos se ensanchan, aprisionados, atrapados en la intensidad de su mirada. No puedo mirar hacia otro lado. No sé cómo apartarlos.

Oh.

Dios.

Sus ojos.

Me he mentido a mí misma, decidida a negar lo imposible.

Lo conozco lo conozco lo conozco lo conozco.

Es el chico ~~que no se acuerda de mí~~ a quien conocía.

—Van a destruir el idioma —me dice con voz prudente, lenta.

Lucho para recuperar el aliento.

—Quieren recrearlo todo —sigue—. Quieren rediseñarlo todo. Quieren destruir cualquier cosa que pudiera haber sido el origen de nuestros problemas. Creen que necesitamos una lengua nueva, universal. —Baja la voz. Baja la vista—. Quieren destruirlo todo. Todas las lenguas de la historia.

—¡No! —Mi respiración se obstaculiza. Se me nubla la vista.

—Ya.

—No. —Esto no lo sabía.

Levanta la mirada.

—Es bueno que escribas cosas. Algún día esto que haces será ilegal.

Empiezo a temblar. De repente, mi cuerpo lucha contra un torbellino de emociones, mi cerebro está acosado por un mundo que voy a perder y siente

dolor por culpa de un chico que no se acuerda de mí. El bolígrafo tropieza en su caída hacia el suelo y sujeto la manta tan fuerte que temo que se rompa. El hielo rebana mi piel, coágulos de horror en mis venas. Nunca pensé que sería tan terrible. Nunca pensé que El Restablecimiento iba a llegar tan lejos. Están incinerando la cultura, la belleza de la diversidad. Los nuevos ciudadanos del mundo estarán reducidos a números, fáciles de intercambiar, fáciles de eliminar, fáciles de destruir cuando desobedezcan.

Hemos perdido la humanidad.

Envuelvo la manta alrededor de mis hombros hasta que quedo arropada en los temblores que no dejan de torturar mi cuerpo. Me horroriza mi falta de control. No puedo quedarme quieta.

Su mano se posa en mi espalda repentinamente.

Su contacto abrasa mi piel a través de las capas de tela e inspiro aire tan rápidamente que mis pulmones se colapsan. Estoy atrapada en corrientes de confusión que chocan entre sí, tan desesperada ~~tan desesperada tan desesperada~~ por estar cerca, tan desesperada por estar lejos. No sé cómo alejarme de él. ~~No quiero alejarme de él.~~

No quiero que me tenga miedo.

—¡Eh! —Tiene la voz suave, tan suave, tan suave... Tiene los brazos más fuertes que todos los huesos de mi cuerpo. Acerca la masa envuelta que es mi cuerpo hacia su pecho y me hace pedazos. Dos tres cuatro cincuenta mil trozos de sentimientos me apuñalan el corazón, derretidos en gotas de miel caliente que alivian las cicatrices de mi alma. La manta es la única barrera que nos separa, y me acerca más a él, más firmemente, más fuertemente, hasta que oigo los latidos que palpitaban profundamente en su pecho y el acero de sus brazos alrededor de mi cuerpo corta toda la tensión de mis miembros. Su calor derrite los carámbanos que me apuntalan de dentro hacia fuera y me descongelo, me descongelo, me descongelo; pestaño rápidamente hasta que se me cierran los ojos, hasta que las lágrimas silenciosas recorren mi rostro y decido que lo único que quiero es congelarme en su cuerpo mientras sostiene el mío—. Todo irá bien —susurra—. Todo te irá bien.

La verdad es una amante celosa y viciosa que jamás duerme, es lo que no le digo. Nunca estaré bien.

Me veo obligada a reunir cada filamento roto de mi ser para apartarme de él. Lo hago porque tengo que hacerlo. ~~Es por su propio bien~~. Alguien me clava tenedores en la espalda mientras me alejo tropezando. La manta se aferra a mi pie y casi me caigo antes de que Adam me vuelva a alcanzar.

—Juliette...

—No puedes t-tocarme. —Mi respiración es poco profunda y tengo dificultades para tragar, me tiemblan tanto los dedos que tengo que contraerlos—. No puedes tocarme. No puedes. —Mis ojos apuntan a la puerta.

Está de pie.

—¿Por qué no?

—Porque no puedes y ya está —les susurro a las paredes.

—No lo entiendo... ¿Por qué no me hablas? Te sientas en la esquina todo el día y escribes en tu libreta y miras a todas partes excepto a mí. Tienes mucho que decirle a una hoja de papel pero yo estoy aquí de pie y ni siquiera me hablas. Juliette, *por favor*... —Intenta agarrarme el brazo y yo me giro—. ¿Por qué no me *miras*, como mínimo? No voy a hacerte daño...

~~No te acuerdas de mí. No recuerdas que fuimos a la misma escuela durante siete años.~~

No te acuerdas de mí.

—No me conoces. —Mi voz es uniforme, plana; tengo los miembros entumecidos, amputados—. Hemos compartido un espacio durante dos semanas y te crees que me conoces, pero no sabes nada sobre mí. Quizás sí *estoy loca*.

—No lo estás —dice entre dientes—. *Sabes* que no lo estás.

—Entonces quizás lo estás tú —le digo con prudencia, lentamente—. Porque uno de los dos lo está.

—Eso no es cierto...

—Dime por qué estás aquí, Adam. ¿Qué haces en un manicomio si no tendrías que estar aquí?

—Te he estado haciendo esa misma pregunta desde que llegué.

—Puede que hagas demasiadas preguntas.

Escucho la fuerza de su respiración. Se ríe amargamente.

—Somos prácticamente las únicas dos personas vivas en este lugar y ¿también quieres echarme?

Cierro los ojos y me concentro en respirar.

—Puedes hablar conmigo. Pero no me toques.

Siete segundos de silencio se unen a la conversación.

—Tal vez quiero tocarte.

Quince mil sentimientos de incredulidad me perforan el corazón. Me tienta la imprudencia, dolorosa, dolorosa, dolorosa; siempre desesperada por lo que no puedo tener. Le doy la espalda pero no puedo evitar que las mentiras sigan desparramándose de mis labios.

—Tal vez no quiero que lo hagas.

Emite un sonido estridente.

—¿Tanto asco te doy?

Me doy la vuelta, tan sorprendida por sus palabras que me olvido de mí misma. Me está mirando fijamente, con el rostro tenso, la mandíbula apretada, los dedos contraídos. Sus ojos son dos cubos de agua de lluvia: profundos, frescos, claros.

Dolor.

—No sabes lo que dices. —No puedo respirar.

—No puedes ni responder a una simple pregunta, ¿no? —Sacude la cabeza y se gira hacia la pared.

Mi rostro es como la escayola en un molde neutro, mis brazos y piernas están llenos de yeso. No siento nada. No soy nada. Estoy completamente vacía y nunca me moveré. Me quedo mirando una pequeña grieta cercana a mi zapato. La miraré para siempre.

Las mantas se caen al suelo. El mundo se desvanece, mis oídos envían todos los sonidos hacia otra dimensión. Cierro los ojos, mis pensamientos van a la deriva, mis recuerdos me golpean el corazón.

Lo conozco.

¡Me he esforzado tanto por dejar de pensar en él!

¡Me he esforzado tanto por olvidar su rostro!

¡Me he esforzado tanto por sacarme esos ojos azules, azules, azules de la cabeza! Pero lo conozco, lo conozco, lo conozco, hace tres años que lo vi por última vez.

Nunca podré olvidar a Adam.

Pero él ya se ha olvidado de mí.

SIETE

Recuerdo los televisores y las chimeneas y los baños de porcelana. Recuerdo las entradas de cine y los aparcamientos y los todoterrenos. Recuerdo las peluquerías y las vacaciones y las persianas y los dientes de león y el olor de las calzadas recién pavimentadas. Recuerdo los anuncios de pasta de dientes y las chicas con tacones y los hombres mayores vestidos con traje. Recuerdo los carteros y las bibliotecas y los grupos de chicos y los globos y los árboles de Navidad.

Recuerdo que tenía 10 años cuando ya no podíamos ignorar la escasez de alimentos y cuando las cosas se volvieron tan caras que nadie podía permitirse el lujo de vivir.

Adam ya no me habla.

Quizás sea lo mejor. Quizás no tenga sentido esperar que pudiéramos ser amigos y quizás es mejor que piense que no me gusta a que me gusta demasiado. Se esconde de algo que podría ser dolor, pero sus secretos me asustan. No me dirá por qué está aquí. Aunque yo tampoco le diga mucho.

~~Y sin embargo, y sin embargo, y sin embargo...~~

Anoche, el recuerdo de sus brazos alrededor de mí bastó para ahuyentar los gritos. La calidez de un abrazo, la fuerza de unas manos firmes que mantienen unidas todas mis piezas, el alivio y la liberación de tantos años de soledad. Me ha hecho un regalo que no puedo pagarle.

Tocar a Juliette es casi imposible.

Nunca olvidaré el horror en los ojos de mi madre, el tormento en el rostro de mi padre, el miedo grabado en su expresión. Su niña ~~era~~ es un

monstruo. El demonio la ha poseído. La oscuridad la ha maldecido. La profana. Es una abominación. Los fármacos, los tests, las soluciones médicas fracasaron. Los interrogatorios psicológicos fracasaron.

—*Es un arma que camina entre la sociedad* —dijeron los profesores—. *Nunca hemos visto nada igual* —dijeron los profesores—. *Deberían sacarla de su casa* —dijeron los oficiales de policía.

—~~No hay ningún problema~~ —dijeron mis padres. Tenía catorce años cuando por fin se deshicieron de mí. Cuando se quedaron atrás y vieron cómo me llevaban a rastras por un asesinato que no sabía que podría llegar a cometer.

Quizás el mundo sea más seguro si estoy encerrada en una celda. Quizás Adam está más seguro si me odia. Está sentado en la esquina con los puños en la cara.

Nunca quise hacerle daño.

Nunca quise hacer daño a la única persona que no quiso herirme.

La puerta se abre estrepitosamente y cinco personas entran en tromba en la habitación, con rifles que nos apuntan al pecho.

Adam está de pie y yo soy una estatua. Me he olvidado de respirar. No he visto a tanta gente en mucho tiempo y por un momento me quedo estupefacta. Debería estar gritando.

—¡Manos arriba, pies separados, boca cerrada! ¡No os mováis y no os dispararemos!

Sigo ahí, petrificada. Debería moverme, debería levantar los brazos, separar las piernas, acordarme de respirar. Alguien me está cortando el cuello.

El que grita órdenes me golpea en la espalda con la culata de la pistola y mis rodillas se resquebrajan al golpear el suelo. Finalmente pruebo el oxígeno y un poco de sangre. Creo que Adam grita, pero un dolor agudo atraviesa mi cuerpo de una forma diferente a cualquier cosa que hubiera experimentado antes. Estoy completamente inmovilizada.

—¿Qué parte no entiendes de tener la boca *cerrada*? —Entorno los ojos hacia los lados y veo el cañón de la pistola a cinco centímetros del rostro de

Adam.

—¡Levántate! —Una bota con punta de acero me patea en las costillas, rápida, fuerte, hueca. Solamente alcanzo a exhalar jadeos ahogados que asfixian mi cuerpo—. ¡He dicho que te levantes! —Más dura, más rápida, más fuerte, otra bota en mi barriga. No puedo ni llorar.

~~Levántate, Juliette. Levántate. Si no, dispararán a Adam.~~

Me pongo de rodillas y me caigo contra la pared que hay detrás de mí, tropezando hacia delante para recuperar el equilibrio. Levantar los brazos es una tortura más grande de lo que imaginaba. Tengo los órganos muertos, los huesos resquebrajados, mi piel es un tamiz, perforada por alfileres y agujas de dolor. Al final han venido a matarme.

Por eso trajeron a Adam a mi celda.

Porque yo me voy. Adam está aquí porque yo me voy, porque se olvidaron de matarme a tiempo, porque mis momentos se han terminado, porque mis diecisiete años eran demasiados para este mundo. Van a matarme.

Siempre me había preguntado cómo sucedería. ~~Me pregunto si esto hará felices a mis padres.~~

Alguien se está riendo.

—Pedazo de...

No sé ni si me hablan a mí. Apenas puedo concentrarme en mantener los brazos levantados.

—Ni siquiera está llorando —añade alguien—. A estas alturas otras chicas estarían suplicando clemencia.

Las paredes empiezan a sangrar por el techo. Me pregunto cuánto rato podré contener la respiración. No distingo las palabras, no entiendo los sonidos que percibo, la sangre corre por mi cabeza y mis labios son dos bloques de hormigón que no puedo separar. Tengo un arma en la espalda y trastabillo hacia delante. Los pisos se caen hacia arriba. Mis pies se arrastran en una dirección que no puedo descifrar.

Espero que me maten pronto.

OCHO

Tardo dos días en abrir los ojos.

Tengo un bote de agua y una lata de comida a un lado e ingiero el frío contenido con manos temblorosas, con un ligero dolor que rechina en mis huesos y una sequía desesperada que me sofoca la garganta. No parece que tenga nada roto, pero un vistazo bajo mi camisa demuestra que el dolor era real. Los moratones son flores desteñidas de azul y amarillo, es una tortura tocarlos y se curan muy lentamente.

Adam no está por ninguna parte.

Estoy sola en una celda de aislamiento, cuatro paredes y no más de tres metros en cualquier dirección, con poco más que el aire que pasa a través de una pequeña ranura de la puerta. Cuando mi imaginación empieza a jugarme una mala pasada la pesada puerta metálica se abre de golpe. Un guardia con dos rifles colgados del pecho me mira de arriba abajo.

—Levántate.

Esta vez no vacilo.

Espero que, al menos, Adam esté a salvo. Espero que no acabe como yo.

—Sígueme. —La voz del guardia es gruesa y profunda, y sus ojos grises son indescifrables. Aparenta unos 25 años, pelo rubio muy corto, camisa arremangada hasta los hombros, tatuajes militares que serpentean hasta los antebrazos como los de Adam.

Oh.

Dios.

No.

Adam entra por la puerta al lado del rubio y gesticula con su arma hacia un pasillo estrecho.

—Muévete.

~~Adam me apunta al pecho con una pistola.~~

~~Adam me apunta al pecho con una pistola.~~

Adam me apunta al pecho con una pistola.

Sus ojos me resultan extraños, vidriosos y distantes, muy, muy lejanos.

No soy más que novocaína. Estoy entumecida. Un mundo de nada, cualquier tipo de sentimiento y emoción se han ido para siempre.

Soy un susurro que nunca existió.

Adam es un soldado. ~~Adam quiere que muera.~~

Esta vez lo miro abiertamente, con toda sensación amputada, con el dolor como un grito distante desconectado de mi cuerpo. Mis pies se mueven hacia delante por voluntad propia; mis labios permanecen cerrados porque nunca habrá palabras para describir este momento.

La muerte sería una liberación agradable teniendo en cuenta los placeres terrenales que he conocido.

No sé cuánto tiempo llevo andando antes de que otro golpe en la espalda me paralice. Parpadeo a causa del brillo de la luz que no he visto en tanto tiempo. Empiezan a llorarme los ojos y los entrecierro a causa de las bombillas fluorescentes que iluminan el amplio espacio. Apenas puedo ver nada.

—Juliette Ferrars. —Una voz detona mi nombre. Una pesada bota me presiona la espalda y no puedo levantar la cabeza para distinguir quién me habla—. Weston, apague las luces y suéltela. Quiero verle la cara. —La orden es fría y fuerte como el acero, peligrosamente tranquila, poderosa sin esfuerzo alguno.

El brillo se reduce a un nivel que soy capaz de tolerar. La huella de la bota se queda grabada en mi espalda, pero ya no se clava en mi piel. Levanto la cabeza lentamente y miro hacia arriba.

Me impresiona su juventud. No puede ser mucho mayor que yo.

Es obvio que está al mando de algo, pero no sé de qué. Tiene la piel perfecta, sin manchas, y la mandíbula bien definida y fuerte. Tiene los ojos del color esmeralda más pálido que jamás haya visto.

Es guapo.

Su sonrisa torcida es deliberadamente malvada.

Está sentado en lo que él imagina que es un trono, pero que no es más que una silla en la parte delantera de una habitación vacía. Su traje está perfectamente planchado, lleva el pelo rubio peinado con destreza, sus soldados son los guardaespaldas perfectos.

Le odio.

—Eres muy terca. —Sus ojos verdes son casi translúcidos—. Nunca quieres cooperar. Ni siquiera eres amable con tu compañero de celda.

Me estremezco sin proponérmelo. La quemadura de la traición me enrojece el cuello.

Ojos Verdes parece inesperadamente entretenido y de repente me avergüenzo.

—Interesante. —Chasquea los dedos—. Kent, ¿puede dar un paso adelante, por favor?

Mi corazón se detiene al ver a Adam. ~~Kent. Se llama Adam Kent.~~

Estoy ardiendo de pies a cabeza. Adam flanquea a Ojos Verdes en un segundo, pero sólo le ofrece una breve inclinación de cabeza a modo de saludo. Quizás el líder no es tan importante como se cree.

—Señor —dice.

Tengo tantos pensamientos enredándose en mi cabeza que no logro deshacer el nudo de locura. Debería habérmelo imaginado. Había oído rumores de soldados infiltrados que informaban a las autoridades de cosas que les parecían sospechosas. Cada día desaparecía gente. Nunca volvía nadie.

Sin embargo, sigo sin entender por qué mandaron a Adam para espiarme.

—Parece que la dejaste bastante impresionada.

Entorno los ojos para ver más de cerca al hombre de la silla y me percato de que lleva el traje adornado con pequeñas insignias de color. Recuerdos militares. Su apellido está grabado en la solapa: Warner.

Adam no dice nada. No me mira. Su cuerpo está erguido, 1,80 metros de ~~magnífica~~ masa muscular, un contorno fuerte y firme. Los mismos brazos que sostenían mi cuerpo ahora son armas letales.

—¿No tiene nada que decir al respecto? —Warner mira a Adam y ladea la cabeza en mi dirección, con los ojos danzando en la luz, claramente entretenidos.

Adam contrae la mandíbula.

—Señor.

—Claro. —De repente Warner parece aburrido—. ¿Por qué iba a imaginarme que tendría algo que decirme?

—¿Vas a matarme? —Las palabras escapan de mis labios antes de que pueda pensarlas y la pistola de alguien me vuelve a golpear la espalda. Caigo al suelo con un gemido entrecortado, jadeando en el suelo sucio.

—No era necesario, Roland. —La voz de Warner está empapada de una decepción fingida—. Supongo que yo me preguntaría lo mismo si estuviera en su lugar. —Pausa—. ¿Juliette?

Consigo levantar la cabeza.

—Tengo una propuesta para ti.

NUEVE

No estoy segura de haberlo oído bien.

—Tienes algo que me interesa. —Warner sigue mirándome fijamente.

—No te entiendo —le digo.

Respira hondo y se levanta para pasearse a lo largo de la sala. Todavía no han dejado que Adam se retire.

—Para mí eres como una especie de proyecto personal. —Warner se sonríe a sí mismo—. Llevo mucho tiempo estudiando tus informes.

No soporto su andar pomposo y engreído. Quiero acabar con la sonrisa de su rostro.

Warner deja de andar.

—Te quiero en mi equipo.

—¿Qué? —Un murmullo quebrado de sorpresa.

—Estamos en *guerra* —continúa con tono impaciente—. Quizás tú puedas hacer encajar las piezas.

—Yo no...

—Conozco tu secreto, Juliette. Sé por qué estás aquí. Toda tu vida está registrada en los informes del hospital, las quejas a las autoridades, los conflictos, las peticiones públicas para que te encerraran. —Su pausa me da tiempo suficiente para atragantarme con el horror que llevo prisionero en mi garganta—. He estado valorándolo durante mucho tiempo, pero antes quería asegurarme de que no estabas loca *de verdad*. El aislamiento no era precisamente un buen indicador, aunque te defendiste bastante bien. —Su sonrisa me dice que debería estar agradecida por su alabanza—. Te envié a Adam como precaución final. Quería asegurarme de que no eras irascible,

de que podías mantener una interacción y comunicación humana básicas. Debo decir que estoy bastante contento con los resultados.

Alguien me está arrancando la piel.

—Al parecer, Adam interpretó su papel demasiado bien. Es un gran soldado. Uno de los mejores, de hecho. —Warner le dirige una mirada antes de sonreírme—. Pero no te preocupes, no sabe de qué eres capaz. Bueno, todavía.

Arremeto contra el pánico, me trago la agonía, me suplico a mí misma no mirar en esa dirección pero fracaso, ~~fracaso, fracaso~~. Los ojos de Adam se cruzan con los míos en el mismo instante, pero aparta la mirada tan rápido que no estoy segura de si me lo he imaginado.

~~Soy un monstruo.~~

—No soy tan cruel como crees —prosigue Warner con una cadencia musical en la voz—. Si te gusta tanto su compañía puedo hacer de esto —nos señala a Adam y a mí— una asignación permanente.

—No —digo en voz baja.

Warner esboza una sonrisa descuidada.

—Ah, *claro*. Pero ten cuidado, preciosa. Si haces algo *malo*... te tendrá que disparar.

Unos alambres de espino me agujerean el corazón. Adam no reacciona ante nada de lo que dice Warner.

Se limita a hacer su trabajo.

Yo soy un número, una misión, un objeto que puede reemplazarse fácilmente; ni siquiera soy un recuerdo de su mente.

No soy nada.

No pensaba que su traición me iba a sepultar tan profundamente.

—Si aceptas mi oferta —Warner interrumpe mis pensamientos—, vivirás como yo. Serás uno de los *nuestros*, no uno de *ellos*. Tu vida cambiará para siempre.

—¿Y si no acepto? —le pregunto, bajando la voz antes de entrar en pánico.

Warner parece realmente decepcionado. Entrelaza las manos con consternación.

—No tienes otra opción. Si te quedas a mi lado tendrás tu recompensa.
—Aprieta los labios—. Pero si eliges desobedecerme... bueno... Creo que estás más guapa con todas las partes del cuerpo intactas, ¿no?

Respiro tan fuerte que mi cuerpo tiembla.

—¿Quieres que torture a gente para ti?

Una sonrisa brillante estalla en su rostro.

—Sería maravilloso.

El mundo sangra.

No tengo tiempo de elaborar una respuesta antes de que se gire hacia Adam.

—Enséñele lo que se está perdiendo.

Adam responde demasiado tarde.

—¿Señor?

—Es una orden, soldado. —Los ojos de Warner apuntan hacia mí, y sus labios se retuercen en un regocijo contenido—. A esta quiero destrozarla. Es mucho más guerrera de lo que le conviene.

—No puedes tocarme —le espeto con los dientes apretados.

—Incorrecto —dice con voz cantarina. Le arroja a Adam un par de guantes negros—. Los vas a necesitar —le dice en un susurro conspirativo.

—Eres un monstruo. —Mi voz suena demasiado tranquila, pero mi cuerpo se llena de una rabia repentina—. ¿Por qué no te limitas a *matarme*?

—Eso, querida, sería un desperdicio. —Da un paso adelante y me doy cuenta de que tiene las manos cuidadosamente enfundadas en unos guantes de piel blancos. Me levanta la barbilla con un dedo—. Además, sería una pena perder una cara tan bonita.

Trato de apartar el cuello, pero la misma bota con punta de acero me golpea la espalda y Warner me agarra la cara. Reprimo un grito.

—No luches, cariño. Sólo conseguirás complicarte más las cosas.

—Espero que te pudras en el infierno.

Warner tuerce la mandíbula. Levanta una mano para impedir que alguien me dispare, me patee el bazo o me abra la cabeza, no lo sé.

—Estás luchando en el bando equivocado. —Se pone de pie, erguido—. Pero eso puede cambiar. Adam —lo llama—. No la pierda de vista. Ahora está a su cargo.

—Sí, señor.

DIEZ

Adam se pone los guantes, pero no me toca.

—Deja que se levante, Roland. Yo me encargo.

La bota desaparece. Forcejeo con los pies y miro a la nada. No quiero pensar en el horror que me espera. Alguien me golpea la parte de atrás de las rodillas y casi me caigo al suelo.

—Muévete —gruñe una voz desde atrás. Miro hacia arriba y me doy cuenta de que Adam se está yendo. Se supone que debería seguirlo.

En cuanto regresamos a la ceguera familiar de los pasillos del psiquiátrico, deja de andar.

—Juliette. —~~Una palabra suave y mis articulaciones se vuelven aire.~~

—Dame la mano —me dice.

—Nunca —trato de decir entre bocanadas entrecortadas de oxígeno—. Jamás.

Suspiro profundo. Noto que se mueve en la oscuridad y de repente su cuerpo está demasiado cerca, tan cerca que me desarma. Pone la mano en mi espalda y me guía a través de los pasillos hacia un paradero desconocido. Todos los centímetros de mi piel se ruborizan. Tengo que mantenerme en pie para evitar caer en sus brazos.

La distancia que recorremos es mucho más larga de lo que imaginaba. Cuando Adam habla por fin, sospecho que estamos cerca del final.

—Vamos a salir a la calle —dice cerca de mi oído. Tengo que cerrar los puños para controlar las emociones que tropiezan con mi corazón. Me distrae tanto oír su voz que casi no entiendo el significado de lo que me dice —. Pensé que deberías saberlo.

Mi única respuesta es inhalar una bocanada de aire. Hace casi un año que no piso el exterior. Estoy dolorosamente emocionada, pero hace tanto que no siento la luz natural en mi piel que no se si podré soportarlo. No tengo elección.

El aire me golpea primero.

Nuestra atmósfera no tiene mucho de que presumir; pero después de tantos meses en una esquina de hormigón incluso el oxígeno dañado de nuestra Tierra moribunda me sabe a gloria. No puedo respirar lo suficientemente rápido. Me lleno los pulmones de esta sensación, me imbujo en la suave brisa y agarro un puñado de viento que se abre paso entre mis dedos.

Es una felicidad que no se parece a nada de lo que he vivido hasta ahora.

El aire es vigorizante y fresco. Es un baño refrescante de una nada tangible que me pica los ojos y me agrieta la piel. Hoy el sol está alto, deslumbrante mientras refleja las pequeñas manchas de nieve que conservan la tierra helada. El peso de la brillante luz opprime mis ojos y sólo consigo ver a través de dos rendijas, pero los cálidos rayos inundan mi cuerpo como una chaqueta que se ajusta a mi figura, como el abrazo de algo más grande que un ser humano. Podría detenerme en este momento para siempre. Me siento libre durante un segundo infinito.

El roce de Adam me devuelve con un estremecimiento a la realidad. Casi me salgo de mi piel mientras Adam me agarra por la cintura. Tengo que pedirles a mis huesos que dejen de temblar.

—¿Estás bien? —Sus ojos me sorprenden. Son los mismos que recuerdo, azules e insondables como la parte más profunda del océano. Sus manos me rodean ~~dulcemente, muy dulcemente~~.

—No quiero que me toques —miento.

—No tienes elección. —No me mira.

—Siempre tengo elección.

Se pasa la mano por el pelo y traga.

—Sígueme.

Estamos en un espacio vacío, un terreno yermo lleno de hojas muertas y árboles moribundos que toman pequeños sorbos de la nieve derretida en el

suelo. El paisaje está devastado por la guerra y el abandono, pero aun así es lo más bonito que he visto en mucho tiempo. Los soldados que desfilan se detienen para ver cómo Adam me abre la puerta de un coche.

No es un coche. Es un tanque.

Me quedo mirando la enorme estructura metálica y trato de subir por un lado hasta que, de pronto, Adam se pone detrás de mí. Me sube por la cintura y lanza un grito ahogado mientras me acomoda en el asiento.

Al poco rato estamos conduciendo en silencio y no tengo ni idea de hacia dónde nos dirigimos.

Observo detenidamente todo lo que hay fuera de la ventana.

Como, bebo y absorbo cada detalle infinitesimal de los escombros, del horizonte, de las casas abandonadas y los pedazos rotos de metal y vidrio que salpican el paisaje. El mundo parece desnudo, despojado de vegetación y calidez. No hay carteles indicadores, ni señales de stop, pero tampoco hacen falta. No hay transporte público. Todo el mundo sabe que sólo una empresa fabrica coches y que los vende a un precio desorbitado.

Hay muy poca gente que pueda permitirse una vía de escape.

~~Mis padres~~. La población en general ha sido distribuida por lo que queda del país. Los edificios industriales conforman la columna vertebral del paisaje: cajas metálicas altas y rectangulares repletas de maquinaria. Máquinas diseñadas exclusivamente para fortalecer al ejército, para fortalecer El Restablecimiento, para destruir cantidades masivas de civilización humana.

Carbón/Alquitrán/Acero

Gris/Negro/Plateado

Colores de humo manchando el horizonte, goteando en el aguanieve que antes era nieve. La basura se amontona en pilas desordenadas por todas partes, manchas de hierba amarillenta se asoman a través de la devastación.

Las típicas casas de nuestro antiguo mundo han sido abandonadas, las ventanas están destrozadas, los techos se derrumban, la pintura roja, verde y azul se deslava en tonos apagados para hacer juego con nuestro futuro. Veo las instalaciones que se erigen descuidadamente en la tierra arrasada y empiezo a recordar. Recuerdo que se suponía que iban a ser temporales. Recuerdo que empezaron a construirlas pocos meses antes de que me

encerraran. Estos pequeños y fríos cuartos servirían sólo hasta que resolvieran todos los detalles de su nuevo plan, decía El Restablecimiento. Sólo hasta que todo el mundo estuviera sometido. Sólo hasta que la gente dejara de protestar y se diera cuenta de que este cambio era *bueno* para ellos, *bueno* para sus hijos, *bueno* para su futuro.

Recuerdo que había reglas.

No más pensamientos peligrosos, ni más prescripciones médicas. Nos mantendría una nueva generación formada únicamente por individuos sanos. Había que encerrar a los enfermos. Había que deshacerse de los viejos. Había que mandar a los perturbados al manicomio. Sólo sobrevivían los fuertes.

Sí.

Por supuesto.

No habría más idiomas estúpidos, ni historias estúpidas, ni pinturas estúpidas sobre repisas de chimenea estúpidas. No habría más Navidades, ni Janucá, ni Ramadán, ni Diwali. No se hablaría de religión, ni de creencias, ni de convicciones personales. Las convicciones personales fueron lo que casi nos aniquiló a todos.

Las convicciones, prioridades, preferencias, prejuicios e ideologías nos dividieron. Nos engañaron. Nos destruyeron.

Había que exterminar las necesidades egoísticas, los anhelos, los deseos. Había que expurgar la codicia, el exceso de tolerancia y la gula. La solución era el autocontrol, el minimalismo, las condiciones de vida escasas; un lenguaje simple y un diccionario a estrenar lleno de palabras que todo el mundo comprendiera.

Esto nos salvaría, salvaría a nuestros hijos, salvaría a la humanidad, decían.

Restablecer la igualdad. Restablecer la humanidad. Restablecer la esperanza, la curación y la felicidad.

¡SÁLVANOS!

¡ÚNETE A NOSOTROS!

¡RESTABLECE LA SOCIEDAD!

Los carteles siguen cubriendo las paredes.

El viento azota sus restos hechos jirones, pero los anuncios siguen ahí, ondeando en las estructuras de acero y hormigón donde se colocaron decididamente. Algunos siguen pegados a los postes que brotan de la tierra, que ahora tienen altavoces sujetos en la parte superior. Altavoces que alertan a la gente, sin duda, de los peligros inminentes que los rodean.

Pero el mundo está misteriosamente tranquilo.

Pasan los peatones, deambulando en el frío y gélido tiempo para trabajar en la fábrica y conseguir comida para sus familias. La esperanza de este mundo sangra por el cañón de una pistola.

A nadie le importan ya las ideas.

La gente solía desear la esperanza. Querían pensar que las cosas podían mejorar. Querían creer que podrían volver a preocuparse por los cotilleos, las vacaciones y las fiestas a las que iban los sábados por la noche. El Restablecimiento prometió un futuro demasiado perfecto y la sociedad estaba demasiado desesperada como para no creerles. No se dieron cuenta de que estaban entregando sus almas a un grupo que pretendía aprovecharse de su ignorancia. De su miedo.

La mayor parte de los civiles están demasiado muertos de miedo como para protestar, pero hay otros más fuertes. Hay otros que esperan el momento oportuno. Hay otros que ya han empezado a luchar.

Espero que no sea demasiado tarde para luchar.

Examo cada rama temblorosa, cada soldado imponente, cada ventana que puedo contar. Mis ojos son como dos carteristas profesionales: lo roban todo para almacenarlo en mi mente.

Pierdo la noción de los minutos que pisoteamos.

Nos detenemos en una estructura que fácilmente es diez veces mayor que el manicomio y que está sospechosamente céntrica en medio de la civilización. Desde fuera parece un edificio insulso, discreto en todos los sentidos excepto por el tamaño; las placas de acero gris conforman cuatro paredes lisas, con ventanas hendiditas y metidas a golpes en sus quince

plantas. Es un edificio sombrío y no tiene ninguna marca, ninguna insignia, ninguna prueba de su verdadera identidad.

Es una sede política camuflada entre las masas.

El interior del tanque es un lío de botones y palancas que no tengo ni idea de cómo hacer funcionar, y Adam me abre la puerta antes de que tenga la oportunidad de identificar las piezas. Pone las manos alrededor de mi cintura y yo tengo los pies firmes en el suelo, pero mi corazón late tan rápido que estoy segura de que puede oírlo. Todavía no me ha soltado.

Miro hacia arriba.

Noto la tensión en sus ojos, en su frente contraída, sus labios ~~sus labios~~, ~~sus labios~~, son dos piezas de frustración fundidas en una.

Doy un paso atrás y diez mil partículas minúsculas se hacen añicos entre nosotros. Deja caer la mirada. Se gira. Respira y cierra los dedos en un puño inconstante.

—Por aquí. —Hace un gesto con la cabeza para señalarme el edificio.

Lo sigo hacia el interior.

ONCE

Estoy tan preparada para el horror inimaginable que la realidad es casi peor.

Dinero sucio chorrea de las paredes, se ha despilfarrado el suministro de alimento de un año en los suelos de mármol, se han invertido cientos de miles de dólares de ayuda médica en muebles de lujo y alfombras persas. Noto el calor artificial que entra por las rejillas de ventilación y pienso en los niños que gritan pidiendo agua limpia. Entorno los ojos a través de lámparas de cristal y oigo a madres que piden clemencia. Veo un mundo superficial que existe en medio de una realidad aterradora y me quedo paralizada.

No puedo respirar.

Debió morir mucha gente para poder mantener este lujo. Muchos debieron perder su casa y a sus hijos y los cinco dólares que les quedaban en el banco por promesas, promesas, promesas, infinitas promesas para salvarlos de sí mismos. Nos lo *prometieron...* El Restablecimiento nos prometió la esperanza de un futuro mejor. Nos dijeron que arreglarían las cosas, nos dijeron que nos ayudarían a regresar al mundo que conocíamos, ese mundo con salidas al cine y bodas de primavera y fiestas prenatales. Nos dijeron que nos devolverían nuestras casas, nuestra salud, nuestro mundo sostenible.

Pero nos lo robaron todo.

Nos lo quitaron todo. ~~Mi vida. Mi futuro. Mi cordura. Mi libertad.~~

Llenaron el mundo de armas apuntándonos a la frente y sonrieron al despojarnos de nuestra inocencia, nuestro futuro. Mataron a los que eran lo bastante fuertes como para luchar en contra y encerraron a los bichos raros que no estaban a la altura de sus utópicas expectativas. ~~Gente como yo.~~

Aquí yace la prueba de su corrupción.

Mi piel está empapada en sudor frío, mis dedos tiemblan de asco, mis piernas son incapaces de soportar ~~el derroche, el derroche, el derroche~~, el derroche egoísta que se percibe entre estas cuatro paredes. Veo rojo por todas partes. La sangre de los cuerpos salpica las ventanas, se derrama en las alfombras, gotea de las lámparas de araña.

—Juliette...

Me desmorono.

Estoy de rodillas, con el cuerpo resquebrajado del dolor que me he tragado tantas veces, sollozando sin poder contenerme, la dignidad se disuelve en mis lágrimas, la agonía de la pasada semana me desgarra la piel a tiras.

Ni siquiera puedo respirar.

No puedo respirar el oxígeno que hay a mi alrededor y noto arcadas bajo la camisa y oigo voces y veo rostros que no reconozco, hilillos de voces malvadas que me confunden, pensamientos que se han alterado tantas veces que ya no sé si volveré a estar consciente.

Tal vez he perdido el juicio definitivamente.

Estoy en el aire. Soy una bolsa de plumas en sus brazos y él se hace camino entre los soldados que se agolpan con curiosidad y por un momento no represso mi deseo, aunque no debiera desechar tanto. Quiero olvidarme de que debería odiarlo, de que me ha traicionado, de que trabaja para los mismos que intentan destruir lo poco que queda de la humanidad y mi rostro queda sepultado en la suave tela de su camisa y mi mejilla presiona su pecho y huele a fuerza y valor y el mundo se ahoga en la lluvia. No quiero que ~~nunca, nunca, nunca~~, nunca me suelte. Ojalá pudiera tocar su piel, ojalá no hubiera barreras entre nosotros.

La realidad me abofetea la cara.

La mortificación confunde mi cerebro, la humillación desesperada me nubla el juicio; el rojo tiñe mi rostro, sangra a través de mi piel. Lo agarro de la camisa.

—Puedes matarme —le digo—. Tienes pistola... —Intento zafarme y él me estrecha más contra su cuerpo. En su rostro no hay emoción alguna,

pero sí una presión repentina en la mandíbula y una tensión obvia en los brazos—. Puedes matarme... —le suplico.

—*Juliette*. —Su voz sólida tiene un punto de desesperación—. *Por favor*.

Vuelvo a sentirme entumecida. Impotente en todos los sentidos. Me deshago por dentro, la vida se escurre de mis miembros.

Estamos frente a una puerta.

Adam toma una tarjeta de acceso y la desliza por un panel negro de vidrio que hay en una esquina al lado del picaporte, y la puerta de acero inoxidable se abre. Entramos en el interior.

Estamos solos en una nueva habitación.

—Por favor, ~~no me dejes~~ bájame —le digo.

Hay una cama doble en el centro de la estancia, una exuberante alfombra adorna el suelo, un armario empotrado y plafones de luz brillan en el techo. La belleza está tan contaminada que no puedo soportar mirarla. Adam me deja en el suave colchón y da un paso atrás.

—Creo que te quedarás un tiempo —es lo único que me dice.

Cierro los ojos con fuerza. No quiero pensar en la inevitable tortura que me espera.

—Por favor —le digo—. Quiero estar sola.

Un suspiro profundo.

—Ésa no es una opción.

—¿Quéquieres decir? —Me doy la vuelta.

—Tengo que vigilarte, Juliette. —Dice mi nombre como en un susurro. ~~Mi corazón, mi corazón, mi corazón~~. Warner quiere que entiendas lo que te está ofreciendo, pero sigue considerándote... una amenaza. Te ha dejado a mi cargo. No puedo irme.

~~No sé si estar emocionada u horrorizada~~. Estoy horrorizada.

—¿Tendrás que vivir conmigo?

—Vivo en el cuartel que hay al otro lado de este edificio. Con otros soldados. Pero sí. —Se aclara la garganta. No me mira—. Me trasladaré aquí.

Noto un dolor en la boca del estómago que me está royendo los nervios. Quiero odiarlo, juzgarlo y gritar para siempre pero no lo consigo porque lo

único que veo es a un chico de dieciocho años que no se acuerda de que antes era la persona más amable que había conocido nunca.

No quiero creer lo que está ocurriendo.

Cierro los ojos y acurruco la cabeza en las rodillas.

—Tienes que vestirte —dice al cabo de un segundo.

Levanto la cabeza. Lo observo, parpadeando, como si no pudiera entender lo que me dice.

—Estoy vestida.

Se aclara la garganta otra vez pero intenta parecer tranquilo.

—Hay un baño por ahí —señala. Veo una puerta que da a la habitación y de repente me entra la curiosidad. He oído historias sobre gente que tiene baños en su habitación. Me imaginaba que no estaban exactamente *dentro* de la habitación, sino bastante cerca. Me deslizo de la cama y sigo la dirección de su dedo. Tan pronto como abro la puerta vuelve a hablar—: Puedes ducharte y cambiarte aquí. El baño es el único sitio sin cámaras —añade con una voz que va apagándose.

Hay cámaras en mi habitación...

Claro.

—Encontrarás ropa ahí —señala el armario con la cabeza. De repente parece incómodo.

—¿Y tú no puedes irte? —le pregunto.

Se frota la frente y se sienta en la cama. Suspira.

—Tienes que prepararte. Warner te espera para cenar.

—¿Cenar? —Mis ojos son del tamaño de la luna.

Lo dice en serio.

—Sí.

—¿No va a hacerme daño? —Me avergüenza el alivio de mi voz, la tensión inesperada que he liberado a causa del miedo que no sabía que albergaba—. ¿Va a darme de *cenar*? —~~Me muero de hambre, mi estómago es un pozo torturado de hambre, muy hambrienta, muy hambrienta, muy hambrienta...~~ No me imagino a qué sabe la comida de verdad.

El rostro de Adam vuelve a ser inescrutable.

—Deberías darte prisa. Te enseñaré cómo funciona todo.

No tengo tiempo para protestar: ya está en el baño y lo he seguido. La puerta continúa abierta y él está de pie en medio de la salita, de espaldas a mí, y no entiendo por qué.

—Ya sé cómo usar un baño —le digo.

~~Antes vivía en una casa normal. Antes tenía una familia.~~

Se gira muy, muy lentamente y me empieza a entrar el pánico. Finalmente levanta la cabeza, pero mirando en todas direcciones. Cuando por fin me mira a mí, empequeñece los ojos, su frente tensa. Cierra la mano derecha en un puño y levanta un dedo de la mano izquierda hacia los labios. Me está pidiendo que me calle.

Todos los órganos de mi cuerpo están en caída libre.

Sabía que algo iba a ocurrir pero no sabía que sería Adam. No pensaba que fuera a ser él quien me haría daño, quien me torturaría, quien me haría desear la muerte más que nunca. No me doy ni cuenta de que estoy llorando hasta que oigo mis gemidos y noto cómo lágrimas silenciosas recorren mi rostro y me siento avergonzada, muy avergonzada, muy avergonzada ante mi debilidad, aunque haya una parte de mí a la que no le importe. Siento tentaciones de implorarle, de pedirle clemencia, de robarle la pistola y pegarme un tiro. La dignidad es lo único que me queda.

Parece darse cuenta de mi repentina histeria porque sus ojos se abren de golpe y se queda boquiabierto.

—No, por Dios, Juliette... No voy a... —maldice en voz baja. Se da con el puño en la frente y aparta la vista, suspirando profundamente, paseándose a lo largo de la pequeña estancia. Maldice de nuevo.

Se va por la puerta y no mira atrás.

DOCE

Cinco minutos enteros bajo el agua caliente, dos pastillas de jabón con olor a lavanda, una botella de champú sólo para el pelo, el tacto de las suaves toallas que me atrevo a envolver alrededor de mi cuerpo y empiezo a comprenderlo todo.

Quieren que me olvide.

Crean que pueden lavar mis recuerdos, mis fidelidades y mis prioridades con unas cuantas comidas calientes y una habitación con vistas. Creen que me pueden comprar muy fácilmente.

Parece ser que Warner no entiende que crecí sin nada y no me quejé. No quería ropa, ni zapatos perfectos, ni nada caro. No quería que me envolvieran en seda. Lo único que he querido siempre ha sido tener contacto con otro ser humano y tocarlo no sólo con las manos sino con el corazón. Vi el mundo y su falta de compasión, su severo y áspero juicio, sus ojos fríos y resentidos. Vi todo esto a mi alrededor.

He tenido mucho tiempo para escuchar.

Para observar.

Para examinar a personas, lugares y posibilidades. Lo único que tenía que hacer era abrir los ojos. Lo único que tenía que hacer era abrir un libro, para ver las historias que sangraban de página en página. Para ver los recuerdos grabados en el papel.

Me he pasado la vida entre las páginas de los libros.

En ausencia de relaciones humanas establecí vínculos con los personajes del papel; viví el amor y la pérdida a través de los relatos hilvanados en la historia; experimenté la adolescencia por asociación. Mi mundo es una red entretejida de palabras, encadenadas de miembro a

miembro, de hueso a tendón, pensamientos e imágenes juntos. Soy un ser compuesto por letras, un personaje creado con frases, un producto de la imaginación formado a través de la ficción.

Quieren borrar cada signo de puntuación de mi vida en esta tierra y no puedo dejar que eso ocurra.

Vuelvo a ponerme mi ropa vieja y voy de puntillas hacia la habitación, pero está desierta. Adam se ha ido aunque dijera que no podía. No lo entiendo no entiendo sus acciones no entiendo mi decepción. Ojalá no me hubiese gustado tanto la frescura de mi piel, el hecho de sentirme perfectamente limpia después de tanto tiempo; no entiendo por qué aún no me he mirado en el espejo, por qué me asusta lo que voy a ver, por qué no estoy segura de si voy a reconocer el rostro que me estará mirando.

Abro el armario.

Está lleno de vestidos y zapatos y camisas y pantalones y ropa de todo tipo, colores tan vivos que me hacen daño a la vista, de telas de las que sólo he oído hablar, tan hermosas que casi me da miedo tocarlas. Las medidas son perfectas, demasiado perfectas.

Me estaban esperando.

Llueven ladrillos sobre mi cráneo.

Me han desatendido abandonado aislado y me han sacado a rastras de mi casa. Me han empujado, me han pinchado, me han examinado, me han arrojado a una celda como a un despojo humano. Me han estudiado. Me han matado de hambre. Me han tentado con una amistad para traicionarme y dejarme atrapada en esta pesadilla por la que se supone que debo estar agradecida. Mis padres. Mis profesores. Adam. Warner. El Restablecimiento. Soy prescindible para todos ellos.

Crean que soy una muñeca a la que pueden vestir y doblegar para que se poste en el suelo.

Pero se equivocan.

—Warner te espera.

Me doy la vuelta y me dejo caer de espaldas sobre el armario, cerrándolo de golpe en un ataque de pánico que opriime mi corazón. Recobro el equilibrio y doblo y guardo mi miedo cuando veo a Adam de pie en la puerta. Su boca se mueve un instante pero no dice nada. Al final, da

un paso adelante, tan adelante que está lo suficientemente cerca como para tocarme.

Pasa por delante de mí para volver a abrir la puerta que esconde un contenido que me avergüenza saber que existe.

—Todo es para ti —dice sin mirarme, tocando con los dedos el dobladillo de un vestido púrpura, de un exquisito color ciruela, tan apetecible como para comérselo.

—Ya tengo ropa. —Mis manos alisan las arrugas de la tela harapienta que llevo puesta.

Por fin se decide a mirarme, pero cuando lo hace mueve las cejas, parpadea y sus ojos se congelan, y separa los labios, sorprendido. Me pregunto si al lavarme tengo un aspecto muy diferente, si mi cara es otra, y me sonrojo, deseando que no le dé asco lo que está viendo. No sé por qué me preocupa eso.

Baja la mirada. Respira profundamente.

—Te espero fuera.

~~Me quedo mirando el vestido púrpura con las huellas de los dedos de Adam.~~ Examino el interior del armario un momento antes de renunciar a él. Me peino el pelo mojado con dedos ansiosos y me armo de valor.

Soy Juliette.

Soy una chica.

No soy propiedad de nadie.

Y no me importa a qué quiere Warner que me parezca.

Salgo fuera y Adam se queda mirándome un momento. Se frota la nuca sin decir nada. Agita la cabeza. Se pone a andar. No me toca y no debería darme cuenta de ello pero lo hago. No tengo la menor idea de qué esperar no tengo la menor idea de cómo será mi vida en este sitio nuevo y se me perfora el estómago cada vez que veo todos estos adornos exquisitos, todos estos accesorios de lujo, todas estas pinturas, molduras, iluminaciones y colores superfluos de este edificio. Me gustaría que todo se incendiara.

Sigo a Adam por un largo pasillo alfombrado hasta un ascensor de cristal. Desliza la misma tarjeta de acceso que había usado para abrir mi puerta y nos metemos dentro. Ni siquiera me había dado cuenta de que

habíamos subido todos esos pisos en ascensor. Me doy cuenta de que debí montar un numerito horrible al llegar y casi me alegro.

Espero decepcionar a Warner de todas las formas posibles.

El comedor es tan grande como para dar de comer a miles de huérfanos. Sin embargo, hay siete mesas de banquete dispuestas a lo largo de la sala, la seda azul se desparrama en todas ellas, jarrones de cristal repletos de orquídeas y lirios orientales, cuencos de cristal llenos de gardenias. ~~Es fascinante~~. Me pregunto de dónde han sacado las flores. No deben ser de verdad. No sé cómo podrían ser de verdad. No he visto flores de verdad desde hace años.

Warner se encuentra en el centro de la mesa, sentado en la cabecera. En cuanto ~~me~~ ve a Adam se pone en pie. Toda la sala se levanta por turnos.

Me doy cuenta de inmediato de que tiene un asiento libre a cada lado y no pretendo detenerme pero lo hago. Hago un rápido inventario de los asistentes pero no veo a ninguna otra mujer.

Adam me roza en la parte baja de la espalda con tres dedos y me sobresalto. Me apresuro hacia delante y Warner me sonríe. Aparta la silla de su izquierda y gesticula para que me siente. Me siento.

Intento no mirar a Adam cuando se sienta frente a mí.

—Ya sabes que tienes ropa en el armario, querida. —Warner se sienta a mi lado; la sala le imita y reanuda un parloteo constante. Se ha girado casi por completo hacia mí pero por alguna razón la única presencia que noto está frente a mí. Me centro en el plato vacío que hay a cinco centímetros de mis dedos. Dejo caer las manos en el regazo—. Y no hace falta que vuelvas a ponerte esas zapatillas de tenis sucias —prosigue Warner, robándome otra mirada antes de verter algo en mi copa. Parece agua.

~~Estoy tan sedienta que podría beberme una cascada.~~

Odio su sonrisa.

El odio es anodino hasta que sonríe. Hasta que se da la vuelta y miente con labios y dientes tallados con aspecto de algo demasiado pasivo como para golpearlo.

—¿Juliette?

Estoy respirando demasiado rápido. Mi garganta se hincha en una tos reprimida.

Sus ojos verdes y vidriosos destellan en mi dirección.

—¿No tienes hambre? —Palabras azucaradas. Me toca la muñeca con la mano enguantada y casi me la tuerce de lo rápido que me alejo de él.

~~Podría comerme a todas las personas de la sala.~~

—No, gracias.

Se lame el labio superior, sonriendo.

—No confundas la estupidez con la valentía, cariño. Sé que no has comido nada en muchos días.

Algo en mi paciencia llega a un límite.

—Preferiría morir antes que aceptar tu comida y escuchar cómo me llamas *cariño* —espoto. Aprieto la mandíbula.

Adam deja caer el tenedor.

Warner le concede una mirada rápida y cuando se vuelve hacia mí sus ojos se han endurecido. Sostiene la mirada durante algunos segundos infinitamente largos y saca una pistola del bolsillo de la chaqueta. Dispara.

Toda la sala pega un grito.

El corazón me late en la garganta.

Giro la cabeza muy, muy despacio hacia donde apunta la pistola de Warner y veo que ha disparado al hueso de algún tipo de carne. El plato de comida desprende humo por la sala, con la comida amontonada a menos de medio metro de los invitados. Ha disparado sin siquiera mirar. Podría haber matado a alguien.

Concentro toda mi energía para permanecer muy, muy quieta.

Warner deja caer el arma sobre mi plato. Se produce un silencio tan largo que retumba por todo el universo.

—Escoge muy bien tus palabras, Juliette. Basta una palabra mía para que tu vida aquí no sea tan fácil.

Parpadeo.

Adam me acerca un plato de comida. La fuerza de su mirada es como un atizador candente contra mi piel. Levanto la vista e inclina la cabeza un milímetro. Sus ojos dicen *por favor*.

Agarro el tenedor.

Warner no se pierde ni un detalle. Se aclara la garganta demasiado fuerte. Se ríe sin humor mientras corta la carne de su plato.

—¿Tengo que pedirle a Adam que me haga todo el trabajo?

—¿Cómo?

—Parece que sólo le hagas caso a él. —El tono de su voz parece despreocupado, pero tiene la mandíbula claramente rígida. Se gira hacia Adam—. Me sorprende que no le dijeras que se cambiara de ropa, como te pedí.

Adam se sienta más erguido.

—Lo hice, señor.

—Me gusta mi ropa —intervengo. Me gustaría pegarte un puñetazo en el ojo, es lo que no digo.

La sonrisa de Warner reaparece.

—Nadie te ha preguntado qué *te* gusta, cariño. Ahora come. Necesito que tu apariencia sea la mejor posible cuando estés a mi lado.

TRECE

Warner insiste en acompañarme a la habitación.

Después de cenar, Adam ha desaparecido junto a otro grupo de soldados. Ha desaparecido sin decirme nada o siquiera mirarme y no sé qué esperar. Por lo menos no tengo nada que perder excepto mi vida.

—No quiero que me odies —me dice Warner mientras nos dirigimos hacia el ascensor—. Sólo seré tu enemigo si túquieres que lo sea.

—Siempre seremos enemigos. —Mi voz se quiebra en astillas de hielo. Las palabras se me deshacen en la boca—. Nunca seré lo quequieres que sea.

Warner suspira al apretar el botón del ascensor.

—Estoy seguro de que cambiarás de idea. —Me mira con una leve sonrisa. Una pena, la verdad, que una mirada tan llamativa se desperdiciara en un ser humano tan miserable—. Tú y yo, Juliette... ¿juntos? Seríamos imparables.

No lo voy a mirar, aunque noto que su mirada toca cada centímetro de mi cuerpo.

—No, gracias.

Estamos en el ascensor. El mundo silba a nuestro paso y las paredes de cristal nos exponen como si fuéramos un espectáculo para todo el que deambula en cada planta. No hay secretos en este edificio.

Me toca el codo y me aparto.

—Deberías reconsiderarlo —insiste suavemente.

—¿Cómo lo supiste? —El ascensor se abre con un sonido musical pero yo no me muevo. Finalmente me vuelvo hacia él porque no puedo contener la curiosidad. Examino sus manos, cuidadosamente enfundadas en cuero,

sus mangas gruesas definidas y largas. Incluso tiene el cuello alto y majestuoso. Va vestido impecablemente de pies a cabeza y está totalmente cubierto excepto en la cara. En caso de que quisiera tocarlo, no estoy segura de si podría. Se protege a sí mismo.

De mí.

—¿Tal vez podríamos hablar mañana por la noche? —Levanta una ceja y me ofrece el brazo. Finjo que no me doy cuenta mientras salimos del ascensor y recorremos la sala—. Podrías ponerte algo bonito, quizás.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

Estamos frente a mi puerta.

Se detiene. Sorprendido. Levanta la barbilla casi de forma imperceptible. Fija la vista en mi rostro y empiezo a arrepentirme de la pregunta.

—Quieres saber mi nombre.

No lo hago a propósito, pero cierro un poquito los ojos.

—Warner es tu apellido, ¿no?

Casi sonríe.

—Quieres saber mi nombre.

—No sabía que fuera un secreto.

Da un paso adelante. Contrae los labios. Baja la vista, sus labios dibujan una tensa sonrisa. Deja caer un dedo enguantado sobre el pómulo de mi mejilla.

—Te lo diré si primero me dices el tuyo —susurra, demasiado cerca de mi cuello.

Retrocedo un poco un poco. Trago fuerte.

—Ya sabes mi nombre.

No me mira a los ojos.

—Tienes razón. Debería reformularlo. Quería decir que te diría el mío si me muestras lo que puedes hacer.

—¿Qué? —Respiro demasiado rápido.

Se quita los guantes despacio y empiezo a sentir pánico.

—Vamos, demuéstrame de qué eres capaz.

Tengo la mandíbula tan tensa que los dientes me duelen.

—No voy a tocarte.

—Está bien. —Se quita el otro guante—. No necesito tu ayuda.

—No...

—No te preocupes. —Sonríe—. Estoy seguro de que no *te* va a doler.

—No —jadeo—. No, no voy a... no puedo...

—Está bien —espeta—. Está bien. No quieres hacerme daño. Me siento muy halagado. —Casi pone los ojos en blanco. Mira por la sala. Ve a un soldado. Le hace señas—. ¿Jenkins?

Para su tamaño, Jenkins es ágil y se pone a mi lado enseguida.

—Señor. —Inclina un poco la cabeza a pesar de ser visiblemente mayor que Warner. No puede tener más de veintisiete; fornido, robusto, de gran corpulencia. Me dirige una mirada de refilón. Tiene los ojos castaños más cálidos de lo que esperaba.

—Voy a necesitar que acompañe a la señorita Ferrars abajo. Pero tenga cuidado: es muy poco colaboradora y tratará de escapar a su control. —Sonríe muy despacio—. No importa lo que diga o haga, soldado, no puede soltarla. ¿Queda claro?

Los ojos de Jenkins se ensanchan; parpadea, sus fosas nasales se dilatan, flexiona los dedos a ambos costados. Respira brevemente. Asiente.

Jenkins no es idiota.

Empiezo a correr.

Salgo huyendo por el pasillo y paso corriendo por delante de una sucesión de soldados estupefactos, están demasiado asustados como para pararme. No sé qué hago, por qué creo que puedo correr, adónde creo que voy. Me esfuerzo por llegar al ascensor sólo porque creo que me hará ganar tiempo. No sé qué más hacer.

Las órdenes de Warner rebotan por las paredes y estallan en mis tímpanos. No le hace falta perseguirme. El resto hace el trabajo por él.

Los soldados forman en fila delante de mí.

A mi lado.

Detrás de mí.

No puedo respirar.

Giro en el círculo de mi propia estupidez, histérica, dolorida, muerta de miedo al pensar en lo que voy a hacerle a Jenkins sin querer. En lo que va a hacerme a mí sin quererlo tampoco. En lo que va a pasarnos a los dos a pesar de nuestras mejores intenciones.

—Deténgala —dice Warner suavemente. El silencio ha invadido todos los rincones del edificio. Su voz es el único sonido de la sala.

Jenkins da un paso adelante.

Mis ojos se inundan y los aprieto con fuerza. Me obligo a abrirlos. Pestañeó hacia la multitud y descubro un rostro familiar. Adam me está mirando, horrorizado.

La vergüenza cubre cada centímetro de mi cuerpo.

Jenkins me ofrece su mano.

Mis huesos empiezan a ceder, a crujir en sincronía con los latidos de mi corazón. Me derrumbo en el suelo, doblándome como una delgada tortita. ¡Mis brazos están tan penosamente desprotegidos en esta camiseta raída!

—No... —levanto una mano vacilante, suplicando con la mirada, observando fijamente la cara de este hombre inocente—. Por favor, no... —Mi voz se quiebra—. No puedes, no debes, noquieres tocarme...

—Nunca he dicho que quisiera. —La voz de Jenkins es profunda y firme, llena de pesar. Jenkins no lleva guantes, ni protección, ni preparación, ni defensa posible.

—Era una orden directa, soldado —vocifera Warner, y le pone una pistola en la espalda.

Jenkins me agarra las manos.

No no no.

Jadeo.

La sangre se dispara por mis venas, corre por mi cuerpo como un río embravecido, olas de calor lamen mis huesos. Soy capaz de oír su angustia, siento el poder que escapa de su cuerpo, escucho los latidos de su corazón golpeando mi oreja y mi cabeza da vueltas por la avalancha de adrenalina que fortalece mi ser.

Me siento viva.

Ojalá me doliera. Ojalá me mutilara. Ojalá me repugnara. Ojalá odiara la fuerza potente que envuelve mi esqueleto.

Pero no. Mi piel late con la vida de otro y no lo odio.

Me odio a mí misma por disfrutar con ello.

Me gusta sentir cómo me lleno de más vida y esperanza y poder de lo que me creía capaz. Su dolor me da un placer que no había pedido.

Y no me suelta.

Pero no me suelta porque no puede. Porque debo ser yo quien rompa la conexión. Porque la agonía de muerte lo incapacita. Porque ha caído en mi trampa.

Porque soy una Venus atrapamoscas.

Y soy letal.

Me caigo de espaldas y le doy una patada en el pecho, para que se aparte de mí, para apartar su peso de mi pequeño cuerpo, y el suyo se desmorona sobre el mío. Me pongo a gritar de repente y lucho por ver a través de la cortina de lágrimas que me oscurece la visión; estoy hipando histérica, horrorizada por la expresión que se ha congelado en la cara de este hombre, sus labios paralizados, resollando aire hasta sus pulmones.

Me zafo y me caigo de espaldas. La marea de soldados se divide detrás de mí. El asombro y el miedo se graban en sus rostros, el más puro y absoluto pavor. Jenkins está tendido en el suelo y nadie se atreve a acercarse a él.

—¡Que alguien lo ayude! —grito—. ¡Que alguien lo *ayude!* ¡Necesita un médico... necesita que se lo lleven... necesita... ne... Dios mío, qué he hecho...!

—Juliette...

—¡No me toques! No te atrevas a tocarme...

Warner se vuelve a poner los guantes y trata de calmarme, intenta alisarme el pelo, trata de limpiarme las lágrimas y yo quiero asesinarle.

—Juliette, tienes que calmarte...

—¡Ayúdalo! —gimo, cayéndome de rodillas, con los ojos pegados a la figura tendida en el suelo. El resto de soldados por fin se acercan al cuerpo de Jenkins con lentitud, cautelosos como si pudieran contagiarse—. Por favor... ¡tenéis que ayudarle! *Por favor...*

—Kent, Curtis, Soledad, ¡ocupaos de esto! —les grita Warner a sus hombres antes de tomarme en brazos.

Sigo dando patadas cuando el mundo se ennegrece.

CATORCE

El techo aparece y desaparece de mi vista.

Me pesa la cabeza, veo borroso, noto presión en el corazón. Percibo un sabor a pánico en alguna parte de la lengua y lucho por recordar cuál es su origen. Trato de sentarme y no logro entender por qué estaba estirada.

Alguien ha puesto sus manos en mis hombros.

—¿Cómo te encuentras? —Warner me está mirando.

De repente los recuerdos me queman los ojos y el rostro de Jenkins nada por mi conciencia y suelto puñetazos y grito para que Warner se aleje de mí y lucho para zafarme de él pero se limita a sonreír. Se ríe un poco. Me baja las manos suavemente.

—Bueno, al menos ya estás despierta —suspira—. Por un momento me había preocupado.

Trato de controlar el temblor que sacude todos los miembros de mi cuerpo.

—Quítame las manos de encima.

Agita sus dedos enfundados enfrente de mi cara.

—Estoy protegido. No te preocupes.

—Te odio.

—¡Cuánta pasión! —Se vuelve a reír. Parece tan tranquilo, realmente entretenido. Me observa con una mirada tan tierna que me resulta indigna de él.

Aparto la vista.

Se levanta. Respira brevemente.

—Toma —dice, cogiendo una bandeja de una mesita—. Te he traído comida.

Aprovecho el momento para sentarme y mirar a mi alrededor. Estoy estirada en una cama cubierta de damascos dorados y bermellones del tono de la sangre más oscura. El suelo está cubierto por una alfombra gruesa y sofisticada del color de un sol poniente de verano. Hace calor en la habitación. Es del mismo tamaño que la mía, con mobiliario bastante común: cama, armario, mesitas de noche, una lámpara brillante colgando del techo. La única diferencia es que en esta habitación hay una puerta más y que un candelabro resplandece silenciosamente en una mesita de la esquina. No he visto fuego desde hace tantos años que he perdido la cuenta. Debo reprimir un impulso de extender la mano y tocar la llama.

Me apoyo en los cojines y finjo que no estoy cómoda.

—¿Dónde estoy?

Warner se gira con un plato de pan y queso en la mano. En la otra lleva un vaso de agua. Mira a su alrededor como si fuera la primera vez que ve la habitación.

—Es mi dormitorio.

Si mi cabeza no estuviera estallando en pedazos saldría corriendo.

—Llévame a mi habitación. No quiero estar aquí.

—Y sin embargo aquí estás. —Se sienta a los pies de la cama, a poca distancia. Me acerca el plato—. ¿Tienes sed?

No sé si es porque no puedo pensar con claridad o porque estoy realmente confusa, pero trato de reconciliar las dos personalidades opuestas de Warner. Aquí está, ofreciéndome un vaso de agua después de forzarme a torturar a alguien. Levanto las manos y examino mis dedos como si fuera la primera vez que los veo.

—No lo entiendo.

Inclina la cabeza, inspeccionándome como si me hubiera autolesionado de verdad.

—Sólo te he preguntado si tenías sed. No es tan difícil de entender. —
Pausa—. Bébete esto.

Cojo el vaso. Lo miro. Lo miro a él. Miro a las paredes.

Debo estar loca.

Warner suspira.

—No estoy seguro, pero creo que te desmayaste. Y creo que deberías comer algo, aunque tampoco estoy del todo seguro de esto. —Hace una pausa—. Quizás has hecho demasiados esfuerzos en tu primer día. Es culpa mía.

—¿Por qué eres amable conmigo?

La sorpresa reflejada en su rostro me sorprende más a mí.

—Porque me preocupo por ti —dice simplemente.

—*Te preocupas* por mí? —El entumecimiento de mi cuerpo empieza a disiparse. Me está aumentando la presión sanguínea y la ira se abre camino hacia mi conciencia—. ¡Casi mato a Jenkins por tu culpa!

—No mataste a...

—¡Tus soldados me golpearon! ¡Me tienes prisionera! ¡Me amenazas! ¡Amenazas con matarme! No me das ninguna libertad y ¿dices que te preocupas por mí? —Casi le tiro el vaso de agua a la cara—. ¡Eres un monstruo!

Warner se vuelve, de modo que le veo de perfil. Entrelaza las manos. Cambia de parecer. Se toca los labios.

—Sólo trato de ayudarte.

—Mentiroso.

Parece tener en cuenta lo que le digo. Asiente, sólo una vez.

—Sí, la mayoría de las veces lo soy.

—No quiero estar aquí. No quiero ser tu experimento personal. Déjame ir.

—No. —Se levanta—. Me temo que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo. Porque... —Se estira los dedos. Se aclara la garganta. Toca el techo con la mirada por un momento—. Porque te necesito.

—¡Me necesitas para que mate a gente!

No responde de inmediato. Se dirige hacia el candelabro. Se quita el guante. Le hace cosquillas a la llama con los dedos desnudos.

—¿Sabes? Soy muy capaz de matar a gente por mí mismo, Juliette. Soy bastante bueno.

—¡Me das asco!

Se encoge de hombros.

—¿Cómo crees si no que alguien de mi edad puede controlar a tantos soldados? ¿Por qué mi padre iba a dejarme a cargo de un sector entero?

—¿Tu *padre*? —De repente, me incorporo curiosa, muy a mi pesar.

Ignora mi pregunta.

—La mecánica del miedo es bastante simple. Intimido a la gente y así me escuchan cuando hablo. —Agita una mano—. Las amenazas vacías no sirven de mucho hoy en día.

Cierro los ojos con fuerza.

—Entonces matas a la gente para conseguir poder.

—Como tú.

—¿Cómo te *atreves* a decir eso?

Se ríe, ruidosamente.

—Eres libre de mentirte a ti misma si eso te hace sentir mejor.

—No me estoy mintiendo...

—¿Por qué tardaste tanto en romper la conexión con Jenkins?

Se me paraliza la boca.

—¿Por qué no te defendiste de inmediato? ¿Por qué dejaste que te tocara durante tanto rato?

Mis manos empiezan a temblar y las sujeto con fuerza.

—No sabes nada sobre mí.

—Y sin embargo tú dices que me conoces muy bien.

Aprieto la mandíbula, sin confiar en lo que pueda decir.

—Al menos soy sincero —añade.

—¡Acabas de decirme que eres un mentiroso!

Levanta las cejas.

—Al menos soy sincero sobre lo de ser un mentiroso.

Le doy un golpe al vaso de agua de la mesita. Apoyo la cabeza en las manos. Trato de calmarme. Tomo una bocanada de aire.

—Bueno —digo con voz ronca—. ¿Entonces por qué me necesitas? ¿Si eres tan buen asesino?

Una sonrisa sobrevuela su rostro y desaparece.

—Un día te daré la respuesta a esa pregunta. —Intento protestar pero me detiene con un gesto. Toma un pedazo de pan del plato. Me lo pone bajo

la nariz—. Apenas has cenado. Eso no puede ser bueno.

No me muevo.

Arroja el pan en el plato y cae cerca del agua. Se vuelve hacia mí. Examina mis ojos tan intensamente que me desarma por un momento. Hay muchas cosas que quiero decir y gritar pero por alguna razón he olvidado todas las palabras, que esperan impacientes en mi boca. No consigo mirar hacia otro lado.

—Come algo. —Su mirada me abandona—. Y luego duérmete. Volveré a por ti por la mañana.

—¿Por qué no puedo dormir en mi habitación?

Se pone en pie. Se limpia los pantalones sin razón alguna.

—Porque quiero que te quedes aquí.

—Pero ¿por qué?

Se ríe de forma ensordecadora.

—Cuántas preguntas.

—Bueno, si me das una respuesta coherente...

—Buenas noches, Juliette.

—¿Vas a dejarme ir? —pregunto, esta vez en voz baja, tímidamente.

—No. —Da seis pasos hacia la esquina donde llamea la vela—. Y tampoco te prometo que vaya a ponértelo más fácil. —En su voz no hay arrepentimiento, ni remordimientos, ni piedad. Podría estar hablando sobre el tiempo.

—Quizás mientes.

—Sí, quizás sí. —Asiente, como para sí mismo. Sopla la vela. Y desaparece.

Intento resistirme.

Intento quedarme despierta.

Intento centrarme pero no lo consigo.

Me desplomo de puro agotamiento.

QUINCE

¿Por qué no te suicidas? Me lo preguntó una vez alguien en la escuela.

Creo que era la típica pregunta que pretendía ser cruel, pero fue la primera vez que contemplé dicha posibilidad. No supe qué decir. Quizás estaba tan loca como para pensarlo, pero siempre había tenido la esperanza de que si era una chica lo suficientemente buena, si lo hacía todo bien, si decía lo correcto o directamente me callaba, mis padres cambiarían de opinión. Pensaba que por fin me escucharían si intentaba hablar. Pensaba que me darían una oportunidad. Pensaba que al fin quizás me querrían.

Siempre tuve esta estúpida esperanza.

—Buenos días.

Abro los ojos de golpe con un sobresalto. Nunca he tenido el sueño muy profundo.

Warner me está mirando, sentado a los pies de su cama vestido con un traje limpio y unas botas perfectamente pulidas. Todo en él es meticuloso. Impoluto. Su aliento es fresco en el vigorizante aire matutino. Lo noto en la cara.

Me lleva un tiempo darme cuenta de que estoy enredada en las mismas sábanas en las que ha dormido Warner. De repente mi rostro se enciende y trato de zafarme a trompicones. Casi me caigo de la cama.

No lo saludo.

—¿Has dormido bien? —me pregunta.

Miro hacia arriba. Tiene los ojos de un tono verde extraño: brillantes, cristalinos, penetrantes de la manera más perturbadora. Tiene el cabello grueso, como una porción del oro más valioso; su cuerpo es esbelto, normal, pero sus manos son fuertes. Me doy cuenta por primera vez de que lleva un anillo de jade en el dedo meñique de la mano izquierda.

Me pilla observándolo y se levanta. Se lleva las manos a la espalda.

—Es hora de que vuelvas a tu habitación.

Parpadeo. Asiento. Me levanto y, de nuevo, casi me caigo. Me agarro a un lado de la cama e intento estabilizar mi cabeza atontada. Warner suspira.

—No has comido lo que te dejé anoche.

Bebo el agua con manos temblorosas y me fuerzo a masticar un poco de pan. Mi cuerpo está tan acostumbrado a pasar hambre que ya no reconozco los síntomas.

Cuando recupero el equilibrio Warner me acompaña a la salida. Sigo sosteniendo un pedazo de queso en la mano.

Casi se me cae cuando salgo fuera.

Hay incluso más soldados que en mi planta. Cada uno está equipado con cuatro tipos de pistolas como mínimo, algunas colgadas al cuello, otras atadas a los cinturones. En sus rostros se pinta el terror al verme. Destella y desaparece tan rápido que podría no darme cuenta, pero es bastante obvio: todos se afellan a sus armas con más fuerza cuando paso a su lado.

Warner parece satisfecho.

—Su miedo jugará a tu favor —me susurra al oído.

Mi humanidad descansa en un millón de trozos en este suelo alfombrado.

—Nunca he querido que me tengan miedo.

—Pues deberías. —Se detiene. Sus ojos me llaman estúpida—. Si no te tienen miedo te cazarán.

—La gente se pasa el tiempo cazando lo que teme.

—Por lo menos ya saben contra quien se enfrentan. —Sigue andando por el corredor, pero mis pies están cosidos al suelo.

La comprensión es como un vaso de agua helada y me cae por la espalda.

—¿Me obligaste a hacerlo... lo de Jenkins? ¿A propósito?

Warner está tres pasos por delante de mí pero veo la sonrisa en su rostro.

—Todo lo que hago es a propósito.

—Querías un espectáculo. —El corazón se acelera en mi muñeca, late en mis dedos.

—Trataba de protegerte.

—¿De tus propios soldados? —Corro para llegar hasta él, ardiente de indignación—. A costa de la vida de un hombre...

—Entra. —Warner ha llegado al ascensor. Mantiene las puertas abiertas para que entre.

Lo sigo.

Pulsa los botones.

Se cierran las puertas.

Me giro para hablar.

Me acorrala.

Estoy apoyada en el extremo más alejado de este receptáculo de cristal y de repente me pongo nerviosa. Me agarra los brazos con las manos y sus labios están peligrosamente cerca de mi rostro. Su mirada está clavada en la mía, sus ojos destellan; peligroso. Dice una sola palabra:

—Sí.

Tardo un momento en recuperar la voz.

—Sí, ¿qué?

—Sí, de mis soldados. Sí, a costa de la vida de un hombre. —Tensa la mandíbula. Habla entre dientes—. Entiendes muy pocas cosas de mi mundo, Juliette.

—Trato de entender...

—No lo haces —espeta. Sus pestañas son como hilos de oro ardiendo en fuego. Casi siento ganas de tocarlos—. No entiendes que el poder y el control se pueden escapar de las manos en cualquier momento, incluso cuando piensas que estás listo. Estas dos cosas no son fáciles de conseguir. Y son más difíciles aún de conservar. —Intento hablar pero me corta—. ¿Crees que no sé cuántos de mis soldados me odian? ¿Crees que no sé que les gustaría verme derrotado? ¿Crees que no hay otros a quienes les encantaría ocupar mi puesto, por el que tengo que luchar tanto...?

—Eres un...

Apura los últimos centímetros que nos separan y mis palabras se caen al suelo. No puedo respirar. La tensión de todo su cuerpo es tan intensa que casi puedo palparla y creo que mis músculos han empezado a petrificarse.

—Eres una ingenua —me dice con voz dura, baja, un susurro irritante en mi piel—. No te das cuenta de que eres una amenaza para cualquier persona de este edificio. Tienen todos los motivos del mundo para hacerte daño. No te das cuenta de que intento ayudarte...

—¡Haciéndome daño! —protesto—. ¡Haciendo daño a los demás!

Su risa es fría, triste. Se aparta de mí, hastiado de pronto. El ascensor se abre pero no sale. Veo mi habitación desde aquí.

—Vuelve a tu habitación. Lávate. Cámbiate. Hay vestidos en tu armario.

—No me gustan los vestidos.

—Tampoco creo que te guste ver *eso* —dice ladeando la cabeza. Sigo su mirada y veo una sombra descomunal frente a mi puerta. Me giro para pedir una explicación pero no me dice nada. De golpe está tranquilo, sus rasgos exentos de cualquier emoción. Me toma la mano, me aprieta los dedos, dice —: Volveré a por ti en una hora. —Y las puertas del ascensor se cierran antes de que pueda protestar.

Me empiezo a preguntar si es coincidencia que la persona a quien le da menos miedo tocarme sea un monstruo.

Doy un paso adelante y me atrevo a mirar más de cerca al soldado que está en pie en la oscuridad.

Adam.

Oh Adam.

Adam, que ya sabe perfectamente de qué soy capaz.

Mi corazón es como un globo de agua que me explota en el pecho. Mis pulmones oscilan en mi caja torácica. Siento como si todos los puños del mundo hubieran decidido golpearme en el estómago. No debería preocuparme tanto, pero no puedo evitarlo.

Me va a odiar para siempre. Ni me va a mirar.

Espero a que me abra la puerta pero no se mueve.

—¿Adam? —aventuro—. Necesito tu tarjeta de acceso.

Veo cómo traga saliva y respira brevemente y de inmediato me doy cuenta de que algo va mal. Me acerco, pero una rápida y firme sacudida de cabeza me dice que no lo haga. ~~No toco a la gente no me acerco a la gente soy un monstruo~~. No quiere que me acerque. Por supuesto que no. No debería olvidarme nunca de quién soy.

Abre la puerta con gran dificultad y me doy cuenta de que alguien le ha herido en un sitio que no puedo ver. Las palabras de Warner acuden a mi cabeza e identifico su despedida despreocupada con una advertencia. Una advertencia que corta todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

Castigarán a Adam por mis errores. Por mi desobediencia.

Quiero enterrar mis lágrimas en un cubo de arrepentimiento.

Entro por la puerta y vuelvo a mirar a Adam una última vez, incapaz de sentir triunfo alguno en su dolor. A pesar de todo lo que ha hecho, no sé si soy capaz de odiarlo. A Adam, no. Al chico que conocía, no.

—El vestido púrpura —me dice, con voz quebrada y un poco entrecortada, como si le doliera al respirar. Me retuerzo las manos para evitar correr hacia él—. Ponte el vestido púrpura. —Tose—. Juliette.

Seré el maniquí perfecto.

DIECISÉIS

Tan pronto como llego a la habitación abro el armario y arranco de un tirón el vestido púrpura del colgador antes de recordar que me están observando. *Las cámaras.* Me pregunto si también castigaron a Adam por hablar de ellas. Me pregunto si habrá corrido otros riesgos conmigo. Me pregunto por qué lo haría.

Toco la tela rígida y moderna del vestido púrpura y mis dedos se deslizan hasta el dobladillo, tal y como hizo Adam ayer. No puedo evitar pensar por qué le gusta tanto este vestido. Por qué éste. Por qué tengo que ponerme un vestido siquiera.

No soy una muñeca.

Mi mano se detiene en el pequeño estante de madera que hay debajo de la ropa colgada y una textura desconocida me roza la piel. Es dura y extraña pero conocida al mismo tiempo. Me acerco más al armario y me escondo entre las puertas. Deslizo los dedos por la superficie y un rayo de sol irrumpen en mi estómago llenándome de esperanza, y me sobreviene una estúpida felicidad, pero es tan fuerte que me sorprende que mi rostro no esté cubierto de lágrimas.

Mi libreta.

Ha salvado mi libreta. ~~Adam ha salvado lo único que tengo.~~

Cojo el vestido púrpura y meto el bloc de notas entre los pliegues antes de escabullirme hacia el baño.

~~El baño, donde no hay cámaras.~~

~~El baño, donde no hay cámaras.~~

~~El baño, donde no hay cámaras.~~

Estaba intentando decírmelo, comprendo. Antes, en el baño. Estaba intentando decirme algo y yo estaba tan asustada que lo ahuyenté.

Lo ahuyenté.

Cierro la puerta tras de mí y mis manos tiemblan al desplegar las familiares hojas unidas con pegamento viejo. Hojeo las páginas para asegurarme de que están todas y mis ojos aterrizan en la entrada más reciente. En la parte inferior hay un cambio. Una frase nueva que no está escrita con mi letra.

Una frase nueva que debe ser de él.

No es lo que piensas.

Me quedo inmóvil.

Cada centímetro de mi piel está en tensión, cargado de sentimiento, y aumenta la presión en mi pecho, palpitando más ruidosa, rápida y fuertemente, compensada en exceso por mi inmovilidad. No tiemblo cuando estoy congelada en el tiempo. Entreno mi respiración para que sea más lenta,uento cosas que no existen,uento números al azar, me imagino que el tiempo es un reloj de arena roto que sangra segundos a través de la arena. Me atrevo a creer.

Me atrevo a tener la esperanza de que Adam esté intentando acercarse a mí. Estoy lo bastante loca como para creer en eso.

Arranco la página de la libreta y la agarro con fuerza, tragándome enérgicamente la histeria que cosquillea cada momento de mi mente destrozada.

Escondo la libreta en un bolsillo del vestido púrpura. El bolsillo en el que Adam la debe haber metido. El bolsillo del que se debe haber caído. ~~El bolsillo del vestido púrpura. El bolsillo del vestido púrpura.~~

La esperanza es un bolsillo de posibilidades.

La sostengo en la mano.

Warner no se retrasa.

Tampoco llama a la puerta.

Me estoy poniendo los zapatos cuando entra sin decir palabra, sin esforzarse en hacer notar su presencia. Sus ojos descienden por todo mi

cuerpo. Mi mandíbula se endurece.

—Le has hecho daño —me sorprende diciendo.

—No debería importarte —dice ladeando la cabeza, señalando mi vestido—. Pero es obvio que te importa.

Sello mis labios y rezo para que mis manos no tiemblen mucho. No sé dónde está Adam. No sé si está gravemente herido. No sé qué va a hacer Warner, hasta dónde va a llegar con tal de lograr lo que quiere, pero la idea de que Adam esté sufriendo me hace sentir como si una mano fría me agarrara el esófago. No puedo respirar. Me duele como si estuviera tragándome un mondadientes. Si Adam está tratando de ayudarme podría costarle la vida.

Toco el trozo de papel que tengo guardado en el bolsillo.

Respiro.

Warner mira por mi ventana.

Respiro.

—Es hora de irse —dice.

Respiro.

—¿Adónde vamos?

No responde.

Salimos por la puerta. Miro a mi alrededor. El pasillo está deserto, vacío.

—¿Dónde está Adam la gente?

—Me gusta mucho este vestido —contesta Warner deslizando un brazo alrededor de mi cintura. Me aparto pero me guía hacia el ascensor—. Te queda espectacular. Me distrae de tus preguntas.

—Tu pobre madre.

Warner casi tropieza con sus propios pies. Sus ojos se ensanchan, alarmados. Se detiene a pocos metros de nuestra meta. Se da la vuelta.

—¿Qué quieres decir?

El estómago me da un vuelco.

La expresión de su rostro: tensión desprotegida, miedo acobardado, aprensión repentina.

Sólo estaba bromeando, una broma cruel, es lo que no le digo. Lo siento por tu pobre madre, es lo que iba a decirle, porque tiene que ocuparse de un

hijo tan miserable y patético. Pero no digo nada.

Me toma las manos, fija la vista en mis ojos. La urgencia late en su sien.

—¿Qué quieres decir? —insiste.

—N-nada —tartamudeo. Se me quiebra la voz—. Yo no... Sólo era una broma...

Warner me suelta las manos como si lo hubieran quemado. Mira hacia otro lado. Va hacia el ascensor y no espera a que lo alcance.

Me pregunto qué me está ocultando.

Cuando ya hemos bajado varias plantas y vamos por un pasillo desconocido hacia una salida desconocida me mira por fin. Me dedica cuatro palabras.

—Bienvenida a tu futuro.

DIECISIETE

Nado entre rayos de luz.

Warner mantiene abierta una puerta que lleva directamente al exterior y estoy tan poco preparada para la experiencia que me cuesta ver bien. Me sujetó del codo para estabilizar mi paso y lo miro con detenimiento.

—Vamos fuera. —Lo digo porque necesito decirlo en voz alta. Porque el mundo exterior es un premio que me dan muy pocas veces. Porque no logro averiguar si Warner intenta volver a ser amable conmigo. Desvío la vista de él hacia algo que parece un patio de hormigón y lo vuelvo a mirar —. ¿Qué hacemos fuera?

—Tenemos que encargarnos de algunos asuntos. —Tira de mí hacia el centro de este nuevo universo y yo me separo de él, estirando el brazo para tocar el cielo como si esperara que se acordara de mí. Las nubes son grises como siempre, pero son dispersas y modestas. El sol está arriba, arriba, arriba, descansando sobre un telón de fondo para apoyar los rayos y reorientarlos hacia nuestra dirección. Estoy de puntillas e intento tocarlo. El viento me acaricia los brazos y sonríe contra mi piel. El aire fresco y suave como la seda trenza una ligera brisa en mi pelo. Este patio cuadrado podría ser mi salón de baile.

Quiero bailar con los elementos.

Warner me toma de la mano. Me vuelvo.

Está sonriendo.

—Esto —dice, haciendo gestos hacia el mundo frío y gris a nuestros pies—. ¿Esto te hace feliz?

Miro a mi alrededor. Me doy cuenta de que el patio no es exactamente un tejado sino algo entre dos edificios. Me acerco lentamente a la cornisa y

veo tierra muerta, árboles desnudos e instalaciones que se extienden a varios kilómetros.

—El aire frío huele a limpio —le digo—. Fresco. Nuevo. Es el olor más maravilloso del mundo.

Me mira con ojos divertidos, preocupados, interesados y confusos al mismo tiempo. Sacude la cabeza. Se alisa la chaqueta con la mano y busca un bolsillo interior. Saca una pistola con un mango de oro que destella bajo la luz del sol.

Respiro intensamente.

Inspecciona la pistola de una forma que no comprendo, probablemente para comprobar si está cargada. La desliza por su mano, con el dedo preparado sobre el gatillo. Se gira y al fin descifra la expresión de mi rostro.

Casi se echa a reír.

—No te preocunes. No es para ti.

—¿Por qué tienes una pistola? —Trago con dificultad, apretando los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Qué hacemos aquí?

Warner vuelve a guardar la pistola en el bolsillo y camina hacia el extremo opuesto de la cornisa. Me hace un gesto para que lo siga. Me muevo hacia él con lentitud. Sigo su mirada. Observo por encima de la muralla.

Todos los soldados del edificio están de pie cinco metros más abajo.

Distingo casi cincuenta filas, cada una de ellas perfectamente recta, perfectamente espaciada, hay tantos soldados en fila que pierdo la cuenta. ~~Me pregunto si Adam se encuentra entre la multitud. Me pregunto si puede verme.~~

~~Me pregunto qué piensa ahora sobre mí.~~

Los soldados están de pie en un espacio cuadrado casi idéntico al que ocupamos Warner y yo, pero forman una masa negra organizada: pantalones negros, camisas negras, botas de media caña negras, ni una pistola a la vista. Todos están de pie con el puño izquierdo en el corazón. Inmóviles en su sitio.

Negro y gris

y

negro y gris

y
negro y gris
y
deprimente.

De pronto, me doy cuenta de que mi atuendo resulta poco práctico. De repente, el viento se vuelve desalmado, demasiado frío, demasiado doloroso mientras corre a través de la multitud. Siento un escalofrío que no tiene ninguna relación con la temperatura. Busco a Warner pero él ya ha tomado su posición en el borde del patio; es obvio que ya lo ha hecho muchas veces. Se saca un cuadradito de metal agujereado del bolsillo y lo presiona en los labios; al hablar, su voz llega a la multitud como si se hubiera amplificado.

—Sector 45.

Una palabra. Un número.

Todo el grupo se mueve: sueltan el puño izquierdo, lo dejan a un lado, plantan el puño derecho en el corazón. Son una máquina bien engrasada, trabajan en perfecta colaboración entre ellos. Si no estuviera tan inquieta creo que estaría impresionada.

—Esta mañana van a tratarse dos asuntos. —La voz de Warner penetra en el ambiente: tajante, clara, insoportablemente segura—. El primero está de pie a mi lado.

Miles de ojos se clavan en mí. Casi me estremezco.

—Juliette, ven aquí por favor. —Dos dedos se flexionan en dos puntos de mi cuerpo y me invitan a tirar hacia delante. Me muevo con lentitud hasta que me ven.

Warner desliza su brazo alrededor de mí. Me estremezco. La multitud se sobresalta. Mi corazón se sobresalta. Estoy demasiado asustada como para alejarme de él. Su pistola está demasiado cerca de mi cuerpo.

Los soldados parecen sorprendidos de que Warner esté dispuesto a tocarme.

—Jenkins, ¿puedes dar un paso adelante, por favor?

Mis dedos están corriendo una maratón por mi muslo. No puedo estar quieta. No puedo calmar las palpitaciones que estallan en mi sistema nervioso. Jenkins sale de la línea; lo localizo de inmediato.

Está bien.

Dios mío.

Está bien.

—Jenkins tuvo el placer de conocer a Juliette anoche —prosigue. La tensión entre los hombres es casi tangible. Al parecer, nadie sabe hacia dónde va el discurso. Y al parecer, nadie ha oído aún la historia de Jenkins. Mi historia—. Espero que todos la reciban con la misma amabilidad —añade Warner, riendo para sus adentros—. Se quedará con nosotros un tiempo, y será un activo muy valioso para nuestros esfuerzos. El Restablecimiento le da la bienvenida. Yo le doy la bienvenida. Vosotros deberíais darle la bienvenida.

Los soldados sueltan sus puños a la vez, todos exactamente al mismo tiempo.

Se mueven de forma unánime, cinco pasos atrás, cinco pasos adelante, cinco pasos en el mismo lugar. Levantan los brazos izquierdos y cierran los dedos en un puño.

Y se reclinan sobre una rodilla.

Me asomo aún más hacia el borde, ansiosa por ver más de cerca ese número tan extrañamente coreografiado. Nunca había visto nada igual.

Warner les hace quedarse así, inclinados de esa forma, con los puños alzados de esa forma. No dice nada durante treinta segundos como mínimo. Y luego dice.

—Bien.

Los soldados se alzan y vuelven a poner el puño derecho en el pecho.

—El segundo asunto que nos ocupa aún es más agradable que el primero —prosigue, aunque parece no sentir ningún placer al decirlo. Sus ojos se clavan en los soldados de abajo: esquirlas de esmeralda que parpadean como llamas verdes sobre sus cuerpos—. Delalieu tiene un informe para nosotros.

Se pasa una eternidad mirando a los soldados, dejando que estas escuetas palabras marinen en sus mentes. Dejando que su propia imaginación los vuelva locos. Dejando que los culpables tiemblen de angustia.

Warner se queda callado durante mucho rato.

Nadie se mueve en mucho rato.

Empiezo a temer por mi vida a pesar de sus anteriores y reiteradas garantías. Empiezo a preguntarme si tal vez yo sea la culpable. Si tal vez la pistola de su bolsillo va destinada a mí. Al final me atrevo a mirar hacia él. Me observa por primera vez y no tengo ni idea de cómo interpretarlo.

Puedo interpretar su mirada de diez mil formas posibles.

—Delalieu —dice, sin dejar de mirarme—. Deberías dar un paso adelante.

Un tipo delgado y calvo con un traje un poco más condecorado sale de la parte frontal de la quinta línea. No parece del todo estable. Agacha un poquito la cabeza. Trina al hablar.

—Señor.

Finalmente Warner libera mis ojos de sus cadenas y asiente, casi de forma imperceptible, en dirección al hombre calvo.

Delalieu recita:

—Tenemos una acusación contra el soldado raso 45B-76423. Fletcher, Seamus.

Los soldados están en fila, congelados de alivio, congelados de miedo, congelados de ansiedad. Nada se mueve. Nada respira. Incluso el viento teme hacer algún sonido.

—Fletcher. —Una palabra de Warner y varios centenares de cuellos se vuelven en la misma dirección.

Fletcher sale de la línea.

Parece un muñequito de jengibre. Pelo anaranjado. Pecas a juego. Labios rojos casi artificiales. En su rostro no hay emoción alguna.

Nunca en mi vida he sentido tanto miedo por un desconocido.

Delalieu habla de nuevo.

—Encontraron al soldado raso Fletcher en áreas no reguladas, confraternizando con civiles sospechosos de pertenecer al partido rebelde. Había robado comida y suministros de las unidades de almacenamiento destinados a los ciudadanos del Sector 45. No se sabe si reveló información confidencial.

Warner dirige su mirada hacia el muñequito de jengibre.

—¿Niegas estas acusaciones, soldado?

Las fosas nasales de Fletcher se ensanchan. Tensa la mandíbula.
Confiesa al hablar.

—No, señor.

Warner asiente. Respira brevemente. Se relame los labios.

Y le dispara en la frente.

DIECIOCHO

Nadie se mueve.

En el rostro de Fletcher se ha grabado un horror permanente mientras se desploma en el suelo. Estoy tan impresionada ante la imposibilidad de todo esto que no sé si estoy soñando o no, no puedo determinar si estoy muriendo o no, no sé si desmayarme es una buena idea o no.

Las extremidades de Fletcher se doblan en ángulos extraños sobre el frío suelo de hormigón. La sangre forma un charco a su alrededor y todos permanecen quietos. Nadie dice ni una sola palabra. Ni una sola mirada de terror.

Me toco los labios continuamente para ver si mis gritos se han escapado.

Warner vuelve a meter la pistola en el bolsillo de su chaqueta.

—Sector 45, pueden retirarse.

Todos los soldados se reclinan sobre una rodilla.

Warner se guarda el dispositivo de amplificación en el traje y tiene que empujarme para moverme del sitio al que estoy pegada. Tropiezo conmigo misma, tengo las piernas débiles y los huesos doloridos. Siento náuseas, delirio, soy incapaz de mantenerme de pie. Sigo intentando hablar, pero las palabras están pegadas a mi lengua. De repente estoy sudando y de repente me congelo y de repente me encuentro tan mal que veo manchas que me nublan la vista.

Warner intenta sacarme por la puerta.

—Tienes que comer más —me dice.

Tengo los ojos muy abiertos, estoy boquiabierta, abro mucho la boca porque noto agujeros por todas partes que me perforan el cuerpo.

Debo tener el corazón sangrando fuera del pecho.

Miro hacia abajo y no entiendo por qué no hay sangre en el vestido, por qué este dolor en mi corazón parece tan real.

—Lo has matado —consigo susurrar—. Lo acabas de matar...

—Muy observadora.

—¿Por qué *lo has matado*? ¿Por qué *decidiste matarlo*? ¿Cómo *has podido hacer* algo así?

—Mantén los ojos abiertos, Juliette. Ahora no es momento de quedarse dormida.

Lo agarro por la camisa. Lo detengo antes de que se meta dentro. Una ráfaga de viento me abofetea la cara y de repente soy capaz de controlar mis sentidos. Lo empujo con fuerza y se golpea la espalda con la puerta.

—Me das asco. —Me quedo mirando fijamente sus fríos ojos cristalinos

—. Me *das asco*...

Me retuerce y me da la vuelta, sujetándome contra la puerta. Me rodea la cara con las manos enguantadas, inmovilizando mi mirada. Con las mismas manos con las que acababa de matar a un hombre.

Estoy atrapada.

Paralizada.

Ligeramente aterrada.

Roza mi mejilla con el pulgar.

—La vida es un lugar sombrío —susurra—. A veces hay que aprender a ser el primero en disparar.

Me sigue a la habitación.

—Seguramente necesitas dormir —observa. Es lo primero que me dice desde que nos hemos ido de la azotea—. Te mandaré comida a la habitación, pero además de eso me aseguraré de que nadie te moleste.

—¿Dónde está Adam? ~~¿Está a salvo? ¿Está bien de salud? ¿Vas a hacerle daño?~~

Warner se estremece antes de recuperar la compostura.

—¿Por qué te preocupas por él?

~~Me he preocupado por Adam desde que estaba en tercero.~~

—¿No debería estar vigilándome? No está aquí. ¿Eso significa que también lo vas a matar? —Me siento estúpida. Soy valiente porque me siento estúpida. Las palabras salen de mi boca sin paracaídas.

—Sólo mato a la gente si es necesario.

—¡Qué generoso!

—Más que la mayoría.

Me río tristemente, sólo para mí misma.

—Puedes tomarte el resto del día libre. Nuestro trabajo de verdad empezará mañana. Adam te acompañará. —Me sostiene la mirada. Reprime una sonrisa—. Mientras tanto, intenta no matar a nadie.

—Tú y yo —le digo, mientras la ira recorre mis venas—, tú y yo no somos iguales...

—No te lo crees ni tú.

—¿Crees que puedes comparar mi *enfermedad* con tu locura?

—¿*Enfermedad*? —Se precipita hacia mí, súbitamente apasionado, y yo luchó por no ceder terreno—. ¿Crees que tienes una *enfermedad*? —me grita—. ¡Tienes un don! ¡Tienes una habilidad extraordinaria que no quieres comprender! Tu potencial...

—¡No tengo ningún potencial!

—Te equivocas. —Me lanza una mirada asesina. No hay otra manera de describirlo. Podría decir que en este momento me odia. Me odia porque me odio a mí misma.

—Bueno, tú eres el asesino —le digo—. Supongo que tendrás razón.

Su sonrisa está atada con dinamita.

—Vete a dormir.

—Vete a la mierda.

Tuerce la mandíbula. Camina hacia la puerta.

—Estoy en ello.

DIECINUEVE

La oscuridad me asfixia.

Mis sueños son sangrientos y sangrantes, y la sangre mana por toda mi cabeza y ya no puedo dormir más. Los únicos sueños que solían darme paz se han esfumado y no sé cómo hacer que regresen. No sé cómo encontrar al pájaro blanco. No sé si alguna vez volará. Lo único que sé es que, cuando ahora cierro los ojos, sólo veo devastación. Disparan a Fletcher una y otra y otra vez y Jenkins se agita y muere en mis brazos y Warner le pega un tiro a Adam en la cabeza y el viento silba fuera de mi ventana pero es agudo y desafinado y no tengo fuerzas para pedirle que pare.

El frío cala a través de mi ropa.

La cama que hay bajo mi espalda está llena de nubes frágiles y nieve recién caída; es demasiado suave, demasiado cómoda. Me recuerda de una manera sobrecogedora a cuando dormí en la habitación de Warner y no puedo soportarlo. Me da miedo meterme bajo estas sábanas.

No puedo evitar preguntarme si Adam está bien, si regresará algún día, si Warner seguirá haciéndole daño cada vez que yo le desobedezca. Realmente no debería preocuparme tanto.

El mensaje de Adam en mi libreta podría ser sólo una parte del plan de Warner para volverme loca.

Me arrastro hacia el duro suelo y compruebo que mi puño sigue guardando el trozo de papel arrugado que he tenido agarrado durante dos días. Es la única esperanza que me queda y ni siquiera sé si es real.

Me estoy quedando sin alternativas.

—¿Qué haces ahí?

Contengo un grito y me tropiezo, casi le doy un golpe a Adam, que está estirado en el suelo a mi lado. Ni siquiera lo había visto.

—¿Juliette? —No se mueve ni un centímetro. Tiene la mirada fija en mí: calmada, imperturbable, como dos cubos de agua de río a medianoche. Me gustaría llorar en sus ojos.

No sé por qué le digo la verdad.

—No podía dormir ahí arriba.

No me pregunta por qué. Se levanta y tose con un gruñido y me acuerdo de que le han hecho daño. Me pregunta qué clase de dolor siente. No le hago preguntas mientras agarra una almohada y la manta de mi cama. Pone la almohada en el suelo.

—Túmbate —se limita a decirme. Me lo dice bajito.

~~Quiero que me lo diga durante todo el día cada día para siempre.~~

Sólo ha sido una palabra y no sé por qué me sonrojo. Me tumbo a pesar de las alarmas que recorren mi sangre y mi cabeza descansa sobre la almohada. Cubre mi cuerpo con la manta. Dejo que lo haga. Veo que sus brazos se curvan y flexionan bajo las sombras de la noche, bajo la luna que se asoma por la ventana e ilumina su silueta con su resplandor. Se tumba en el suelo y sólo deja unos pocos centímetros de distancia entre nosotros. No pide ninguna manta. No usa almohada. Sigue durmiendo sin camiseta y me doy cuenta de que no sé cómo respirar. Me doy cuenta de que probablemente no respire jamás en su presencia.

—No tendrás que volver a gritar —susurra.

Se me escapa el aliento.

Cierro los dedos alrededor de la posibilidad de que Adam toque mi mano y duermo más profundamente que en toda mi vida.

Mis ojos son dos ventanas entreabiertas por el caos del mundo.

Una ligera brisa estremece mi piel y me siento, me quito las legañas y me doy cuenta de que Adam ya no está a mi lado. Parpadeo y vuelvo a subir a la cama, en la que recolocho la almohada y la manta.

Miro hacia la puerta y me pregunto qué me espera al otro lado.

Miro hacia la ventana y me pregunto si alguna vez veré un pájaro volando.

Miro hacia el reloj de la pared y me pregunto qué significa volver a vivir en función de los números. Me pregunto qué significa en este edificio que sean las 6:30 de la mañana.

Decido lavarme la cara. La idea me entusiasma y me siento un poco avergonzada por ello.

Abro la puerta del baño y veo el reflejo de Adam en el espejo. Sus rápidas manos se bajan la camiseta antes de que pueda ver más detalles, pero he podido ver lo que no pude ver en la oscuridad.

Está lleno de moratones.

Siento como si mis piernas se partieran. No sé cómo ayudarlo. Ojalá pudiera ayudarlo.

—Lo siento —se apresura a decir—. No sabía que estabas despierta. —Tira de la parte inferior de su camiseta como si no fuera lo suficientemente larga como para fingir que estoy ciega.

Asiento a la nada. Miro los azulejos que hay bajo mis pies. No sé qué decir.

—Juliette. —Su voz se ciñe tan suavemente a las letras de mi nombre que me muero cinco veces en un segundo. Su rostro es un bosque de emociones. Agita la cabeza—. Lo siento —me dice tan bajito que estoy segura de habérmelo imaginado—. No es... —Aprieta la mandíbula y se pasa una mano nerviosa por el pelo—. Todo esto... no es...

Abro la palma de mi mano. El papel forma una bolita arrugada de posibilidades.

—Ya lo sé.

El alivio inunda todos los rasgos de su rostro y de repente sus ojos se convierten en el único consuelo que voy a necesitar jamás. Adam no me ha traicionado. No sé ni por qué ni cómo ni qué ni nada excepto que sigue siendo mi amigo.

Sigue de pie delante de mí y no quiere que me muera.

Doy un paso adelante y cierro la puerta.

Abro la boca para hablar.

—¡No!

Me quedo boquiabierta.

«Espera», me dice con una mano. Sus labios se mueven pero no hacen ruido. Me doy cuenta de que aunque no haya cámaras quizás sí que haya micrófonos en el baño. Adam mira a su alrededor una y otra vez y a todas partes.

Deja de mirar.

La ducha tiene cuatro paredes de mármol pulido y, antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, abre la mampara. Adam acciona el agua a plena potencia y el sonido se avalancha a través de él, retumbando en la habitación y envolviéndolo todo como si tronara en el vacío que nos rodea. El espejo ya se está empañando a causa del vapor y justo cuando empiezo a entender su plan me toma en brazos y me mete en la ducha.

Mis gritos son vapor, pequeños jadeos que no puedo comprender.

El agua caliente me empapa la ropa. Corre a toda prisa por mi pelo y diluvia sobre mi cuello, pero lo único que siento son sus manos alrededor de mi cintura. Me entran ganas de gritar por motivos absurdos.

Sus ojos me inmovilizan. Su necesidad me enciende los huesos. Por los planos pulidos de su rostro serpentean riachuelos de agua y me aprieta con los dedos contra la pared.

Sus labios sus labios sus labios sus labios sus labios

Mis ojos luchan por no pestañear.

Mis piernas se han ganado el derecho a temblar.

Mi piel se abrasa en todas las partes en las que no me toca.

Sus labios están tan cerca de mi oído que soy agua y nada y todo y me fundo en un deseo tan desesperado que me quema cuando me lo trago.

—Puedo tocarte —me dice, y me pregunto por qué tengo colibríes en el corazón—. No lo comprendí hasta la otra noche —murmura, y estoy demasiado embriagada como para digerir el peso de cualquier cosa excepto el de su cuerpo, que ronda tan cerca del mío.

—Juliette... —Se acerca más a mi cuerpo y me doy cuenta de que no le presto atención a nada más que a los dientes de león que soplan deseos en mis pulmones. Abro los ojos de golpe y él se lame el labio inferior un instante y algo en mi pecho estalla de vida.

Jadeo. Jadeo. Jadeo.

—¿Qué estás haciendo...?

—Juliette, por favor... —Su voz suena ansiosa y mira tras de sí como si no estuviera seguro de que estamos solos—. La otra noche... —Aprieta los labios. Cierra los ojos durante medio segundo y me quedo atónita con las gotas, gotas, gotas de agua caliente atrapadas en sus pestañas como perlas forjadas en el dolor. Sus dedos suben poco a poco por los lados de mi cuerpo como si luchara por mantenerlos en un sitio, como si luchara por no tocarme por todas partes por todas partes por todas partes y sus ojos se empapan de los 160 centímetros de mi cuerpo y estoy tan, tan, tan

Atrapada.

—Por fin lo he entendido —me dice al oído—. Sé... Ya sé por qué te quiere Warner. —Sus dedos son como diez puntos de electricidad que me están matando con algo que nunca había experimentado. ~~Algo que siempre había querido sentir.~~

—¿Y entonces, por qué estás aquí? —le susurro, destrozada, muriéndome en sus brazos—. ¿Por qué... —Uno. Dos intentos de inspiración—. ¿Por qué me tocas?

—Porque puedo. —Casi esboza una sonrisa y a mí casi me nacen un par de alas—. Ya lo he hecho.

—¿Qué? —Parpadeo, recobrando la sobriedad repentinamente—. ¿Qué quieres decir?

—La primera noche en la celda —suspira. Mira hacia abajo—. Gritabas mientras dormías.

Espero.

Espero.

Espero una eternidad.

—Te toqué la cara —me dice al oído—. La mano. Rocé todo tu brazo... —Se echa hacia atrás y sus ojos se quedan en mi hombro, se desplazan hasta el codo, aterrizan en mi cintura. Estoy suspendida en la incredulidad —. No sabía cómo despertarte. No te ibas a despertar. Así que me volví a sentar y te observé. Esperé a que dejaras de gritar.

—No. Puede. Ser. —Lo único que consigo decir son estas tres palabras.

Pero sus manos se convierten en brazos que me rodean la cintura, sus labios se convierten en una mejilla que se pega a mi mejilla y su cuerpo se

pega al mío, su piel me toca, me toca, me toca y él no grita ni muere ni huye de mí y yo lloro

me ahogo

tiemblo me estremezco me astillo en lágrimas

y él me sostiene como nadie lo ha hecho nunca.

Como si me deseara.

—Voy a sacarte de aquí —me dice, y su boca se mueve por mi pelo y sus manos viajan hacia mis brazos y me echo hacia atrás y él me mira a los ojos y debo estar soñando.

—¿Por qué... por qué harías...? Yo no... —Niego con la cabeza y lo hago porque esto no puede estar sucediendo y sacudo las lágrimas pegadas a mi rostro. Esto no puede ser real.

Sus ojos me doman, su sonrisa trastorna mis articulaciones y desearía conocer el sabor de sus labios. Ojalá tuviera el valor de tocarlo.

—Me tengo que ir —me dice—. Tienes que estar vestida y abajo a las ocho en punto.

Me estoy ahogando en sus ojos y no sé qué decir.

Se quita la camiseta y no sé hacia dónde mirar.

Me agarro a la mampara de cristal y presiono los ojos y parpadeo cuando algo se mueve demasiado cerca. Sus dedos están muy cerca de mi cara y goteo me quemo me deshago ante la expectativa.

—No hace falta que mires hacia otro lado —me dice. Lo dice con una sonrisa del tamaño de Júpiter.

Atisbo sus rasgos, la mueca que quiero saborear, el color de sus ojos, que usaría para pintar un millón de cuadros. Sigo la línea de su mandíbula hacia su cuello y hasta la cima de su clavícula; memorizo las colinas y los valles esculpidos en sus brazos, la perfección de su torso. El pájaro de su pecho.

El pájaro de su pecho.

Un tatuaje.

Un pájaro blanco con manchas doradas como una corona en la cabeza. Está volando.

—Adam —intento decirle—. Adam. —Me atraganto—. Adam —intento decir muchas veces, pero no lo consigo.

Trato de buscar sus ojos únicamente para darme cuenta de que me ha estado observando mientras lo examinaba. Las piezas de su rostro se unen en líneas de expresión tan profundas que me pregunto cómo debe verme a mí. Toca con dos dedos mi barbilla, me inclina la cabeza hacia arriba lo justo y me convierte en un cable de alta tensión en el agua.

—Encontraré la forma de hablar contigo —me dice, y me envuelve con las manos y mi rostro está pegado a su pecho y de repente el mundo es más brillante, más grande, bonito. De repente, el mundo significa algo para mí, la idea de humanidad significa algo para mí, el universo entero se detiene y gira hacia la otra dirección y yo soy el pájaro.

Soy el pájaro y estoy echando a volar.

VEINTE

Son las ocho de la mañana y llevo un vestido de color de bosques secos y latas viejas.

Es lo más ajustado que he llevado en mi vida, de corte moderno y anguloso, casi al azar; la tela es rígida y gruesa pero transpirable. Me quedo mirando mis piernas y me asombro de tener dos.

Me siento más expuesta que en toda mi vida.

Durante diecisiete años me he esforzado en cubrir cada centímetro de piel expuesta y Warner me fuerza a quitarme esas capas. Imagino que lo hace a propósito. Mi cuerpo es una flor carnívora, una planta de interiores venenosos, una pistola con un millón de gatillos y él está preparadísimo para disparar.

Tócame y sufre las consecuencias. Nunca ha habido excepciones a esta regla.

Excepto con Adam.

Me dejó en la ducha empapada, absorbiendo una lluvia torrencial de lágrimas calientes. A través del borroso cristal, vi cómo se secaba y se ponía su uniforme habitual.

Vi cómo se escabullía, sin dejar de preguntarme por qué por qué por qué

¿Por qué me puede tocar?

¿Por qué iba a ayudarme?

¿Se acuerda de mí?

Mi piel sigue humeando.

Mis huesos están vendados con los ceñidos pliegues de este vestido extraño, la cremallera es lo único que se mantiene en una pieza. Esto, y la posibilidad de algo que ~~siempre~~ nunca me he atrevido a soñar.

Mis labios permanecerán sellados para siempre con los secretos de esta mañana, pero mi corazón está tan lleno de confianza y asombro y paz y expectativas que está a punto de estallar, y me pregunto si me rasgará el vestido.

La esperanza me abraza, me sostiene a sus brazos, enjuga mis lágrimas y me dice que hoy y mañana y pasado mañana estaré bien, y estoy tan loca de alegría que incluso me atrevo a creérmelo.

Estoy sentada en una habitación azul.

Las paredes están tapizadas con tela del color de un cielo de verano perfecto, el suelo está enfundado en una alfombra de cinco centímetros de grosor, la habitación está vacía excepto por dos butacas como sacadas de una constelación. Cada tonalidad es como un moratón, como un bello error, como un recordatorio de lo que le hicieron a Adam ~~por mi culpa~~.

Estoy sola, sentada en un sillón de terciopelo en una habitación azul con un vestido hecho de aceitunas. La libreta que llevo en el bolsillo pesa tanto como si llevara una bola de hierro en la rodilla.

—Estás preciosa.

Warner irrumpió en la habitación como si se ganara la vida caminando sobre el aire. Va solo.

Sin querer, mis ojos echan una ojeada a mis zapatillas de tenis y me pregunto si he incumplido alguna regla al evitar ponerme los tacones de mi armario, que seguro que no son para los pies. Miro hacia arriba y está de pie enfrente de mí.

—El verde te queda muy bien —me dice con una sonrisa estúpida—. Resalta el color de tus ojos.

—¿De qué color son mis ojos? —le pregunto a la pared.

Se ríe.

—No digas tonterías.

—¿Cuántos años tienes?

Deja de reír.

—¿Te interesa saberlo?

—Siento curiosidad.

Se sienta a mi lado.

—No voy a responder a tus preguntas si no me miras cuando te hablo.

—Quieres que torture a gente en contra de mi voluntad. Quieres que sea un arma de tu guerra. Quieres que me convierta en un monstruo para ti. — Hago una pausa—. Mirarte me pone enferma.

—Eres mucho más terca de lo que pensaba.

—Me he puesto tu vestido. He aceptado tu comida. Estoy aquí. — Levanto la vista para mirarlo y me está observando fijamente. Me siento, atrapada por el poder de su mirada.

—No has hecho nada de esto por mí —dice en voz baja.

Casi me echo a reír.

—¿Por qué tendría que haberlo hecho?

Sus ojos luchan con sus labios para hablar. Aparto la mirada.

—¿Qué estamos haciendo en esta sala?

—Ah. —Respira profundamente—. Desayunar. Después te doy tu horario.

Aprieta un botón del brazo de su sillón y, casi inmediatamente, aparecen hombres y mujeres, que claramente no son soldados, con carritos y bandejas. Sus rostros son rígidos y agrietados y están demasiado delgados para estar sanos.

Me parten el corazón en dos.

—Suelo comer solo —prosigue Warner, y su voz es como un carámbano que perfora la carne de mis recuerdos—. Pero me pareció que tú y yo deberíamos conocernos más a fondo. Sobre todo porque vamos a pasar mucho tiempo juntos.

~~Los sirvientes criados~~ la gente-que-no-es-soldado se va y Warner me ofrece algo en un plato.

—No tengo hambre.

—Esa respuesta no es una opción.

Levanto la vista y me doy cuenta de que habla muy en serio.

—No tienes permiso para morirte de hambre. No comes lo suficiente y necesito que estés sana. No tienes permiso para suicidarte. No tienes permiso para hacerte daño. Eres demasiado valiosa para mí.

—No soy tu *juguete* —le suelto.

Tira el plato en el carrito y me sorprende que no se rompa en pedazos. Se aclara la garganta y quizás sí estoy un poco asustada.

—Este proceso sería mucho más fácil si cooperaras —me dice, articulando cada palabra.

Cinco cinco cinco cinco cinco latidos.

—Al mundo le repugnas —me dice retorciendo los labios con humor—. Todas las personas a las que has conocido te han odiado. Han huido de ti. Te han abandonado. Tus propios padres renunciaron a ti y te *ofrecieron* a las autoridades. Estaban desesperados por deshacerse de ti, por convertirte en el problema de otros, por convencerse de que la abominación que habían criado en realidad no era su hija.

Un centenar de manos me abofetean la cara.

—Y aún así... —Se ríe abiertamente—. Insistes en que yo soy el malo. —Encuentra mis ojos—. Intento *ayudarte*. Te estoy dando una oportunidad que nadie más te va a dar. Estoy dispuesto a tratarte como un igual. Estoy dispuesto a darte todo lo que siempre habías querido y, por encima de todo, puedo darte poder. Puedo hacerles sufrir por lo que te hicieron. —Se inclina lo justo—. Puedo cambiar tu mundo.

Está equivocado está muy equivocado está más equivocado que un arco iris al revés.

Pero todo lo que ha dicho es verdad.

—No te atrevas a odiarme tan rápido —prosigue—, porque puede que disfrutes de esta situación mucho más de lo que pensabas. Por suerte, estoy dispuesto a ser paciente. —Sonríe. Se inclina hacia atrás—. Aunque desde luego no hace daño que seas tan perturbadoramente hermosa.

Chorro pintura roja por la alfombra.

Es un mentiroso y un ser humano horrible, horrible, horrible, y no sé si me importa porque tiene razón, o porque está muy equivocado, o porque estoy desesperada por recibir una muestra de reconocimiento en este mundo. Nadie me había dicho nada igual antes.

Hace que quiera mirarme al espejo.

—Tú y yo no somos tan diferentes como quizás desearias. —Su sonrisa es tan arrogante que me gustaría retorcerla con la mano.

—Tú y yo no somos tan parecidos como quizás desearias.

Sonríe tan ampliamente que no sé cómo reaccionar.

—Por cierto, tengo 19.

—¿Perdona?

—Tengo 19 años —me aclara—. Soy un espécimen bastante sorprendente para mi edad, ya lo sé.

Cojo la cuchara y la hundo en la materia comestible de mi plato. Ya no sé qué tipo de comida es.

—No te tengo ningún respeto.

—Cambiarás de idea —dice con facilidad—. Ahora date prisa y come. Tenemos mucho trabajo que hacer.

VEINTIUNO

Matar el tiempo no es tan difícil como parece.

Puedo disparar a un centenar de números en el pecho y verlos sangrar decimales en la palma de mi mano. Puedo arrancar los números de un reloj y ver las manecillas hacer tic tac tic tac y tic hasta el último tac, justo antes de quedarme dormida. Puedo ahogar segundos sólo con contener la respiración. He asesinado minutos durante horas y a nadie parece importarle.

Hace una semana que hablé con Adam.

Me dirigí a él una vez. Abrí la boca una sola vez pero no tuve la oportunidad de decir nada. Warner me interceptó.

—No está permitido que hables con los soldados —me dijo—. Si tienes alguna pregunta, búscame. Soy la única persona por la que tienes que preocuparte.

Posesivo no es una palabra lo bastante fuerte para Warner.

Me acompaña a todas partes. Habla demasiado conmigo. Mi horario consiste en reunirme con Warner, comer con Warner y escuchar a Warner. Si está ocupado, me envían a mi habitación. Si está libre, me busca. Me habla sobre los libros que han destruido. Sobre los artefactos que están a punto de quemar. Sobre las ideas que tiene para un nuevo mundo y sobre por qué seré una gran ayuda para él cuando esté lista. Tan pronto como me dé cuenta de lo mucho que deseo esto, de lo mucho que lo deseo a él, de lo mucho que deseo esta vida nueva, gloriosa y poderosa. Me espera para utilizar mi potencial. Me habla de lo agradecida que debería estar por su paciencia. Por su bondad. Por su disposición a entender que esta transición debe ser difícil.

No puedo mirar a Adam. No puedo hablar con él. Duerme en mi habitación pero nunca lo veo. Respira muy cerca de mi cuerpo pero no abre los labios hacia mí. No me sigue hasta el baño. No me deja mensajes secretos en la libreta.

Empiezo a preguntarme si me imaginé todo lo que me dijo.

Necesito saber si ha cambiado algo. Necesito saber si estoy loca por aferrarme a la esperanza que florece en mi corazón y necesito saber qué significaba el mensaje de Adam, pero cada día que me trata como si fuera una desconocida es un día más en que vuelvo a dudar de mí misma.

Necesito hablar con él pero no puedo.

Porque ahora Warner me vigila.

Las cámaras lo ven todo.

—Quiero que saques las cámaras de mi habitación.

Warner deja de masticar la comida/basura/desayuno/tontería de su boca. Traga con cuidado antes de reclinarse y mirarme a los ojos.

—De ninguna manera.

—Si me tratas como una prisionera —le digo—, voy a actuar como tal. No me gusta que me vigilen.

—No se puede confiar en ti. —Vuelve a agarrar la cuchara.

—Cada vez que respiro queda grabado. Hay guardias apostados a intervalos de metro y medio en los pasillos. Ni siquiera tengo acceso a mi propia habitación —protesto—. Las cámaras no cambiarán nada.

Una extraña diversión baila en sus labios.

—No eres precisamente estable, ya lo sabes. Eres responsable de la muerte de alguien.

—No. —Aprieto los dedos—. No... Yo nunca... Yo no maté a Jenkins.

—No me estoy refiriendo a Jenkins. —Su sonrisa es como una jarra de ácido que se filtra por mi piel.

No deja de mirarme. Me sonríe. Me tortura con sus ojos.

Esta soy yo, gritando en silencio a mis puños.

—Fue un accidente. —Las palabras salen de mi boca en voz tan baja, tan rápido que no sé si he hablado o si sigo aquí sentada o si tengo catorce

años otra vez, otra vez, otra vez y grito y me muero y buceo en una piscina de recuerdos que nunca jamás, jamás, jamás, jamás
que parece que no pueda olvidar.

La vi en el supermercado. Estaba de pie con las piernas cruzadas, llevaba a su hijo con una correa y ella debía creer que él pensaba que era una mochila. Creer que era demasiado tonto/demasiado joven/demasiado inmaduro como para comprender que la cuerda que lo ataba a su muñeca era un dispositivo diseñado para tenerlo atrapado en un círculo de autocompasión e indiferencia de la mujer. Era demasiado joven para tener un hijo, para tener este tipo de responsabilidades, para que un niño que tiene necesidades que no se adaptan a ella la atosigue. Su vida increíblemente insopportable, sumamente polifacética, demasiado glamurosa como para que lo comprendiera el fruto de sus entrañas que llevaba atado.

Los niños no son tontos, quise decirle.

Quería decirle que su séptimo grito no significaba que estuviera intentando ser odioso, que su decimocuarta advertencia de mocosos/eres un mocosos/me avergüenzo de ti, mocosos/no hagas que tenga que decirle a papá que eres un moco malcriado estaba fuera de lugar. No quise mirar pero no pude evitarlo. Fruncía su carita de niño de tres años del sufrimiento, trataba de deshacer con las manitas las cadenas que le había atado en el pecho y ella tiró tan fuerte de él que se cayó y se echó a llorar y ella le dijo que se lo merecía.

Quise preguntarle por qué lo hizo.

Quise hacerle muchas preguntas pero no lo hice porque ya no se habla con las personas, porque decir algo a un desconocido sería más extraño que no decirle nada. Se cayó al suelo y se retorció allí hasta que dejé caer todo lo que llevaba en mis manos y toda expresión de mi rostro.

Lo siento mucho, es lo que nunca le dije a su hijo.

Pensé que mis manos estaban ayudando
pensé que mi corazón estaba ayudando
pensé en tantas cosas
que nunca
nunca
nunca

nunca

nunca pensé.

—Mataste a un niño pequeño.

Un millón de recuerdos me tienen clavada en mi sillón de terciopelo y me persigue un terror que mis manos desnudas crearon y constantemente me recuerdan que soy indeseable por una buena razón. Mis manos pueden matar a gente. Mis manos pueden destruirlo todo.

No deberían permitirme vivir.

—Quiero —le grito, tratando de tragarme el puño atascado en mi garganta—, quiero que te deshagas de las cámaras. Deshazte de ellas o moriré luchando por este derecho.

—¡Por fin! —Warner se levanta y se estrecha las manos como si quisiera felicitarse a sí mismo—. Me preguntaba cuándo te despertarías. He estado esperando el fuego que sé que debe estar devorándote cada día. Estás enterrada por el odio, ¿no? ¿Ira? ¿Frustración? ¿Ansias de hacer algo? ¿De ser alguien?

—No.

—Por supuesto que sí. Eres como yo.

—Te odio más de lo que jamás podrás comprender.

—Vamos a formar un equipo excelente.

—No somos nada. No eres nada para mí...

—Sé lo que quieres. —Se inclina, baja la voz—. Sé lo que siempre ha anhelado tu corazoncito. Puedo ofrecerte la aceptación que buscas. Puedo ser tu amigo.

Me quedo helada. Titubeo. No puedo hablar.

—Lo sé todo sobre ti, cariño. —Sonríe—. Te he deseado durante mucho tiempo. He esperado una eternidad para que estuvieras lista. No voy a dejarte escapar tan fácilmente.

—No quiero ser un monstruo —le digo, quizás más para mí que para él.

—No luches contra el destino para el que naciste. —Pone las manos en mis hombros—. No dejes que todo el mundo te diga lo que está mal y lo que está bien. ¡Hazte valer! Te acobardas cuando podrías conquistar. Tienes

mucho más poder del que crees y, francamente, estoy... —niega con la cabeza— fascinado.

—No soy tu monstruo —le espoto—. No voy a actuar para ti.

Me aprieta los brazos y no puedo zafarme. Se inclina peligrosamente cerca de mi cara y no sé por qué no puedo respirar.

—No te tengo miedo, cariño —me dice en voz baja—. Estoy absolutamente hechizado.

—O te deshaces de las cámaras o las encontraré y las romperé una a una. —Estoy mintiendo. Miento entre dientes pero estoy enfadada y desesperada y horrorizada. Warner quiere que me convierta en un animal que caza a los débiles. A los inocentes.

Si quiere que luche para él, primero tendrá que luchar conmigo.

Una lenta sonrisa se extiende por su rostro. Me toca las mejillas con los dedos enguantados y me levanta la cabeza agarrándome de la barbilla cuando me estremezco.

—Eres deliciosa cuando te enfadas.

—Es una pena que mi sabor sea venenoso para tu paladar. —Vibro de aversión de pies a cabeza.

—Ese detalle hace que el juego resulte mucho más atractivo.

—Estás enfermo, estás muy enfermo.

Se ríe y me suelta la barbilla para hacer inventario de las partes de mi cuerpo. Sus ojos trazan una línea vaga a lo largo de mi cuerpo y siento la necesidad urgente de romperle el bazo.

—Si me deshago de tus cámaras, ¿qué harás tú por mí? —Sus ojos son malvados.

—Nada.

Sacude la cabeza.

—No. Pero quizás aceptaré si tú aceptas una condición.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué quieres?

Su sonrisa es más amplia que antes.

—Ésa es una pregunta peligrosa.

—¿Cuál es tu condición? —aclaro, impaciente.

—Tócame.

—¿Cómo? —Mi respiración es tan fuerte que se me atraganta y echa a correr por la habitación.

—Quiero saber exactamente de qué eres capaz. —Tiene la voz firme, las cejas tensas, tirantes.

—¡No voy a hacerlo otra vez! —prorrumpo—. Viste lo que me obligaste a hacerle a Jenkins...

—¡Olvídate de Jenkins! —me suelta—. Quiero que me toques... Quiero sentirlo yo mismo...

—No... —sacudo la cabeza tan fuerte que me mareo—. No. Nunca. Estás loco... No voy a...

—Pero sí que lo harás.

—No lo haré...

—Tendrás que... trabajar... en algún momento —me dice, haciendo un esfuerzo por moderar la voz—. Incluso si renunciaras a mi condición, estás aquí por una razón, Juliette. Convencí a mi padre de que serías un recurso para El Restablecimiento. De que podrías cohibir a cualquier rebelde que...

—Quieres decir, torturar...

—Sí. —Sonríe—. Perdón, quiero decir torturar. Podrás ayudarnos a torturar a cualquier cautivo. —Hace una pausa—. Inflictir dolor, ya sabes, es un método muy eficiente para conseguir información de cualquiera. Y, ¿contigo? —Me mira las manos—. Bueno, es barato. Rápido. Efectivo. —Sonríe más ampliamente—. Mientras te mantengamos con vida, serás buena como mínimo unas cuantas décadas. Es una suerte que no funciones con pilas.

—Eres... eres... —balbuceo.

—Deberías darme las gracias. Te he salvado del agujero nauseabundo del manicomio... Te he colocado en una posición de poder. Te he ofrecido todo lo necesario para hacerte sentir cómoda. —Levanta la mirada hacia mí—. Ahora necesito que te concentres y que renuncies a tu esperanza de vivir como los demás. Tú no eres normal. Nunca lo has sido, y nunca lo serás. Acepta quién eres.

—Yo... —trago— no soy... No soy... No...

—¿Una asesina?

—¡No!

—¿Un instrumento de tortura?

—Cállate.

—Te engañas a ti misma.

Estoy lista para acabar con él. Para destrozarlo.

Ladea la cabeza y exprime una sonrisa.

—Has estado al borde de la locura toda tu vida, ¿no es verdad? Tanta gente que te ha llamado loca que te lo creíste. Te preguntabas si tendrían razón. Te preguntabas si podrías arreglarlo. Pensaste que si lo intentabas un poco más, serías un poco mejor, más inteligente, más amable... Pensaste que el mundo cambiaría de opinión sobre ti. Te has culpado por todo.

Jadeo.

Mi labio inferior tiembla sin mi permiso. Casi no puedo controlar la tensión de mi mandíbula.

~~No quiero darle la razón.~~

—Has reprimido la furia y el resentimiento porque ansiabas que te quisieran —dice, ya sin sonreír—. Puede que te entienda, Juliette. Quizás deberías confiar en mí. A lo mejor deberías aceptar que has intentado ser otra persona durante mucho tiempo y no importa lo que hicieras, esos cabrones nunca estaban contentos. Nunca estaban satisfechos. No les importaba una mierda, ¿verdad?

Me mira y por un momento casi parece humano. Por un momento quiero creerle. Por un momento quiero sentarme en el suelo y llorar el océano que se aloja en mi garganta.

—Es hora de que dejes de fingir —me dice, muy suavemente— Juliette... —Me acaricia con sus manos enguantadas, de una forma sorprendentemente suave—. Ya no tienes que ser agradable. Puedes aniquilarlos a todos. Desarmarlos y apoderarte de este mundo y...

Una máquina de vapor me golpea en la cara.

—No quiero aniquilar a nadie —le digo—. No quiero hacer daño a la gente...

—¡Pero se lo merecen! —Se aleja de mí, frustrado—. ¿Cómo es posible que no quieras vengarte? ¿Por qué no quieres contraatacar...?

Me levanto despacio, temblando de ira de repente, procurando que mis piernas no se derrumben debajo de mí.

—¿Te crees que, porque no me quisieron, porque me abandonaron y desecharon...? —Voy levantando la voz poco a poco, con los sentimientos desatados de repente gritando en mis pulmones—. ¿Te crees que no tengo corazón? ¿Que no siento? ¿Piensas que, porque puedo infligir dolor, debo hacerlo? Eres como los demás. Crees que soy un monstruo, como los demás. No me entiendes en absoluto.

—Juliette...

—No.

No quiero esto. No quiero su vida.

No quiero ser nada para nadie excepto para mí misma. Quiero tomar mis propias decisiones y nunca he querido ser un monstruo. Mis palabras son lentas y firmes.

—Valoro la vida humana mucho más que tú, Warner.

Abre la boca para hablar pero cambia de opinión. Separa los labios, sorprendido. Se ríe fuerte y menea la cabeza.

Me sonríe.

—¿Qué? —le pregunto antes de poderme reprimir.

—Acabas de decir mi nombre. —Sonríe aún más—. Nunca te habías dirigido a mí directamente. Eso debe querer decir que estoy progresando.

—Te acabo de decir que no...

Me corta.

—No me preocupan tus dilemas morales. Tratas de ganar tiempo porque estás en una fase de negación. No te preocupes —me dice—. Lo superarás. Estoy dispuesto a esperar más.

—No estoy en una fase de negación...

—Claro que sí. Todavía no te has dado cuenta, Juliette, pero eres una chica muy mala —me dice, tocándose el corazón—. De mi estilo.

Esta conversación es insufrible.

—Un soldado vive en mi habitación. —Respiro fuerte—. Si quieres que siga aquí, tienes que deshacerte de las cámaras.

Los ojos de Warner se oscurecen por un momento.

—Por cierto, ¿dónde está tu soldado?

—No lo sé —espero no sonrojarme—. Tú me lo asignaste.

—Sí —parece pensativo—. Me gusta ver cómo te retuerces. Te incomoda su presencia, ¿verdad?

Pienso en las manos de Adam sobre mi cuerpo, y sus labios tan cerca de los míos, y el aroma de su piel empapada en el aguacero de vapor que nos cala a los dos y de repente mi corazón son dos puños que golpean mis costillas para conseguir escapar.

—Sí. —Dios mío—. Sí. Me hace sentir muy... incómoda.

—¿Sabes por qué lo elegí? —me pregunta Warner, y el remolque de un camión me atropella.

A Adam lo eligieron.

Por supuesto. No enviaron a un soldado cualquiera a mi celda. Warner nunca actúa sin motivo. Seguro que sabe que Adam y yo tenemos una historia. Es más cruel y calculador de lo que jamás llegué a imaginar.

—No. —Tomo aire—. No sé por qué. —Exhalo. No puedo olvidarme de respirar.

—Se ofreció voluntario —dice simplemente, y me quedo sin habla momentáneamente—. Dijo que había ido contigo al colegio hace muchos años. Dijo que seguramente no te acordarías de él, que ha cambiado mucho desde entonces. Presentó argumentos muy convincentes. —Respira—. Dijo que estaba encantado de saber que te habían encerrado. —Warner me mira finalmente.

Mis huesos son como cubitos de hielo que tintinean y me enfrián hasta la médula.

—Siento curiosidad —prosigue, inclinando la cabeza al hablar—. ¿Te acuerdas de él?

—No —miento, y no estoy segura de seguir viva. Estoy intentando desentrañar la verdad de la falsedad en sus afirmaciones, pero se me atragantan frases mal construidas.

Adam me conocía cuando entró en la celda.

Sabía exactamente quién era.

Ya sabía mi nombre.

Oh

Oh

Oh

Todo fue una trampa.

—¿Esta información te pone... furiosa? —pregunta, y tengo ganas de coser sus labios sonrientes en una mueca permanente.

No digo nada y eso es, por alguna razón, peor.

Warner está radiante.

—Nunca le dije, por supuesto, por qué te habían encerrado. No quería que se contaminara el experimento revelándole demasiada información... Pero me dijo que siempre habías sido una amenaza para los estudiantes. Que advertían a todo el mundo que se mantuvieran alejados de ti, aunque las autoridades nunca explicaron por qué. Dijo que quería hacer un análisis más detallado del monstruo en el que te has convertido.

Mi corazón se resquebraja. Mis ojos destellan. Estoy tan herida tan furiosa tan horrorizada tan humillada y tan ardiente de indignación que es como si un fuego crepitara dentro de mí, un fuego incontrolado de esperanzas diezmadas. Quiero aplastar la columna vertebral de Warner con mis manos. Quiero que sienta lo que es herir, infligir un dolor tan insopportable a los demás. Quiero que descubra mi dolor, y el de Jenkins, y el de Fletcher, y quiero que le duela. Porque quizás Warner está en lo cierto.

Quizás algunas personas se lo merecen.

—Quítate la camisa.

Por su actitud, Warner parece realmente sorprendido, pero no pierde un momento en desabrocharse la chaqueta, sacarse los guantes y quitarse la fina camisa de algodón aferrada a su piel.

Sus ojos brillan, ansiosos; no oculta su curiosidad.

Warner deja caer la ropa al suelo y me mira íntimamente. Tengo que tragarme la repulsión que burbujea en mi boca. Su rostro perfecto. Su cuerpo perfecto. Sus ojos tan duros y bonitos como una piedra preciosa helada. Me repugna. Me gustaría que su exterior coincidiera con su negro y destrozado interior. Me gustaría descalabar su arrogancia con la palma de mi mano.

Camina hacia mí hasta que estamos a menos de un metro de distancia. Su altura y compleción me hacen sentir como una ramita caída.

—¿Estás lista? —pregunta, con soberbia.

Contemplo la posibilidad de romperle el cuello.

—Si lo hago te desharás de todas la cámaras de mi habitación. Todos los micrófonos ocultos. Todo.

Se acerca más. Agacha la cabeza. Me está mirando los labios, examinándome de una forma completamente nueva.

—Mis promesas no valen mucho, cariño —susurra—. ¿O lo has olvidado? —Se acerca cinco centímetros. Su mano en mi cintura. Su dulce y cálido aliento en mi cuello—. Soy un mentiroso excepcional.

La comprensión me cae encima como si fueran 100 kilos de sentido común. No debería estar haciendo esto. No debería pactar con él. No debería estar pensando en la tortura, Dios mío, he perdido el juicio. Tengo los puños cerrados a los lados y tiemblo por todas partes. Casi ni puedo reunir fuerzas para hablar.

—Vete a la mierda.

Estoy débil.

Retrocedo hasta que topo con la pared, y me desplomo sobre un montón de inutilidad; desesperación. Pienso en Adam y el corazón se me encoge.

No puedo quedarme aquí.

Vuelo hasta la puerta doble de la habitación y la abro antes de que Warner me detenga. Pero es Adam quien me encuentra. Está de pie, fuera del dormitorio. Esperando. Me protege dondequiera que vaya.

Me pregunto si lo habrá oído todo y se me caen los ojos al suelo, mi rostro se sonroja, mi corazón está hecho pedazos en mi mano. Por supuesto que lo ha oído todo. Ya sabe que soy una asesina. Un monstruo. Un alma despreciable metida en un cuerpo venenoso.

Warner lo ha hecho a propósito.

Estoy en medio de los dos. Warner, sin camisa. Adam, mirando su pistola.

—Soldado —dice Warner—. Llévela de vuelta a su habitación y desactive todas las cámaras. Puede comer sola si quiere, pero la espero para cenar.

Adam parpadea durante un momento demasiado largo.

—Sí, señor.

—¿Juliette?

Me quedo helada. Estoy de espaldas a Warner y no me doy la vuelta.

—Espero que mantengas tu parte del trato.

VEINTIDÓS

Tardamos cinco años en llegar al ascensor. Quince más en subirnos a él. Para cuando llego a la habitación, tengo un millón de años. Adam está quieto, callado, sus movimientos son coordinados, mecánicos. No hay nada en sus ojos, ni en sus miembros, ni en cómo se desenvuelve su cuerpo que indique tan sólo que conoce mi nombre.

Observo cómo se mueve por la habitación, rápido, veloz, con prudencia, en busca de los pequeños dispositivos que monitorizan mi conducta e inutilizándolos uno a uno. Si alguien pregunta por qué mis cámaras no funcionan, Adam no se meterá en problemas. La orden procede de Warner. Eso la hace oficial.

Eso me permite tener un poco de intimidad.

Pensé que iba a necesitar intimidad.

¡Soy tan tonta!

Adam no es el chico que recordaba.

Yo iba a tercero.

Me había mudado a la ciudad después de que me ~~expulsaran~~ pidieran que me fuera de mi escuela. Mis padres siempre se mudaban, siempre huían de los conflictos, de los cumpleaños que había echado a perder, de las amistades que nunca tuve. Nadie quiso hablar sobre mi «problema» jamás, pero el misterio que envolvía mi existencia lo empeoraba todo de alguna forma. A veces, si uno deja que la imaginación vuele a sus anchas, puede resultar un desastre. Yo sólo oía fragmentos de sus cuchicheos.

—¡Monstruo!

—¿Has oído lo que ha *hecho*...?

—¡Es una fracasada!

—... la echaron de su antigua escuela...

—¡Psicópata!

—Tiene algún tipo de enfermedad...

Nadie me hablaba. Todos me miraban. Era tan joven que lo único que hacía era llorar. Comía sola en una alambrada y nunca me miraba al espejo. Nunca quise ver el rostro al que tanto odiaban los demás. Las niñas me daban patadas y salían corriendo. Los niños me tiraban piedras. Todavía tengo algunas cicatrices.

Veía el mundo pasar a través de esas alambradas. Me quedaba mirando los coches y a los padres que dejaban a sus hijos y los momentos de los que nunca formaría parte. Eso fue antes de que las enfermedades se volvieran tan frecuentes que la muerte formaba parte habitual de la conversación. Antes de que nos diéramos cuenta de que las nubes no tenían el color adecuado, antes de que nos diéramos cuenta de que todos los animales se morían o estaban infectados, antes de que reparáramos en que todo el mundo se iba a morir de hambre, y rápido. Eso fue antes, cuando aún creíamos que nuestros problemas tenían solución. Por aquel entonces, Adam era el chico que solía venir andando al colegio. Era el chico que se sentaba tres filas delante de mí. Su ropa era peor que la mía; su comida, inexistente. Nunca lo vi comer.

Una mañana vino al colegio en coche.

Lo sé porque vi cómo lo empujaban hacia fuera. Su padre conducía borracho, gritaba y agitaba los puños por algún motivo. Adam se quedó inmóvil y miró hacia el suelo como si estuviera esperando algo, armándose de valor para lo inevitable. Vi cómo su padre abofeteaba a su hijo de ocho años. Vi cómo Adam cayó al suelo y me quedé ahí, inmóvil, mientras le daba patadas en las costillas repetidamente.

—¡Todo es por tu culpa! ¡Es por tu culpa, pedazo de inútil! —gritaba su padre una y otra y otra vez hasta que vomité allí mismo, sobre dientes de león.

Adam no lloró. Se quedó acurrucado en el suelo hasta que su padre paró, hasta que se fue con el coche. Cuando se aseguró de que todos se

habían ido rompió en sollozos, con la cabecita llena de tierra, agarrándose el abdomen magullado con los brazos. No pude apartar la mirada.

Nunca pude sacarme esa escena de la cabeza, ese sonido.

Fue entonces cuando empecé a fijarme en Adam Kent.

—Juliette.

Trago aire y deseo que mis manos no estén temblando. Ojalá no tuviera ojos.

—Juliette —vuelve a decir, esta vez de forma más suave, y mi cuerpo está en una licuadora y yo soy de papilla. Siento dolor, dolor, dolor en los huesos por su afabilidad.

No me giraré.

—Siempre has sabido quién soy —murmuro.

No me dice nada y de pronto necesito desesperadamente ver sus ojos. De pronto necesito ver sus ojos. A pesar de todo, me giro y lo encuentro mirándose las manos.

—Lo siento —me dice únicamente.

Me apoyo contra la pared y aprieto los párpados. Todo era una actuación. Robarme la cama. Preguntarme mi nombre. Preguntar por mi familia. Actuaba para Warner. Para los guardas. Para quien estuviera mirando. Ya no sé en qué creer.

Tengo que decirlo. Tengo que soltarlo. Tengo que abrir las heridas y dejar que sangren.

—Es cierto —le digo—. Lo del niño. —Mi voz tiembla mucho más de lo que imaginaba—. Lo hice.

Se queda callado durante mucho rato.

—Antes no lo entendía. Cuando lo oí por primera vez. Hasta ahora no he comprendido lo que debió ocurrir.

—¿Qué? —No sabía que pudiera pestañear tantas veces.

—Para mí no tenía sentido —continúa, y cada palabra me golpea en la barriga. Mira hacia arriba y parece más angustiado de lo que jamás hubiese deseado—. Cuando me enteré. Nos enteramos todos. Toda la escuela...

—Fue un accidente. —Me ahogo, sin lograr no desmoronarme—. Él... S-se cayó... Y yo intentaba ayudarlo... No... pensé...

—Ya lo sé.

—¿Qué? —Respiro tan fuerte que me trago la habitación entera de una bocanada.

—Te creo —me dice.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Parpadeo conteniendo las lágrimas, mis manos tiemblan, mi corazón se llena de esperanza nerviosa.

Se muerde el labio inferior. Aparta la vista. Camina hacia la pared. Abre y cierra la boca varias veces antes de que le salgan las palabras.

—Porque te *conocía*, Juliette... yo... Dios... sólo... —Se tapa la boca con la mano, apoya los dedos en el cuello. Se frota la frente, cierra los ojos, presiona los labios. Los abre con dificultad—. Fue el día en que iba a hablar contigo. —Sonríe de forma extraña. Se ríe de forma extraña. Se pasa la mano por el pelo. Mira hacia el techo. Me da la espalda—. Me había decidido a hablar contigo. Por fin me había decidido a hablar contigo y... —Sacude la cabeza, con fuerza, y trata de reír amargamente—. Dios mío, pero tú no te acuerdas de mí.

Pasan cientos de miles de segundos y sigo muriéndome.

Quiero reír y llorar y gritar y correr y no sé qué hacer primero.

Lo confieso.

—Claro que me acuerdo de ti. —Mi voz suena como un susurro ahogado. Cierro los ojos con fuerza. ~~Me acuerdo de ti cada día para siempre en cada momento de mi destrozada vida~~. Eres la única persona que me ha visto como un ser humano.

Nunca habló conmigo. Nunca me dirigió ni una sola palabra, pero era el único que se atrevía a sentarse cerca de mi verja. Era el único que me defendía, la única persona que luchó por mí, el único que le dio un puñetazo a alguien por tirarme una piedra a la cabeza. No sabía cómo agradecérselo.

Fue lo más parecido a un amigo que tuve.

Abro los ojos y él está de pie en frente de mí. Mi corazón es como un campo de lirios que florecen bajo un cristal, golpeteando la vida como un torrente de gotas de lluvia. Su mandíbula está tan prieta como sus ojos, tan prietos como sus puños, tan prietos como la tensión de sus brazos.

—¿Siempre lo has sabido? —Susurra cuatro palabras y rompe mi muro, libera mis labios y me roba el corazón de nuevo. Casi ni noto las lágrimas que corren por mi cara.

—Adam. —Trato de reír pero mis labios profieren un sollozo ahogado —. Reconocería tus ojos en cualquier parte del mundo.

Y eso es todo.

Esta vez no hay control.

Esta vez estoy en sus brazos y contra la pared y tiembla por todas partes y él es tan dulce, tan cuidadoso, que me toca como si estuviera hecha de porcelana y yo quiero hacerme añicos.

Recorre mi cuerpo con sus manos, recorre mi rostro con sus ojos, su corazón corre desbocado y mi mente corre maratones.

Todo arde. Mis mejillas mis manos la boca de mi estómago y me ahogo en olas de emoción y en una tormenta de lluvia fresca, y lo único que noto es la fuerza de su contorno sobre el mío y no quiero olvidar este momento nunca jamás, jamás, jamás. Quiero grabarlo en mi piel y guardarlo para siempre.

Me toma las manos y presiona mis palmas en su rostro, y sé que nunca había conocido la belleza de sentirme humana antes de esto. Sé que sigo llorando hasta que mis ojos se cierran.

Susurro su nombre.

Y él respira más fuerte que yo y de repente pone los labios en mi cuello y yo jadeo y me muero y me aferro a sus brazos mientras él me toca, me toca, me toca y me lleno de rayos y truenos y me pregunto cuándo demonios me voy a despertar.

Sus labios saborean mi nuca una, dos y cien veces, y me pregunto si es posible morirse de euforia. Busca mis ojos para acariciarme y me sonrojo de placer, dolor e imposibilidad.

—¡Hace tanto tiempo que quería besarte! —Su voz suena ronca, irregular y profunda en mi oído.

Estoy helada, a la espera, a la expectativa, y muy preocupada por si me va a besar o no. Clavo la vista en sus labios y no me doy cuenta de lo cerca que estamos hasta que nos separamos.

Tres chirridos electrónicos retumban por la habitación y Adam mira como si, por un momento, no entendiera dónde está. Parpadea. Y corre hacia un intercomunicador para pulsar los botones adecuados. Me doy cuenta de que sigue respirando fuerte.

Yo estoy temblando.

—Nombre y número —pide la voz del intercomunicador.

—Kent, Adam. 45B-86659.

Pausa.

—Soldado, ¿es consciente de que las cámaras de la habitación están desactivadas?

—Sí, señor. He recibido órdenes directas de desmontar los dispositivos.

—¿Quién ha dado la orden?

—Warner, señor.

Pausa más larga.

—Lo verificamos y confirmamos. La manipulación no autorizada de dispositivos de seguridad puede conducir a su expulsión deshonrosa e inmediata, soldado. Espero que sea consciente de ello.

—Sí, señor.

La línea se queda en silencio.

Adam se desploma contra la pared, con el pecho agitado. No estoy segura de ello, pero podría jurar que sus labios esbozan una pequeña sonrisa. Cierra los ojos y exhala.

No estoy segura de qué hacer con el alivio que siento en mis manos.

—Ven —me dice, con los ojos cerrados todavía.

Voy hacia él de puntillas y me rodea con sus brazos. Respira el aroma de mi pelo, me besa a un lado de la cabeza y nunca en mi vida he sentido algo tan increíble. No sigo siendo humana. Soy mucho más que eso. El sol y la luna se han fusionado y la tierra está del revés. Siento que puedo ser exactamente quien quiero en sus brazos.

Me hace olvidar el miedo que puedo infundir.

—Juliette —susurra—. Tenemos que largarnos de aquí.

VEINTITRÉS

Vuelvo a tener 14 años y estoy mirando su nuca en una clase pequeña. Tengo 14 años y llevo años enamorada de Adam Kent. Me aseguré de tener mucho cuidado, estar muy callada, cooperar, porque no quería volverme a mudar. No quería dejar la escuela en la que había descubierto la única cara amable. Observé cómo iba creciendo un poquito cada día, cómo se hacía un poquito más alto, un poquito más fuerte, un poquito más resistente, un poquito más silencioso. Con el tiempo se hizo demasiado fuerte como para que su padre lo pegara, pero nadie sabe qué pasó con su madre. Los estudiantes lo rechazaron, lo acosaron hasta que empezó a defenderse, hasta que la presión del mundo acabó derrotándolo.

Pero sus ojos siempre fueron los mismos.

Siempre me miraron de la misma forma. Comprensivos. Compasivos. Ansiosos por entender. Pero nunca me hizo preguntas. Nunca me presionó para hablar. Sólo se aseguró de estar lo suficientemente cerca como para ahuyentar a los demás.

Pensé que quizás no era tan mala. Quizás.

Pensé que quizás había visto algo en mí. Pensé que quizás no era tan horrible como los demás decían. No había tocado a nadie desde hacía años. No me atrevía a acercarme a la gente. No podía arriesgarme.

Hasta que un día lo hice y lo arruiné todo.

Maté a un niño en un supermercado cuando sólo intentaba ayudarlo a que se levantara. Al tomar sus manitas. No entendía por qué gritaba. Era la primera vez que tocaba a alguien desde hacía mucho tiempo y no entendía qué me pasaba. Las pocas veces que, de forma accidental, había tocado a alguien, siempre me había apartado. Me apartaba cuando recordaba que no

debía tocar a nadie. Cuando oía cómo escapaba el primer grito de sus labios.

Con el niño fue diferente.

Quería ayudarlo. Sentí una oleada de ira repentina hacia su madre por no atenderle cuando gritaba. Su falta de compasión como madre me destrozó ~~y me recordó demasiado a mi propia madre~~. Sólo quería ayudarlo. Quería que supiera que alguien lo escuchaba... que alguien se preocupaba por él. No entendía por qué me pareció tan raro y estimulante tocarlo. No sabía que estaba consumiendo su vida y no pude comprender por qué se había quedado inerte y callado a mis brazos. Pensé que quizás el torrente de poder y de sentimientos positivos significaba que me había curado de mi horrible enfermedad. Pensé tantas estupideces y lo arruiné todo.

Pensé que estaba ayudando.

Pasé los siguientes tres años de mi vida en hospitales, despachos de abogados, centros de detención de menores y me sometí a pastillas y terapias de electroshock. Nada funcionó. Nada me ayudó. Aparte de matarme, la única solución era encerrarme en un manicomio. La única forma de proteger al público contra el terror de Juliette.

No había visto a Adam en tres años, hasta el momento en que entró en mi celda.

Tiene un aspecto diferente. Más fuerte, más alto, más resistente, más agudo, lleno de tatuajes. Es musculoso, maduro, silencioso y rápido. Es como si no pudiera permitirse ser dulce, lento o tranquilo. Como si no pudiera permitirse ser algo más que músculo, algo más que fuerza o eficiencia. Las líneas de su rostro son suaves, precisas, esculpidas por años de trabajo duro y formación y supervivencia.

Ya no es un niño. No tiene miedo. Está en el ejército.

Pero tampoco es tan diferente. Sigue teniendo los ojos azules más extraordinarios que he visto. Oscuros y profundos y llenos de pasión. Siempre me pregunté cómo sería ver el mundo a través de una lente tan hermosa. Me pregunté si el color de tus ojos significaba que veías el mundo de forma diferente. Si el mundo te veía diferente como resultado.

Debería haberlo reconocido cuando apareció en mi celda.

Una parte de mí lo hizo. Pero me esforcé tanto por reprimir los recuerdos de mi pasado que me negué a creer que pudiera ser posible. Porque una parte de mí no quería recordar. Una parte de mí estaba demasiado asustada como para tener esperanzas. Una parte de mí no sabía si, después de todo, saber que era él cambiaría algo.

Muchas veces me pregunto qué aspecto tendré.

Me pregunto si sólo soy una sombra minada de la persona que era. No me he mirado al espejo en tres años. Me asusta lo que pueda ver.

Alguien llama a la puerta.

Mi propio miedo me catapulta al otro lado de la habitación. Adam entrecruza una mirada conmigo antes de abrir la puerta y decido retirarme a un rincón.

Afino los oídos para oír voces débiles, murmullos, y a alguien que se aclara la garganta. No estoy segura de qué hacer.

—Estaré abajo en un minuto —dice Adam en voz alta. Me doy cuenta de que intenta poner fin a la conversación.

—Venga, tío, sólo quiero verla...

—No es un puto animal de feria, Kenji. Lárgate de aquí.

—Bueno, pero dime: ¿echa chispas por los ojos? —Se ríe y yo me estremezco y me caigo al suelo, al lado de la cama. Me acurruco e intento no escuchar el resto de la conversación.

No lo consigo.

Adam suspira. Me lo imagino frotándose la frente.

—Vete de aquí.

Kenji intenta no reírse.

—Joder, de repente te has vuelto sensible, ¿no? Estar con una chica te está haciendo cambiar, tío.

Adam le dice algo que no consigo oír.

La puerta se cierra de golpe.

Me asomo desde mi escondite. Adam parece avergonzado.

Mis mejillas se sonrojan. Examino la trama intrincada de alfombra finamente tejida bajo mis pies. Toco el tapiz de la pared y espero a que hable. Me levanto para mirar por la ventanita y me encuentro con el sombrío telón de fondo de una ciudad destrozada. Apoyo la frente contra el cristal.

Los cubos metálicos se agrupan en la distancia: instalaciones que albergan a civiles envueltos en muchas capas, intentando refugiarse del frío. Una madre toma a su hijo de la mano. Los soldados están de pie junto a ellos, quietos como estatuas, con los rifles preparados y listos para disparar. Hay montones y montones de basura, y restos peligrosos de hierro y acero que brillan en el suelo. Los árboles solitarios ondean en el viento.

Adam me rodea la cintura con las manos.

Pone los labios en mi oreja y no dice nada en absoluto, pero yo me derrito hasta que soy un pedazo de mantequilla caliente que se escurre por su cuerpo. Quiero alimentarme de cada minuto de este momento.

Dejo que mis ojos se cierren para no ver la verdad que asoma fuera de mi ventana. Sólo durante un rato.

Adam respira profundamente y me acerca más hacia él. Me adapto a la forma de su figura; sus manos me rodean la cintura y sus mejillas se apoyan sobre mi cabeza.

—Eres increíble.

Intento reír pero parece que me he olvidado de hacerlo.

—Pensaba que nunca oiría estas palabras.

Adam me da la vuelta y de pronto lo miro y lo dejo de mirar, un millón de llamas me lamen y me estoy ahogando en un millón más. Me está mirando como si jamás me hubiera visto. Quiero lavar mi alma en el insomitable azul de sus ojos.

Se inclina hasta que su frente descansa contra la mía, pero nuestros labios siguen sin estar lo bastante cerca.

—¿Cómo estás? —susurra, y tengo ganas de besar cada delicioso latido de su corazón.

—*¿Cómo estás?* Dos palabras que nadie me ofrece.

—Quiero salir de aquí —es lo único en que puedo pensar.

Me aprieta contra su pecho y me quedo maravillada por el poder, la gloria, el milagro de un movimiento tan simple. Es como un bloque sólido, de casi dos metros de altura.

Todas las mariposas del mundo han emigrado a mi estómago.

—Juliette.

Me inclino hacia atrás para verle la cara.

—¿Hablas en serio de escapar? —me pregunta. Sus dedos rozan el lateral de mi mejilla. Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Sabes que hay riesgos?

Respiro profundamente. Sé que el único riesgo real es la muerte.

—Sí.

Asiente. Baja la vista, la voz.

—Las tropas se están movilizando para un ataque. Ha habido muchas protestas de grupos que antes estaban callados, y nuestro trabajo es eliminar a la resistencia. Creo que quieren que éste sea su último ataque —añade en voz baja—. Pasa algo importante, todavía no estoy seguro de qué es, pero sea lo que sea, tenemos que estar preparados para irnos cuando ellos lo estén.

Me quedo helada.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estén a punto de desplegar las tropas, tú y yo tenemos que estar listos para huir. Es la única oportunidad real de salir de aquí y tener tiempo para desaparecer. Todos estarán demasiado concentrados en el ataque... y eso nos dará un poco de tregua hasta que se den cuenta de que hemos desaparecido o que puedan reunir a suficiente gente para buscarnos.

—Pero... ¿Quieres decir... que tú vendrás conmigo? ¿Estarías dispuesto a hacer eso por mí?

Esboza una sonrisa. Le hace gracia. Sus labios tiemblan como si intentara no reírse. Al mirarme, sus ojos se suavizan.

—Hay muy pocas cosas que no haría por ti.

Respiro profundamente y cierro los ojos, tocándole el pecho con los dedos, imaginando que el pájaro planea en su piel, y le hago la pregunta que más miedo me da.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir? —Retrocede.

—¿Por qué, Adam? ¿Por qué te preocupas? ¿Por qué quieres ayudarme? No lo entiendo... No sé por qué estarías dispuesto a arriesgar tu vida...

Pero en ese momento pone las manos alrededor de mi cintura y me acerca mucho a él y sus labios están cerca de mi oreja y dice mi nombre una y dos veces, y no imaginaba que podría prenderme en llamas tan rápido. Sonríe contra mi piel.

—¿No lo sabes?

No sé nada, le diría si supiera cómo hablar.

Se ríe brevemente y se aparta. Me toma la mano y la examina.

—¿Recuerdas cuando estábamos en cuarto? —dice—. Cuando Molly Carter se apuntó demasiado tarde a la excursión. Todas las plazas estaban ocupadas, y se quedó fuera del autobús llorando porque quería ir.

No espera que responda.

—Recuerdo que saliste del bus. Le ofreciste tu asiento y ella ni siquiera te dio las gracias. Vi cómo te quedabas en la acera mientras nos alejábamos.

Ya no respiro.

—¿Recuerdas en quinto? ¿La semana en que los padres de Dana casi se divorciaron? Venía cada día al colegio sin comida. Y tú le ofrecías la tuya.

—Hace una pausa—. En cuanto se acabó la semana volvió a fingir que no existías.

Sigo sin respirar.

—En séptimo pillaron a Shelly Morrison copiando de tu examen de matemáticas. Ella no paraba de gritar diciendo que, si suspendía, su padre la mataría. Tú le dijiste al profesor que fuiste tú quien copió de ella. Te pusieron un cero en el examen, y te castigaron durante una semana. —Levanta la cabeza pero no me mira—. Después de esto, tuviste moratones en los brazos como mínimo durante un mes. Siempre me he preguntado de dónde habían salido.

Mi corazón late demasiado deprisa. Peligrosamente deprisa. Aprieto los dedos para evitar que tiemblen. Encajo la mandíbula y me limpio la cara de toda emoción, pero no puedo aminorar el zumbido de mi pecho aunque lo intente con todas mis fuerzas.

—Un millón de veces —dice, ahora con la voz muy tranquila—. Te vi hacer cosas así un millón de veces. Pero nunca dijiste una sola palabra a menos que te obligaran. —Se vuelve a reír, esta vez de forma ardiente e intensa. Mira hacia un punto justo encima de mi hombro—. Nunca le pediste nada a nadie. —Al fin me mira—. Pero nadie te dio una oportunidad.

Trago saliva con dificultad, intento mirar hacia otro lado pero me acaricia el rostro.

Susurra:

—No tienes ni idea de cuánto he pensado en ti. Cuántas veces he soñado... —respira con dificultad—. Cuántas veces he soñado que estaríamos así de cerca. —Hace ademán de pasarse la mano por el pelo pero cambia de parecer. Mira hacia abajo. Luego hacia arriba—. Por Dios, Juliette, te seguiría a cualquier parte. Eres lo único bueno que queda en este mundo.

Me esfuerzo por no romper a llorar pero no sé si está dando resultado. Estoy rota y pegada de nuevo y me ruborizo por todas partes y casi no logro reunir fuerzas para mirarlo a los ojos.

Sus dedos encuentran mi barbilla. La alzan.

—Tenemos tres semanas como máximo —me dice, muy dulcemente—. No creo que puedan controlar los disturbios mucho más.

Asiento. Parpadeo. Apoyo la cara contra su pecho y finjo que no estoy llorando.

Tres semanas.

VEINTICUATRO

Pasan dos semanas.

Dos semanas de vestidos y duchas y comida que quiero desparramar por la habitación. Dos semanas con Warner sonriendo y tocándose la cintura, riendo y guiándose por la espalda, asegurándose de que tengo el mejor aspecto posible para andar a su lado. Cree que soy su trofeo. Su arma secreta.

Tengo que reprimir las ganas de reventarle los nudillos contra el hormigón.

Pero le ofrezco dos semanas de cooperación, porque en una semana nos habremos ido.

Ojalá.

Pero sobre todo, me he dado cuenta de que no odio tanto a Warner como pensaba.

Me da pena.

Siente una especie de consuelo extraño ante mi presencia, cree que puedo verme reflejada en él y en sus ideas retorcidas, en su cruel educación, en su padre ausente y exigente al mismo tiempo.

Pero nunca habla sobre su madre.

Adam dice que nadie sabe nada sobre la madre de Warner, que nunca se habla de ella y que nadie tiene la menor idea de quién es. Dice que sólo se conoce a Warner por ser el resultado de una crianza despiadada y por su frío y calculador deseo de poder. Odia a los niños felices y a los padres felices con vidas felices.

Creo que Warner se piensa que entiendo. Que lo entiendo.

Y es verdad. Y es mentira.

Porque no somos iguales.
Yo quiero ser mejor.

Adam y yo pasamos algo de tiempo juntos, pero por la noche. No es mucho. Warner cada vez me observa de más cerca; desactivar las cámaras le ha hecho sospechar más. Siempre entra en mi habitación de forma inesperada, me lleva a dar paseos innecesarios por el edificio, sólo me habla de sus planes y de sus planes de planear más cosas y de cómo podemos conquistar el mundo juntos. No finjo interés.

Quizás soy yo quien lo empeora todo.

—No puedo creer que Warner aceptara que desactivaran tus cámaras —me dijo Adam una noche.

—Está loco. No es racional. Tiene una enfermedad que nunca comprenderé.

Adam suspiró.

—Está obsesionado contigo.

—¿Cómo? —Casi me parto el cuello de la sorpresa.

—Sólo habla de ti. —Por un momento Adam se quedó callado, con la mandíbula tensa—. He oído historias sobre ti incluso antes de que llegaras. Por eso me involucré... Por eso me ofrecí voluntario. Warner se pasó meses recopilando información: direcciones, historiales médicos, historias personales, relaciones familiares, certificados de nacimiento, análisis de sangre. Todo el ejército hablaba sobre su nuevo proyecto; todo el mundo sabía que estaba buscando a una chica que había matado a un niño en un supermercado. Una chica que se llamaba Juliette.

Contuve la respiración.

Adam sacudió la cabeza.

—Sabía que se refería a ti. Tenías que ser tú. Le pregunté a Warner si podía colaborar en el proyecto... Le dije que había ido contigo al colegio, que había oido hablar del niño, que te había visto en persona. —Se echó a reír—. Warner estaba encantado. Pensó que así el experimento sería más interesante —añadió, asqueado—. Y yo sabía que si pretendía que formaras parte de su proyecto de locos... —Vaciló. Miró hacia otra parte. Se pasó la

mano por el pelo—. De lo único que estaba seguro en ese momento era de que tenía que hacer algo. Pensé que podría intentar ayudarte. Pero ahora las cosas se han puesto más feas. Warner no para de hablar sobre lo que eres capaz de hacer o sobre lo valiosa que eres para sus esfuerzos y sobre lo entusiasmado que está de tenerte aquí. Todo el mundo se está empezando a dar cuenta de ello. Warner es despiadado... no siente compasión por nadie. Le encanta el poder, la emoción de destruir personas. Pero se está empezando a desmoronar, Juliette. Está desesperado... Quiere que te *unas* a él. A pesar de sus amenazas, no quiere forzarte. Quiere que lo deseas. Que, de alguna forma, *lo elijas*. —Miró hacia abajo, respiró con dificultad—. Está perdiendo facultades. Y cada vez que veo su cara estoy a punto de hacer alguna tontería. Me encantaría partirle la mandíbula.

Sí. Warner está perdiendo facultades.

Está paranoico, aunque tiene buenas razones. Pero también es paciente e impaciente conmigo. Entusiasmado y nervioso todo el rato. Es una contradicción andante.

Desactiva mis cámaras, pero algunas noches le ordena a Adam dormir junto a mi puerta para asegurarse de que no me escapo. Dice que puedo comer sola, pero siempre acaba llamándome a su lado. Nos roba las pocas horas que Adam y yo podríamos pasar juntos, pero me las ingenio para pasar las pocas noches que permite a Adam dormir en mi habitación acurrucada entre sus brazos.

Ahora los dos dormimos en el suelo, abrigándonos el uno al otro para mantener el calor incluso cuando la manta nos tapa. Cada vez que me toca es como una explosión de fuego y electricidad que me enciende los huesos de forma increíble. Es el tipo de sensación que me gustaría sentir en las manos.

Adam me habla sobre progresos, murmullos que ha oído de otros soldados. Me explica que hay muchos cuarteles generales en lo que queda del país. Que el padre de Warner está en el Capitolio, que ha dejado a su hijo a cargo de todo este sector. Dice que Warner odia a su padre pero ama el poder. La destrucción. La devastación. Me acaricia el pelo y me cuenta historias, y se acerca a mí como si tuviera miedo de que desapareciera. Pinta imágenes de personas y lugares hasta que me quedo dormida, hasta

que me sumerjo en un narcótico de sueños para escapar de un mundo que no tiene más refugio, ni alivio, ni liberación que las palabras reconfortantes en mi oído. Lo único que espero estos días es dormir. Ya casi no recuerdo por qué antes gritaba.

Todo se vuelve demasiado cómodo y empiezo a sentir pánico.

—Ponte esto —me dice Warner.

Desayunar en la habitación azul se ha convertido en una rutina. Como y no pregunto de dónde proviene la comida, ni si pagan a los trabajadores por lo que hacen, ni cómo este edificio puede sustentar tantas vidas, bombeiar tanta agua o usar tanta electricidad. Debo ganar tiempo. Coopero.

Warner no me ha vuelto a pedir que lo toque, y yo no se lo ofrezco.

—¿Para qué sirven? —Miro los trocitos de tela en sus manos y siento una punzada nerviosa en el estómago.

Esboza una lenta y furtiva sonrisa.

—Una prueba de aptitud. —Me agarra la muñeca y coloca el bulbo sobre mi mano—. Esta vez me daré la vuelta, pero sólo ésta.

Estoy demasiado nerviosa como para indignarme.

Me tiemblan las manos mientras me pongo el atuendo, que resulta ser un top diminuto y unos escuetos pantalones cortos. Estoy prácticamente desnuda. Me da pánico pensar qué puede significar esto. Aclaro la garganta sutilmente y Warner se gira.

Tarda mucho en hablar; sus ojos están demasiado ocupados recorriendo la hoja de ruta de mi cuerpo. Tengo ganas de arrancar la alfombra y coserla a mi piel. Sonríe y me ofrece su mano.

Soy de granito, piedra caliza y mármol. No me muevo.

Baja la mano. Ladea la cabeza.

—Sígueme.

Abre la puerta. Adam está fuera. Es tan bueno enmascarando sus emociones que casi no percibo la conmoción que aparece y desaparece en su rostro. Sólo la tensión en su frente y en las sienes lo delata. Sabe que algo no va bien. Incluso gira el cuello para registrar mi aspecto. Parpadea.

—¿Señor?

—Quédese aquí, soldado. Yo me encargo a partir de ahora.

Adam no responde no responde no responde...

—Sí, señor —dice, con voz ronca de repente.

Noto sus ojos clavados en mí mientras cruzo el pasillo.

Warner me lleva a un sitio nuevo. Pasamos por pasillos que no he visto nunca, cada vez más oscuros y sombríos y estrechos. Me doy cuenta de que vamos hacia abajo.

Hacia un sótano.

Atravesamos una, dos, cuatro puertas metálicas. Hay soldados por todas partes, hay ojos por todas partes, me evalúan con miedo y algo más que prefiero no identificar. Me doy cuenta de que hay muy pocas chicas en el edificio.

Si alguna vez ha habido algún lugar en el que agradecer ser intocable, es éste.

Es la única razón por la que estoy a salvo de los ojos depredadores de cientos de hombres solitarios. Es la única razón por la que Adam está conmigo... porque Warner cree que Adam es una figura de cartón que se hace en una fábrica. Cree que Adam es una máquina engrasada con órdenes y exigencias. Cree que Adam es un recordatorio de mi pasado, y lo usa para hacerme sentir incómoda. Nunca podría imaginarse que Adam podría ponerme un dedo encima.

Nadie lo haría. Toda persona con la que me cruzo está profundamente aterrada.

La oscuridad es como un lienzo negro perforado con un cuchillo sin afilar, con rayos de luz que asoman. Me recuerda a mi antigua celda. Mi piel se eriza con un pavor incontrolable.

Estoy rodeada de pistolas.

—Entra —dice Warner. Me empujan hacia una habitación vacía que huele un poco a moho. Alguien enciende un interruptor y destellan luces fluorescentes que dejan al descubierto unas paredes de color amarillo pálido y una alfombra del color de la hierba muerta. Detrás de mí, la puerta se cierra de golpe.

En la habitación no hay más que telarañas y un espejo enorme. El espejo ocupa media pared. Por instinto sé que Warner y sus cómplices

deben estarme observando. Pero no sé por qué.

Hay secretos por todas partes.

Y respuestas en ninguna parte.

El espacio en el que estoy tiembla con tintineos/chasquidos/chirridos metálicos y movimientos. El suelo cobra vida. El techo tiembla avecinando el caos. De repente aparecen pinchos metálicos por todas partes, esparcidos por la habitación, perforando cada superficie a alturas diferentes. Desaparecen a los pocos segundos para reaparecer con un impacto aterrador repentino, y cortan el aire como agujas.

Me doy cuenta de que estoy en una cámara de tortura.

Las interferencias y los acoplos de altavoces que son más viejos que mi corazón moribundo cobran vida. Soy un caballo de carreras que galopa hacia una meta falsa, que respira con dificultad para el beneficio de otro.

—¿Estás lista? —La voz amplificada de Warner resuena por toda la habitación.

—¿Para qué se supone que debo estar lista? —grito al espacio vacío, segura de que alguien puede oírme. ~~Estoy calmada. Estoy calmada. Estoy calmada.~~ Estoy petrificada.

—¿Recuerdas que hicimos un trato? —responde la habitación.

—¿Qu...

—Desactivé tus cámaras. Ahora debes cumplir tu parte.

—¡No voy a tocarte! —grito, dando vueltas, aterrorizada, horrorizada, preocupada porque me pueda desmayar en cualquier momento.

—Está bien —dice—. Te mando a mi sustituto.

La puerta se abre con un chirrido y un niño pequeño en pañales se contonea. Lleva los ojos vendados y solloza, temblando de miedo.

Un alfiler hace que mi existencia explote hasta desintegrarse.

—Si no lo salvas —las palabras de Warner resuenan con interferencias por la sala—, nosotros tampoco lo haremos.

Este niño.

Debe tener una madre un padre alguien que lo quiere este niño este niño este niño que anda a trompicones por el miedo. En cualquier momento una estalagmita metálica podría atravesarlo.

Es sencillo. Para salvarlo, tengo que agarrarlo, encontrar un sitio seguro en el suelo y sujetarlo en mis brazos hasta que se acabe el experimento.

Sólo hay un problema.

Si lo toco, puede morir.

VEINTICINCO

Warner sabe que no tengo elección. Quiere imponerme otra situación en la que pueda ver el impacto de mis habilidades, y no tiene ningún problema si tiene que torturar a un niño inocente para conseguir exactamente lo que quiere.

Ahora mismo no tengo elección.

Tengo que aprovechar antes de que el niño dé un paso en la dirección equivocada.

Rápidamente memorizo las trampas, y esquivo/salto/evito por poco los pinchos hasta que estoy lo más cerca que puedo de él.

Respiro profunda y temblorosamente y me concentro en las extremidades tambaleantes del niño que está frente a mí, pidiéndole a Dios que esté tomando la decisión correcta. Estoy a punto de quitarme la camiseta para usarla de barrera, pero noto una pequeña vibración en el suelo. El temblor que precede al terror. Sé que me queda medio segundo antes de que los pinchos suban, y todavía menos tiempo de reacción.

Lo subo en brazos de un tirón.

Sus gritos me perforan como si me hubieran disparado, una bala por segundo. Me araña los brazos, el pecho, me da patadas lo más fuerte que puede, llorando de agonía hasta que el dolor lo paraliza. Se debilita en mis brazos y siento que me arrancan a pedazos, los ojos, los huesos, las venas se me caen, dando vueltas sobre mí para torturarme para siempre con recuerdos de los horrores que he causado.

El dolor y el poder sangran por su cuerpo hacia el mío, sacudiendo sus extremidades y chocando contra mí hasta que casi se me cae. ~~Es como revivir una pesadilla que llevo tres años tratando de olvidar.~~

—Totalmente increíble —suspira Warner por los altavoces, y me doy cuenta de que tenía razón. Debe haberlo estado observando en un espejo unidireccional—. Brillante, cariño. Estoy impresionado.

Estoy demasiado desesperada como para hacerle caso ahora. No sé cuánto tiempo va a durar este juego enfermizo, y tengo que disminuir la cantidad de piel que expongo en el cuerpo del niño.

Mi ropa ligera no tiene sentido ahora.

Lo recolo entre mis brazos y trato de agarrarlo del pañal. Lo sostengo con la palma de la mano. Me desespera pensar que no lo haya tocado lo suficiente como para causarle daños importantes.

Hipa una vez; su cuerpo recobra la vida.

Lloraría de emoción.

Pero entonces vuelve a gritar, ya no de la tortura sino de miedo. Quiere alejarse de mí desesperadamente y yo estoy perdiendo el control; casi se me rompe la muñeca del esfuerzo. No me atrevo a quitarle la venda de los ojos. Preferiría morir antes que dejar que me viera a mí y a este sitio.

Aprieto la mandíbula tan fuerte que me da miedo romperme los dientes. Si lo dejo en el suelo, empezará a correr. Y si empieza a correr, está acabado. Tengo que seguir sosteniéndolo.

El rugir de un resoplido mecánico me reanima el corazón. Los pinchos vuelven a meterse en el suelo, de uno en uno, hasta que todos han desaparecido. La habitación vuelve a ser inofensiva tan rápidamente que me da miedo haberme imaginado el peligro. Dejo al niño en el suelo y me muerdo el labio para aliviar el dolor de la muñeca.

El niño empieza a correr y choca accidentalmente contra mis piernas descubiertas.

Grita y se estremece y se cae al suelo, acurrucado sobre sí mismo, sollozando de tal forma que contemplo la posibilidad de destruirme a mí misma, de librarme de este mundo. Las lágrimas corren por mi rostro y lo único que deseo es alcanzarlo y ayudarlo, abrazarlo, besar sus preciosas mejillas y decirle que cuidaré de él para siempre, que huiremos juntos, que jugaré con él y le leeré cuentos por la noche, pero sé que no puedo. Sé que nunca podré. Sé que nunca será posible.

Y de repente pierdo al mundo de vista.

Me abruma una rabia, una intensidad, una ira tan potente que casi me elevo del suelo. Estoy hirviendo de odio ciego y repugnancia. Ni siquiera entiendo cómo se moverán mis pies a continuación. No entiendo a mis manos, ni lo que hacen, ni por qué han decidido salir volando, con los dedos extendidos, para cargar contra la ventana. Quiero sentir cómo se parte el cuello de Warner entre mis propias manos. Quiero que sienta el mismo terror que acaba de infingirle a un niño. Quiero ver cómo muere. Quiero ver cómo pide clemencia.

Me catapulto hacia las paredes de hormigón.

Machaco el cristal con diez dedos.

Estoy agarrando un puñado de gravilla y un trocito de tela del cuello de Warner y cincuenta pistolas diferentes me apuntan a la cabeza. El aire está cargado de cemento y azufre, el cristal cae en una sinfonía agonizante de corazones destrozados.

Estrello a Warner contra la piedra corroída.

—No os *atreváis* a disparar —dice Warner a los guardas resoplando. Aún no le he tocado la piel, pero tengo la extraña sospecha de que podría aplastar su caja torácica contra su corazón si apretara un poquito más.

—Debería matarte.

Mi voz es como una respiración profunda, una exhalación descontrolada.

—Tú... —trata de tragarse saliva—. Acabas de... acabas de atravesar el hormigón con tus manos.

Parpadeo. No me atrevo a mirar hacia atrás. Pero no me hace falta mirar para saber que no miente. Debo haberlo hecho. Mi mente es un laberinto de imposibilidad.

Pierdo el norte durante un segundo.

Las armas hacen

clic

clic

clic

Cada momento está cargado.

—Si alguien le hace daño a esta mujer le dispararé yo mismo —vocifera Warner.

—Pero señor...

—¡Retírese, soldado!

La rabia desaparece. La ira repentina e incontrolable se ha ido. Mi mente ya se ha rendido ante la incredulidad. Confusión. No sé lo que he hecho. Obviamente no sé de qué soy capaz porque no tenía ni idea de que podía destrozar algo y de repente mis manos me aterrorizan me aterrorizan me aterrorizan. Tropiezo hacia atrás, aturdida, y veo que Warner me mira con avidez, con entusiasmo, con unos ojos esmeralda que brillan de fascinación infantil. Casi tiembla de la emoción.

Tengo una serpiente en la garganta y no consigo tragármela. Nuestros ojos se encuentran.

—Si vuelves a ponerme en una situación como ésta, *te juro* que te mataré. Y lo disfrutaré.

Ni siquiera sé si miento.

VEINTISEÍS

Adam me encuentra hecha un ovillo en el suelo de la ducha.

Llevo tanto rato llorando que estoy segura de que el agua caliente está hecha de mis lágrimas. Tengo la ropa pegada a la piel, mojada e inservible. Quiero lavarla. Quiero ahogarme en la ignorancia. Quiero ser estúpida, tonta, muda, estar desprovista de cerebro. Quiero amputarme mis propias extremidades. Quiero deshacerme de esta piel que puede matar y de estas manos que lo destrozan todo y de este cuerpo que no sé ni cómo llegar a comprender.

Todo se desmorona.

—Juliette... —Presiona la mano contra el cristal. Casi ni consigo oírle.

Como no contesto, abre la mampara de la ducha. Está empapado de gotas de lluvia rebeldes y se quita las botas antes de caer de rodillas sobre el suelo de baldosas. Me roza los brazos, pero la sensación aún me hace sentir más desesperada por morir. Suspira y me levanta, lo suficiente como para levantarme la cabeza. Me rodea la cara con las manos y busca mi mirada, me busca hasta que yo aparto la vista.

—Sé lo que ha ocurrido —me dice con ternura.

Mi garganta es como un reptil, cubierta de escamas.

—Alguien debería matarme —digo con voz ronca, desmoronándome con cada palabra.

Adam me envuelve en sus brazos hasta que me levanta y mis piernas tambalean y ambos estamos de pie. Da un paso al interior de la ducha y cierra la puerta tras de sí.

Se me corta la respiración.

Me tiene contra la pared y no veo nada más que su camiseta blanca y empapada, nada más que el agua que baila en su rostro, nada más que unos ojos llenos de un mundo del que muero por formar parte.

—No ha sido culpa tuya —me susurra.

—Esa soy yo —digo con voz ahogada.

—No. Warner está equivocado —dice Adam—. Quiere que te conviertas en alguien que no eres, y no puedes dejar que te destroce. No le dejes entrar en tu cabeza. *Quiere* que pienses que eres un monstruo. Que creas que no tienes más opción que unirte a él. Quiere que pienses que nunca serás capaz de tener una vida normal...

—Pero es que no voy a tener una vida normal. —Me trago un sollozo

—. Nunca... nunca voy a...

Adam niega con la cabeza.

—Sí. Vamos a salir de aquí. No dejaré que te pase esto.

—¿Por qué te preocupas por alguien... como yo? —Casi ni respiro, estoy nerviosa y paralizada, pero por algún motivo me quedo mirando sus labios, examino su forma,uento las gotas de agua que ruedan por las colinas y los valles de su boca.

—Porque estoy enamorado de ti.

Me da un vuelco el estómago. Abro los ojos para leer su rostro pero estoy hecha un embrollo de electricidad, que bulle de vida y relámpagos, frío y calor, y un corazón arrítmico. Tiemblo en sus brazos y mis labios se han separado en dos sin razón alguna.

Su boca se suaviza en una sonrisa. Mis huesos han desaparecido.

Doy vueltas delirantes.

Su nariz toca la mía, sus labios están a una respiración de mí, sus ojos ya me están devorando y yo soy como un charco sin brazos ni piernas. Lo huelo en todos lados; siento cada parte de su cuerpo contra el mío. Sus manos en mi cintura, agarrándome las caderas, sus piernas alineadas con las mías, su pecho dominándome con fuerza, su compleción hecha de ladrillos de deseo. El sabor de sus palabras se detiene en mis labios.

—¿De verdad...? —Hablo con un susurro de incredulidad, un esfuerzo consciente por creerme algo que nunca ha ocurrido. Estoy ruborizada de pies a cabeza, llena de sobreentendidos.

Me mira tan emocionado que casi se me parte el alma.

—Dios, Juliette...

Y me besa.

Una vez, dos, hasta que lo he saboreado y me doy cuenta de que nunca me saciaré. Está por todas partes, sobre mi espalda y mis brazos, y de repente me besa más fuerte, más profundamente, con una necesidad apasionada y apremiante que jamás había conocido. Toma aire sólo para enterrar sus labios en mi cuello, en mi clavícula, hasta la barbilla y las mejillas y tomo una bocanada de aire y me destroza con las manos y estamos empapados de agua, de belleza y de la emoción de un momento que no creía posible.

Se echa hacia atrás con un pequeño gemido y yo deseo que se quite la camisa.

Tengo que ver el pájaro. Tengo que hablarle del pájaro.

Mis dedos tiran del dobladillo de su ropa mojada y sus ojos se agrandan un segundo antes de que él mismo se arranque la camisa. Me toma las manos y me levanta los brazos sobre la cabeza, y me pega a la pared, besándome hasta que creo estar soñando, bebiéndose mis labios con los suyos, y sabe a lluvia y a almizcle dulce y yo estoy a punto de explotar.

Mis rodillas chocan y mi corazón late tan deprisa que no entiendo cómo sigue funcionando. Sus besos eliminan el sufrimiento, el dolor, el odio que he sentido hacia mí misma durante años, las inseguridades, las esperanzas frustradas de un futuro que siempre consideré obsoleto. Me enciende, quema la tortura de los juegos de Warner, la angustia que me envenena cada día. La intensidad de nuestros cuerpos podría destrozar las paredes de cristal.

Y casi ocurre.

Por un momento, nos limitamos a mirarnos el uno al otro, respirando con dificultad hasta que me sonrojo, hasta que cierra los ojos y respira de forma irregular y regular, y pongo la mano sobre su pecho. Me atrevo a trazar el contorno del ave que planea sobre su piel, me atrevo a pasar los dedos a lo largo de su abdomen.

—Tú eres mi pájaro —le digo—. Tú eres mi pájaro y me ayudarás a volar.

Cuando salgo de la ducha, Adam ya se ha ido.

Se escurrió la ropa, se secó y dejó que me cambiara. Me cedió una intimidad que no estoy segura de si va a volver a importarme. Me toco los labios con dos dedos y noto su sabor por todas partes.

Pero cuando salgo a la habitación no está por ninguna parte. Tenía que presentarse abajo.

Me quedo mirando la ropa del armario.

Siempre elijo un vestido con bolsillos porque no sé dónde más puedo guardar mi libreta. No contiene nada que pueda incriminarnos, y el trozo de papel en el que escribió Adam está destruido y tirado por el retrete, pero me gusta tenerla cerca. Representa mucho más que unas pocas palabras garabateadas sobre un papel. Es una pequeña muestra de mi resistencia.

Me meto la libreta en un bolsillo y decido que ya estoy lista para enfrentarme a mí misma. Respiro profundamente, me retiro los mechones mojados de pelo de los ojos y entro en el baño. El vapor de la ducha ha empañado el espejo. Extiendo una mano indecisa para desempañar un círculo pequeño. Pero que sea lo suficientemente grande.

Un rostro asustado me mira fijamente.

Me toco las mejillas y examino la superficie reflectante, la imagen de una chica que me resulta extraña y familiar a la vez. Mi cara es más delgada, más pálida, mis pómulos son más prominentes de lo que los recordaba, mis cejas se posan sobre dos ojos abiertos que no son ni azules ni verdes, sino algo intermedio. Mi piel está enrojecida por el calor y por algo llamado Adam. Mis labios son demasiado rosados. Mis labios están excepcionalmente rectos. Deslizo el dedo a lo largo de la nariz, recorriendo el contorno de mi mejilla cuando detecto un movimiento por el rabillo del ojo.

—¡Eres tan guapa! —dice.

Estoy rosa y roja y granate a la vez. Agacho la cabeza y huyo del espejo para que me coja en brazos.

—Me había olvidado de mi propia cara —murmuro.

—No te olvides de quién *eres* —me dice.

—Ni lo sé.

—Sí que lo sabes. —Me levanta la cabeza—. Y yo.

Me quedo mirando la fuerza de su mandíbula, de sus ojos, de su cuerpo. Trato de comprender la confianza que tiene en quien cree que soy y me doy cuenta de que su seguridad es lo único que me impide zambullirme en la piscina de mi propia locura. Siempre ha creído en mí. Incluso sin hacer ruido, en silencio, luchó por mí. Siempre.

Es mi único amigo.

Le cojo la mano y me la llevo a los labios.

—Te quiero para siempre.

El sol sale, se queda, brilla en su rostro y él casi sonríe, pero apenas me puede mirar. Relaja los músculos, sus hombros se alivian ante el peso de un nuevo tipo de deseo y exhala. Me toca la mejilla, me toca los labios, toca la punta de mi barbilla y parpadeo y me besa, me toma en sus brazos y me levanta y de alguna forma llegamos a la cama enredados el uno con el otro y estoy drogada de emoción, drogada por cada momento tierno. Sus dedos recorren mi hombro, se pasean por mi contorno, se paran en mis caderas. Me acerca más a él, susurra mi nombre, me da besos por la garganta y lucha con el tejido rígido de mi vestido. Sus manos tiemblan ligeramente, sus ojos desprenden sentimiento, su corazón retumba de dolor y afección y siento ganas de vivir aquí, en sus brazos, en sus ojos, el resto de mi vida.

Mis manos se deslizan bajo su camisa, ahoga un gemido que se convierte en un beso que me necesita, que me quiere, y que quiere apoderarse de mí tan desesperadamente que es como la tortura más aguda. Su peso cae sobre el mío, encima de mí, noto infinitos puntos sensibles en cada terminación nerviosa de mi cuerpo y su mano derecha está detrás de mi cuello y su mano izquierda me envuelve y sus labios pasan por mi camisa y no entiendo por qué voy a volver a necesitar usar ropa y soy un ser de rayos y truenos y puedo estallar en lágrimas en cualquier momento inoportuno. Mi pecho late de éxtasis, éxtasis, éxtasis.

No recuerdo qué significa respirar.

Nunca

nunca

antes

supe
qué significaba *sentir*.

Una alarma martillea las paredes.

La habitación hace ruidos y cobra vida y Adam se pone rígido, se aleja, su rostro se colapsa.

—¡Código siete! Todos los soldados deben presentarse en su Cuadrante. ¡Código siete! Todos los soldados deben presentarse en su Cuadrante. ¡Código siete! Todos los soldados deben presentarse en su Cuadra...

Adam está de pie y tira de mí mientras la voz sigue dando órdenes por el sistema de altavoces conectado al edificio.

—Se ha cometido una infracción —dice, con la voz quebrada y jadeante, mirando fugazmente a la puerta y a mí—. Dios. No puedo dejarte aquí...

—Vete —le digo—. Tienes que irte... yo estaré bien...

Por los pasillos retumban pasos y los soldados gritan tanto que los oigo a través de las paredes. Adam sigue en servicio. Tiene que actuar. Tiene que guardar las apariencias hasta que nos podamos ir. Lo sé.

Me acerca a él.

—No se trata de un juego, Juliette... No sé qué pasa... Podría ser cualquier cosa...

Un chasquido metálico. Un interruptor mecánico. La puerta se abre de golpe y Adam y yo nos sepáramos tres metros de golpe.

Adam sale disparado hacia la salida al mismo tiempo que Warner entra. Ambos se quedan helados.

—Estoy bastante seguro de que la alarma ha sonado como mínimo durante un minuto, soldado.

—Sí, señor. No estaba seguro de qué hacer con ella. —De repente parece tranquilo, es la estatua perfecta. Me hace una señal con la cabeza, como si fuera algo que se le acaba de ocurrir, pero me doy cuenta de que tiene los hombros demasiado rígidos. Respira a un ritmo acelerado.

—Ha tenido suerte, he venido para encargarme de ello. Puede decírselo a su comandante.

—Señor. —Adam asiente, pivota sobre un talón y se va a toda velocidad. Espero que Warner no notara su vacilación.

Warner se vuelve hacia mí con una sonrisa tan tranquila y relajada que empiezo a preguntarme si realmente existe el caos en el edificio. Examina mi rostro. Mi pelo. Mira las sábanas arrugadas tras de mí y me siento como si acabara de tragarme una araña.

—¿Una siesta?

—Esta noche no he podido dormir.

—Tu vestido está desgarrado.

—¿Qué haces aquí? —Tengo que conseguir que deje de mirarme, tengo que conseguir que deje de absorber los detalles de mi existencia y mi aspecto.

—Si no te gusta el vestido, ya sabes que puedes elegir otro. Yo mismo los elegí para ti.

—Está bien. Me gusta el vestido. —Echo un vistazo hacia el reloj sin razón alguna. Ya son las 4: 30 de la tarde—. ¿Por qué no me explicas qué está pasando?

Está demasiado cerca. Está de pie, demasiado cerca, y me mira, y mis pulmones no consiguen expandirse.

—Deberías cambiarte, en serio.

—No quiero cambiarme. —No sé por qué me he puesto tan nerviosa. Por qué me está poniendo tan nerviosa. Por qué el espacio que nos separa se encoge tan rápidamente.

Engancha un dedo en el desgarrón, cerca de la cinturilla del vestido y muerdo un grito para evitar que se fugue.

—Esto no te queda bien.

—No pasa nada...

Tira tan fuerte que la tela se desgarra y hace una raja a un lado de mi pierna.

—Así está mejor.

—¿Qué haces?

Sus manos serpentean por mi cintura y me sujetan los brazos y sé que tendría que defenderme pero estoy helada y quiero gritar pero tengo la voz

entrecortada, entrecortada, entrecortada. La desesperación me hace respirar de forma irregular.

—Tengo una pregunta —dice, e intento darle una patada enfundada en este vestido carente de valor pero él me estruja contra la pared, el peso de su cuerpo me aprieta, está cubierto de ropa de pies a cabeza, una capa protectora nos separa—. He dicho que tengo una pregunta, Juliette.

Desliza sus manos en mi bolsillo tan rápido que tardo un momento en darme cuenta de lo que ha hecho. Estoy jadeando contra la pared, temblando y tratando de encontrar mi cabeza.

—Siento curiosidad —me dice—. ¿Qué es esto?

Tiene mi libreta sujetada entre sus dedos.

Dios mío.

El vestido es tan ajustado que no oculta la forma de la libreta y estaba demasiado ocupada mirándome la cara para fijarme en el vestido en el espejo. ~~Es culpa mía culpa mía culpa mía culpa mía~~. No me lo puedo creer. Es culpa mía. Debería haber ido con más cuidado.

No digo nada.

Ladea la cabeza.

—No recuerdo haberte dado ninguna libreta. Y, desde luego, tampoco recuerdo haberte dado permiso para tener nada tuyo.

—La llevaba conmigo. —Mi voz se queda atrapada.

—Ahora mientes.

—¿Qué quieres de mí? —Entro en pánico.

—Ésa es una pregunta estúpida, Juliette.

Oigo el suave sonido de un metal delicado por alguna parte.

Clic.

—Quítale las manos de encima antes de que te meta una bala en la cabeza.

VEINTISIETE

Warner cierra los ojos muy lentamente. Da un paso hacia atrás muy lentamente. Contrae los labios en una sonrisa peligrosa.

—Kent.

Las manos de Adam son firmes, el cañón de su pistola presiona la nuca de Warner.

—Vas a despejarnos la salida.

Warner se ríe. Abre los ojos y se saca una pistola del bolsillo interior con la que me apunta directamente a la frente.

—La mataré ahora mismo.

—No eres tan tonto —dice Adam.

—Si te mueves un milímetro siquiera, dispararé. Y después te haré pedazos.

Adam actúa rápidamente y golpea a Warner en la cabeza con la culata de la pistola. La pistola de Warner se encasquilla y Adam le agarra el brazo y le retuerce la muñeca hasta que casi suelta el arma. Cojo la pistola de la mano flácida de Warner y le doy en la cara con la culata. Me sorprenden mis propios reflejos. Nunca antes había cogido una pistola, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo.

Apunto a los ojos de Warner.

—No me subestimes.

—Madre mía —Adam no oculta su sorpresa.

Warner se ríe al toser, se tranquiliza e intenta sonreír mientras se limpia la sangre de la nariz.

—Nunca te he subestimado —me dice—. Nunca.

Adam sacude la cabeza un instante y esboza una sonrisa. Me mira radiante mientras presiona la pistola más fuerte contra el cráneo de Warner.

—Salgamos de aquí.

Agarro las dos bolsas de lona que escondimos en el armario y le paso una a Adam. Hace una semana que tenemos las maletas hechas. Si quiere salir de aquí antes de lo previsto, no me quejaré.

Warner tiene suerte de que nos mostremos compasivos.

Pero nosotros tenemos suerte de que hayan evacuado todo el edificio. No tiene a nadie en quien confiar.

Warner se aclara la garganta.

—Le aseguro, soldado, que su triunfo durará poco. Quizás debería matarme ahora, porque cuando lo encuentre voy a disfrutar muchísimo destrozando todos los huesos de su cuerpo. Está loco si cree que puede salirse con la suya.

—No soy tu soldado. —El rostro de Adam es de piedra—. Nunca lo he sido. Estás tan atrapado en los detalles de tus fantasías que no te has dado cuenta de los peligros que tenías delante de las narices.

—Aún no podemos matarte —añado—. Tienes que sacarnos de aquí.

—Estás cometiendo un grave error, Juliette —me dice. Suaviza la voz—. Vas a arrojar un gran futuro por la borda. —Suspira—. ¿Cómo sabes que puedes confiar en él?

Miro a Adam. Adam, el chico que siempre me ha defendido, incluso cuando no tenía nada que ganar. Sacudo la cabeza para despejarme. Me recuerdo a mí misma que Warner es un mentiroso. Un loco trastornado. Un asesino psicópata. Nunca trataría de ayudarme.

Creo.

—Marchémonos antes de que sea demasiado tarde —le digo a Adam—. Sólo intenta ganar tiempo hasta que vuelvan los soldados.

—¡Ni siquiera le importas! —estalla Warner. Me estremezco ante la repentina e incontrolada intensidad de su voz—. Lo único que quiere es salir de aquí y te está *utilizando*. —Da un paso adelante—. Yo podría amarte, Juliette... Te trataría como a una *reina*...

Adam le inmoviliza la cabeza y le apunta la pistola a la sien.

—Obviamente, no entiendes qué está pasando aquí —dice con cuidado.

—Pues instrúyame, soldado —responde casi sin voz. Sus ojos bailan en llamas; peligroso—. Explíqueme qué es lo que no consigo entender.

—Adam. —Niega con la cabeza.

Nuestras miradas se encuentran. Asiente. Se gira hacia Warner.

—Haz la llamada —ordena, estrujándole un poco más el cuello—. Sácanos de aquí ya.

—Sólo mi cadáver la dejaría salir por esa puerta. —Warner ejercita la mandíbula y escupe sangre en el suelo—. A ti te mataría por placer —le amenaza—. Pero a Juliette la quiero para siempre.

—No soy de tu propiedad, para que me *quieras*. —Respiro demasiado deprisa. Tengo que salir de aquí lo antes posible. Me enfurece que no deje de hablar, pero aunque me encantaría partirle la cara, no nos sirve si está inconsciente.

—Podrías amarme, lo sabes. —Esboza una extraña sonrisa—. Seríamos imparables. Cambiaríamos el mundo. Podría hacerte feliz —añade.

Adam parece estar a punto de partirle el cuello. Tiene el rostro muy tirante, muy tenso, está muy enfadado. Nunca lo había visto así.

—No tienes nada que ofrecerle, cabrón enfermo.

Warner cierra los ojos durante un instante.

—Juliette. No te precipites. No tomes una decisión imprudente. Quédate conmigo. Tendré paciencia contigo. Te daré tiempo para que te adaptes. Me ocuparé de ti...

—Estás loco. —Me tiemblan las manos pero vuelvo a ponerle la pistola en la cara. Tengo que hacer que salga de mi mente. Tengo que recordar lo que me ha hecho—. Quieres que sea un *monstruo* para ti...

—¡Quiero que liberes tu *potencial*!

—Déjame ir —digo en voz baja—. No quiero ser tu criatura. No quiero hacer daño a las personas.

—El mundo ya te ha hecho daño —argumenta—. El mundo te ha traído hasta aquí. ¡Estás aquí por su culpa! ¿Crees que si sales ahí fuera te van a aceptar? ¿Crees que puedes huir y tener una vida normal? Nadie se preocupará de ti. Nadie se acercará a ti... ¡Serás una marginada como siempre! ¡Nada ha cambiado! ¡Tienes que quedarte conmigo!

—Tiene que irse conmigo. —La voz de Adam podría cortar el acero.

Warner se estremece. Parece ser que empieza a entender lo que yo creía obvio. Sus ojos se agrandan, horrorizados, incrédulos, me miran angustiados.

—No. —Breve risa enloquecida—. Juliette. Por favor. Por favor. No me digas que te ha llenado la cabeza de ideas románticas. Por favor, no me digas que te has rendido ante sus falsas declaraciones...

Adam le da un rodillazo en la columna. Warner cae al suelo de un golpe sordo y respira intensamente. Adam lo ha vencido por completo. Tengo la sensación de que debería animarlo.

Pero estoy demasiado nerviosa. Absorta en la desconfianza. Me siento demasiado insegura como para estar segura sobre mis decisiones. Tengo que recobrar la compostura.

—Adam...

—Te quiero —me dice, con unos ojos tan fracos como los recuerdo, con palabras tan urgentes como necesito que sean—. No permitas que te confunda...

—¿Que la quieres? —suelta Warner—. Si ni la has...

—Adam. —La habitación se desenfoca. Me quedo mirando la ventana fijamente. Lo vuelvo a mirar.

Los ojos le llegan a las cejas, de asombro.

—¿Quieres *saltar*?

Asiento.

—Pero hay quince pisos...

—¿Qué otra opción tenemos si no coopera? —Miro a Warner. Inclino la cabeza—. No hay ningún código siete, ¿verdad?

Retuerce los labios. Se queda callado.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunto—. ¿Por qué has hecho saltar una falsa alarma?

—¿Por qué no se lo preguntas al soldado a quien tan repentinamente aprecias? —espeta Warner, enojado—. ¿Por qué no te preguntas por qué confías tu vida a alguien que ni siquiera sabe diferenciar entre una amenaza real y una imaginaria?

Adam maldice por lo bajo.

Intercambiamos una mirada y me pasa la pistola.

Mueve la cabeza. Vuelve a maldecir. Contrae y suelta los puños.

—Era un simulacro.

Warner se ríe.

Adam echa un vistazo a la puerta, al reloj, a mi rostro.

—No tenemos mucho tiempo.

Tengo la pistola de Warner en la mano izquierda y la de Adam en la derecha, y apunto a la frente de Warner con las dos, haciendo todo lo posible por ignorar sus ojos taladradores. Adam usa la mano que le queda para buscar algo en sus bolsillos. Saca un par de bandas de plástico y golpea a Warner en la espalda antes de atarlo. Las botas y guantes de Warner se han quedado en el suelo. Adam le presiona el estómago con una bota.

—En cuanto saltemos por la ventana sonarán un millón de alarmas —vaticina—. Tendremos que correr, así que no podemos arriesgarnos a rompernos las piernas. No podemos saltar.

—Y entonces, ¿qué hacemos?

Se pasa una mano por el pelo, se muerde el labio inferior y en un momento de locura lo único que deseo es probarlo. Me esfuerzo por volverme a concentrar.

—Tengo una cuerda —me dice—. Tendremos que deslizarnos. Y rápido.

Se pone manos a la obra y saca un rollo de cuerda atado a un ancla que parece una garra. Le pregunté un millón de veces para qué demonios lo iba a necesitar, por qué lo guardaba en la maleta que preparaba para nuestra huida. Me dijo que una cuerda nunca está de más. Ahora, casi me entran ganas de reír.

Se vuelve hacia mí.

—Yo bajaré primero y así te puedo agarrar cuando...

Warner se ríe fuerte, demasiado fuerte.

—No puedes tocarla, loco. —Se retuerce en sus grilletes de plástico—. Casi no lleva nada. ¡Te matará y se matará ella al caer!

Mis ojos se mueven como un rayo entre Warner y Adam. No tengo tiempo de considerar más farsas de Warner. Tomo una decisión apresurada.

—Hazlo. Iré detrás de ti.

Warner nos mira enloquecido, confuso.

—¿Qué haces?

Lo ignoro.

—Espera...

Lo ignoro.

—Juliette.

Lo ignoro.

—¡Juliette! —Su voz es más fuerte, más alta, una mezcla de ira, terror, negación y traición. La comprensión es una nueva pieza del rompecabezas de su mente—. ¿Te puede tocar?

Adam se está envolviendo el puño en la sábana.

—¡Por Dios, Juliette, contéstame! —Warner se retuerce en el suelo, desquiciado de una forma que no hubiese imaginado nunca. Parece furioso, con ojos incrédulos y horrorizados—. ¿Te ha tocado?

No entiendo por qué, de repente, las paredes están en el techo. Todo se tambalea.

—Juliette...

Adam rompe el cristal y se agrieta rápidamente, de un buen golpe, y al momento toda la habitación ruge con un sonido histérico que no se parece a ninguna alarma que haya oído antes. La sala retumba a mis pies, los pasos resuenan por los pasillos, y sé que en un minuto nos descubrirán.

Adam tira la cuerda por la ventana y se echa la bolsa a la espalda.

—¡Pásame tu bolsa! —grita, pero casi no puedo oírlo. Le tiro la bolsa y la atrapa justo antes de saltar por la ventana. Corro hacia él.

Warner trata de alcanzar mi pierna.

Su intento fallido casi me hace tropezar, pero consigo llegar a la ventana sin perder mucho tiempo. Miro hacia la puerta y noto que mi corazón se acelera. El ruido de soldados que corren y gritan es cada vez más fuerte, cercano y nítido.

—¡Date prisa! —Adam me llama.

—Juliette, *por favor*...

Warner vuelve a intentar agarrarme la pierna y jadeo tan fuerte que casi lo oigo entre las sirenas que me destrozan los tímpanos. ~~No lo voy a mirar.~~
~~No lo voy a mirar.~~ ~~No lo voy a mirar.~~

Descuelgo una pierna por la ventana y me aferro a la cuerda. Mis piernas desnudas harán de la bajada un suplicio insopportable. Tengo las dos piernas fuera. Mis manos están en el lugar adecuado. Adam me llama desde abajo, pero no sé a qué distancia está. Warner grita mi nombre y levanto la vista a pesar de mis enormes esfuerzos.

Sus ojos son como dos balas verdes que perforan un cristal. Que me atraviesan.

Respiro profundamente y espero no morir.

Respiro profundamente y me deslizo lentamente por la cuerda.

Respiro profundamente y espero que Warner no se haya dado cuenta de lo que acaba de suceder.

Espero que no sepa que me acaba de tocar la pierna.

Y no ha pasado nada.

VEINTIOCHO

Me estoy quemando.

La cuerda me está rozando las piernas y el ardor se concentra de forma tan dolorosa que me sorprende que no salga humo. Aguanto el dolor porque no tengo alternativa. La histeria colectiva del edificio me mina los sentidos, el peligro llueve por todas partes. Adam me llama desde abajo, me dice que salte y me promete que me agarrará. Me da demasiada vergüenza admitir que tengo miedo de caer.

Nunca he podido tomar mis propias decisiones.

Muchos soldados ya estaban entrando en la que había sido mi habitación, pegando gritos confusos y probablemente sorprendidos por encontrar a Warner en una posición tan debilitada. Ha sido demasiado fácil dominarlo. Me preocupa.

Me hace pensar que hemos hecho algo mal.

Algunos soldados sacan la cabeza por la ventana destrozada y yo estoy desesperada por llegar al suelo, pero ya se están moviendo para soltar el ancla. Me preparo para la sensación nauseabunda de una caída libre pero me doy cuenta de que no intentan soltarme. Intentan volverme a subir.

Warner debe estar dándoles instrucciones.

Miro hacia Adam, abajo, y al fin hago caso de su llamada. Cierro los ojos con fuerza y me suelto.

Y caigo justo en sus brazos abiertos.

Rodamos por el suelo, pero sólo nos quedamos sin respirar un momento. Adam me toma de la mano y echamos a correr.

Ante nosotros se extiende un espacio vacío y desértico. Asfalto roto, pavimento irregular, calles embarradas, árboles desnudos, plantas

moribundas, una ciudad amarillenta abandonada que se ahoga en hojas muertas que crujen bajo nuestros pies. Las instalaciones civiles son pequeñas y bajitas, se agrupan sin seguir un orden concreto y Adam se asegura de que nos mantengamos lo más lejos posible de ellas. Los altavoces ya nos acusan. El sonido de una voz femenina y ligeramente mecánica ahoga las sirenas. *Que todo el mundo regrese a sus casas inmediatamente. Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para disparar. Toque de queda en vigor. Que todo el mundo regrese a sus casas inmediatamente. Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para disp...*

Siento calambres en los costados, tengo la piel tensa, la garganta seca, ansiosa de agua. No sé si hemos llegado muy lejos. Sólo distingo el sonido de las botas que golpean el pavimento, el chirrido de los neumáticos que queman las unidades de almacenamiento subterráneas, las alarmas que gimen a nuestro paso.

Miro hacia atrás y veo gente que grita y corre en busca de refugio, esquivando a los soldados que entran en sus casas a toda prisa, que aporrean puertas para ver si nos hemos escondido en algún sitio. Adam me aleja de la civilización y se dirige hacia calles abandonadas la década pasada: tiendas y restaurantes antiguos, calles estrechas y patios abandonados. La tierra no regulada de nuestra vida anterior se ha convertido en una zona estrictamente vedada. Es territorio prohibido. Todo está cerrado. Todo está destrozado, oxidado, sin vida. Nadie tiene permiso para entrar allí. Ni siquiera los soldados.

Atravesamos estas calles, alejándonos.

El sol va cayendo en el cielo y viaja hacia el borde de la tierra. Pronto llegará la noche, y no tengo la más remota idea de dónde nos encontramos. Jamás pensé que todo sucedería tan rápido, jamás pensé que ocurriría en un mismo día. Sólo tengo que mantener la esperanza de sobrevivir, pero no tengo ni la más mínima idea de hacia dónde estamos dirigiéndonos. Nunca se me ocurrió preguntarle a Adam dónde podríamos ir.

Salimos disparados en un millón de direcciones. Giramos bruscamente, avanzamos unos pasos hacia delante para girar después en dirección opuesta. Imagino que Adam está tratando de confundir y/o distraer a

nuestros perseguidores tanto como es posible. Lo único que puedo hacer es mantener su ritmo.

Y no lo consigo.

Adam es un soldado entrenado. Está hecho para este tipo de situaciones. Sabe cómo huir, cómo pasar inadvertido, cómo moverse sigilosamente por cualquier sitio. Yo, en cambio, soy una chica destrozada que no hace ejercicio desde hace demasiado tiempo. Me queman los pulmones del esfuerzo de inspirar oxígeno, jadeo del esfuerzo de exhalar dióxido de carbono.

Llega un momento en que jadeo tan desesperadamente que Adam me tiene que llevar a una calle lateral. Él respira un poco más fuerte de lo normal, pero yo he conseguido un trabajo a tiempo completo ahogándome por la debilidad de mi cuerpo.

Adam me acaricia el rostro e intenta que fije la vista.

—Quiero que respires como yo, ¿vale? —Sigo sin resuello—. Céntrate, Juliette. —Tiene la mirada resuelta. Infinitamente paciente. Parece no tener miedo y envidia su compostura—. Calma a tu corazón —me dice—. Respira igual que yo.

Toma tres pequeñas bocanadas de aire, sostiene la respiración unos segundos y la libera con una larga exhalación. Intento imitarle. No lo hago muy bien.

—Vale. Quiero que sigas respirando así de... —Se detiene. Sus ojos recorren la calle abandonada durante una fracción de segundo. Sé que tenemos que movernos.

Los disparos destrozan la atmósfera. Nunca me había dado cuenta de lo fuertes que eran o de cómo ese sonido fracturaba todos los huesos de mi cuerpo. Un escalofrío me hiela la sangre y de inmediato me doy cuenta de que no están intentando matarme a mí. Tratan de matar a Adam.

De repente, me asfixia un nuevo tipo de ansiedad. No puedo dejar que le hagan daño.

Por mi culpa, no.

Pero Adam no tiene tiempo de que yo recupere el aliento y me estabilice. Me toma en sus brazos y sale disparado corriendo en diagonal por otro callejón.

Y vamos corriendo.

Y respiro.

Y me grita:

—Abrázate a mi cuello. —Y me suelto de su camiseta con la que estaba ahogándole, y soy tan tonta que me da vergüenza deslizar los brazos alrededor de él. Me recoloca y me pone más cerca de su pecho. Me lleva como si pesara menos que nada.

Cierro los ojos y aprieto mi mejilla contra su cuello.

Los disparos suenan en algún punto detrás de nosotros, pero por el sonido incluso yo puedo adivinar que están demasiado lejos y en una dirección equivocada. Parece que de momento tenemos ventaja. Sus coches no pueden encontrarnos porque Adam ha evitado todas las calles principales. Parece que tenga un mapa de la ciudad. Parece saber exactamente lo que hace, como si llevara planeándolo mucho tiempo.

Tras inhalar exactamente 594 veces, Adam me deja en el suelo delante de una valla metálica. Veo que está luchando por tragar oxígeno, pero no jadea como yo. Sabe cómo regularse la respiración. Sabe cómo estabilizar su pulso, calmar su corazón, tener control sobre sus órganos. Cómo sobrevivir. Espero que me enseñe a mí también.

—Juliette —dice después de quedarse un momento sin aliento—. ¿Puedes saltar esta valla?

Tengo tantas ganas de ser más que un bullo inútil que casi echo a correr a toda velocidad hacia la valla metálica. Pero soy una imprudente. Y me precipito demasiado. Casi me destrozo el vestido, y me rasguño las piernas en el proceso. Me estremezco ante el agudo dolor, pero en el momento en que vuelvo a abrir los ojos Adam ya está de pie a mi lado.

Me mira las piernas y suspira. Casi se echa a reír. Me pregunto qué debo parecer, andrajosa y salvaje, con este vestido hecho jirones. La hendidura en la tela que hizo Warner ahora acaba en el hueso de mi cadera. Debo parecer un animal furioso.

Pero a Adam no parece importarle.

Él también ha aminorado el paso. Ahora andamos a paso ligero, ya no se oyen disparos por las calles. Me doy cuenta de que debemos estar cerca

de un lugar seguro. Pero no sé si debo hacer preguntas o guardarlas para más tarde. Adam responde a mis pensamientos en voz baja.

—Aquí no podrán rastrearme —asegura, y comprendo que todos los soldados deben llevar algún tipo de dispositivo de localización. Me pregunto por qué nunca me pusieron uno.

No puede ser tan fácil escapar.

—Nuestros rastreadores no son tangibles —me explica. Giramos hacia la izquierda por otro callejón. El sol se está sumergiendo en el horizonte. Me pregunto dónde estamos. Lo lejos que debemos estar de los asentamientos del Restablecimiento para que no haya gente—. Es un suero especial que se inyecta en la sangre —prosigue—, y está diseñado para funcionar con los procesos naturales de nuestro cuerpo. Sabría, por ejemplo, si me he muerto. Es una excelente forma de mantener un registro de los soldados que se pierden en combate. —Me mira por el rabillo del ojo. Esboza una media sonrisa que tengo ganas de besar.

—¿Y cómo has engañado al rastreador?

Su sonrisa aumenta. Agita una mano alrededor de nosotros.

—¿Ves este sitio? Se usaba para una planta de energía nuclear. Un día todo esto explotó.

Mis ojos se abren como platos.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace unos cinco años. Lo limpiaron bastante rápido. Se lo ocultaron a los medios de comunicación, a la gente. Nadie sabe exactamente qué pasó aquí. Pero la radiación mata. —Hace una pausa—. Ya lo ha hecho.

Deja de andar.

—He estado en esta zona un millón de veces, y no me ha afectado. Warner solía mandarme aquí para que recogiera muestras del suelo. Quería estudiar los efectos. —Se pasa una mano por el pelo—. Creo que quería manipular la toxicidad de algún tipo de veneno. La primera vez que vine, Warner creyó que había muerto. El rastreador está conectado a todos nuestros sistemas... Cada vez que se pierde un soldado suena una alarma. Sabía que enviarme aquí suponía un riesgo, así que imagino que no debió sorprenderse mucho al oír que había muerto. Le sorprendió más verme regresar. —Se encoge de hombros, como si su muerte hubiese representado

un detalle insignificante—. Hay algo en los productos químicos de aquí que contrarresta la composición molecular del dispositivo de rastreo. Así que, básicamente, en estos momentos todo el mundo cree que estoy muerto.

—¿Y Warner no sospechará que estás aquí?

—Quizás. —Mira de reojo hacia la luz del sol que se desvanece. Nuestras sombras son largas e inmóviles—. O me podrían haber disparado. En cualquier caso, esto nos va a hacer ganar un poco de tiempo.

Me toma la mano y me sonríe justo cuando algo me viene a la cabeza.

—¿Y yo qué? —le pregunto—. ¿La radiación no puede matarme? — Espero no parecer tan nerviosa como me siento. Nunca había querido estar tan viva. No quiero perderlo todo tan pronto.

—¡Ah!... No. —Menea la cabeza—. Lo siento, se me ha olvidado explicártelo... Uno de los motivos por los que Warner quería que recogiera estas muestras es que tú también eres inmune. Te estaba analizando. Dijo que había encontrado la información en tus informes médicos. Que te habían hecho pruebas...

—Pero nadie me...

—Seguramente sin tu consentimiento, y a pesar de dar positivo en la radiación, estabas completamente sana, a nivel biológico. No había nada intrínsecamente malo en ti.

Nada intrínsecamente malo en ti.

La observación es tan descaradamente falsa que me echo a reír. Intento reprimir mi incredulidad.

—¿No hay nada malo en mí? Estás de broma, ¿no?

Adam se queda mirándome tanto rato que empiezo a sonrojarme. Me levanta la barbilla y me encuentro con sus ojos. El azul, azul, azul me perfora. Su voz es profunda, constante.

—Creo que nunca te había oído reír.

Es tan terriblemente correcto que no sé cómo responder excepto con la verdad. Mi sonrisa está trazada con una línea recta.

—La risa viene de la vida. —Me encojo de hombros e intento sonar indiferente—. Nunca había estado realmente viva.

Sus ojos no han vacilado. Me sostiene con la fuerza de una atracción poderosa que proviene de lo más profundo de su ser. Casi puedo notar cómo

su corazón late contra mi piel. Casi puedo notar cómo sus labios respiran contra mis pulmones. Casi puedo notar su sabor en mi lengua.

Respira entrecortadamente y me acerca a él. Besa la parte superior de mi cabeza.

—Vamos a casa —susurra.

VEINTINUEVE

Casa.

Casa.

¿Qué quiere decir?

Separo los labios para formular la pregunta pero sólo recibo esa sonrisa furtiva suya como respuesta. Estoy avergonzada y excitada y ansiosa e impaciente. Mi estómago está lleno de tambores que golpean en sincronía con mi corazón. Bullo de nervios electrizantes.

Cada paso es un paso más lejos del manicomio, de Warner, de la fútil existencia que siempre he conocido. Cada paso lo doy porque *quiero*. Por primera vez en mi vida, camino hacia delante porque *quiero*, porque siento la esperanza y el amor y la alegría de la belleza, porque quiero saber qué significa *vivir*. Podría saltar para atrapar la brisa y vivir en sus airoosas formas para siempre.

Siento como si me hubieran preparado para tener alas.

Adam me lleva a un cobertizo abandonado a las afueras de esta tierra salvaje, cubierta de vegetación solitaria y tentáculos como arbustos enloquecidos, que pican y son horrendos, y seguro que venenosos. Me pregunto si es aquí donde Adam quería que nos quedáramos. Entro al espacio oscuro y entrecierro los ojos. Aprecio una figura.

Hay un coche en el interior.

Parpadeo.

No es un coche. Es un tanque.

Adam no controla su entusiasmo. Me mira a la cara buscando alguna reacción y parece satisfecho con mi asombro. Las palabras le salen atropelladamente.

—Convencí a Warner de que uno de los tanques que traje aquí se había estropeado. Estas cosas están diseñadas para funcionar con electricidad... Así que le dije que la unidad principal se había quemado por el contacto con los químicos. Que algo en la atmósfera lo corrompió. Envío un coche a por mí después de eso, y me dijo que dejáramos el tanque donde estaba. —Casi se le escapa una sonrisa—. Warner me mandaba en contra de la voluntad de su padre, y no quería que nadie descubriera que se había cargado un tanque de quinientos mil dólares. El informe oficial dice que los rebeldes lo interceptaron.

—¿Y si alguien ha venido aquí y ha visto el tanque?

Adam abre la puerta del copiloto.

—Los civiles viven muy lejos de aquí, y ningún otro soldado ha pasado por aquí. Nadie más quería exponerse a la radiación. —Ladea la cabeza—. Por eso Warner te confió a mí. Le gustaba que estuviera dispuesto a morir por la misión.

—Nunca pensó que te pasarías de la raya —murmuro, comprendiendo.

Adam menea la cabeza.

—No. Y después de lo que pasó con el suero de rastreo, no tenía motivos para dudar que aquí sucedían cosas muy raras. Yo mismo desactivé la unidad eléctrica del tanque, por si quería comprobarlo. —Asiente, girándose hacia el monstruoso vehículo—. Pensé que podría resultarnos útil algún día. Siempre es bueno estar preparado.

Preparado. Siempre preparado. Para correr. Para escapar.

Me pregunto por qué.

—Ven aquí —dice con una voz mucho más suave. Se acerca a mí a través de la penumbra y finjo que ha sido una afortunada coincidencia que sus manos rocen mis muslos. Que no es maravilloso que luche con las arrugas de mi vestido mientras me ayuda a subir al tanque. Que no me doy cuenta de cómo me mira, como si fuera el último rayo de sol del horizonte.

—Tengo que encargarme de tus piernas —me dice, un murmullo en mi piel, electricidad en mi sangre. Por un momento ni siquiera entiendo a qué se refiere. Ni me importa. Mis pensamientos son tan poco prácticos que me sorprende a mí misma. Nunca había tenido la libertad de tocar a alguien. En

realidad nadie ha querido jamás que le pusiera las manos encima. Adam es una nueva experiencia.

Sólo quiero pensar en tocarlo.

—Las heridas no son muy graves —prosigue, recorriendo mis pantorrillas con las yemas de los dedos. Trago saliva—. Pero habrá que limpiarlas, por si acaso. A veces es mejor cortarte con un cuchillo de carnicero que hacerte un rasguño con un cualquier trozo de metal. No querrás que se te infecte.

Mira hacia arriba. Ahora tiene la mano sobre mi rodilla.

Asiento y no sé por qué. Me pregunto si tiemblo tanto por fuera como por dentro. Espero que sea demasiado oscuro como para que se dé cuenta de lo sonrojada que estoy, de lo vergonzoso que resulta que no pueda tocarme la rodilla sin volverme loca. Tengo que decir algo.

—Deberíamos irnos, ¿no?

—Sí. —Respira profundamente y parece volver en sí—. Sí. Tenemos que irnos. —Mira hacia la luz del atardecer—. Tenemos algo de tiempo hasta que se den cuenta de que sigo vivo. Y debemos aprovecharnos de ello.

—Pero cuando nos vayamos de aquí... El rastreador funcionará de nuevo, ¿no? ¿No se darán cuenta de que no estás muerto?

—No. —Salta hacia el lado del conductor y busca a tientas para ver cómo arrancar. No hay llave, sólo un botón. Me pregunto si reconoce la huella del pulgar de Adam. Se produce un pequeño petardeo y la máquina cobra vida—. Warner me tenía que renovar el suero de rastreo cada vez que volvía. Una vez se va, se va. —Sonríe—. Así que ya nos podemos largar de aquí.

—¿Pero adónde vamos? —le pregunto por fin.

Se pone en marcha antes de responder.

—A mi casa.

TREINTA

—¿Tienes una *casa*? —Estoy tan impresionada que se me olvidan los modales.

Adam se ríe y sale hacia el campo. El tanque es sorprendentemente rápido, ágil y silencioso. El motor es ahora un zumbido suave, y me pregunto si es porque pasaron los tanques de gas a electricidad. Así es menos visible.

—No exactamente —responde—. Pero una especie de casa. Sí.

Quiero preguntar y no quiero preguntar y necesito preguntar y nunca quiero preguntar. Tengo que preguntar. Me armo de valor.

—Tu padr...

—Hace tiempo que murió. —Adam ya no sonríe. Tiene la voz firme pero con algo que sólo yo sabría definir. Dolor. Amargura. Ira.

—Ah.

Conducimos en silencio, absortos en nuestros pensamientos. No me atrevo a preguntar qué pasó con su madre. Pero no dejo de pensar en cómo pudo crecer hasta ser tan bueno a pesar de tener un padre tan despreciable. Y por qué se alistó en el ejército si lo odia tanto. Pero ahora mismo, soy demasiado tímida como para sacar el tema. No quiero cruzar sus límites emocionales.

Dios sabe que yo tengo un millón.

Me asomo por la ventana para ver por dónde pasamos, pero no logro distinguir más que los tristes tramos de tierra desértica a los que estoy acostumbrada desde pequeña. Aquí no hay civiles: estamos muy lejos de los asentamientos del Restablecimiento y de las instalaciones civiles. Veo otro tanque patrullando por la zona a menos de 30 metros de distancia, pero no creo que nos haya visto. Adam conduce sin luces, supuestamente para ser lo

más discreto posible. Me pregunto cómo puede ser capaz de seguir conduciendo. La luna es el único faro que nos ilumina.

Todo está misteriosamente en silencio.

Por un momento, dejo que mis pensamientos vuelvan a Warner; me pregunto qué debe estar pasando ahora mismo, cuánta gente debe estar buscándome, hasta dónde llegará para recuperarme. Quiere a Adam muerto. A mí me quiere viva. No parará hasta atraparme a su lado.

Nunca, nunca, nunca puede saber que puedo tocarlo.

Me imagino lo que haría si tuviera acceso a mi cuerpo.

Tomo una rápida, intensa e insegura bocanada de aire y contemplo la opción de contarle a Adam lo que había pasado. No. No. No. Cierro los ojos con fuerza y sopeso la posibilidad de haber malinterpretado la situación. Todo fue muy caótico. Mi cerebro estaba distraído. A lo mejor lo imaginé. Sí.

A lo mejor lo imaginé.

Ya es bastante raro que Adam pueda tocarme. El hecho de que haya dos personas en este mundo que sean inmunes a tocarme no parece posible. De hecho, cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que fue un error. Cualquier cosa podía haberme rozado la pierna. Quizás un trozo de la sábana que dejó Adam después de usarla para salir por la ventana. Quizás una almohada que había caído de la cama. Quizás los guantes de Warner tirados en el suelo. Sí.

No puede ser que me haya tocado, porque si lo hubiera hecho, habría gritado de dolor.

Como los demás.

La mano de Adam se desliza silenciosamente hacia la mía y le cojo los dedos con las dos manos, en un intento desesperado de asegurarme de que es inmune a mí. Estoy desesperada por beberme cada gota de su ser, desesperada por saborear cada uno de los momentos nuevos para mí. De repente, me preocupa que pueda haya una fecha de caducidad para este fenómeno. Un reloj que suene a medianoche. Un carroaje de calabaza.

La posibilidad de perderle

La posibilidad de perderle

La posibilidad de perderle representa para mí cien años de soledad que no quiero imaginar. No quiero privar a mis brazos de su calor. De su tacto. Sus labios, Dios, sus labios, su boca sobre mi cuello, su cuerpo envuelto alrededor del mío, manteniéndome unida como si quisiera afirmar que mi existencia en la tierra no es en vano.

Darme cuenta es como un péndulo del tamaño de la luna. No deja de darme golpes.

—¿Juliette?

Me trago la bala que atraviesa mi garganta.

—¿Sí?

—¿Por qué lloras...? —Su voz es casi tan suave como su mano al soltarse de las mías. Toca las lágrimas que corren por mi rostro y me siento tan humillada que casi no sé ni qué decir.

—Puedes *tocarme* —digo por primera vez; lo reconozco en voz alta por primera vez. Mis palabras se desvanecen en un murmullo—. Puedes tocarme. Te preocupas por mí y no sé por qué. Eres amable conmigo y no tienes por qué. Ni mi madre se preocupaba tanto como para... —Mi voz me deja atrapada y aprieto los labios. Los pego el uno al otro. Me obligo a estar quieta.

Soy una piedra. Una estatua. Un movimiento congelado en el tiempo. El hielo no siente nada.

Adam no contesta, no dice ni una palabra hasta que sale de la carretera y estaciona en un antiguo garaje subterráneo. Me percato de que hemos llegado a algo parecido a la civilización, pero el subsuelo es oscuro. Apenas veo nada y me vuelvo a preguntar cómo se las arregla. Mis ojos se posan en la pantalla iluminada que hay sobre el tablero y me doy cuenta de que tiene visión nocturna. *Claro*.

Adam apaga el motor. Oigo que suspira. Casi no distingo su contorno, pero noto que su mano encuentra mi muslo y que la otra recorre mi cuerpo para dar con mi rostro. El calor se propaga por mis extremidades como la lava fundida. Las puntas de los dedos de mis manos y de mis pies hormiguean de vida y debo reprimir el escalofrío que ansía sacudir mi cuerpo.

—Juliette —susurra, y me doy cuenta de lo cerca que está. No sé por qué no me he evaporado por completo—. Tú y yo siempre hemos ido contra el mundo —dice—. Siempre ha sido así. Es culpa mía que tardáramos tanto en hacer algo al respecto.

—No. —Sacudo la cabeza—. No es culpa tuya...

—Sí que lo es. Me enamoré de ti hace tiempo. Pero nunca tuve el valor de actuar.

—Porque podría haberte matado.

Esboza una sonrisa silenciosa.

—Porque no creía que te mereciera.

Me quedo de una pieza.

—¿Qué?

Me toca la nariz con la suya. Se apoya en mi cuello. Envuelve sus dedos en un mechón de mi pelo y yo no puedo, no puedo, no puedo respirar.

—Eres tan... *buena* —murmura.

—Pero mis manos...

—Nunca han querido hacer daño a nadie.

Estoy a punto de protestar pero se corrige a sí mismo.

—A propósito. —Se tira hacia atrás. Aprecio cómo se frota un lado del cuello—. Nunca te defendiste —continúa al cabo de un momento—. Siempre me he preguntado por qué. Nunca gritaste ni te enfadaste o trataste de decirle nada a nadie. —En este momento siento que hemos vuelto a tercero cuarto quinto sexto séptimo octavo noveno curso—. Pero, joder, debes haber leído un millón de libros. —Sé que sonríe al decirlo. Hace una pausa—. No molestabas a nadie, pero eras un blanco constante. Podrías haberte defendido. Podrías haberles hecho daño a todos si hubieras querido.

—No quiero hacerle daño a nadie. —Mi voz es poco menos que un murmullo. No puedo sacarme de la cabeza la imagen de Adam a los ocho años. Tendido en el suelo. Destrozado. Abandonado. Llorando con la cara en la tierra.

La de cosas que hace la gente por poder.

—Por eso nunca serás lo que Warner quiere que seas.

Miro fijamente hacia un punto en la oscuridad, con la mente torturada ante las posibilidades.

—¿Cómo puedes estar seguro?

Sus labios están muy cerca de los míos.

—Porque el mundo sigue importándote un comino.

Ahogo un grito y él me besa, profunda y poderosamente, libre de ataduras. Sus brazos me envuelven la espalda, reclinando mi cuerpo hasta que está casi en posición horizontal, pero no me importa. Tengo la cabeza en el asiento, su cuerpo flota sobre mí, sus manos me agarran las caderas por debajo de mi vestido harapiento y un millón de llamas de deseo me lamien tan desesperadamente que casi no puedo ni respirar. Es como un baño caliente, una respiración corta, cinco días de verano impresos en cinco dedos que escriben historias en mi cuerpo. Soy un vergonzoso lío de nervios que se estrellan contra él, controlados por una corriente eléctrica que fluye por mi corazón. Su aroma me ataca los sentidos.

Sus ojos

Sus manos

Su pecho

Sus labios

están en mi oído mientras me habla.

—Por cierto, ya hemos llegado. —Respira más fuerte que cuando corría por salvar su vida. Noto cómo su corazón me golpea las costillas. Sus palabras son como un murmullo entrecortado—. Quizás deberíamos entrar. Es más seguro. —Pero no se mueve.

Yo apenas sé lo que dice. Sólo asiento, subiendo y bajando la cabeza, hasta que recuerdo que no me ve. Trato de recordar cómo hablar, pero estoy demasiado concentrada en los dedos que desliza por mis muslos para formular oraciones. Hay algo en la oscuridad absoluta, en no ser capaz de ver lo que ocurre, que me hace sentir ebria de un delicioso mareo.

—Sí. —Es lo único que consigo decir.

Me ayuda a sentarme otra vez, apoya su frente contra la mía.

—Lo siento —se disculpa—. Me resulta muy difícil controlarme. —Su voz es muy ronca, sus palabras hormiguean sobre mi piel.

Dejo que mis manos se deslicen por debajo de su camisa y noto cómo se tensa, como traga saliva. Sigo las líneas perfectamente esculpidas de su cuerpo. Es puro músculo.

—No tienes por qué hacerlo —le digo.

Su corazón late tan rápido que no puedo distinguirlo del mío. El aire que hay entre nosotros está a 2500 grados. Sus dedos están justo debajo de mis caderas, burlándose del trocito de tela que me mantiene más o menos decente.

—Juliette...

—¿Adam?

Levanto el cuello sorprendida. Miedo. Ansiedad. Adam deja de moverse, helado delante de mí. No estoy segura de que respire. Miro alrededor pero no consigo encontrar ninguna cara que pertenezca a la voz que acaba de pronunciar su nombre y empiezo a entrar en pánico cuando Adam abre la puerta de golpe y sale a toda prisa antes de que la vuelva a oír.

—Adam... ¿eres tú?

Es un chico.

—¡James!

Se oye el sonido amortiguado de un impacto, dos cuerpos que chocan, dos voces demasiado alegres como para que denoten peligro.

—¡No puedo creer que seas tú! Quiero decir, bueno, pensé que eras tú porque creí oír algo y primero pensé que no era nada pero después vine a comprobarlo para asegurarme, porque qué pasaría si eras tú y... —Se detiene—. Espera... ¿qué haces aquí?

—Volver a casa. —Adam se ríe.

—¿En serio? —grita James—. ¿Te quedas para siempre?

—Sí. —Suspira—. Joder, me alegro de verte.

—Te he echado de menos —dice James, en voz baja.

Respira profundamente.

—Yo también, tío. Yo también.

—¿Has comido algo ya? Benny acaba de enviarme el paquete de la cena, y podría darte un poco de la mía...

—¿James?

Se detiene.

—¿Qué?

—Quiero que conozcas a alguien.

Me sudan las manos. Tengo el corazón en la garganta. Oigo cómo Adam vuelve hacia el tanque pero no me doy cuenta de que ha asomado la cabeza hasta que enciende un interruptor. Una luz de emergencia tenue ilumina la cabina. Parpadeo unas cuantas veces y veo a un niño de pie, a un metro y medio de mí, su pelo rubio oscuro enmarca una cara redonda de ojos azules que me resulta demasiado familiar. Ha apretado los labios para concentrarse. Me está mirando.

Adam está abriendo la puerta. Me ayuda a levantarme, casi no puede controlar la sonrisa de su rostro y me sorprende lo nerviosa que estoy. No sé por qué pero, Dios mío, lo estoy. Este niño es importante para Adam, por supuesto. Ignoro por qué pero siento que este *momento* es importante. Me preocupa mucho echarlo todo a perder. Trato de arreglar los pliegues rotos de mi vestido, intento alisar las arrugas de la tela. Me paso los dedos por el pelo desordenadamente. No sirve de nada.

El pobre chico se va a quedar petrificado.

Adam me guía hacia delante. James es un poco más bajo que yo, pero su rostro delata que es joven, que la dura realidad del mundo todavía no le ha afectado, porque no ensombrece su semblante. Quiero deleitarme con la belleza de su inocencia.

—James. Ella es Juliette. —Adam me mira.

—Juliette, él es mi hermano, James.

TREINTA Y UNO

Su hermano.

Intento expulsar los nervios. Trato de sonreír al pequeño que examina mi rostro, que observa los penosos trozos de tela que apenas logran cubrirme el cuerpo. ¿Cómo no sabía que Adam tenía un hermano? ¿Y cómo podría haberlo sabido?

James se vuelve hacia Adam.

—*Ella* es Juliette.

Estoy de pie como una tonta. Se me olvidan los modales.

—¿Sabes quién soy?

James se gira de nuevo hacia mí.

—Oh, sí. Adam habla *mucho* de ti.

Me sonrojo y no puedo evitar mirar a Adam. Tiene la vista fija en algún punto del suelo. Se aclara la garganta.

—Encantada de conocerte —consigo decir.

James ladea la cabeza.

—¿Y siempre vas vestida así?

Siento ganas de morirme.

—Eh, tío —lo interrumpe Adam—. Juliette se va a quedar con nosotros un tiempo. ¿Por qué no vas a mirar que no tengas calzoncillos tirados por el suelo?

James parece horrorizado. Sale disparado como un cohete en la oscuridad sin decir palabra.

Nos quedamos en silencio durante tantos segundos que pierdo la cuenta. Oigo una especie de goteo a lo lejos.

Respiro profundamente. Me muerdo el labio inferior. Intento encontrar las palabras adecuadas. No lo consigo.

—No sabía que tuvieras un hermano.

Adam vacila.

—¿No te importa? Compartiremos el mismo espacio y...

El estómago me da un vuelco.

—¡Claro que no! Pero... quiero decir... ¿estás seguro de que no le importa... a él... que yo esté aquí?

—No hay calzoncillos *por ninguna parte* —anuncia James, dirigiéndose hacia la luz. Me pregunta hacia dónde desapareció, dónde está la casa. Me mira—. ¿Vas a quedarte con nosotros?

Adam interviene.

—Sí. Se quedará unos días.

James me mira, luego mira a Adam y me vuelve a mirar. Me ofrece la mano.

—Bueno, es un placer conocerte al fin.

El color se desvanece de mi rostro. El corazón me late con fuerza en los oídos. Mis rodillas están a punto de romperse. No puedo dejar de mirar su manita.

—*James* —le dice Adam secamente.

James se echa a reír.

—Estaba bromeando. —Baja la mano.

—¿Cómo? —Casi no puedo respirar. La cabeza me da vueltas, confusa.

—No te *preocunes* —responde James, sin parar de reír—. No te voy a tocar. Adam ya me contó lo de tus poderes mágicos. —Pone los ojos en blanco.

—¿Que Adam te ha dicho... qué?

—Deberíamos entrar. —Adam se aclara la garganta con fuerza—. Iré a buscar las bolsas... —Y sale corriendo hacia el tanque. Me quedo mirando a James, que no oculta su curiosidad.

—¿Cuántos años tienes? —me pregunta.

—Diecisiete.

Asiente.

—Es lo que dijo Adam.

Me enfado.

—¿Qué más te ha dicho Adam de mí?

—Que tampoco tenías padres. Dijo que eras como nosotros.

Mi corazón es como una barra de mantequilla que se deshace precipitadamente en un caluroso día de verano. Suavizo la voz.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré once el año que viene.

Sonríe.

—Entonces tienes diez años, ¿no?

Se cruza de brazos. Frunce el ceño.

—Tendré doce en dos años.

Creo que ya quiero un poco a este niño.

La luz de la cabina se apaga y durante un momento nos quedamos inmersos en una oscuridad absoluta. Un suave clic, y un tenue resplandor circular ilumina la vista. Adam tiene una linterna.

—¿James? ¿Por qué no nos guías?

—¡Sí, señor! —Se detiene tras derrapar delante de los pies de Adam, nos hace un saludo exagerado y se va corriendo tan rápido que no hay forma posible de seguirle. No puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi cara.

La mano de Adam se desliza por la mía mientras avanzamos.

—¿Estás bien?

Le aprieto los dedos.

—¿Le has hablado a tu hermano de diez años de mis poderes?

Se ríe.

—Le cuento muchas cosas.

—¿Adam?

—¿Sí?

—¿Y tu casa no va a ser el primer sitio donde te busque Warner? ¿No es peligroso?

—Lo sería. Pero según los registros públicos, no tengo casa.

—¿Y tu hermano?

—Sería el primer objetivo de Warner. Es más seguro para él estar donde pueda cuidarle. Warner sabe que tengo un hermano, pero no sabe dónde. Y

hasta que lo descubra... que lo hará... nos tenemos que preparar.

—¿Para luchar?

—Sí, para defendernos. —Percibo la determinación que lo mantiene firme incluso en la tenue luz de este sitio desconocido. Hace que tenga ganas de cantar.

Cierro los ojos.

—Vale.

—¿Por qué tardáis tanto? —grita James a lo lejos.

Y seguimos.

El garaje está ubicado bajo un edificio de oficinas abandonado y enterrado en la penumbra. Una salida de incendios conduce directamente a la planta principal.

James está tan emocionado que salta arriba y abajo de las escaleras, tirando unos pasos hacia delante para volver hacia atrás y quejarse de que no vamos lo bastante deprisa. Adam lo atrapa por detrás y lo levanta del suelo. Él se ríe.

—Te vas a romper el cuello.

James protesta pero sólo a medias. Está demasiado contento de ver a su hermano.

Una punzada aguda de algún tipo de emoción lejana me estremece el corazón. Me duele de una forma agridulce que no entiendo. Me siento afectada e indiferente al mismo tiempo.

Adam introduce un código de acceso en un teclado de una puerta de acero enorme. Se oye un suave clic, un breve pitido y el pomo gira.

Me quedo pasmada al ver el interior.

TREINTA Y DOS

Es un salón completo, abierto y lujoso. Una alfombra gruesa, sillas mullidas, un sofá extendido a lo largo de la pared. Tonos verdes, rojos y naranjas, lámparas acogedoras que iluminan suavemente el largo espacio. Es lo más parecido a un hogar que he visto jamás. No tiene ni punto de comparación con los recuerdos fríos y solitarios de mi infancia. Me siento tan segura que me entra un miedo repentino.

—¿Te gusta? —Adam me sonríe, divertido ante la expresión de mi cara. Consigo recoger mi mandíbula del suelo.

—Me encanta —digo en voz alta o para mis adentros, no estoy segura.

—Lo ha hecho Adam —comenta James, orgulloso, hinchando el pecho un poco más de lo necesario—. Para mí.

—No lo *hice* —protesta Adam, riéndose—. Sólo... lo limpié un poco.

—¿Vives aquí solo? —le pregunto a James.

Se mete las manos en los bolsillos y asiente.

—A veces estoy con Benny, pero casi siempre estoy aquí solo. Tengo suerte.

Adam está dejando nuestras bolsas sobre el sofá. Se mesa el pelo y observo cómo los músculos de su espalda se flexionan, se tensan, aúnan esfuerzos. Observo cómo libera la tensión de su cuerpo. Ya sé por qué, pero lo pregunto de todas formas.

—¿Por qué tienes suerte?

—Porque alguien me visita. Ningún otro niño tiene visitas.

—¿Hay más niños por aquí? —espero no parecer tan horrorizada como me siento.

James asiente tan rápido que su cabeza se balancea.

—Sí. Por toda la calle. Todos los niños están aquí. Pero soy el único que tiene habitación propia —gesticula abarcando el espacio—. Todo es mío porque Adam lo consiguió para mí. Pero los demás tienen que compartir. Hay una especie de escuela. Y Benny me trae mis paquetes de comida. Adam me dice que puedo jugar con los otros niños pero que no los puedo dejar entrar. —Se encoge de hombros—. Pero no pasa nada.

La realidad de lo que dice se extiende como el veneno por la boca de mi estómago.

Una calle para los niños huérfanos.

Me pregunto cómo murieron sus padres. Pero no durante mucho rato.

Hago inventario de la habitación y descubro una neverita y un pequeño microondas encaramado en la parte superior, ambos en una esquina, y armarios para la despensa. Adam trajo todas las cosas que pudo, comida enlatada y cosas imperecederas. Los dos nos llevamos nuestros artículos de aseo y varias mudas de ropa. Suficiente como para sobrevivir, al menos durante un tiempo.

James saca de la nevera un paquete envuelto en papel de aluminio y lo mete en el microondas.

—Espera... James... no... —intento detenerlo.

Tiene los ojos como platos, inmóviles.

—¿Qué?

—El papel de aluminio... No puedes poner nada metálico en el microondas.

—¿Qué es un microondas?

Parpadeo tantas veces que la habitación da vueltas.

—¿Qué?

Saca la tapa del envase de aluminio y se ve un cuadradito. Parece un cubito de caldo. Señala el cubito con el dedo y el microondas con la cabeza.

—No pasa nada. Siempre lo pongo en el Automat. Y no pasa nada.

—Sirve para multiplicar la composición molecular de la comida —Adam está de pie a mi lado—. No aporta ningún valor nutricional extra, pero te hace sentir más lleno durante más rato.

—¡Y es barato! —apunta James, sonriendo mientras vuelve a meterlo dentro del artilugio.

Me sorprende cómo ha cambiado todo. La gente está tan desesperada que falsifica *comida*.

Tengo tantas preguntas que quizás estalle. Adam me aprieta el hombro, amablemente. Me susurra:

—Ya hablaremos después, te lo prometo.

Pero soy una enciclopedia con demasiadas páginas en blanco.

James se duerme con la cabeza sobre el regazo de Adam.

Cuando James acabó de comer habló sin parar, me lo explicó todo sobre su especie de escuela, su especie de amigos, y Benny, la señora mayor que lo cuida porque:

—Creo que prefiere a Adam pero a veces me da azúcar a escondidas así que no pasa nada.

Hay toque de queda. Después de la puesta de sol los soldados salen, van armados y tienen órdenes de disparar a discreción.

—Algunas personas reciben más comida y cosas que otras —prosigue James.

Es porque las personas se clasifican en función de lo que aportan al Restablecimiento, no porque sean seres humanos con el derecho a no morir de hambre.

Mi corazón se agrietaba lentamente con cada palabra que compartía conmigo.

—No te molesta que hable mucho, ¿no? —Se mordió el labio inferior y me examinó.

—En absoluto.

—Todo el mundo dice que hablo mucho. —Se encogió de hombros—. ¿Pero qué voy a hacer si tengo tanto que decir?

—Ya que lo mencionas... —le interrumpió Adam—. No puedes decirle a nadie que estamos aquí, ¿vale?

La boca de James se detuvo a medio movimiento. Parpadeó varias veces. Se quedó mirando fijamente a su hermano.

—¿Ni a Benny?

—A nadie —concluyó Adam.

Durante un instante vi algo parecido a un destello de comprensión en sus ojos. Un niño de diez años en quien se puede confiar por completo. Asintió una y otra vez.

—Vale. Nunca habéis estado aquí.

Adam aparta algunos mechones rebeldes de la frente de James. Mira el rostro dormido de su hermano como si tratara de memorizar cada pincelada de un óleo. Me quedo mirando cómo mira a James.

Me pregunto si sabe que tiene mi corazón en la mano. Respiro temblorosamente.

Adam mira hacia arriba y yo hacia abajo, y ambos nos avergonzamos por diferentes motivos.

Murmura:

—Creo que debería meterlo en la cama. —Pero no hace ningún esfuerzo por moverse. James está profundamente dormido.

—¿Cuándo lo viste por última vez? —pregunto, procurando mantener la voz baja.

—Hace unos seis meses. —Se detiene—. Pero hablamos por teléfono.

—Sonríe ligeramente—. Le he contado muchas cosas de ti.

Me sonrojo. Cuento mis dedos para asegurarme de que siguen ahí.

—¿Y Warner no registraba tus llamadas?

—Sí. Pero Benny tiene una línea imposible de interceptar, y siempre he tenido la precaución de anotarlas como informes oficiales. James sabe que existes desde hace mucho tiempo.

—¿En serio? —Odio tenerlo que saber, pero no puedo evitarlo. Soy un revoltijo de mariposas.

Mira hacia arriba y aparta la vista. Me mira a los ojos. Suspira.

—Juliette, te he buscado desde el día que te fuiste.

Mis pestañas tropiezan con mis cejas; mi boca cae.

—Estaba preocupado por ti —dice en voz baja—. No sabía qué te iban a hacer.

—¿Por qué? —Jadeo, trago saliva, me equivoco de palabras—. ¿Cómo puede ser que te preocuparas por mí?

Se recuesta sobre el sofá. Se pasa una mano por el rostro. Las estaciones cambian. Las estrellas explotan. Alguien camina sobre la luna.

—¿Sabes que todavía me acuerdo del primer día que viniste a la escuela? —Esboza una tierna y triste sonrisa—. Quizás era demasiado joven, y no sabía muchas cosas sobre el mundo, pero hubo algo en ti que me atrajo de inmediato. Sólo quería estar cerca de ti... Tenías esa *bondad*... que no había visto en toda mi vida. Una dulzura que nunca encontré en casa. Sólo quería oírte hablar. Quería que me vieras, que me sonrieras. Cada día me prometía a mí mismo que hablaría contigo. Quería *conocerte*. Pero cada día me acobardaba. Y un día desapareciste de repente.

—Había oído rumores, pero sabía la verdad. Sabía que nunca le harías daño a nadie. —Mira hacia abajo. La tierra se parte en dos y me caigo por la grieta—. Parece una locura —dice finalmente, en voz muy baja—. Pensar que me preocupaba tanto sin ni siquiera haber hablado nunca contigo. —Vacila—. Pero no podía dejar de pensar en ti. No podía dejar de preguntarme hacia dónde habías ido. Qué te había pasado. Me daba miedo que no te defendieras.

Se queda callado tanto rato que quiero morderme la lengua.

—Tenía que encontrarte —murmura—. Pregunté por todas partes pero nadie sabía nada. El mundo seguía desmoronándose. Las cosas empeoraban y no sabía qué hacer. Tenía que cuidar a James y encontrar una forma de ganarme la vida y no sabía si alistarme en el ejército serviría de algo, pero nunca me olvidé de ti. Siempre tuve la esperanza —titubea—, de que algún día te volvería a ver.

Estoy sin palabras. Mis bolsillos están llenos de letras que no puedo unir y estoy tan desesperada por decir algo que no digo nada y el corazón está a punto de estallarme en el pecho.

—¿Juliette?

—Me encontraste. —Dos palabras. Un murmullo asombrado.

—¿Estás... molesta?

Miro hacia arriba y por primera vez me doy cuenta de que está nervioso. Preocupado. Inseguro de cómo voy a reaccionar ante esta revelación. No sé si reír o llorar o besar cada centímetro de su cuerpo. Quiero quedarme dormida escuchando el latido de su corazón en el ambiente. Quiero saber

que está vivo y bien, que inspira y espira, fuerte y sano y saludable para siempre.

—Eres la única persona a quien le he importado. —Mis ojos se llenan de lágrimas y parpadeo y siento que me quema la garganta y me duele todo, todo, todo. El peso de todo el día se estrella contra mí, amenaza con romperme los huesos. Quiero llorar de alegría, de dolor, de júbilo y de la ausencia de justicia. Quiero tocar el corazón de la única persona a quien le he importado.

—Te quiero —susurro—. Más de lo que jamás sabrás.

Sus ojos son como un instante de medianoche repleto de recuerdos, las únicas ventanas hacia mi mundo. Su mandíbula está tensa. Su boca está tensa. Le digo que debería meter a James en la cama. Asiente. Acuna a su hermano. Se levanta y lleva a James al armario de almacenamiento que se ha convertido en su habitación.

Veo cómo se aleja con el único familiar que le queda y comprendo por qué se alistó en el ejército.

Comprendo por qué sufrió al ser el cabeza de turco de Warner. Comprendo por qué se involucró en la espeluznante realidad de la guerra, por qué estaba tan desesperado por huir, tan preparado para huir lo antes posible. Por qué está tan decidido a contraatacar.

Lucha por mucho más que por sí mismo.

TREINTA Y TRES

—¿Por qué no echamos un vistazo a esos cortes?

Adam está de pie frente a la puerta de James, con las manos metidas en los bolsillos. Lleva una camiseta rojo oscuro que le abraza el torso. Sus manos están esculpidas con destreza, pintadas por un profesional con tatuajes que ahora ya sé reconocer. Me pilla mirándolo.

—No tuve otra elección —dice, examinando las franjas consecutivas de tinta negra grabadas en sus antebrazos—. Teníamos que sobrevivir. Era el único trabajo que podía conseguir.

Me acerco a él, toco los dibujos de su piel. Asiento.

—Te entiendo.

Casi ríe, casi sonríe. Mueve la cabeza un milímetro.

—¿Qué? —Aparto la mano.

—Nada. —Sonríe. Me rodea la cintura con las manos—. Sigo sin poder creerlo. Estás aquí de verdad. En mi casa.

El calor me sube por el cuello y me caigo de una escalera con un pincel en la mano mojado en pintura roja. No sé cómo procesar los cumplidos. Me muerdo el labio.

—¿De dónde sacaste este tatuaje?

—Éstos? —Se vuelve a mirar las manos.

—No.

Le agarro la camiseta, se la subo con tan poco éxito que casi pierde el equilibrio. Se tambalea contra la pared. Le subo la tela hacia el cuello. Trato de reprimir el rubor. Le toco el pecho. Toco el pájaro.

—¿De dónde sacaste éste?

—Ah. —Me mira pero me distraigo de repente por la belleza de su cuerpo y los pantalones que lleva tan bajos respecto a sus caderas. Me doy cuenta de que se debe haber quitado el cinturón. Me obligo a mí misma a mirar hacia arriba. Deslizo mis dedos por sus abdominales. Respira fuerte —. No lo sé —dice—. Bueno... no paraba de soñar con este pájaro blanco. Los pájaros volaban, ya lo sabes.

—¿Soñabas con él?

—Sí. Siempre. —Sonríe un poco, exhala brevemente, recordándolo—. Era agradable. Hacía que me sintiera bien... esperanzado. Quería aferrarme a ese recuerdo porque no estaba seguro de si duraría. Así que lo hice permanente.

Tapo el tatuaje con la palma de mi mano.

—Solía soñar con este pájaro a todas horas.

—¿Este pájaro? —Sus cejas podrían tocar el cielo.

Asiento.

—El mismo. —Algo me viene a la mente—. Hasta que apareciste en mi celda. Desde entonces, ya no he vuelto a soñar con él. —Lo miro.

—No hablas en serio. —Pero sabe que sí.

Le suelto la camiseta y apoyo la frente en su pecho. Respiro su aroma. No pierde un momento en acercarse a mí. Apoya la barbilla sobre mi cabeza y las manos en mi espalda.

Y nos quedamos así hasta que soy demasiado vieja para recordar un mundo sin su calor.

Adam me limpia los cortes en un baño situado en la esquina. Es una habitación pequeña con un retrete, un lavabo, un espejito y una ducha minúscula. Me encanta. Cuando salgo del baño, cambiada y limpia para ir a la cama por fin, Adam me espera en la oscuridad. Hay mantas y almohadas en el suelo y es el paraíso. Estoy tan agotada que podría dormir unos cuantos siglos.

Estoy a su lado y me envuelve en sus brazos. La temperatura de este lugar es bastante más baja, y Adam es el horno perfecto. Entierro la cara en su pecho y me abraza con fuerza. Recorro su espalda desnuda con los

dedos, noto cómo sus músculos se tensan al sentirme. Detengo la mano en la cintura de su pantalón. Engancho el dedo en una de las trabillas. Pruebo el sabor de las palabras sobre mi lengua.

—Esto es lo que quería decir, ya sabes.

Su respiración se retrasa un momento. Su corazón se acelera apenas un latido.

—¿Qué querías decir? —Pero ya sabe a qué me refiero.

De repente me vuelvo muy tímida. Muy ciega, demasiado atrevida. No tengo ni idea de dónde me estoy metiendo. Sólo estoy segura de una cosa: Las únicas manos que quiero que me toquen son las suyas. Para siempre.

Adam se reclina y distingo el contorno de su rostro, con sus ojos brillantes en la oscuridad, como siempre. Miro sus labios fijamente mientras hablo.

—Nunca te he pedido que pararas. —Dejo los dedos en el botón que cierra los pantalones—. Ni una sola vez.

Me mira fijamente, hinchando y deshinchando el pecho varias veces cada segundo. Parece haberse quedado paralizado a causa de la incredulidad.

Me apoyo en su oído.

—Tócame.

Y por poco se deshace.

Entierra mi rostro en sus manos, nuestros labios están unidos, y me besa y yo soy oxígeno y él se muere por respirar. Su cuerpo está casi encima del mío, una mano en mi pelo, la otra recorriendo mi silueta, deslizándose bajo mi rodilla para acercarme más a él, más arriba, más fuerte. Me besa por la garganta en éxtasis, la energía eléctrica me quema, me hace arder. Estoy a punto de entrar en combustión a causa de la emoción. Quiero bucear en su ser, conocerlo con los cinco sentidos, ahogarme en las maravillosas olas que envuelven mi existencia.

Quiero saborear el paisaje de su cuerpo.

Me toma las manos y las presiona contra su pecho, guía mis dedos al deslizarse a lo largo de su torso antes de que nuestros labios se vuelvan a juntar otra y otra y otra vez, y me lleven a un delirio del que no quiero escapar. Pero no es suficiente. Aún no es suficiente. Quiero fundirme en él,

trazar la forma de su figura sólo con mis labios. Mi corazón se acelera, me hace perder el control, hace que todo dé vueltas en un ciclón de intensidad. Se detiene para tomar aire pero tiro de él, con ansia, desesperación, muriéndome por que me toque. Sus manos suben por debajo de mi camisa, bordeando los lados, tocándome como nunca ha osado hacer antes, y en el momento en que casi tengo la blusa por encima de la cabeza una puerta chirría. Los dos nos quedamos inmóviles.

—¿Adam...?

Apenas puede respirar. Intenta deslizarse por la almohada que tengo a mi lado pero sigo notando su calor, su figura, su corazón retumbando en mis oídos. Me trago un millón de gritos. Adam inclina la cabeza hacia arriba, un poquito. Intenta poner una voz normal.

—¿James?

—¿Puedo venir a dormir contigo?

Adam se sienta. Respira fuerte rápidamente se espabila.

—Claro que sí. —Se detiene. Suaviza la voz—. ¿Tienes pesadillas?

James no responde.

Adam está de pie.

Oigo el sollozo silencioso de las lágrimas de los diez años, pero casi no puedo distinguir la silueta de Adam abrazando a James.

—Creía que me habías dicho que ya estabas mejor. —Oigo que susurra, con palabras cariñosas, no acusadoras.

James dice algo que no consigo distinguir.

Adam lo sube en brazos, y me doy cuenta de lo pequeño que parece James en comparación. Se van hacia el dormitorio y regresan con ropa de cama. Una vez mete a James en un lugar seguro a pocos metros de Adam, cae rendido. El único sonido que hay en la habitación es su fuerte respiración.

Adam se vuelve hacia mí. He guardado silencio absoluto, golpeada, sorprendida, marcada profundamente por el recuerdo. No tengo ni idea de lo que ha podido ver James a una edad tan tierna. No tengo ni idea de cuánto debe haber sufrido Adam al dejarlo. No tengo ni idea de cómo vive la gente. De cómo sobreviven.

~~No sé qué ha sido de mis padres.~~

Adam me roza la mejilla. Me rodea con sus brazos. Me dice «Lo siento» y yo borro sus disculpas con besos.

—Cuando sea el momento —le digo.

Traga saliva. Se apoya sobre mi cuello. Toma aire. Pone las manos debajo de mi camisa. Por mi espalda.

Contengo un jadeo.

—Pronto.

TREINTA Y CUATRO

Adam y yo nos obligamos a ponernos a más de un metro de distancia anoche, pero por algún motivo me despierto en sus brazos. Adam respira de forma suave, uniforme, constante, es un suave zumbido en el aire matutino. Parpadeo, para curiosear a la luz del día y me encuentro con un par de ojos grandes y azules en el rostro de un niño de diez años.

—¿Por qué a *él* lo puedes tocar? —James está de pie junto a nosotros con los brazos cruzados; vuelve a ser el chico testarudo que recordaba. No hay rastro de miedo, ni de lágrimas que amenazan con derramarse por su cara. Como si nada hubiera sucedido la noche anterior—. ¿*Eh*? —Su impaciencia me sobresalta.

Me alejo del torso descubierto de Adam tan rápido que se despierta del susto.

Se me acerca.

—¿Juliette...?

—¡Estás tocando a una *chica*!

Adam se sienta tan rápido que se enreda entre las sábanas y se vuelve a caer sobre sus codos.

—Por Dios, James...

—¡Estabas durmiendo al lado de una *chica*!

Adam abre y cierra la boca varias veces. Me mira. Mira a su hermano. Cierra los ojos y suspira. Se pasa una mano por su pelo, recién despertado.

—No sé qué quieres que te diga.

—Pensaba que habías dicho que no podía tocar a nadie. —James me mira, receloso.

—No puede.

—¿Excepto a ti?

—Exacto. Excepto a mí.

~~Y a Warner~~:

—No puede tocar a nadie excepto a ti.

~~Y a Warner~~:

—Exacto.

—Ah sí, qué *oportuno*. —James entrecierra los ojos.

Adam se ríe a carcajadas.

—¿Dónde has aprendido a hablar así?

James frunce el ceño.

—Benny lo dice mucho. Dice que mis excusas son «muy oportunas». —Dibuja unas comillas en el aire con dos dedos—. Dice que eso quiere decir no te creo. Y yo no te creo.

Adam se pone en pie. La luz matutina se filtra por las ventanitas en el ángulo perfecto, en el momento perfecto. Está bañado en oro, con los músculos tensos, sus pantalones un poco bajos en las caderas y tengo que hacer esfuerzos para pensar con claridad. Me sorprende mi falta de control, pero no estoy segura de cómo contener este tipo de sentimientos. Adam me hace sentir hambrienta de cosas que nunca pensé que podría tener.

Observo cómo pasa un brazo por el hombro de su hermano antes de agacharse para buscar su mirada.

—¿Puedo hablar contigo de una cosa? —dice—. ¿En privado?

—¿Sólo tú y yo? —James me mira por el rabillo del ojo.

—Sí. Sólo tú y yo.

—Vale.

Desaparecen en la habitación de James y me pregunto qué va a contarle. Me lleva un momento darme cuenta de que James debe sentirse amenazado por mi repentina aparición. Cuando por fin ve a su hermano después de seis meses resulta que llega con una chica extraña con poderes extravagantes, casi magia. Estoy a punto de echarme a reír ante la idea. Ojalá fuera magia lo que me hace ser así.

No quiero que James piense que lo alejo de Adam.

Me vuelvo a meter bajo las sábanas y espero. Hace una mañana fría y mis pensamientos empiezan a desviarse hacia Warner. Tengo que recordar

que no estamos seguros. Aún no, quizás nunca. Tengo que recordar que no debo sentirme nunca demasiado cómoda. Me incorporo. Apoyo las rodillas contra el pecho y me cojo los tobillos con las manos.

Me pregunto si Adam tendrá algún plan.

La puerta de James se abre de golpe. Salen los dos hermanos, el menor antes que el mayor. James parece un poco sonrojado y casi ni me mira. Parece avergonzado y me pregunta si Adam lo habrá castigado.

Mi corazón deja de funcionar por un momento.

Adam le da un golpecito en el hombro a James. Lo aprieta.

—¿Todo bien?

—Ya sé lo que es una *novia*...

—Nunca he dicho que no lo supieras...

—¿Eres su novia? —James se cruza de brazos, me mira.

Cuatrocientas bolas de algodón se han quedado atrapadas en mi tráquea.

Miro a Adam porque no sé qué más hacer.

—Bueno, deberías prepararte para ir al colegio, ¿no? —Adam abre la nevera y le da otro paquete envuelto en papel de aluminio—. Supongo que esto es el desayuno.

—No *tengo* que ir —protesta James—. No es una escuela *de verdad*, nadie *tiene* que...

—Pero quiero que vayas —le corta Adam. Se vuelve a girar hacia su hermano con una sonrisita—. No te preocupes. Seguiré aquí cuando vuelvas.

James vacila.

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Sonríe otra vez. Asiente—. Ven aquí.

James coge carrerilla y se echa sobre Adam como si tuviera miedo de que desapareciera. Adam mete la comida envuelta en papel de aluminio dentro del Automat y aprieta un botón. Le revuelve el pelo a James.

—Te tienes que cortar el pelo, tío.

James arruga la nariz.

—A mí me gusta.

—Está un poco largo, ¿no crees?

James baja la voz.

—*Su pelo sí que es muy largo.*

Ambos me miran y me deshago en plastilina de color rosa. Me toco el pelo sin proponérmelo, cohibida de pronto. Bajo la mirada. Nunca he tenido motivos para cortarme el pelo. Ni siquiera he tenido los instrumentos. Nadie me daba objetos afilados.

Me arriesgo a mirar y veo que Adam sigue observándome. James está pendiente del Automat.

—A mí me gusta su pelo —dice Adam, pero no estoy segura de a quién se está dirigiendo.

Los observo mientras Adam ayuda a su hermano a prepararse para el colegio. James está lleno de vida y de energía, muy emocionado de tener a su hermano cerca. Eso me hace pensar en cómo debe ser para un niño de diez años vivir solo. Cómo debe ser para todos los niños que viven en esta calle.

Tengo ganas de levantarme y cambiarme, pero no sé qué debería hacer. No quiero usar el baño por si James lo necesita, o por si lo necesita Adam. No quiero usar más espacio del que ya tengo. La relación entre Adam y James parece muy privada, muy personal. Es el tipo de vínculo que nunca he tenido, que nunca tendrá. Pero estar en medio de tanto amor ha logrado descongelar mis partes congeladas y convertirlas en algo humano. Me siento humana. Como si quizás pudiera formar parte de este mundo. Como si quizás no tuviera que ser un monstruo. Quizás no soy un monstruo.

Quizás las cosas pueden cambiar.

TREINTA Y CINCO

James está en el colegio, Adam en la ducha, y yo miro el bol de cereales que Adam me ha preparado. Me siento mal por tener esta comida mientras James tiene que comer esa sustancia no identificable del envase de papel de aluminio. Pero Adam dice que a James le asignan una porción para cada comida y que tiene que comérsela por ley. Si descubren que la desaprovecha o la tira, lo sancionarán. Se supone que todos los huérfanos deben comer la comida envuelta en papel de aluminio que meten en el Automat. James dice que «no sabe tan mal».

Estoy tiritando un poco debido al frío aire matutino y me aliso el pelo con la mano, que todavía está húmedo tras la ducha. El agua de aquí no es caliente. Ni siquiera templada. Sale congelada. El agua caliente es un lujo.

Alguien llama a la puerta.
Me pongo de pie.
Doy vueltas.
Escudriño.
Estoy asustada.

Lo único que pienso es que nos han encontrado. Mi estómago es una tortita endeble; mi corazón, un pájaro carpintero furioso; mi sangre, un río de inquietud.

Adam está en la ducha.
James está en la escuela.
Estoy completamente indefensa.
Hurgo en la bolsa de lona de Adam hasta que encuentro lo que busco. Dos pistolas, una para cada mano. Dos manos, en caso de que fallen las

pistolas. Pero por fin llevo un atuendo cómodo, apto para luchar. Respiro profundamente y les pido a mis manos que no tiemblen.

Los golpes en la puerta se van haciendo más fuertes.

Apunto hacia la entrada con las pistolas.

—¿Juliette?

Me doy la vuelta y me encuentro con Adam que me mira a mí, a las pistolas, a la puerta. Tiene el pelo mojado. Los ojos como platos. Señala la pistola con la cabeza y se la paso sin decir palabra.

—Si fuera Warner, no llamaría —dice, aunque no baja el arma.

Sé que está en lo cierto. Warner habría derribado la puerta, habría usado explosivos, habría matado a un centenar de personas para llegar a mí. Desde luego, no esperaría a que le abriera la puerta. Algo dentro de mí se tranquiliza, pero me obligo a no relajarme demasiado.

—¿Quién crees que...?

—Quizás es Benny... Suele controlar a James...

—Pero sabría que está en el colegio, ¿no?

—Nadie más sabe dónde vivo...

El golpeteo se va suavizando. Se hace más lento. Se oye un sonido bajo y gutural de dolor.

Nuestras miradas se cruzan.

Otro golpe en la puerta. Una caída. Otro gemido. El ruido sordo de un cuerpo contra la puerta.

Me estremezco.

Adam se toca el pelo.

—¡Adam! —grita alguien. Tose—. Por favor, si estás ahí...

Me quedo helada. La voz me resulta ligeramente familiar.

Adam se endereza de golpe. Tiene los labios separados, la mirada atónita. Marca el código de acceso y abre el pestillo. Apunta hacia la puerta mientras la abre.

—¿Kenji?

Un resuello breve. Un gemido ahogado.

—Joder, tío, ¿por qué has tardado tanto?

—¿Qué coño estás haciendo aquí? —Clic. Casi no veo nada a través de la rendija de la puerta, pero está claro que Adam no está contento de tener

compañía—. ¿Quién te ha enviado? ¿Con quién estás?

Kenji maldice por lo bajo varias veces.

—Mírame —le exige, aunque parece más bien una súplica—. ¿Crees que he venido a matarte?

Adam se detiene. Respira. Vacila.

—No tengo ningún problema en dispararte por la espalda.

—Tranquilo, tío. Ya tengo una bala en la espalda. O en la pierna. O en alguna parte, ¡joder! Ni sé dónde.

Adam abre la puerta.

—Levántate.

—Está bien, no me importa que me arrastres.

Adam mueve la mandíbula.

—No quiero que manches la alfombra de sangre. No hace falta que mi hermano vea esto.

Kenji se tropieza y se tambalea por la habitación. Había oído su voz una vez, pero nunca le había visto la cara. Aunque probablemente éste no sea el mejor momento para primeras impresiones. Tiene bolsas bajo los ojos que están hinchados, lilas; una herida enorme a un lado de la frente. Tiene el labio partido, le sangra un poco, su cuerpo encorvado, destrozado. Hace muecas de dolor, le falta el aire cuando se mueve. Tiene la ropa hecha pedazos, su torso cubierto únicamente por una camiseta sin mangas, tiene cortes y moratones en sus musculosos brazos. Me sorprende que no se haya muerto de frío. Parece no darse cuenta de que estoy ahí hasta que me ve.

Se detiene. Parpadea. Esboza una sonrisa ridícula atenuada por una ligera mueca de dolor.

—¡Joder! —dice, sin quitarme ojo de encima—. ¡Joder! —Intenta reírse

—. Tío, estás loco...

—El baño está aquí. —La posición de Adam es inamovible.

Kenji se mueve hacia delante pero sigue mirando hacia atrás. Lo apunto a la cara. Se ríe más fuerte, se estremece, jadea.

—¡Tío, te has escapado con la loca! ¡Te has escapado con la psicópata!

—dice en voz alta—. Pensaba que se habían inventado esta mierda. ¿En qué coño estabas pensando? ¿Qué vas a hacer con ella? No me extraña que Warner te quiera muerto... ¡Joder, tío!, ¿qué coño...?

—No está loca. Y tampoco es sorda, gilipollas.

Las puertas se cierran de golpe tras ellos y sólo consigo percibir una discusión apagada. Tengo la impresión de que Adam no quiere que oiga lo que tiene que decirle a Kenji. Por eso o por los gritos.

No tengo la menor idea de lo que hace Adam, pero supongo que tendrá algo que ver con quitarle la bala a Kenji y curarle las heridas lo mejor que pueda. Adam tiene materiales de primeros auxilios suficientes y unas manos fuertes y firmes. Me gustaría saber si ha adquirido estos conocimientos en el ejército. Quizás para cuidar de sí mismo. O de su hermano. Tendría sentido.

La sanidad pública es un sueño que perdimos hace mucho.

Llevo casi una hora con la pistola en la mano. Llevo casi una hora escuchando los gritos de Kenji y lo sé porque me gusta contar los segundos a medida que van pasando. No tengo ni idea de qué hora es. Creo que en la habitación de James hay un reloj, pero no quiero entrar en su habitación sin permiso.

Me quedo mirando la pistola, el metal suave y pesado, y me sorprende darme cuenta de que me gusta sentirla en mi mano. Como si fuera una extensión de mi cuerpo. Ya no me da miedo.

Me da más miedo que pueda llegar a usarla.

Se abre la puerta del baño y sale Adam. Lleva una toalla pequeña en la mano. Me levanto. Esboza una sonrisa. Llega a la minúscula nevera para buscar en el congelador, aún más pequeño. Toma unos cuantos cubitos de hielo y los mete en la toalla. Vuelve a desaparecer en el baño.

Me siento en el sofá de nuevo.

Hoy llueve. El cielo llora por nosotros.

Adam sale del baño, con las manos vacías, pero sigue solo.

Me vuelvo a levantar.

Se frota la frente, la nuca. Se reúne conmigo en el sofá.

—Lo siento —me dice.

Tengo los ojos como platos.

—¿Por?

—Todo. —Suspira—. Kenji era amigo mío en la base militar. Cuando nos fuimos, Warner lo torturó. Para conseguir información.

Trago saliva.

—Dice que no dijo nada... No tenía nada que decir, en realidad, pero acabó en bastante mal estado. No sé si tiene las costillas rotas o solamente magulladas, pero he conseguido sacarle la bala de la pierna.

Le cojo la mano. La aprieto.

—Le dispararon cuando huía —dice Adam a continuación.

Y algo se ilumina en mi conciencia. Me horrorizo.

—El suero de rastreo...

Adam asiente, con ojos serios, angustiados.

—Puede que funcione mal, pero no puedo estar seguro del todo. Sé que si funcionara, Warner ya estaría aquí. Pero no podemos arriesgarnos. Tenemos que salir de aquí, y tenemos que deshacernos de Kenji antes de irnos.

Niego con la cabeza, atrapada entre corrientes de incredulidad que chocan entre ellas.

—¿Cómo ha podido encontrarte?

Su rostro se endurece.

—Se ha puesto a gritar antes de que se lo pudiera preguntar.

—¿Y James? —susurro, con miedo.

Adam entierra la cabeza en las manos.

—En cuanto llegue a casa, nos iremos. Podemos prepararnos mientras tanto. —Busca mis ojos—. No puedo dejar a James atrás. Ya no es seguro que se quede aquí.

Le toco la mejilla y se inclina hacia mi mano, aferrando mi palma contra su cara. Cierra los ojos.

—Cabrón, hijo de puta...

Adam y yo nos sepáramos. Me ruborizo de pies a cabeza. Adam parece enfadado. Kenji está apoyado contra la pared del pasillo del baño y se sujetó el paquete de hielo improvisado en la cara. Nos mira fijamente.

—¿Puedes tocarla? Quiero decir... joder, acabo de ver cómo la tocabas, pero no es...

—Tienes que irte —le advierte Adam—. Has dejado un rastro químico hasta mi casa. Nos tenemos que ir y no puedes venir con nosotros.

—Bueno, a ver... Espera. —Kenji entra en el salón a trompicones, haciendo una mueca mientras se ejerce presión en la pierna—. No pretendo hacerte ir más lento, tío. Conozco un lugar. Un lugar seguro. De fiar, un sitio superseguro. Puedo llevarte. Enseñarte cómo llegar. Conozco a un tipo.

—¡No digas mentiras! —Adam sigue enfadado—. ¿Cómo has podido localizarme? ¿Cómo has llegado hasta mi puerta, Kenji? No confío en ti.

—No lo sé, tío. Te juro que no recuerdo qué pasó. Llegó un punto en el que ya no sabía hacia dónde corría. No paraba de saltar vallas. Encontré un campo enorme con un cobertizo viejo. Dormí allí un rato. Creo que en algún momento me desmayé, del dolor o del frío... Hace un frío de cojones aquí fuera... Y lo siguiente que recuerdo es que un tío me llevó a rastras. Me dejó delante de tu puerta. Me dijo que dejará de hablar de ti porque vivías aquí. —Sonríe. Intenta guiñar un ojo—. Creo que soñaba contigo mientras dormía.

—Espera... ¿Cómo? —Adam se inclina hacia delante—. ¿Qué quieres decir con que un tío te llevó a rastras? ¿Quién? ¿Cómo se llama? ¿Cómo sabía mi nombre?

—No lo sé. No me lo dijo, y yo tampoco estaba en condiciones de preguntar. Pero era enorme. Quiero decir, tenía que serlo para cargar conmigo.

—No pretenderás que te crea.

—No tienes otra opción. —Kenji se encoje de hombros.

—Claro que tengo otra opción. —Adam se ha puesto de pie—. No tengo motivos para creerte. Ningún motivo para creer ni una palabra que salga de tu boca.

—¿Entonces por qué estoy aquí con una bala en la pierna? ¿Por qué no ha venido Warner? ¿Por qué voy desarmado...?

—¡Podría formar parte de tu plan!

—¡Pero aun así me has ayudado! —Kenji se atreve a levantar la voz—. ¿Por qué no te has limitado a dejarme morir? ¿Por qué no me has pegado un tiro? ¿Por qué me has ayudado?

Adam vacila.

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Sabes que no he venido para meterte en líos. Me dieron una paliza por tu culpa...

—No me estabas encubriendo.

—Bueno, joder, tío, ¿qué quieres que te diga? Me iban a matar. Tuve que salir corriendo. No es culpa mía si un tío me ha dejado aquí tirado...

—Esto no tiene que ver sólo conmigo, ¿sabes? Me he esforzado muchísimo para construir un lugar seguro para mi hermano y en una mañana te has cargado años de trabajo. ¿Qué se supone que tengo que hacer yo ahora? Sólo puedo huir hasta ponerlo a salvo. Es demasiado joven para enfrentarse a esta...

—Todos somos demasiado jóvenes para enfrentarnos a esta mierda. —Kenji respira con dificultad—. No te engañes, tío. Nadie debería ver lo que hemos visto. Nadie debería levantarse por la mañana y encontrarse cadáveres en su salón, pero estas cosas pasan, ¡joder! Nos enfrentamos a ello y encontramos una forma de sobrevivir. No eres el único que tiene problemas.

Adam se hunde en el sofá. Cuarenta kilos de preocupaciones pesan sobre sus hombros. Se inclina hacia delante con la cabeza entre las manos.

Kenji se me queda mirando. Yo le devuelvo la mirada.

Sonríe y se acerca cojeando.

—Eres bastante sexy para ser una chica psicópata, ¿sabes?

Clic.

Kenji retrocede con las manos en alto. Adam le ha puesto una pistola en la frente.

—Más respeto o te vuelo la cabeza.

—Estaba bromeando...

—¡Y una mierda!

—Joder, Adam, cálmate...

—¿Dónde está ese lugar tan seguro? —Estoy de pie, con la pistola en la mano. Me pongo cerca de Adam—. ¿O te lo estás inventando?

Kenji se ilumina.

—No, es verdad. Verdad de la buena. De hecho, puede que haya dicho algo sobre ti. Y el tío que lleva el sitio puede que esté muy interesado en conocerte.

—¿Crees que soy una especie de circo andante del que puedes presumir con tus amigos?

Arma. Bloqueada. Cargada.

Kenji se aclara la garganta.

—No eres un circo andante. Simplemente... eres interesante.

Apunto la pistola a su cara.

—¡Soy tan interesante que podría matarte con mis manos!

Un destello de miedo apenas perceptible parpadea en sus ojos. Se traga una gran dosis de humildad. Trata de sonreír.

—¿Estás segura de que no estás loca?

—No. —Ladeo la cabeza—. No estoy segura.

Kenji sonríe. Me mira de arriba a abajo.

—Pero, bueno. ¡Haces que la locura parezca tan atractiva!

—Voy a partirte la cara —advierte Adam con voz de acero, el cuerpo rígido de ira, los ojos entrecerrados, impávidos. No hay humor en su expresión—. No necesito una razón más.

—¿Qué? —Kenji se ríe, decidido—. Llevo demasiado tiempo sin ver a una chica, tío. Y tanto si está loca como si no...

—No me interesas.

Kenji se gira hacia mí.

—Bueno, no voy a echarte la culpa. Ahora mismo parezco un esperpento. Pero me adecentaré, ¿vale? —Intenta esbozar una sonrisa—. Dame un par de días. Quizás cambies de opinión...

Adam le da un codazo en la cara y no se disculpa.

TREINTA Y SEIS

Kenji suelta una ristra de palabrotas, sangra, se queda sin improperios que decir y se dirige al baño, sujetándose la nariz.

Adam me mete en la habitación de James.

—Dime algo —me pide. Mira hacia el techo, respira con dificultad—.
Dime lo que sea...

Intento fijar la mirada en sus ojos, le cojo las manos, suaves, suaves, suaves. Espero hasta que me mira.

—No le pasará nada. Protegeremos a James. Te lo prometo.

De sus ojos emana un dolor que nunca antes había visto. Separa los labios. Los aprieta. Cambia de parecer un millón de veces hasta que sus palabras vuelan por el aire que nos separa.

—Ni siquiera sabe nada sobre nuestro padre. —Por primera vez ha reconocido el problema. Por primera vez ha reconocido que sé algo de eso —. Nunca quise que lo supiera. Le explicaba historias. Quería que tuviera la oportunidad de ser *normal*. —Sus labios me explican secretos y mis oídos derraman tinta que mancha mi piel con sus historias—. No quiero que nadie lo toque. No quiero joderle la vida. Dios, no puedo... No puedo dejar que esto ocurra —me dice.

Muy bajito. Muy calmado.

Busco las palabras adecuadas pero mi boca está llena de nada.

—Nunca es suficiente —susurra—. Nunca consigo hacer lo suficiente. Todavía se despierta gritando. Todavía llora hasta quedarse dormido. Ve cosas que están fuera de mi control. —Parpadea un millón de veces—. Tanta gente, ¡Juliette!

Contengo la respiración.

—Muerta.

Toco la palabra en sus labios y me besa los dedos. Sus ojos son dos piscinas de perfección. Abiertos, honestos, humildes.

—No sé qué hacer —continúa, y es como una confesión que le cuesta expresar mucho más de lo que puedo imaginar. El control se le escapa de las manos y está desesperado por mantenerlo—. *Dime qué puedo hacer.*

Soy capaz de oír los latidos de nuestros corazones en el silencio que nos rodea. Examino la forma de sus labios, las líneas marcadas de su rostro, las pestañas por las que cualquier chica mataría, el profundo azul oscuro de los ojos en los que he aprendido a nadar. Le ofrezco la única posibilidad que tengo.

—Quizás valdría la pena tener en cuenta el plan de Kenji.

—¿Confías en él? —Adam se echa hacia atrás, sorprendido.

—No creo que mienta.

—No sé si es una buena idea.

—¿Por qué no...?

Hace un ruido que no parece provocado por la risa.

—Quizás lo mato incluso antes de que lleguemos.

Esbozo una triste sonrisa.

—No nos podemos esconder en ninguna otra parte, ¿no?

El sol gira alrededor de la luna cuando responde. Sacude la cabeza. Una sola vez. Rápido. Tenso.

Le aprieto la mano.

—Entonces tenemos que intentarlo.

—¿Qué coño estáis haciendo ahí dentro? —grita Kenji al otro lado de la puerta. La golpea unas cuantas veces—. Quiero decir, tío, no creo que *nunca* sea un mal momento para desnudarse, pero seguramente ahora un polvo de mediodía no sea la mejor idea. A menos que queráis que os maten, os sugiero que os marchéis de aquí. Tenemos que prepararnos para irnos.

—Puede que lo mate ahora —Adam cambia de opinión.

Tomo su cara entre mis manos, me pongo de puntillas y le doy un beso. Sus labios son como dos almohadas, muy suaves, muy blandas, muy dulces.

—Te quiero.

Me mira los ojos y la boca, y dice con un susurro ronco:

—¿Sí?

—Por supuesto.

Los tres tenemos las maletas hechas y estamos listos para irnos antes de que James vuelva de la escuela. Adam y yo hemos recopilado las cosas más importantes: comida, ropa, dinero que Adam ha ahorrado. Adam no para de observar la pequeña estancia como si no pudiera creer que la haya perdido tan fácilmente. Me imagino cuánto trabajo le ha costado, lo mucho que ha luchado por conseguir un hogar para su hermano pequeño. Mi corazón está hecho pedazos por él.

Su amigo es de una especie completamente diferente.

Kenji se está curando los nuevos moratones, pero parece bastante animado, emocionado por razones que no logro comprender. Parece curiosamente resistente y optimista. Casi imposible desanimarlo y no puedo evitar admirar su determinación. Pero no deja de mirarme.

—¿Por qué puedes tocar a Adam? —dice al cabo de un rato.

—No lo sé.

Resopla.

—Tonterías.

Me encojo de hombros. No tengo necesidad de convencerlo de que no sé por qué tengo tanta suerte.

—¿Cómo sabías que lo podías tocar? ¿Hicisteis una especie de experimento de locos?

Espero no estarme sonrojando.

—¿Dónde está este sitio al que nos llevas?

—¿Por qué cambias de tema? —Sonríe. Estoy segura de que sonríe. Aunque me niego a mirarlo—. Quizás también me puedes tocar *a mí*. ¿Por qué no lo pruebas?

—No quieres que te toque.

—Quizás sí. —Seguro que está sonriendo.

—Quizás deberías dejarla en paz antes de que te vuelva a meter la bala en la pierna —amenaza Adam.

—Lo siento, pero ¿es que un hombre soltero no tiene derecho a mover alguna ficha, Kent? Quizás estoy interesado. Quizás deberías dejarla en paz de una puta vez y permitirle que hable por sí misma.

Adam se pasa una mano por el pelo. Siempre la misma. Siempre por el pelo. Está nervioso. Frustrado. Quizás incluso se siente avergonzado.

—Sigo sin estar interesada —le recuerdo, con voz crispada.

—Sí, pero no olvides que *esto* —se señala el rostro maltrecho— no es permanente.

—Bueno, pues estoy desinteresada permanentemente. —Me muero por decirle que no estoy disponible. Quiero decirle que tengo una relación seria. Que Adam me ha hecho promesas.

Pero no puedo.

No tengo la menor idea de lo que significa tener una relación. No sé si decir «te quiero» es un código para decir «exclusivos el uno con el otro» y no sé si Adam hablaba en serio cuando le dijo a James que yo era su novia. Quizás era una excusa, una justificación, una respuesta fácil a una pregunta complicada. Ojalá le dijera algo a Kenji... Ojalá le dijera que estamos juntos oficial y exclusivamente.

Pero no lo hace.

Y no sé por qué.

—No creo que debas decidirte hasta que se baje la hinchazón — prosigue Kenji con impasibilidad—. Es lo justo. Mi cara es bastante espectacular.

Adam se atraganta con una tos que parece risa.

—¿Sabes? Hubiese jurado que antes nos llevábamos bien —dice Kenji, mirando a Adam.

—No logro recordar por qué.

Kenji se encrespa.

—¿Hay algo que quieras decirme?

—Que no te creo.

—¿Entonces por qué sigo aquí?

—Porque la creo a *ella*.

Kenji se gira hacia mí. Esboza una sonrisa ridícula.

—¡Oh! ¿Me crees?

—Mientras esté en buena posición para disparar, sí. —Sujeto la pistola que llevo en la mano con más fuerza.

Hace una mueca.

—No sé por qué, pero me gusta cuando me amenazas.

—Porque eres un idiota.

—No. —Menea la cabeza—. Tienes una voz sexy. Hace que todo suene obsceno.

Adam se levanta tan repentinamente que casi tumba la mesita del café.

Kenji se echa a reír, respirando con dificultad a causa del dolor de las heridas.

—Cálmate, Kent, *¡joder!* Sólo estoy jugando con vosotros. Me gusta ver cómo la chica psicópata se pone seria. —Me mira, baja la voz—. Tómalo como un cumplido, porque, ¿sabes? —agita una mano caprichosa en mi dirección— lo psicótico te pega.

—¿Qué coño te pasa? —le contesta Adam.

—¿Qué coño te pasa *a ti*? —Kenji se cruza de brazos, molesto—. Todo el mundo está muy tenso por aquí.

Adam aprieta la pistola que lleva en la mano. Va hacia la puerta. Vuelve. Camina de un lado a otro.

—Y no te preocupes por tu hermano —añade Kenji—. Seguro que volverá pronto.

Adam no se ríe. No para de andar de un lado a otro. Retuerce la mandíbula.

—No me preocupa mi hermano. Estoy intentando decidir si te mato ahora o más tarde.

—Más tarde —contesta Kenji, desplomándose sobre el sofá—. Todavía me necesitas.

Adam intenta hablar pero se le acaba el tiempo.

La puerta se abre en un chasquido.

James ha llegado a casa.

TREINTA Y SIETE

—Estoy muy contento de que te lo estés tomando tan bien... de verdad. Pero James, no es como para estar emocionado. Estamos huyendo para salvar nuestras vidas.

—Pero lo hacemos *juntos* —dice por quinta vez, con una sonrisa de oreja a oreja. Kenji le ha caído bien demasiado rápido, y ahora ambos conspiran para convertir nuestro dilema en una especie de misión compleja —. ¡Y yo puedo *ayudaros*!

—No, no es...

—Claro que puedes...

Adam y Kenji hablan a la vez. Kenji se adelanta.

—¿Por qué no puede ayudar? Diez años son suficientes.

—No es decisión tuya —dice Adam, preocupándose por controlar su voz. Sé que mantiene la calma por el bien de su hermano—. Y no es asunto tuyo.

—Por fin podré ir contigo —se alegra James—. Y quiero ayudar —añade con decisión.

James se tomó la noticia con calma. Ni siquiera se inmutó cuando Adam le explicó la verdadera razón por la que estaba en casa, y por qué estábamos juntos. Pensé que ver el rostro amoratado y magullado de Kenji lo asustaría, lo desconcertaría, le infundiría miedo, pero James estaba sorprendentemente impasible. Debía haber visto cosas peores.

Adam respira profundamente antes de dirigirse a Kenji.

—¿A cuánto queda?

—¿Andando? —Kenji parece inseguro por primera vez—. Unas cuantas horas. Si no hacemos ninguna tontería, deberíamos estar allí antes del anochecer.

—¿Y si vamos en coche?

Kenji parpadea. Su sorpresa se disipa en una enorme sonrisa.

—A ver, joder, Kent, ¿por qué no me lo habías dicho antes?

—Cuidado con lo que dices delante de mi hermano.

James mira con desprecio.

—Oigo cosas peores *cada día*. Incluso Benny dice palabrotas.

—¿*Benny*? —Las cejas de Adam le llegan a la frente.

—Sí.

—¿Qué es lo que...? —Se detiene. Cambia de parecer—. Eso no significa que esté bien que las sigas oyendo.

—¡Ya tengo casi once años!

—¡Eh, hombrecito! —interrumpe Kenji—. Está bien. Es culpa mía. Debería tener más cuidado. Además, hay damas presentes.

Kenji me guiña un ojo.

Aparto la mirada. Miro a mi alrededor.

Me resulta difícil abandonar este humilde hogar, así que no puedo ni imaginarme lo que debe sentir Adam en estos momentos. Creo que James está demasiado emocionado pensando en la aventura que nos espera como para darse cuenta de lo que ocurre. Para comprender de verdad que nunca más va a regresar aquí.

Somos fugitivos que huyen para salvar sus vidas.

—Y entonces, ¿qué? ¿Robaste un coche? —pregunta Kenji.

—Un tanque.

Kenji profiere una carcajada.

—¡Excelente!

—Pero es un poco llamativo durante el día.

—¿Qué significa *llamativo*? —pregunta James.

—Que es un poco... vistoso —corrige Adam.

—¡Mierda! —Kenji se pone en pie con dificultad.

—Te he dicho que vigiles lo que dices...

—¿Oyes eso?

—¿El qué?

Kenji mira en todas direcciones.

—¿Hay otra salida?

Adam se levanta.

—¡James!

James corre hacia su hermano. Adam examina su pistola. Me echo las bolsas a la espalda. Adam hace lo mismo, con la atención puesta en la puerta principal.

—¡Rápido!

—¿A cuánto...?

—¡No hay tiempo!

—¿Qué vas a...?

—¡Kent, corre!

Y echamos a correr, siguiendo a Adam a la habitación de James. Adam rompe una cortina de una pared y nos muestra una puerta oculta cuando en la sala suenan tres pitidos.

Adam dispara hacia la cerradura de la puerta de salida.

Algo explota a menos de cinco metros de nosotros. El sonido estalla en mi oído, vibra por todo mi cuerpo. Casi me desplomo del impacto. Se oyen tiros por todas partes. Los pasos retumban por toda la casa pero nosotros ya estamos corriendo por la salida. Adam toma en brazos a James y salimos volando en medio de un estallido de luz repentina que nos ciega al atravesar las calles. La lluvia ha parado. Las calles están resbaladizas y embarradas. Hay niños por todas partes, cuerpecitos de colores brillantes que gritan en cuanto nos acercamos. Ya no tiene sentido que seamos discretos.

Ya nos han encontrado.

Kenji se está quedando atrás, va dando traspies mientras se le acaba la adrenalina. Giramos por un callejón estrecho y se desploma contra la pared.

—Lo siento —dice jadeando—, no puedo... Dejadme...

—No podemos —grita Adam, mirando hacia todos lados, pendiente de los alrededores.

—Eres muy amable, tío, pero no pasa nada...

—¡Tienes que guiarnos!

—Bueno, joder...

—Dijiste que nos ayudarías...

—Y yo pensé que habías dicho que tenías un *tanque*...

—Por si no te has dado cuenta, ha habido un cambio de planes inesperado...

—No puedo seguir el ritmo, Kent. Apenas puedo andar...

—Tienes que *intentarlo*...

Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para disparar. Toque de queda en vigor. Que todo el mundo regrese a sus casas inmediatamente. Hay rebeldes sueltos. Van armados y están listos para dis...

Los altavoces resuenan por las calles, atrayendo la atención de nuestros cuerpos apiñados en el estrecho callejón. Algunas personas nos ven y gritan. Las botas suenan cada vez más fuerte. Los disparos cada vez son más violentos.

Me tomo un momento para analizar los edificios que nos rodean y me doy cuenta de que no estamos en unas instalaciones pobladas. La calle en la que vive James es un territorio sin regular: hay conjuntos de edificios de oficinas en estado abandonados, apelotonados, restos de nuestras antiguas vidas. No entiendo por qué no vive en unas instalaciones como el resto de la población. No tengo tiempo de averiguar por qué sólo hay dos grupos de edad representados, por qué los más mayores y los huérfanos son los únicos residentes, por qué los han abandonado en áreas ilegales con soldados que, supuestamente, no deberían estar ahí. Me dan miedo las respuestas a mis preguntas y siento pánico al pensar en James. Me doy la vuelta mientras corremos y vislumbro su cuerpecillo envuelto en los brazos de Adam.

Cierra los ojos con tanta fuerza que seguro que le duelen.

Adam maldice entre dientes. Derriba la primera puerta que logramos encontrar en un edificio abandonado y nos grita que los sigamos dentro.

—Necesito que te quedes aquí —le dice a Kenji—. Y seguro que no estoy pensando con claridad, pero tengo que dejarte con James. Necesito que cuides de él. Están buscando a Juliette, y me están buscando a mí. No esperan encontrarnos a vosotros.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Kenji.

—Tengo que robar un coche. Y después volveré a buscaros. —James ni siquiera protesta cuando Adam lo suelta. Tiene los labios blancos. Los ojos como platos. Le tiemblan las manos—. Volveré a por ti, James —repite Adam—. Te lo prometo.

James asiente una y otra y otra vez. Adam le da un beso en la cabeza, fuerte, rápido. Deja nuestras bolsas en el suelo. Se vuelve hacia Kenji.

—Si permities que le pase algo, te mataré.

Kenji no se ríe. No refunfuña. Respira profundamente.

—Cuidaré de él.

—*¿Juliette?*

Me toma de la mano y desaparecemos entre las calles.

TREINTA Y OCHO

Las calles están abarrotadas de peatones que tratan de escapar. Adam y yo escondemos las pistolas en la cintura del pantalón, pero nuestros ojos de loco y movimientos erráticos parecen delatarnos. Todos se alejan de nosotros, salen disparados en dirección opuesta, algunos chillan, gritan, lloran, dejan caer lo que llevan en las manos. A pesar de haber tanta gente no hay ni un solo coche a la vista. Deben ser difíciles de conseguir, sobre todo por esta zona.

Adam me tira al suelo justo en el momento en que una bala pasa volando junto a mi cabeza. Derriba otra puerta y corremos entre las ruinas hacia otra salida, atrapados en un laberinto que antes era una tienda de ropa. Los tiros y los pasos nos siguen de cerca. Debe haber un centenar de soldados como mínimo persiguiéndonos por las calles, organizados en diferentes grupos, dispersados por diversas zonas de la ciudad, listos para capturar y matar.

Pero sé que no me van a matar.

El que me preocupa es Adam.

Trato de mantenerme lo más cerca posible de su cuerpo porque estoy segura de que Warner ha dado órdenes de capturarme con vida. Pero mis esfuerzos flaquean. Adam tiene suficiente altura y músculos como para sentirme pequeña a su lado. Cualquier tirador con buena puntería sería capaz de darle. Podrían dispararle en la cabeza. Delante de mí.

Se gira para disparar dos veces. Un tiro se queda corto. El otro provoca un grito ahogado. Seguimos corriendo.

Adam permanece callado. No me dice que sea valiente. No me pregunta si estoy bien, si estoy asustada. No me da ánimos ni me asegura que todo irá

bien. No me dice que lo deje atrás y me salve. No me dice que cuide de su hermano si él muere.

No es necesario que lo haga.

Ambos comprendemos la realidad de nuestra situación. Podrían disparar a Adam ahora mismo. Podrían capturarme en cualquier momento. Todo el edificio podría explotar de repente. Alguien podría haber descubierto a Kenji y a James. Quizá moriremos todos hoy. Los hechos son demasiado obvios.

Pero sabemos que igualmente tenemos que correr el riesgo.

Porque avanzar es la única manera de sobrevivir.

La pistola se me va haciendo más escurridiza, pero me aferro a ella de todos modos. Mis piernas gritan de dolor, pero aun así las hago ir más deprisa. Mis pulmones están serrando mi caja torácica en dos trozos, pero de todos modos me obligo a procesar oxígeno. Tengo que seguir moviéndome. No hay tiempo para deficiencias humanas.

La salida de emergencia de este edificio parece imposible de encontrar. Nuestros pies golpean los suelos embaldosados, nuestras manos buscan algún tipo de salida entre la luz sombría, algún tipo de acceso a la calle. Este edificio es más grande de lo que esperábamos, enorme, con cientos de direcciones posibles. Me doy cuenta de que debió ser un *almacén*, no una mera tienda. Adam se agacha detrás de un mostrador abandonado, y me empuja hacia abajo junto a él.

—No seas tonto, Kent... no puedes correr durante tanto tiempo —grita alguien.

La voz no está a más de tres metros.

Adam traga saliva. Aprieta la mandíbula. Los que intentan matarlo son los mismos que solían comer con él. Que entrenaban con él. Que vivían con él. *Conoce a estos chicos.* Me pregunto si esto lo empeora todo.

—Entréganos a la chica —añade otra voz—. Entréganos a la chica y no te dispararemos. Fingiremos que te hemos perdido. Te dejaremos escapar. Warner sólo quiere a la chica.

Adam respira con dificultad. Agarra la pistola con la mano. Saca la cabeza durante una fracción de segundo y dispara. Alguien cae al suelo gritando.

—¡Kent, hijo de...

Adam aprovecha para correr. Saltamos de detrás del escritorio y volamos hacia unas escaleras. Los tiros no nos alcanzan por milímetros. Me pregunto si estos dos hombres son los únicos que nos han seguido hacia aquí.

La escalera de caracol serpentea hacia un nivel inferior, una especie de sótano. Alguien trata de apuntar a Adam, pero nuestros movimientos rápidos lo convierten en una tarea imposible. Sin embargo, las posibilidades de darme a mí son demasiado altas. Adam va soltando palabrotas a nuestro paso.

Y lo derriba todo a su paso, intentando provocar cualquier tipo de distracción, cualquier obstáculo que ralentice a nuestros perseguidores. Veo que el sótano tiene un par de contrapuertas especial para tormentas y me doy cuenta de que esta zona debe haber sido devastada por tornados. El tiempo es turbulento, los desastres naturales son frecuentes. Los ciclones deben haber destrozado la ciudad.

—Adam... —le tiro del brazo.

Nos escondemos detrás de una pared baja. Señalo hacia nuestra única vía de escape posible.

Me aprieta la mano.

—Bien visto. —Pero no nos movemos hasta que el aire corre a nuestro alrededor. Un paso en falso. Un grito ahogado. Aquí abajo la negrura es casi cegadora, desconectaron la electricidad hace mucho tiempo. El soldado ha tropezado con uno de los obstáculos que Adam dejó tras de sí.

Adam sostiene la pistola cerca de su pecho. Respira profundamente. Se gira y dispara un tiro rápido. Su puntería es excelente.

Una explosión descontrolada de palabrotas y gritos lo confirma. Adam respira con dificultad.

—Sólo disparo para detenerlos —dice—. No doy a matar.

—Ya lo sé —le digo sin estar muy segura.

Corremos hacia las puertas y Adam forcejea para abrir el cerrojo. Es casi imposible de abrir de lo oxidado que está. Nos desesperamos. No sé cuánto tiempo pasará hasta que otro grupo de soldados nos descubra. Estoy a punto de sugerirle que lo abramos de un tiro cuando por fin Adam lo consigue.

Da una patada a las puertas y nos encontramos fuera, en la calle. Hay tres coches para elegir.

Estoy tan contenta que podría echarme a llorar.

—Ya era hora —dice.

Pero no es Adam quien habla.

TREINTA Y NUEVE

Hay sangre por todas partes.

Adam está en el suelo, agarrándose el cuerpo, pero no sé dónde lo han disparado. Los soldados se arremolinan a su alrededor y yo doy arañosazos a los brazos que me frenan, doy patadas en el aire, grito al vacío. Alguien me arrastra, alejándome, y no puedo ver qué le han hecho a Adam. El dolor se apodera de mis miembros, me paraliza las articulaciones, me parte todos los huesos del cuerpo. Quiero gritarle al cielo, caerme de rodillas y llorar en la tierra. No entiendo por qué la agonía no encuentra una salida a través de mis gritos. Por qué alguien me tapa la boca con su mano.

—Si te suelto, prométeme que no gritarás —me dice.

Me toca la cara con las manos descubiertas y no sé dónde he dejado mi pistola.

Warner me arrastra hacia un edificio y abre la puerta de una patada. Enciende un interruptor. Las luces fluorescentes parpadean con un zumbido sordo. Hay pinturas pegadas a las paredes, arco iris de letras grapados en murales de corcho. Mesitas esparcidas por la habitación. Estamos en una clase.

Me pregunto si es aquí donde James va al colegio.

Warner suelta la mano. Sus verdes y vidriosos ojos parecen tan contentos que se me hiela la sangre en las venas.

—Dios, te he echado de menos —me dice—. No pensaste que te dejaría escapar tan fácilmente, ¿no?

—Has disparado a Adam. —Son las únicas palabras que me vienen a la cabeza. La incredulidad perturba mi mente. No dejo de ver su hermoso

cuerpo desplomado en el suelo, rojo, rojo, rojo. Tengo que saber si está vivo. Tiene que estar vivo.

Los ojos de Warner destellan.

—Adam está muerto.

—No...

Warner me acorrala en una esquina y me doy cuenta de que nunca en mi vida me había sentido tan indefensa. Tan vulnerable. Llevo diecisiete años deseando que mi maldición desapareciera, pero en este momento estoy más desesperada que nunca por recuperarla. Los ojos de Warner se vuelven inesperadamente cariñosos. Sus constantes cambios emocionales son difíciles de predecir. Y de contrarrestar.

—Juliette —dice. Me toca la mano tan suavemente que me asusta—. ¿Te diste cuenta, verdad? Parece que soy inmune a tu don. —Me analiza con la mirada—. ¿No te parece increíble? ¿Lo sentiste, cariño? —vuelve a preguntar—. Cuando intentaste huir. ¿Lo notaste?

Warner, a quien no se le escapa nada.

Warner, que asimila todos los detalles.

Warner. Claro que lo sabe.

Pero me sorprende la ternura en su voz. La sinceridad con la que pregunta. Es como un perro salvaje, loco y fiero, sediento de sembrar el caos, pero que al mismo tiempo anhela el reconocimiento y la aceptación.

Amor.

—Estaremos juntos de verdad —continúa, sin inmutarse ante mi silencio. Me acerca a él, demasiado. Estoy paralizada bajo quinientas capas de miedo. Aturdida por la aflicción, la incredulidad.

Sus manos acarician mi cara; sus labios, los míos. Mi cerebro está ardiendo, a punto de explotar ante este momento que parece imposible. Siento que observo lo que ocurre como si estuviera separada de mi propio cuerpo, incapaz de intervenir. Más que nada, me asombran sus manos suaves, sus ojos sinceros.

—Quiero que me elijas —dice—. Quiero que elijas estar conmigo. Quiero que lo *quieras*...

—Estás loco —respondo con voz ahogada—. Loco...

—Sólo tienes miedo de lo que puedes ser capaz. —Su voz es suave. Calmada. Lenta. Engañosamente persuasiva. Nunca antes me había fijado en lo atractiva que puede ser su voz—. Admítelo —añade—. Estamos hechos el uno para el otro. Tú quieres poder. Te encanta la sensación de tener un arma en la mano. Te sientes poderosa... Te atraigo.

Intento mover el puño pero me toma de las manos. Las sujetas a mis costados. Me aprieta contra la pared. Es mucho más fuerte de lo que parece.

—No te engañes, Juliette. Vas a volver conmigo tanto si te gusta como si no. Pero puedes elegir. Elegir disfrutar de ello...

—Eso *nunca*. —Respiro, destrozada—. Estás enfermo... Eres un monstruo enfermo y perverso.

—Ésa no es la respuesta correcta —contesta, y parece verdaderamente decepcionado.

—Es la única respuesta que recibirás por mi parte.

Sus labios se acercan demasiado.

—Pero yo te quiero.

—No, no me quieres.

Cierra los ojos. Apoya la frente contra la mía.

—No tienes ni idea de lo que me haces sentir.

—Te odio.

Mueve la cabeza muy lentamente. Hacia abajo. Su nariz me roza la nuca y represso un escalofrío de horror que él malinterpreta. Sus labios me tocan la piel y gimo.

—Dios, me encantaría pegarte un bocado.

Me fijo en el brillo plateado del bolsillo interior de su chaqueta.

Me estremezco de esperanza. De terror. Me concentro para lo que tengo que hacer. Dedico un momento a lamentarme por la pérdida de mi dignidad.

Y me relajo.

Él nota cómo la tensión se va de mis miembros y responde a su vez. Sonríe, afloja el abrazo de acero que inmoviliza mis hombros. Desliza los brazos alrededor de mi cintura. Me trago las náuseas que amenazan con delatarme.

Su chaqueta militar tiene un millón de botones y me pregunto cuántos voy a tener que desabrochar antes de llegar a la pistola. Sus manos exploran

mi cuerpo, se deslizan por mi espalda palpando mi silueta y no puedo hacer más por evitar cometer una imprudencia. No soy tan hábil como para reducirlo y no tengo la menor idea de por qué puede tocarme. No sé por qué puedo atravesar hormigón. No sé de dónde salió la energía.

Hoy él tiene ventaja en todo y no es el momento adecuado para delatarme a mí misma.

Todavía no.

Pongo las manos en su pecho. Me aprieta contra su cuerpo. Me levanta la barbilla para que encuentre sus ojos.

—Seré bueno contigo —murmura—. Seré muy bueno contigo, Juliette. Te lo prometo.

Espero que no se note que estoy temblando.

Y me besa. Hambriento. Desesperado. Ansioso por destaparme por la fuerza y probarme. Estoy tan sorprendida, horrorizada y envuelta en la locura que me olvido de mí misma. Me quedo paralizada, indignada. Mis manos resbalan por su pecho. Sólo puedo pensar en Adam y en la sangre y el sonido de los tiros y en Adam tendido en un charco de sangre, y casi lo aparto de mí. Pero no voy a rechazar a Warner.

Es él quien deja de besarme. Me susurra algo al oído que me suena a palabrería. Me rodea el rostro con las manos y en este momento me acuerdo de fingir. Lo acerco más a mí, agarro la chaqueta con la mano y lo beso tan fuerte como puedo, mientras mis dedos tratan de desabrochar los primeros botones. Warner me agarra de las caderas y deja que sus manos conquisten mi cuerpo. Sabe a menta, huele a gardenias. Me rodea con sus brazos, tiene los labios suaves, casi dulces cuando tocan mi piel. Entre ambos se produce una descarga eléctrica imprevista.

La cabeza me da vueltas.

Tiene los labios en mi cuello, me prueba, me devora, y me obliga a pensar con claridad. Me obliga a comprender la perversión de la situación. No sé cómo conciliar mi confusión mental, mi repulsión vacilante, la reacción química inexplicable de sus labios. Tengo que terminar con esto. Ahora mismo.

Consigo llegar a los botones.

Y él sigue animado sin motivo.

Warner me levanta por la cintura, me eleva contra la pared, me rodea la espalda con las manos y obliga a mis piernas a envolverse alrededor de él. No se da cuenta de que me ha colocado en el ángulo perfecto para llegar a su abrigo.

Sus labios vuelven a encontrar los míos, desliza las manos bajo mi camisa y respira con fuerza mientras me aprieta contra él, y casi le rompo la chaqueta, desesperada. No puedo permitir que esto continúe. No sé hasta dónde quiere llegar Warner, pero no puedo seguir alemando su locura.

Necesito que se incline un par de centímetros más...

Mis manos rodean la pistola.

Noto cómo se congela. Retrocede. Veo cómo su cara pasa por etapas de confusión/pavor/angustia/horror/ira. Me arroja al suelo y aprieto el gatillo por primera vez en mi vida.

El poder y la fuerza del arma me desconciertan, el sonido es mucho más fuerte de lo que pensaba. El eco vibra en mis oídos y en cada latido de mi cuerpo.

Es una especie de música dulce.

Una especie de pequeña victoria.

Porque esta vez la sangre no es de Adam.

CUARENTA

Warner está en el suelo.

Me levanto y huyo corriendo con la pistola.

Tengo que encontrar a Adam. Tengo que robar un coche. Encontrar a James y a Kenji. Aprender a conducir. Llevarlos a un sitio seguro. Y tengo que hacerlo en este orden.

Adam no puede estar muerto.

Adam no está muerto.

Adam no morirá.

Mis pies golpean el pavimento a un ritmo constante, tengo la camisa y la cara salpicadas de sangre, mis manos siguen temblando ligeramente mientras se pone el sol. Una fuerte brisa se agita a mi alrededor y me saca de la delirante realidad en la que estoy sumergida. Respiro con dificultad, entorno los ojos hacia el cielo y me doy cuenta de que no falta mucho para que anochezca. Han evacuado las calles hace rato. Pero no tengo la menor idea de dónde pueden estar los hombres de Warner.

Me pregunto si Warner también llevará el suero de rastreo. Me pregunto si le descubrirían, si ha muerto.

Me meto por rincones oscuros, intento rastrear las calles en busca de pistas, intento recordar dónde cayó al suelo Adam, pero mi memoria es demasiado débil, está demasiado distraída, mi cerebro está demasiado dañado como para procesar este tipo de detalles. Ese momento terrible me enloquece. No logro encontrarle el sentido y ahora mismo Adam podría estar en cualquier parte. Podrían haberle hecho cualquier cosa.

Ni siquiera sé lo que estoy buscando.

~~Quizás estoy perdiendo el tiempo.~~

De repente oigo un ruido y corro hacia una calle lateral. Aprieto el arma que se escurre entre mis manos. Ahora que ya he disparado con una pistola, me siento más segura con ella en la mano, más consciente de lo que puede pasar, de cómo funciona. Pero no sé si debería estar contenta u horrorizada por sentirme cómoda tan rápidamente con algo tan letal.

Pasos.

Me deslizo por la pared, con manos y piernas pegados a la superficie rugosa. Espero quedar enterrada entre las sombras. Me pregunto si alguien habrá encontrado ya a Warner.

Veo que un soldado pasa justo por delante de mí. Lleva rifles colgados del pecho y un arma automática más pequeña en las manos. Le echo un vistazo a mi pistola y me doy cuenta de que no tengo ni idea de cuántos tipos diferentes existen. Sólo que unas son más grandes que otras. Algunas tienen que recargarse constantemente. Algunas, como la que llevo, no. Quizás Adam pueda explicarme las diferencias.

Adam.

Contengo la respiración y me muevo lo más sigilosamente que puedo por las calles. Veo una sombra muy oscura en un tramo de la acera de enfrente y trato de esquivarla. Pero a medida que me acerco me doy cuenta de que no es una sombra. Es una mancha.

Sangre de Adam.

Aprieto con fuerza la mandíbula hasta que el dolor ahoga mis gritos. Mis respiraciones son cortas, breves, demasiado rápidas. Tengo que concentrarme. Tengo que usar esta información. Tengo que prestar atención...

Tengo que seguir el rastro de sangre.

Quienquiera que se llevara a Adam a rastras no ha vuelto para limpiarlo. Hay un goteo que salpica de forma constante y que se aleja de las calles principales y se dirige hacia calles laterales poco iluminadas. La luz es tan tenue que tengo que agacharme para buscar las manchas del suelo. Voy perdiendo de vista hacia dónde llevan. Por aquí hay menos. Creo que han desaparecido por completo. No sé si las manchas oscuras que encuentro son de sangre, son restos de goma pegados al suelo o gotas de vida de la carne de otra persona. El camino de Adam ha desaparecido.

Retrocedo varias veces y vuelvo a seguir la línea.

Necesito hacerlo tres veces hasta darme cuenta de que deben haber entrado en alguna parte. Hay una estructura vieja de acero con una puerta oxidada aún más vieja que parece que no se haya abierto nunca. Parece que no la hayan usado en años. No veo otra alternativa.

Muevo el pomo. Está cerrada.

Uso todo mi peso para abrirla, a golpes, pero sólo consigo magullarme el cuerpo. Podría abatirla como he visto hacer a Adam, pero no confío del todo en mi puntería ni en mi habilidad con esta arma, y no estoy segura de si puedo permitirme hacer tanto ruido. No me conviene hacer notar mi presencia.

Tiene que haber alguna otra entrada al edificio.

No hay otra entrada al edificio.

La frustración va en aumento. La desesperación es agobiante. La histeria amenaza con destrozarme y necesito gritar hasta que se me colapsen los pulmones. Adam está dentro del edificio. Tiene que estar aquí.

Estoy de pie frente a la estructura pero no puedo entrar.

Esto no puede ser verdad.

Aprieto los puños, trato de aplacar la exasperante futilidad que me envuelve pero me siento enloquecida. Feroz. Loca. La adrenalina se me escapa, la concentración se me escapa, el sol se pone en el horizonte y me acuerdo de James y de Kenji y de Adam, Adam, Adam ~~y de las manos de Warner recorriendo mi cuerpo y de sus labios en mi boca y de su lengua al saborear mi cuello~~ y de toda la sangre

por todas partes

por todas partes

y cometo una estupidez.

Le doy un puñetazo a la puerta.

En un segundo mi mente conecta con mis músculos y me preparo para el impacto del acero en la piel, lista para sentir el dolor de destrozarme todos los huesos de la mano derecha. Pero mi puño se hunde en 30 centímetros de acero como si fuera mantequilla. Estoy asombrada. Aprovecho la misma energía volátil y le doy una patada a la puerta. Hago pedazos el acero con las manos, arañó el metal como un animal.

Es increíble. Estimulante. Totalmente salvaje.

Debí derrumbar el hormigón de la cámara de tortura de Warner del mismo modo. Sigo sin tener la menor idea de cómo derrumbé el hormigón de la cámara de tortura de Warner.

Trepo por el agujero que he hecho y me deslizo entre las sombras. No es difícil. Todo está envuelto en oscuridad. No hay luces, ni sonidos de máquinas o de electricidad. Sólo otro almacén dejado de la mano de Dios.

Exámino el suelo pero no hay rastro de sangre. Mi corazón renace y se viene abajo a la vez. Necesito que esté bien. Necesito que esté vivo. Adam no está muerto. No puede estarlo.

Adam le prometió a James que volvería a buscarlo.

Él nunca rompería una promesa.

Primero me desplazo lentamente, con cautela, preocupada por si hay soldados, pero no tardo en darme cuenta de que no hay ningún sonido de vida en el edificio. Decido correr.

Meto la prudencia en el bolsillo y deseo poder cogerla si tengo necesidad. Atravieso puertas volando, doy vueltas y vueltas, me empapo de cada detalle. Este edificio no era un mero almacén. Era una fábrica.

Las paredes están atestadas de máquinas viejas, las cintas transportadoras congeladas, miles de cajas de inventario se apilan precariamente en montones. Oigo una breve respiración, una tos ahogada.

Salgo corriendo a través de unas puertas batientes, buscando el origen del débil sonido, luchando por fijarme en los detalles más ínfimos. Aguzo el oído y lo vuelvo a escuchar.

Una respiración intensa, dificultosa.

Cuanto más me acerco, mejor lo oigo. Tiene que ser él. Tengo la pistola levantada y lista para disparar, mis ojos miran prudentes, para anticiparse a los atacantes. Mis piernas se mueven con rapidez, facilidad, en silencio. Casi dispara a una sombra que han creado las cajas en el suelo. Tomo una bocanada de aire. Giro por otra esquina.

Y casi me vengo abajo.

Adam está colgado de las muñecas, sin camisa, ensangrentado y lleno de moratones. Tiene la cabeza inclinada, con el cuello flácido, la pierna izquierda llena de sangre a pesar del torniquete que le envuelve el muslo.

No sé cuánto lleva aguantando todo el peso de su cuerpo con las muñecas. Me sorprende que no se haya dislocado los hombros. Debe seguir luchando por sujetarse.

La cuerda que le ata las muñecas está atada a una especie de barra metálica que recorre el techo. Miro más de cerca y me doy cuenta de que la barra forma parte de una cinta transportadora. Adam está en una cinta transportadora.

Esto no es una simple fábrica.

Es un matadero.

Ahora mismo estoy en un aprieto demasiado grande como para permitirme el lujo de ponerme histérica.

Tengo que encontrar una forma de bajarlo, pero me da miedo acercarme. Busco por la sala con la mirada, segura de que habrá guardias por aquí cerca, soldados preparados para este tipo de emboscada. Pero después se me ocurre que quizás nunca me consideraron una amenaza real. No si Warner consiguió llevarme a rastras.

Nadie esperaría encontrarme aquí.

Me subo a la cinta transportadora y Adam trata de levantar la cabeza. No debo mirar sus heridas de cerca, para no dejar que la imaginación me paralice. Aquí no. Ahora no.

—¿Adam...?

Mueve la cabeza bruscamente con un repentino estallido de energía. Sus ojos me encuentran. Tiene el rostro prácticamente ilesos; sólo cortes y moratones de poca importancia. Centrarme en lo que me resulta familiar me tranquiliza un poco.

—¿Juliette...?

—Tengo que liberarte...

—Dios, Juliette... ¿Cómo me has encontrado? —Tose. Jadea. Respira con dificultad.

—Después. —Consigo tocarle el rostro—. Después te lo contaré todo. Primero tengo que encontrar un cuchillo.

—Mis pantalones...

—¿Qué?

—En... —traga saliva— en mis pantalones...

Toco el bolsillo y menea la cabeza. Miro hacia arriba.

—¿Dónde?

—*Dentro* de mis pantalones hay un bolsillo interior...

Casi le desgarro la ropa. Tiene un bolsillito cosido en el forro de los pantalones. Meto la mano y saco una navaja. Una de mariposa. Ya había visto de éas antes.

Son ilegales.

Empiezo a apilar cajas en la cinta transportadora. Me subo en ellas y le pido a Dios saber que me explique qué estoy haciendo. La navaja es afiladísima, y corta las ataduras rápidamente. Me doy cuenta un poco tarde de que la cuerda con la que lo han atado es la misma que usamos para escapar.

Adam ya está libre. Vuelvo a bajar, y me guardo la navaja en el bolsillo. No sé cómo voy a sacar a Adam de aquí. Tiene las muñecas en carne viva, ensangrentadas, el cuerpo golpeado y una sola pieza de dolor, la pierna llena de sangre por una bala.

Casi se cae al suelo.

Trato de sujetarlo lo más suavemente posible, de mantenerme cerca de él sin hacerle daño. No se queja, intenta ocultar que le cuesta respirar. Hace gestos de dolor, pero ni siquiera deja escapar un susurro quejumbroso.

—No puedo creer que me hayas encontrado, Juliette —se limita a decir.

Y sé que no debería. Sé que no es el momento. Sé que no es práctico. Pero de todas formas lo beso.

—No te vas a morir —le digo—. Vamos a salir de aquí. Vamos a buscar un coche. Vamos a encontrar a James y a Kenji. Y estaremos a salvo.

Me mira fijamente.

—Bésame otra vez —dice.

Y eso hago.

Tardamos una eternidad en volver a la puerta. Adam estaba sepultado en los recovecos más profundos de este edificio, y encontrar el camino de vuelta es aún más difícil de lo que imaginaba. Adam se esfuerza para moverse lo más rápido que puede, pero aun así no es suficiente.

—Me dijeron que Warner quería matarme con sus propias manos —explica—. Que me disparó en la pierna a propósito, para dejarme inválido.

Para llevarte con él y volver más tarde a por mí. Parece que pretendía torturarme hasta matarme. —Hace un gesto de dolor—. Dijo que quería disfrutar de ello. Que no tenía ninguna prisa. —Se ríe con dificultad. Tose brevemente.

~~Sus manos en mi cuerpo sus manos en mi cuerpo sus manos en mi cuerpo.~~

—¿O sea que se limitaron a atarte y te abandonaron aquí?

—Dijeron que nadie me encontraría. Me dijeron que todo el edificio era de hormigón y de acero reforzado y que nadie puede entrar. En teoría Warner tenía que volver a por mí cuando estuviera listo.

Se detiene. Me mira.

—Dios, ¡estoy tan contento de que estés bien!

Le ofrezco una sonrisa. Trato de evitar que mis órganos tiemblen. Espero que no se me vean los agujeros de la cabeza.

Se detiene cuando llegamos a la puerta. El metal está destrozado. Parece como si una bestia la hubiera atacado y la puerta hubiera perdido.

—¿Cómo lo...?

—No lo sé —admito. Intento encogerme de hombros, parecer indiferente—. Sólo le di un puñetazo.

—Sólo le diste un puñetazo.

—Y alguna patada. —Sonríe y siento ganas de llorar en sus brazos. Tengo que concentrarme en su rostro. No puedo dejar que mis ojos digieran la infamia de su cuerpo.

—Vamos —le digo—. Hagamos algo ilegal.

Dejo a Adam entre las sombras y corro hacia el borde de la carretera principal, buscando vehículos abandonados. Recorro tres calles secundarias hasta que encontramos uno.

—¿Cómo estás? —pregunto, temblando por la respuesta.

Aprieta los labios. Hace un gesto que parece un asentimiento.

—Bueno.

No es buena señal.

—Espera aquí.

Está oscuro como la boca de un lobo, no hay ni una sola farola a la vista. Buena noticia. También mala. Me da más ventaja pero me hace más

vulnerable ante un ataque. Tengo que andarme con cuidado. Voy hacia el coche de puntillas.

Estoy lista para romper el cristal en pedazos, pero antes compruebo la cerradura. Por si acaso.

La puerta está abierta.

Las llaves de contacto están puestas.

Hay una bolsa con comida en el asiento trasero.

Alguien debió entrar en pánico cuando se disparó la alarma y escuchó por los altavoces el inesperado toque de queda. Debieron dejarlo todo para correr a resguardarse. Increíble. Si supiera conducir sería perfecto.

Vuelvo a por Adam y lo ayudo a sentarse, con dificultad, al asiento del copiloto. En cuanto se sienta me doy cuenta del dolor que debe estar sufriendo. Dobla el cuerpo. Se presiona las costillas. Tensa los músculos.

—Estoy bien —me dice, mintiendo—. No podía quedarme de pie mucho más tiempo.

Extiendo la mano hacia atrás y hurgo entre las bolsas de comida. Es de verdad. No son cubitos de caldo para el Automat sino frutas y verduras. Ni siquiera Warner nos daba plátanos.

Le doy uno a Adam.

—Cómetelo.

—No creo que pueda comer... —Se detiene. Se queda mirando la fruta

—. ¿Es lo que creo que es?

—Eso creo.

No tenemos tiempo para pensar que parece imposible. Le quito la cáscara. Lo animo a que le dé un mordisco. Espero que sea buena idea. He oído que los plátanos tienen potasio. Espero que le siente bien.

Intento concentrarme en la máquina que tengo bajo los pies.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos hasta que Warner nos encuentre?

—pregunta Adam.

Tomo pequeñas bocanadas de oxígeno.

—No lo sé.

Pausa.

—¿Cómo te escapaste de él?

Miro por el parabrisas y respondo.

—Le disparé.

—¡Qué dices! —Sorpresa. Pasmo. Asombro.

Le enseño la pistola de Warner. Tiene un grabado especial en la empuñadura.

Adam está estupefacto.

—Entonces está... ¿muerto?

—No lo sé —admito finalmente, avergonzada. Bajo la mirada, examino las ranuras del volante—. No estoy segura. Tardé demasiado tiempo en apretar el gatillo. Era más duro de lo que imaginaba. Más difícil de lo que pensaba. Cuando la bala se metió en su cuerpo, Warner me empujó al suelo. Yo apuntaba al corazón.

Le pido a Dios no haber fallado.

Ambos estamos demasiado callados.

—¿Adam?

—¿Sí?

—No sé conducir.

CUARENTA Y UNO

—Tienes suerte de que no sea manual. —Intenta reírse.

—¿Manual?

—De transmisión manual. Los cambios de marcha.

—¿Qué es eso?

—Es más complicado de conducir.

Me muerdo el labio.

—¿Recuerdas dónde dejamos a James y a Kenji? —No quiero ni plantearme la posibilidad de que se hayan movido. De que los hayan descubierto. Nada. No puedo ni pensarlo.

—Sí. —Sé que está pensando exactamente lo mismo que yo.

—¿Cómo llego hasta allí?

Adam me explica que el pedal de la derecha es para dar gas. El izquierdo es para frenar. Tengo que cambiar a la C para *conducir*. Uso el volante para girar. Hay espejos que me ayudan a ver lo que hay detrás. No puedo encender las luces así que tendré que confiar en que la luna me ilumine el camino.

Enciendo el motor, aprieto el freno, cambio para conducir. La voz de Adam es el único sistema de navegación que necesito. Suelto el freno. Doy gas. Casi me choco contra un muro.

Así es como finalmente llegamos al edificio abandonado.

Gas. Freno. Gas. Freno. Demasiado gas. Demasiado freno. Adam no se queja y casi es peor. No quiero ni imaginarme lo que mi conducción le está provocando a sus lesiones. Me alegro de que al menos no estemos muertos, todavía.

No sé por qué nadie nos ha visto. Me pregunto si Warner está muerto de verdad. Me pregunto si reina el caos por todas partes. Me pregunto si ésta es la razón por la que no hay soldados en esta ciudad. Todos han desaparecido.

Creo.

Casi se me olvida poner el coche en modo aparcar cuando llegamos al edificio en ruinas vagamente familiar. Adam estira los brazos y lo hace por mí. Lo ayudo a moverse hacia el asiento trasero y me pregunta por qué.

—Porque conducirá Kenji, y no quiero que tu hermano te vea así. Está lo bastante oscuro para no darse cuenta. No creo que sea necesario que lo sepa.

Asiente tras un instante infinito.

—Gracias.

Corro hacia el edificio destrozado. Abro la puerta. Apenas consigo distinguir dos figuras en la oscuridad. Parpadeo y se hacen nítidas. James está dormido en el regazo de Kenji. Las bolsas de lona están abiertas, hay latas de comida desparramadas por el suelo. Están bien.

Gracias a Dios que están bien.

Podría morirme del alivio.

Kenji toma a James en brazos, vacilando un poco por el peso. Su rostro es tranquilo, serio, firme. No sonríe. No dice ninguna estupidez. Me mira como si ya lo supiera, como si ya comprendiera por qué hemos tardado tanto en volver, como si sólo hubiera una razón que explique por qué debo parecer un monstruo en estos momentos, o por qué tengo la camisa cubierta de sangre. Y seguramente la cara también. Y las manos.

—¿Cómo está?

Y ahí por poco pierdo la serenidad.

—Necesito que conduzcas.

Toma una bocanada de aire. Asiente varias veces.

—Mi pierna derecha sigue bien —me dice, pero creo que me daría igual si no lo estuviera. Tenemos que llegar a este lugar seguro, y si conduzco yo no nos va a llevar a ninguna parte.

Kenji instala a James, dormido, en el lado del pasajero, y me alegra mucho de que no se haya despertado ahora.

Cojo las bolsas de lona y las llevo a los asientos traseros. Kenji se pone delante. Mira por el espejo retrovisor.

—Me alegro de verte vivo, Kent.

Adam casi sonríe. Mueve la cabeza.

—Gracias por cuidar de James.

—¿Ahora ya confías en mí?

Breve suspiro.

—Quizás.

—Acepto un *quizás*. —Sonríe. Enciende el coche—. Larguémonos de aquí de una vez.

Adam está temblando.

Su cuerpo desnudo se está agrietando a causa del frío, de las horas de tortura, del esfuerzo por mantenerse íntegro durante tanto tiempo. Revuelvo dentro de las bolsas de lona, buscando un abrigo, pero sólo encuentro camisas y jerséis. No sé cómo ponérselos sin hacerle daño.

Decido cortar la tela. Uso la navaja para abrir por la mitad algunos de los jerséis, y lo envuelvo como si fuera una manta. Miro hacia arriba.

—Kenji... ¿este coche tiene calefacción?

—Está encendida, pero no es muy buena. No funciona bien.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—No mucho.

—¿Te has fijado si nos sigue alguien?

—No. —Se detiene—. Es raro. No entiendo por qué nadie se ha dado cuenta de que hay un coche por la calle tras el toque de queda. Algo no va bien.

—Ya lo sé.

—Y no sé por qué, pero es obvio que el suero de rastreo no funciona. O no les importo, o no funciona y no sé por qué.

Un pequeño detalle asoma en las afueras de mi conciencia. Decido investigar.

—¿Dormiste en un cobertizo? ¿La noche en que huiste?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Dónde?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. En un terreno enorme. Era raro. Por esa zona crecían toda clase de porquerías. Casi me como algo que pensé que era fruta antes de darme cuenta de que olía fatal.

Dejo de respirar.

—¿Un terreno vacío? ¿Desierto? ¿Abandonado?

—Sí.

—La zona nuclear —interviene Adam, con una voz que denota comprensión.

—¿Qué zona nuclear? —pregunta Kenji.

Se lo explico en un momento.

—Joder. —Kenji agarra el volante—. ¿O sea, que me podría haber muerto? ¿Y sobreviví?

Lo ignoro.

—¿Pero cómo nos encontraron? ¿Cómo pudieron averiguar dónde vives...?

—No lo sé —suspira Adam. Cierra los ojos—. Quizás Kenji nos está mintiendo.

—Joder, tío, ¿qué coño...?

—O bien —interrumpe Adam—, Benny habló.

—No. —Jadeo.

—Podría ser.

Nos quedamos en silencio un largo rato. Intento mirar por la ventana pero es casi inútil. El cielo nocturno es como un contenedor de alquitrán que asfixia el mundo que nos rodea.

Me giro hacia Adam y veo que está con la cabeza inclinada hacia atrás, las manos apretadas, los labios casi blancos en la oscuridad. Lo tapo mejor con los jerséis. Contiene un estremecimiento.

—Adam... —Le peino un mechón de pelo de la frente. Le ha crecido un poco y me doy cuenta de que nunca antes me había fijado realmente en eso. Desde que llegó a mi celda lo ha llevado corto. Nunca hubiese pensado que su pelo oscuro sería tan suave. Como chocolate deshecho. Me pregunto cuándo se lo dejó de cortar.

Mueve la mandíbula. Se esfuerza por abrir los labios. Me miente una y otra vez.

—Estoy bien.

—Kenji...

—Cinco minutos, te lo prometo... Estoy intentando hacer que este trasto vaya más rápido, de verdad.

Le toco las muñecas, delineo la delicada piel con mis dedos. Las cicatrices ensangrentadas. Le doy un beso en la palma de la mano. Respira con dificultad.

—Te pondrás bien —le digo.

Sus ojos siguen cerrados. Intenta asentir.

—¿Por qué no me dijisteis que estabais juntos? —pregunta Kenji de forma inesperada. Tiene la voz más calmada, neutra.

—¿Cómo? —Ahora no es momento de sonrojarse.

Kenji suspira. Dirijo la vista a los ojos que se reflejan en el retrovisor. La hinchazón casi le ha desaparecido. Su cara está cicatrizando.

—Tenía que estar *ciego* para no verlo. Quiero decir, joder, basta ver cómo te mira. Es como si nunca en su vida hubiese visto a una mujer. Como si pusieras comida delante de un hombre que se muere de hambre y le dijeras que no se la puede comer.

Adam abre los ojos. Intento descifrar su mirada pero no puedo.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —repite Kenji.

—Nunca tuve la oportunidad de preguntar —responde Adam. Su voz es más débil que un susurro. Sus niveles de energía están cayendo demasiado rápido. No quiero que tenga que hablar. Tiene que conservar la fuerza.

—Espera... ¿me hablas a mí o a ella? —Kenji nos mira.

—Podemos hablar sobre esto más tarde... —atino a decir, pero Adam niega con la cabeza.

—Se lo dije a James sin preguntártelo. Lo... di por hecho. —Se detiene —. No debería haberlo hecho. Deberías elegir. Siempre deberías poder elegir. Si estar contigo es lo que quieras.

—Bueno, voy a fingir que ya no os oigo, ¿vale? —Kenji gesticula de modo aleatorio con la mano—. Seguid con lo vuestra y disfrutad de vuestro momento.

Pero estoy demasiado ocupada analizando los ojos de Adam, sus suaves labios. Su ceño fruncido.

Me inclino hacia su oído, bajo la voz. Susurro las palabras para que sólo él pueda oírlas.

—Te pondrás mejor —le prometo—. Y entonces, te voy a demostrar cuál es exactamente mi elección. Voy a memorizar cada centímetro de tu cuerpo con mis labios.

De repente respira de forma inestable e irregular. Traga saliva con dificultad.

Sus ojos me queman. Parece que tiene fiebre, y me pregunto si estoy empeorando las cosas.

Me aparto pero me detiene. Pone la mano en mi muslo.

—No te vayas —me dice—. Tus caricias son lo único que evita que pierda la cabeza.

CUARENTA Y DOS

—Estamos aquí, y es de noche. Así que, de acuerdo con mis cálculos, no debemos haber cometido ninguna estupidez.

Kenji cambia de marcha para estacionar. Volvemos a estar bajo tierra, en una especie de garaje complicado. Hacía un minuto estábamos en la superficie, y al siguiente desaparecemos en una zanja. Estamos en un sitio casi imposible de localizar, y aún más de ver en la oscuridad. Kenji nos dijo la verdad acerca de este escondite.

Durante los últimos minutos he estado ocupada tratando de mantener despierto a Adam. Su cuerpo está luchando contra el cansancio, la pérdida de sangre, el hambre, un millón de puntos de dolor diferentes. Me siento completamente inútil.

—Adam tiene que ir directamente a la sala de cuidados —anuncia Kenji.

—¿Tienen una sección de cuidados médicos? —Mi corazón se paraliza en la primavera.

Kenji sonríe.

—Este sitio tiene de todo. Te vas a quedar maravillada. —Toca un interruptor del techo. Una tenue luz ilumina el viejo sedán. Kenji sale—. Esperad aquí... Iré a buscar a alguien que saque una camilla.

—¿Y James?

—¡Oh! —Kenji hace una mueca incómoda—. Seguirá dormido un rato más, seguramente.

—¿Qué quieres decir?

Se aclara la garganta. Una vez. Dos. Se alisa la camisa.

—Yo, eh, puede que le haya dado algo para... aliviarle el dolor del viaje.

—¿Le has dado *un somnífero* a un niño de diez años? —Creo que voy a romperle el cuello.

—¿Preferías que estuviera despierto con lo que está pasando?

—Adam te va a matar.

Kenji echa un rápido vistazo a los párpados cerrados de Adam y a su frente sudorosa.

—Sí, bueno, creo que por suerte no podrá matarme esta noche. — Vacila. Se agacha y acaricia el pelo de James. Sonríe un poco—. Este niño es un santo. Por la mañana estará como unas pascuas.

—No me lo puedo *creer*...

—¡Eh, eh...! —Levanta las manos—. Confía en mí. No le pasará nada. Pero no quería que se traumatizara más de lo necesario. —Se encoge de hombros—. Joder, quizás Adam me daría la razón.

—Te voy a matar. —La voz de Adam es un murmullo suave.

Kenji se ríe.

—No te alteres, tío, o voy a pensar que no lo dices en serio.

Kenji desaparece.

Miro a Adam, le doy ánimos para que se mantenga despierto. Le digo que casi está a salvo. Pongo mis labios sobre su frente. Examino cada sombra, cada contorno, cada corte y moratón de su rostro. Relaja los músculos, su rostro pierde la tensión. Respira un poco mejor. Le beso el labio superior. Le beso el labio inferior. Le beso las mejillas. La nariz. La barbilla.

Después de esto, todo pasa muy rápidamente.

Cuatro personas corren hacia el coche. Dos son mayores que yo, los otros dos son mayores que los demás. Dos hombres. Dos mujeres.

—¿Dónde está? —pregunta la mujer más mayor. Todos miran a su alrededor, ansiosos. Me pregunto si me ven.

Kenji abre la puerta de Adam. Ya no sonríe. De hecho, parece... diferente. Más fuerte. Más rápido. Incluso más alto. Está al mando, controla. Es una autoridad. Esta gente lo *conoce*.

Ponen a Adam en la camilla e inmediatamente se ocupan de él. Todos hablan a la vez. Dicen algo sobre costillas rotas. Algo sobre la pérdida de sangre. Algo sobre vías respiratorias y capacidad pulmonar y *¿qué le ha pasado a sus muñecas?* Algo sobre su pulso y *¿cuánto hace que sangra?* El hombre y la mujer más jóvenes miran hacia mí. Todos llevan atuendos extraños.

Trajes extraños. Blancos con rayas grises en el lateral. Me pregunto si es un uniforme médico.

Se llevan a Adam.

—¡Esperad! —Salgo del coche—. ¡Esperad! Voy con él...

—Ahora no. —Kenji me detiene. Me mira con ternura—. No puedes estar con él mientras le curan. Ahora no.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué le van a hacer? —Se me nubla la vista, tonos grises parpadean en encuadres afectados, movimientos fragmentados. De repente nada tiene sentido. Todo me confunde y mi cabeza es un trozo de pavimento y me están matando a pisotones. No sé dónde estamos. No sé quién es Kenji. Kenji era amigo de Adam. Adam conoce a Kenji. Adam. Mi Adam. Adam, de quien me han apartado y con quien no puedo ir, y quiero ir con él pero no me dejan ir con él y no sé por qué...

—Lo van a ayudar... *Juliette*. Necesito que te concentres. No puedes desmoronarte ahora. Sé que ha sido un día de locos, pero tienes que mantener la calma. —Su voz. Tan firme. Tan articulada, tan seria. De pronto.

—¿Quién eres? —Pierdo los nervios. Quiero tomar a James en brazos y echar a correr pero no puedo. Le ha hecho algo a James pero, incluso si supiera cómo despertarlo, no podría tocarlo. Quiero arrancarme las uñas—. ¿Quién eres?

Kenji suspira.

—Estás muerta de hambre. Estás exhausta. Estás commocionada y tienes que asimilar un millón de emociones más a la vez. Utiliza la lógica. No te voy a hacer daño. Ya estás a salvo. Adam está a salvo. James está a salvo.

—Quiero estar con él... Quiero ver lo que le van a hacer...

—No puedo permitirlo.

—¿Qué me harás a mí? ¿Por qué me has traído aquí? —Tengo los ojos como platos, mirando en todas direcciones. Doy vueltas, encallada en medio del océano de mi imaginación. No sé nadar—. ¿Qué quieres de mí?

Kenji mira hacia abajo. Se frota la frente. Rebusca en el bolsillo de su uniforme.

—De verdad, no quería tener que hacer esto.

Creo que grito.

CUARENTA Y TRES

Cuando me despierto, soy como una vieja escalera que cruje.

Alguien me ha limpiado. Tengo la piel como el satén. Las pestañas suaves, el pelo liso, sin enredos; brilla bajo la luz artificial, es como un río de chocolate que rompe en la pálida orilla de mi piel, con olas suaves que caen en cascada por mi clavícula. Me duelen las articulaciones; me queman los ojos de un cansancio insaciable. Mi cuerpo está desnudo bajo una gruesa sábana. Nunca me había sentido tan impoluta.

Estoy demasiado cansada como para preocuparme por ello.

Mis ojos soñolientos hacen inventario del lugar en el que me encuentro, pero no hay mucho que ver. Estoy estirada en una cama. Hay cuatro paredes. Una puerta. Una mesita a mi lado. Un vaso de agua sobre la mesa. Luces fluorescentes que murmullean sobre mí. Todo es blanco.

Todo lo que conozco está cambiando.

Cojo el vaso de agua y se abre la puerta. Tiro de la sábana tan arriba como me es posible.

—¿Cómo te encuentras?

Un hombre alto lleva gafas de plástico. Con monturas negras. Un jersey simple. Pantalones planchados. Se le cae el pelo rubio como la arena sobre los ojos.

Lleva una carpeta.

—¿Quién eres?

Agarra una silla que no había visto de un rincón. La empuja. Se sienta junto a mi cama.

—¿Estás mareada? ¿Desorientada?

—¿Dónde está Adam?

Agarra la pluma sobre una hoja de papel. Anota algo.

—¿Tu apellido se escribe con dos erres? ¿O sólo una?

—¿Qué le habéis hecho a James? ¿Dónde está Kenji?

Se detiene. Mira hacia arriba. No puede tener más de treinta años. Un poco descuidado.

—¿Puedo asegurarme de que estás bien, por lo menos? Después responderé a todas tus preguntas. Te lo prometo. Pero déjame seguir el protocolo básico.

Parpadeo.

Cómo me siento. No lo sé.

He soñado. No creo.

Sé dónde estoy. No.

Creo que estoy a salvo. No lo sé.

Recuerdo lo que ha ocurrido. Sí.

Cuántos años tengo. Diecisiete.

De qué color tengo los ojos. No lo sé.

—¿No lo sabes? —Suelta la pluma. Se quita las gafas—. ¿Recuerdas exactamente lo que pasó ayer pero no sabes de qué color tienes los ojos?

—Verdes, creo. O azules. No estoy segura. ¿Qué más da?

—Quiero asegurarme de que te reconoces a ti misma. De que no te has olvidado de cómo eres.

—En realidad nunca he sabido de qué color tengo los ojos. Sólo me he mirado al espejo una vez en tres años.

El desconocido me observa, entrecerrando los ojos con preocupación. Al final tengo que apartar la mirada.

—¿Cómo me has tocado? —le pregunto.

—¿Perdón?

—Mi cuerpo. Mi piel. Estoy muy... limpia.

—Ah. —Se muerde el pulgar. Marca algo en los papeles—. Bien. Bueno, estabas cubierta de sangre y suciedad cuando llegaste, y tenías algunos cortes y moratones de poca importancia. No queríamos arriesgarnos a que se infectaran. Siento la intromisión personal, pero no podemos permitir que nadie entre con ese tipo de bacterias. Tuvimos que hacer una limpieza superficial.

—No pasa nada... Lo entiendo. —Continúo apresuradamente—: ¿Pero cómo lo hicisteis?

—¿Perdón?

—¿Cómo me habéis tocado? —Estoy segura de que debe saberlo. ¿Cómo podría no saberlo? Espero que lo sepa.

—¡Ah! —Asiente, distraído con las palabras que garabatea en la carpeta. Le echa un vistazo a la página—. Látex.

—¿Qué?

—Látex. —Levanta la vista un momento. Capta mi confusión—. ¿Guantes?

—Vale. —Claro. Guantes. Incluso Warner llevaba guantes hasta que lo descubrió.

~~Hasta que lo descubrió. Hasta que lo descubrió. Hasta que lo descubrió.~~

Reproduzco el momento en mi mente una y otra y otra vez. La fracción de segundo de más que tardé al saltar por la ventana. El momento de duda que lo cambió todo. El instante en que perdí el control. Todo el poder. Todo indicio de dominación. No parará nunca hasta que me encuentre y es culpa mía.

Tengo que saber si está muerto.

Tengo que esforzarme por permanecer quieta. Tengo que esforzarme para no temblar, estremecerme ni vomitar. Tengo que cambiar de tema.

—¿Dónde está mi ropa? —Jugueteo con la perfecta y blanca sábana que oculta mis huesos.

—La han destruido por los mismos motivos por los que tuvieron que desinfectarte. —Toma las gafas. Se las pone—. Tenemos un traje especial para ti. Creo que te hará la vida mucho más fácil.

—¿Un traje especial? —Levanto la vista, boquiabierta.

—Sí. Volveremos a este tema dentro de un rato. —Se detiene. Sonríe. Tiene un hoyuelo en la barbilla—. No me atacarás como a Kenji, ¿no?

—Ataqué a Kenji? —digo avergonzada.

—Sólo un poco. —Se encoge de hombros—. Al menos ahora sabemos que él no es inmune a tu piel.

—¿Lo toqué? —Me siento con la espalda recta y casi se me olvida taparme con la sábana. Estoy ardiendo de pies a cabeza, me ruborizo

mentalmente, me aferro a la sábana como a un salvavidas—. Lo siento mucho...

—Estoy seguro de que agradecerá la disculpa. —El rubiales examina religiosamente sus apuntes, fascinado por su propia caligrafía—. Pero no pasa nada. Esperábamos tendencias destructivas. Has tenido una semana horrible.

—¿Eres psicólogo?

—Más o menos. —Se aparta el pelo de la frente.

—¿Más o menos?

Se ríe. Para. Juguetea con la pluma en los dedos.

—Sí. Para todos los efectos, soy psicólogo. A veces.

—¿Y eso qué quiere decir?

Separá los labios. Los cierra. Parece que está pensando si responder pero en lugar de eso me analiza. Me mira durante tanto rato que noto cómo mi cara se sonroja. Empieza a garabatear con ansias.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —le pregunto.

—Recuperarte.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Has estado durmiendo casi catorce horas. Te dimos un sedante bastante fuerte. —Mira su reloj—. Parece que estás bien. —Duda—. En realidad, tienes muy buena cara. Es impresionante, de verdad.

Tengo un puñado de palabras revueltas por la boca. Me estoy ruborizando.

—¿Dónde está Adam?

Respira profundamente. Subraya algo en sus papeles. Esboza una sonrisa.

—¿Dónde está?

—Recuperándose. —Por fin levanta la vista.

—¿Está bien?

Asiente.

—Está bien.

Me quedo mirándolo.

—¿Eso qué quiere decir?

Llaman a la puerta dos veces.

El desconocido de las gafas no se mueve. Relee sus apuntes.

—Pase —dice.

Entra Kenji, un poco indeciso al principio. Me dirige una mirada cautelosa. Nunca pensé que me alegraría tanto de verlo. Pero aunque sea un alivio ver una cara conocida, un nudo de culpabilidad se forma en mi estómago y lo retuerce. Me pregunto el daño que le debo haber hecho. Da un paso adelante.

La culpabilidad desaparece.

Lo miro más de cerca y veo que está ilesos. Tiene la pierna bien. Su rostro vuelve a ser normal. Ya no tiene los ojos hinchados, tiene la frente arreglada, suave, intacta. Tenía razón.

Su cara es espectacular.

Mentón desafiante. Cejas perfectas. Ojos tan negros como su pelo. Arreglado. Fuerte. Un poco peligroso.

—Hola, guapa.

—Siento haber estado a punto de matarte —dejo escapar.

—¡Ah! —Se sobresalta. Se mete las manos en los bolsillos—. Bueno. Me alegro de que ya hayamos terminado con eso. —Veo que lleva una camiseta deslavada. Tejanos oscuros. Hace mucho tiempo que no veo a nadie con tejanos. Lo único que he visto últimamente han sido uniformes del ejército, ropa sencilla de algodón y vestidos de gala.

No puedo mirarlo a la cara.

—Me entró un ataque de pánico —intento explicarle. Abro y cierro los dedos.

—Ya me lo imaginé. —Levanta una ceja.

—Lo siento.

—Ya lo sé.

Asiento.

—Tienes buen aspecto.

Esboza una sonrisa. Se estira. Se apoya contra la pared, con las manos cruzadas en el pecho, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

—Debe ser difícil para ti.

—¿Perdona?

—Mirarme. Darte cuenta de que tenía razón. Darte cuenta de que tomaste la decisión equivocada. —Se encoge de hombros—. Lo entiendo, no soy un hombre orgulloso, ¿sabes? Estaría dispuesto a perdonarte.

Lo miro boquiabierta, sin saber si reír o tirarle algo.

—No me obligues a tocarte.

Sacude la cabeza.

—Parece increíble que alguien con tu aspecto se sienta tan mal. Kent es un cabrón con suerte.

—Perdón... —El psicólogo se levanta—. ¿Habéis terminado ya? —Mira a Kenji—. Pensaba que venías por una razón.

Kenji se empuja hacia delante con la pared. Se endereza.

—Bueno. Sí. Castle quiere conocerla.

CUARENTA Y CUATRO

—¿Ahora? —El rubiales está más confundido que yo—. Pero no he terminado de examinarla.

Kenji se encoge de hombros.

—Quiere conocerla.

—¿Quién es Castle? —pregunto.

El rubiales y Kenji me miran. Kenji aparta la vista. El otro no.

Inclina la cabeza.

—¿Kenji no te ha contado nada sobre este sitio?

—No —titubeo insegura, mirando a Kenji, que no me devuelve la mirada—. Nunca dijo nada. Sólo que conocía a alguien, un lugar seguro y que podría ayudarnos...

El rubiales se queda boquiabierto. Se ríe tan fuerte que resopla. Se levanta. Se limpia las gafas con el borde de la camisa.

—Eres un cabrón —le dice—. ¿Por qué no le dijiste nada?

—Nunca hubiese venido si hubiera sabido la verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Casi me mata...

Mis ojos se mueven rápidamente de uno a otro. De pelo rubio a negro y viceversa.

—¿Qué pasa aquí? —pregunto—. Quiero ver a Adam. Quiero ver a James. Y quiero *ropa*.

—¿Estás desnuda? —De repente Kenji empieza a examinar mis sábanas sin molestarte en serutil.

Me sonrojo a pesar de mis esfuerzos, nerviosa, frustrada.

—El rubiales dijo que habían destruido mi ropa.

—*Rubiales*? —El hombre rubio se ha ofendido.

—No me has dicho cómo te llamas.

—Winston. Me llamo Winston. —Ya no sonríe.

—¿No dijiste que tenías un traje para mí?

Frunce el ceño. Mira su reloj.

—No tenemos tiempo de esto ahora. —Suspira—. Dale algo que pueda llevar provisionalmente, ¿vale? —Le habla a Kenji. A Kenji, que me sigue mirando.

—Quiero ver a Adam.

—Adam aún no está preparado para verte. —~~El rubiales~~ Winston se guarda la pluma en un bolsillo—. Te avisaremos cuando esté listo.

—¿Por qué tengo que confiar en vosotros si no me dejáis verlo? ¿Ni ver a James? No tengo mis cosas más importantes. Quiero salir de esta cama y necesito ponerme algo.

—Ve a buscarlo, Moto. —Winston se reajusta el reloj.

—No soy tu perro, *Rubiales* —espeta Kenji—. Y te he dicho que no me llames Moto.

Winston se pellizca el puente de la nariz.

—No te preocupes. También le diré a Castle que no está con él ahora por tu culpa.

Kenji murmura una obscenidad en voz baja. Sale airado. Casi cierra de un portazo.

Nos quedamos unos segundos en un silencio tenso.

Respiro profundamente.

—¿Y qué significa *moto*?

Winston mira hacia arriba.

—Nada. Sólo es un apodo. Su apellido es Yamamoto. Se pone furioso cuando lo acortamos. Es un tema sensible.

—¿Y por qué lo haces?

Resopla.

—Porque es difícil de cojones de pronunciar.

—¿Es una excusa?

Frunce el ceño.

—¿Qué?

—Tú te has enfadado cuando te he llamado Rubiales en lugar de Winston. ¿Por qué no tiene derecho a enfadarse si tú lo llamas Moto en lugar de Kenji?

Murmura algo parecido a «No es lo mismo».

Me deslizo hacia abajo. Apoyo la cabeza sobre la almohada.

—No seas hipócrita.

CUARENTA Y CINCO

Me siento como un payaso con esta ropa tan grande. Llevo la camiseta de otra persona. Los pantalones de pijama de otro. Las zapatillas de otro. Kenji dice que también tuvieron que destruir la ropa de mis bolsas de viaje, así que no sé de quién es la ropa que me cuelga del cuerpo. Casi estoy nadando entre las telas.

Voy a hacer un nudo con la ropa sobrante pero Kenji me detiene.

—Echarás a perder mi camiseta —se queja.

Suelto las manos.

—¿Me has dado *tú* ropa?

—Bueno, ¿y qué esperabas? No tenemos ropa de sobra tirada por aquí.

—Me lanza una mirada, como si tuviera que darle las gracias.

Bueno. Supongo que es mejor que ir desnuda.

—¿Quién es Castle?

—El que está al mando de todo —me dice Kenji—. El jefe del movimiento.

Las orejas se me despegan.

—¿*Movimiento*?

Winston suspira. Parece muy tenso. Me pregunto por qué.

—Si Kenji todavía no te ha contado nada, quizás deberías esperar a hablar con Castle. Ten paciencia. Te prometo que responderemos a todas tus preguntas.

—¿Y qué pasa con Adam? ¿Dónde está *James*...?

—A ver —Winston se pasa una mano por su flexible pelo—. No vas a callarte, ¿verdad?

—Está bien, Juliette —interviene Kenji—. Necesita más tiempo para recuperarse. Tienes que empezar a confiar en nosotros. Nadie te va a hacer daño aquí, ni a Adam, ni a James. Los dos están bien. Todo va bien.

Pero yo no sé si *bien* es suficiente.

Caminamos por una ciudad completamente subterránea, pasillos y corredores, suelos de piedra lisos, paredes rugosas intactas. Hay discos circulares horadados en el suelo que brillan con una luz artificial cada pocos metros. Hay ordenadores, todo tipo de artíluguos que no reconozco y puertas abiertas llenas de aparatos electrónicos.

—¿Cómo conseguís la electricidad necesaria para que este sitio funcione? —Observo más de cerca las máquinas desconocidas, las pantallas que parpadean, el zumbido inconfundible de cientos de ordenadores integrados en la infraestructura de este mundo subterráneo.

Kenji tira de un mechón de mi pelo. Me doy la vuelta.

—La robamos. —Sonríe. Señala con la cabeza un camino estrecho—. Por aquí.

Gente joven y mayor de todos los tipos y etnias entra y sale de las habitaciones arrastrando los pies, a lo largo de los pasillos. Muchos nos miran, otros están demasiado distraídos como para percatarse de nuestra presencia. Algunos van vestidos como los hombres y mujeres que salieron corriendo hacia nuestro coche anoche. Es un uniforme extraño. Parece innecesario.

—Entonces, ¿todo el mundo va vestido así? —susurro, señalando a los desconocidos que van pasando lo más discretamente posible.

Kenji se rasca la cabeza. Se toma un tiempo para responder.

—No todos. Ni a todas horas.

—¿Y tú qué? —le pregunto.

—Hoy no.

Decido no complacer su tendencia a ser críptico y en lugar de eso le hago una pregunta más directa.

—¿Y me contarás en algún momento cómo te has curado tan rápidamente?

—Sí —dice Kenji, imperturbable—. En realidad te vamos a contar muchas cosas. —Doblamos abruptamente por un pasillo que aparece de forma inesperada—. Pero antes... —Kenji se detiene ante una puerta de madera enorme— Castle quiere conocerte. Él es quien te solicitó.

—¿Me solicitó?

—Sí. —Kenji parece sentirse incómodo durante un segundo.

—Espera, ¿qué quieres decir...?

—Quiero decir que no me alisté al ejército por casualidad, Juliette. —Suspira—. No fue un accidente que me presentara ante la puerta de Adam. En teoría no me tenían que disparar ni me tenían que dar una paliza que me dejara medio muerto, pero sucedió. En realidad no me dejó ahí un tío desconocido. —Casi sonríe—. Siempre he sabido dónde vivía Adam. Era mi trabajo saberlo. —Se detiene—. Todos te hemos estado buscando.

Tengo la boca a la altura de las rodillas. Y las cejas colgando del techo.

—Adelante. —Kenji me empuja hacia dentro—. Saldrá cuando esté listo.

—Buena suerte —se limita a decir Winston.

Pasan mil trescientos veinte segundos hasta que se presenta.

Se mueve de forma metódica, su rostro es como una máscara neutral mientras se hace una cola con sus rastas rebeldes y se sienta en frente de la sala. Es delgado, está en forma, va vestido con un traje simple e impecable. Azul oscuro. Camisa blanca. Sin corbata. No tiene arrugas en la cara, pero tiene una mecha gris en el pelo y sus ojos confiesan que ha vivido 100 años como mínimo. Debe tener unos 40 años. Miro a mi alrededor.

Es un espacio vacío, impresionante por su austeridad. El suelo y el techo están hechos de ladrillos cuidadosamente unidos. Todo parece viejo y antiguo, pero de alguna forma las nuevas tecnologías mantienen vivo el espacio. Las luces artificiales iluminan la extensión cavernosa, hay pequeños monitores empotrados en las paredes de piedra. No sé qué estoy haciendo aquí. No sé qué esperar. No sé qué clase de persona es Castle, pero después de tanto tiempo con Warner intento no hacerme ilusiones. Ni

siquiera me doy cuenta de que he dejado de respirar hasta que empieza a hablar.

—Espero que esté disfrutando de su estancia por el momento.

Levanto el cuello y me encuentro con su mirada oscura, su dulce voz, fina y fuerte. Sus ojos brillan de auténtica curiosidad, con cierta sorpresa. Me he olvidado de que sé hablar.

—Kenji dice que quiere conocerme. —Es mi única respuesta.

—Kenji está en lo cierto. —Se toma su tiempo para respirar. Se toma su tiempo para recolocarse en su asiento. Se toma su tiempo para analizar mis ojos, elegir las palabras, tocarse los labios con dos dedos. Parece que haya dominado el concepto de tiempo. *Impaciencia* no debe ser una palabra que forme parte de su vocabulario—. He oído... historias. Sobre usted. —Sonríe—. Sólo quería saber si eran ciertas.

—¿Qué ha oido?

Sonríe con unos dientes tan blancos que parecen como nieve que cae por los valles de chocolate de su rostro. Abre las manos. Las examina durante un momento. Mira hacia arriba.

—Que puede matar a un hombre con la piel. Que puede atravesar un metro de hormigón con las manos.

Estoy ascendiendo por una montaña de aire pero mis pies no paran de resbalar. Tengo que agarrarme a algo.

—¿Es cierto? —pregunta.

—Es más probable que lo maten los rumores antes que yo.

Me analiza durante demasiado rato.

—Me gustaría mostrarle algo —dice al cabo de un momento.

—Quiero respuestas. —Esto ha ido demasiado lejos. No quiero dejarme llevar por una falsa sensación de seguridad. No quiero asumir que Adam y James están bien. No quiero confiar en nadie sin pruebas. No puedo pretender que todo esto va bien. Todavía no—. Quiero garantías de que estoy a salvo —exijo—. Y quiero saber que mis amigos lo están. Un niño de diez años iba con nosotros cuando llegamos y quiero verlo. Quiero estar segura de que está sano y salvo. Si no, no voy a cooperar.

Sus ojos me inspeccionan un rato más.

—Da gusto ver su lealtad —dice, y habla en serio—. Le irá bien por aquí.

—Mis amigos...

—Sí. Por supuesto. —Se levanta—. Sígame.

Este lugar es mucho más complejo y mucho más organizado de lo que imaginaba. Hay miles de direcciones diferentes en las que perderse, otras tantas habitaciones, algunas más grandes que otras, dedicadas a diferentes actividades.

—El comedor —me dice Castle.

—Los dormitorios. —En el ala opuesta.

—Las instalaciones para entrenar. —Por ese pasillo.

—Las salas comunes. —Justo por aquí.

—Los baños. —Al final de cada planta.

—Las salas de reuniones. —Detrás de esa puerta.

Todo está lleno de gente, y cada persona está dedicada a una rutina concreta. La gente levanta la cabeza cuando nos ve. Algunos saludan, sonríen. Me percato de que todos miran a Castle. Él saluda con la cabeza. Tiene los ojos amables, humildes. Su sonrisa es convincente, reconfortante.

Es el líder del *movimiento*, había dicho Kenji. Esta gente depende de él para algo más que la mera supervivencia. Esto es más que un refugio nuclear. Es más que un escondite. Tienen un objetivo más importante. Un propósito más importante.

—Bienvenida —me dice Castle, gesticulando con la mano— al Punto Omega.

CUARENTA Y SEIS

—¿El Punto Omega?

—Es la última letra del alfabeto griego. La última etapa, la última de una lista. —Se detiene delante de mí y por primera vez me fijo en el símbolo omega cosido en la espalda de su chaqueta—. Somos la última esperanza que le queda a nuestra civilización.

—¿Pero cómo...? ¿Con tan poca gente, pueden aspirar a...?

—Llevamos mucho tiempo trabajando, Juliette. —Es la primera vez que dice mi nombre. Su voz es fuerte, suave, firme—. Hemos planeado, organizado y trazado nuestra estrategia desde hace años. El colapso de nuestra sociedad no debería sorprendernos. Lo hemos provocado nosotros. La cuestión no era *si* todo se desmoronaría —prosigue—. Sino *cuándo*. El juego consistía en esperar. En ver quiénes intentarían tomar el poder y cómo lo usarían. El miedo —dice, girándose un momento, sus pasos silenciosos sobre la piedra—, es un excelente motivador.

—Es patético.

—Estoy de acuerdo con usted. Por esto parte de mi trabajo consiste en reanimar a los corazones que se han detenido porque han perdido la esperanza. —Doblamos otro pasillo—. Y decirles que casi todo lo que saben sobre el estado de nuestro mundo es mentira.

Me quedo inmóvil. Casi me caigo.

—¿Qué quiere decir?

—Las cosas no están tan mal como El Restablecimiento nos hace creer.

—Pero no hay comida...

—A la que tengamos *acceso*.

—Los animales...

—Están escondidos. Los han modificado genéticamente. Crecen en pastos secretos.

—Pero el aire... las estaciones... el *tiempo*...

—No es tan malo como nos hacen creer. Probablemente sea nuestro único problema real. Pero es por las manipulaciones perversas que se han ejercido sobre la Tierra. Son manipulaciones *hechas por el hombre* que aún tienen solución. —Se vuelve hacia mí. Me clava una mirada—. Todavía es posible cambiar las cosas. Podemos abastecer de agua potable a todas las personas. Podemos asegurarnos de que los cultivos no se regulan con fines lucrativos; conseguir que no se modifiquen genéticamente para beneficiar a los productores. La gente se muere porque se alimenta con veneno. Los animales se mueren porque los obligamos a comer porquerías, a vivir en la inmundicia, en jaulas masivas. Las plantas se marchitan porque tiramos productos químicos a la tierra y las hacemos peligrosas para nuestra salud. Pero todo eso se puede solucionar. Nos engañan con mentiras porque así somos más débiles, vulnerables, maleables. Dependemos de los demás para tener comida, salud, sustento. Esto nos paraliza. Forma gente cobarde. Niños esclavos. Es hora de contraatacar. —Sus ojos brillan por la emoción, tiene los puños contraídos por el fervor. Sus palabras son potentes, convincentes, elocuentes y coherentes. No me cabe la menor duda de que ha influido en mucha gente con su manera de pensar. Es esperanza para un futuro que parece perdido. Inspiración en un mundo sombrío, sin nada que ofrecer. Es un líder nato. Un orador prodigioso.

Me cuesta creerlo.

—¿Por qué debo creerle? ¿Tiene pruebas?

Relaja las manos. Sus ojos se calman. Sus labios esbozan una ligera sonrisa.

—Por supuesto. —Casi se echa a reír.

—¿Qué le parece tan divertido?

Menea la cabeza. Un poquito.

—Me hace gracia su escepticismo. En realidad lo admiro. Nunca es buena idea creer todo lo que oyes.

Pillo el doble sentido. Lo admito.

—*Touché*, señor Castle.

Pausa.

—¿Es usted francesa, señorita Ferrars?

~~Quizás mi madre sí.~~

Aparto la mirada.

—¿Y dónde están las pruebas?

—Nuestro movimiento es prueba suficiente. Sobrevivimos gracias a estas verdades. Tratamos de localizar alimentos y suministros de los múltiples recintos de almacenamiento que ha construido El Restablecimiento. Hemos encontrado sus campos, sus granjas, sus animales. Tienen cientos de hectáreas dedicadas al cultivo. Los granjeros son esclavos, trabajan bajo amenaza de muerte. El resto de la sociedad o ha sido asesinada o está acorralada en sectores separados para que los monitoricen y los inspeccionen detenidamente.

Mantengo el rostro inexpresivo, impasible, neutro. Aún no he decidido si creerle o no.

—¿Y qué quiere de mí? ¿Por qué quiere que esté aquí?

Se detiene ante una pared de cristal. Señala la sala que hay al otro lado. No me responde.

—Adam se está recuperando gracias a nuestra gente.

Casi me tropiezo ante mis prisas por verlo. Apoyo las manos contra el cristal y miro hacia la zona iluminada. Adam está dormido, con el rostro perfecto, tranquilo. Ésta debe ser el Ala médica.

—Fíjese bien —me dice Castle—. Ya no hay agujas en su cuerpo. Ni máquinas que lo mantengan con vida. Llegó con tres costillas rotas. Con los pulmones a punto de sufrir un colapso. Con una bala en el muslo. Tenía los riñones magullados al igual que el resto del cuerpo. Tenía cortes en la piel, las muñecas ensangrentadas. Un esguince en el tobillo. Había perdido más sangre de la que la mayoría de hospitales sería capaz de donarle.

El corazón está a punto de salirse de mi cuerpo. Quiero romper el cristal y meterlo en mis brazos.

—Hay cerca de doscientas personas en el Punto Omega —dice Castle

—. Algo menos de la mitad de todos ellos posee algún tipo de don.

Me doy la vuelta, estupefacta.

—La traje aquí —me dice con prudencia, en voz baja—, porque es el lugar al que pertenece. Porque tiene que saber que no está sola.

CUARENTA Y SIETE

La mandíbula me cuelga del cordón de los zapatos.

—Sería muy valiosa para nuestra resistencia —me dice.

—¿Hay otros... como yo? —Casi no puedo respirar.

Castle me mira con unos ojos que empatizan con mi alma.

—Yo fui el primero en darse cuenta de que su aflicción no podía ser sólo suya. Busqué a los demás, siguiendo rumores, escuchando historias, leyendo en periódicos noticias sobre anomalías del comportamiento humano. Al principio sólo quería compañía. —Se detiene—. Estaba harto de la locura. De pensar que era inhumano, monstruoso. Pero después me di cuenta de que lo que parecía debilidad en realidad era fuerza. De que juntos podíamos hacer algo extraordinario. *Algo bueno*.

No puedo respirar. Estoy desorientada. No puedo escupir la imposibilidad que se me ha atragantado en la garganta.

Castle espera a ver mi reacción.

De repente, me he puesto nerviosísima.

—¿Cuál es... su don? —le pregunto.

Su sonrisa desarma mi inseguridad. Extiende la mano. Inclina la cabeza. Oigo el crujido de una puerta que se abre en la distancia. El sonido de aire y metal; movimiento. Me giro y veo que algo se dirige hacia mí a toda velocidad. Me agacho. Castle se ríe. Lo toma con la mano.

Suspiro.

Me enseña una llave que sostiene entre los dedos.

—¿Puede mover cosas con la mente? —No sé ni de dónde he sacado las palabras para hablar.

—Estoy en un nivel extremadamente avanzado de *psicokinesis*. —Esboza una sonrisa—. O sea, que sí.

—¿Existe un *nombre* para eso? —Creo que estoy gritando. Intento tranquilizarme.

—¿Para mi don? Sí. ¿Para el de usted? —Se detiene—. No estoy tan seguro.

—¿Y los demás...? ¿Qué son?

—Si le apetece, puede conocerlos.

—Yo... sí... Me gustaría —tartamudeo, emocionada, como si tuviera cuatro años y siguiera creyendo en las hadas.

Me quedo paralizada ante un sonido repentino.

Pasos retumban sobre la piedra. Contengo la respiración.

—*Señor* —grita alguien.

Castle se gira. Se dirige hacia una esquina, hacia el mensajero.

—¿Brendan?

—¡Señor! —vuelve a decir resoplando. Se llena los pulmones.

—¿Tiene noticias? ¿Qué ha visto?

—Estamos escuchando cosas por radio —empieza a decir entrecortadamente, con acento británico—. Las cámaras han detectado más tanques de lo normal patrullando la zona. Creemos que se están acercando.

Se oye la energía estática. Electricidad estática. Se oyen voces confusas y leves a través en una cadena de radio.

Brendan maldice por lo bajo.

—Lo siento, señor. Normalmente no está tan distorsionada... Últimamente no consigo contener las cargas.

—No se preocupe. Sólo necesita práctica. ¿Cómo van sus entrenamientos?

—Muy bien, señor. Ya lo tengo casi todo bajo control —Brendan se detiene—. En su mayor parte.

—Excelente. Mientras tanto, avíseme si los tanques se acercan más. No me sorprende que estén más alerta. Intente captar cualquier indicación de un ataque inminente. El Restablecimiento lleva años intentando localizar nuestro paradero, pero ahora tenemos a alguien particularmente valioso

para ellos y estoy seguro de que querrán recuperarla. Tengo la impresión de que a partir de ahora las cosas irán más deprisa.

Momento de confusión.

—¿Señor?

—Me gustaría presentarle a alguien.

Silencio.

Brendan y Castle doblan la esquina. Se dejan ver. Y tengo que hacer un gran esfuerzo por mantener la boca cerrada. No puedo dejar de mirarlos.

El compañero de Castle es blanco de pies a cabeza.

No sólo su uniforme es extraño, que es de un blanco brillante cegador, sino que su piel es más pálida que la mía. Y tiene el pelo tan rubio que sólo podría calificarse de blanco. Sus ojos hipnotizan. Son del color azul más claro que he visto nunca. Penetrantes. Prácticamente transparentes. Aparenta mi edad.

No parece *real*.

—Brendan, ella es Juliette —Castle nos presenta—. Llegó ayer. Le estaba haciendo un resumen sobre el Punto Omega.

Brendan me dedica una sonrisa tan brillante que casi me hace estremecer. Extiende una mano y por poco me da un ataque, pero frunce el ceño. La aparta. Dice:

—Eh... Espera, lo siento —y dobla la mano. Hace crujir los nudillos. Salen algunas chispas de sus dedos. Lo miro boquiabierto.

Se encoje. Sonríe tímidamente.

—A veces electrocuto a la gente sin querer.

Algo se desprende de mi pesada armadura. Se deshace. Me siento comprendida. No tengo miedo de ser yo misma. No puedo evitar esbozar una sonrisa.

—No te preocupes —le digo—. Si te doy la mano yo quizás te mate.

—¡Caray! —Parpadea. Me mira. Espera a que prosiga—. ¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Se ríe.

—Vale. Entonces nada de tocarse. —Se inclina. Baja la voz—. Tengo un pequeño problema con esto, ¿sabes? Las chicas siempre hablan de

electricidad en sus historias de amor, pero parece ser que a ninguna le gusta que la *electrocuten* literalmente. Es muy raro. —Se encoge de hombros.

Mi sonrisa es más amplia que el océano Pacífico. El corazón se me ha llenado de alivio, consuelo, aceptación. Adam tenía razón. Puede que las cosas vayan bien. Quizás no tengo que ser un monstruo. Quizás puedo elegirlo.

Creo que voy a estar bien aquí.

Brendan me guiña un ojo.

—Ha sido un placer conocerte, Juliette. ¿Te veré por aquí?

Asiento.

—Creo que sí.

—Genial. —Me vuelve a sonreír. Se dirige a Castle—. Lo avisaré si oigo algo, señor.

—Perfecto.

Y desaparece.

Me doy la vuelta hacia la pared de cristal que me separa de la otra mitad de mi corazón. Presiono la cabeza contra la fría superficie. Ojalá se despertara.

—¿Quiere saludarlo?

Miro a Castle, que sigue observándome. No deja de analizarme. Pero por alguna razón no me incomoda.

—Sí —le digo—. Quiero saludarlo.

CUARENTA Y OCHO

Castle abre la puerta con la llave que tiene en la mano.

—¿Por qué está cerrada el ala médica? —le pregunto.

Se da la vuelta. Por primera vez me doy cuenta de que no es muy alto.

—¿Si hubiese sabido dónde encontrarlo habría esperado con paciencia al otro lado de la puerta?

Bajo la mirada. No contesto. Espero no estar sonrojándome.

Intenta darme ánimos.

—Su curación es un proceso delicado. No puede interrumpirse o ser alterado por emociones inestables. Tenemos mucha suerte de tener dos sanadoras... De hecho, son gemelas. Pero lo más fascinante es que cada una se centra en un aspecto diferente: una en las heridas físicas y la otra en las mentales. Ambos aspectos deben tratarse, ya que si no la curación sería incompleta, débil e insuficiente. —Gira el pomo de la puerta—. Pero creo que no pasa nada si Adam la ve ahora.

Entro y un aroma a jazmín invade mis sentidos casi de forma inmediata. Busco las flores pero no las encuentro. Me pregunto si será un perfume. Es embriagador.

—Me quedaré fuera —comenta Castle.

La habitación está llena de una larga hilera de camas individuales. Hay unas veinte y todas están vacías, excepto la de Adam. Al otro lado de la habitación hay otra puerta que seguramente lleva a otra zona. Pero ahora mismo estoy demasiado nerviosa como para curiosear.

Acerco una silla e intento ser lo más silenciosa posible. No quiero despertarlo, sólo comprobar que está bien. Abro y cierro las manos. Soy muy consciente de que tengo el corazón acelerado. Y sé que probablemente

no debería tocarlo, pero no puedo evitarlo. Cubro su mano con la mía. Tiene los dedos calientes.

Pestañeó por un momento. Pero no abre los ojos. Respira de golpe y me quedo paralizada.

Por poco me derrumbo en llanto.

—¿Qué está *haciendo*?

Levanto la cabeza ante la voz de pánico de Castle.

Le suelto la mano. Me aparto de la cama, con los ojos abiertos y preocupados.

—¿Qué quiere decir?

—¿Por qué... acaba de...? ¿Puede *tocarlo*? —No pensaba ver a Castle tan confundido, tan perplejo. Ha perdido el control y tiene el brazo medio extendido en un esfuerzo por detenerme.

—Claro que puedo to... —Me detengo. Intento tranquilizarme—. ¿Kenji no se lo había dicho?

—¿Es inmune a su tacto? —susurra Castle, asombrado.

—Sí. —Miro alternativamente a Castle y a Adam, que sigue profundamente dormido. ~~Y Warner también.~~

—Es... *asombroso*.

—¿Sí?

—Mucho. —Le brillan los ojos, entusiasmado—. Seguro que no es una coincidencia. No hay coincidencias en este tipo de situaciones. —Se detiene. Camina de un lado a otro—. Es fascinante. ¡Caben tantas posibilidades y teorías...! —Ya no me habla a mí. Su cabeza funciona demasiado rápido para seguirlo. Respira profundamente. Parece que se acuerda de que continúo en la habitación—. Lo siento. Por favor, prosiga. Las chicas llegarán pronto. Ahora están con James. Tengo que informar de esto lo antes posible.

—Un momento...

Levanta la cabeza.

—¿Sí?

—¿Tienen teorías? —le pregunto—. ¿Saben por qué me suceden estas cosas... a mí?

—A nosotros, querrá decir. —Castle me corrige y sonríe con amabilidad.

Intento no sonrojarme. Logro asentir.

—Hace años que investigamos —dice—. Y creemos tener una idea bastante acertada sobre ello.

—¿Y? —Me cuesta respirar.

—Si decide quedarse en el Punto Omega, le prometo que hablaremos pronto sobre esto. Además, creo que ahora no es el mejor momento. —Señala a Adam con la cabeza.

—¡Oh! —Noto arder las mejillas—. Claro.

Castle se da la vuelta para irse.

—Pero cree que Adam...? —Las palabras salen de mi boca atropelladamente. Intento calmarme—. ¿Cree que él también es... como nosotros?

Castle se da la vuelta. Estudia mis ojos.

—Creo —dice con cautela— que es totalmente posible.

Me cuesta respirar.

—Lo siento —dice— pero tengo que irme. Y no quiero interrumpiros.

Quiero decirle que sí, claro, por supuesto, no pasa nada. Quiero sonreír y agitar las manos y decirle que no hay problema. Pero tengo tantas preguntas que hacer que puede que explote; quiero que me cuente todo lo que sabe.

—Sé que tiene que asimilar mucha información a la vez. —Se detiene frente a la puerta—. Pero tendremos muchas más oportunidades de hablar. Debe estar cansada y estoy seguro de que le gustaría dormir un rato. Las chicas cuidarán de usted... La están esperando. De hecho, serán sus nuevas compañeras de habitación en el Punto Omega. Estoy seguro de que estarán encantadas de responder a las preguntas que les haga. —Posa su mano en mi hombro antes de irse—. Es un honor tenerla entre nosotros, señorita Ferrars. Espero que considere seriamente la posibilidad de unirse a nosotros de forma permanente.

Asiento, paralizada.

Hace años que investigamos —ha dicho—. *Creemos tener una idea bastante acertada sobre ello* —ha dicho—. *Hablaremos sobre esto muy*

pronto, se lo prometo.

Por primera vez en mi vida tengo oportunidad de entender lo que soy, y me parece imposible. Y Adam. *Adam*. Sacudo la cabeza y me siento a su lado. Le aprieto los dedos. Castle podría estar equivocado. Quizás todo es pura coincidencia.

Tengo que centrarme.

Me pregunto si alguien sabe algo de Warner.

—¿Juliette?

Adam tiene los ojos entreabiertos. Me mira como si no estuviera seguro de si soy real.

—¡Adam! —Tengo que esforzarme por mantener la calma.

Me sonríe y parece exhausto por el esfuerzo.

—Me alegro mucho de verte.

—Estás *bien*. —Le cojo la mano, me resisto a rodearlo con los brazos

—. Estás muy bien.

Sonríe más.

—Estoy muy cansado. Sería capaz de dormir durante años.

—No te preocupes, dentro de poco el sedante dejará de hacerle efecto.

Me vuelvo. Dos chicas con unos ojos verdes exactamente iguales nos están observando. Nos sonríen a la vez. Llevan el pelo largo y castaño, grueso y liso, recogido en una coleta. Llevan un *body* gris idéntico. Bailarinas doradas.

—Soy Tana —dice la chica de la izquierda.

—Yo soy Randa —añade su hermana.

No soy capaz de distinguirlas.

—Nos alegramos mucho de conocerte —dicen a la vez.

—Yo soy Juliette —consigo decir—. Encantada de conocerlos.

—Adam está a punto de recibir el alta —me dice una.

—Tana es una excelente sanadora —dice la otra.

—Randa es mejor que yo —comenta la primera.

—Cuando se le pase el efecto del sedante debería estar listo para marcharse —dicen a la vez, sonriendo.

—¡Vaya! Genial... Muchas gracias. —No sé a quién de las dos mirar. A quién responder. Vuelvo la vista hacia Adam. Parece muy entretenido.

—¿Dónde está James? —pregunta.

—Jugando con los otros niños. —Creo que lo dice Randa.

—Acabamos de acompañarlo al baño —dice la otra.

—¿Queréis verlo? —pregunta Randa.

—¿Hay otros niños? —Tengo los ojos como platos.

Las chicas asienten a la vez.

—Vamos a buscarlo —dicen al unísono. Y desaparecen.

—Parecen agradables —dice Adam al cabo de un momento.

—Sí.

Todo en este lugar parece agradable.

Tana y Randa regresan con James, que parece más contento que nunca, casi más que cuando vio a Adam el primer día. Está encantado de estar aquí. Muy contento por estar con otros niños, con «las chicas guapas que me cuidan porque son amabilísimas y hay tanta comida y me dieron *chocolate*, Adam... ¿Has probado el chocolate alguna vez?». Tiene una gran cama, mañana va a ir a clase con los otros niños y ya está muy emocionado.

—Me alegra mucho de que te hayas despertado —le dice a Adam, casi pegando brincos en su cama—. Me dijeron que te habías puesto enfermo y que estabas descansando, así que si ahora estás despierto significa que te encuentras mejor, ¿no? ¿Estamos en un lugar seguro? No recuerdo qué pasó en el camino —admite, un poco avergonzado—. Creo que me dormí.

Diría que en estos momentos a Adam le gustaría romperle el cuello a Kenji.

—Sí, estamos a salvo —le confirma Adam, pasándose una mano por el pelo rubio y alborotado—. Todo va bien.

James vuelve corriendo a la sala de juegos con los otros niños. Tana y Randa se inventan una excusa para irse y dejarnos un poco de intimidad. Cada vez me caen mejor.

—¿Ya te ha hablado alguien sobre este sitio? —me pregunta Adam. Consigue sentarse. Su sábana se desliza hacia abajo. Se le ve el pecho. Tiene la piel curada del todo... Me cuesta conciliar la imagen que tengo en la memoria con la que tengo enfrente. Se me olvida responderle.

—No tienes cicatrices. —Le toco la piel como si tuviera la necesidad de comprobarlo por mí misma.

Intenta sonreír.

—Por aquí no son muy tradicionales en cuanto a las prácticas médicas.

Levanto la cabeza.

—¿Lo sabes?

—¿Has conocido a Castle?

Asiento, desconcertada.

Se mueve. Suspira.

—Hace mucho tiempo que oigo rumores sobre este sitio. Me volví un experto en escuchar murmullos, básicamente porque tenía que protegerme. Pero en el ejército oímos cosas. Sobre cualquier tipo de amenaza que se te ocurra. Posibles emboscadas. Desde que me alisté se hablaba de un movimiento clandestino fuera de lo común. La mayoría decía que era una estupidez. Que era una invención para asustar a la gente, que era imposible que fuese verdad. Pero siempre tuve la esperanza de que se basaran en algo real, sobre todo desde que te descubrí... Esperaba poder encontrar a otras personas con habilidades parecidas. Pero no sabía a quién preguntar. No tenía contactos, ni forma alguna de encontrarlos. —Niega con la cabeza—. Y durante todo este tiempo Kenji estaba infiltrado y lo sabía.

—Me dijo que me estaba buscando.

Adam asiente. Se ríe.

—Te buscaba igual que yo. Igual que Warner.

—No lo entiendo —murmuro—. Sobre todo ahora que sé que hay más gente como yo, incluso más fuerte... ¿Por qué Warner me quería a mí?

—Te descubrió antes que Castle —responde Adam—. Sentía que llevaba mucho tiempo buscándote. —Adam se inclina hacia atrás—. Warner puede ser muchas cosas, pero no es estúpido. Estoy seguro de que sabía que había algo de verdad en esos rumores... y se quedó fascinado. Porque de la misma forma que Castle quería usar sus habilidades para hacer el bien, Warner quería manipularlas para conseguir su objetivo. Quería convertirte en una especie de superpoder. —Se detiene—. Invirtió mucho tiempo y energías en estudiarte. No creo que quisiera que todos los esfuerzos fueran en vano.

—Adam —susurro.
Me toma de la mano.
—Dime.
—No creo que esté muerto.

CUARENTA Y NUEVE

—No lo está.

Adam se vuelve. Frunce el ceño al oírlo.

—¿Qué haces aquí?

—¡Vaya saludo, Kent! Ten cuidado de no mover un músculo para darme las gracias por salvarte el culo.

—Nos has mentido a todos.

—De nada.

—¡Le diste un sedante a mi hermano de diez años!

—De nada.

—Hola, Kenji —lo saludo.

—Te queda bien mi ropa. —Se acerca un poco más, sonríe.

Pongo los ojos en blanco. Adam se fija en mi ropa por primera vez.

—No tenía nada más que ponerme —le explico.

Adam asiente lentamente. Mira a Kenji.

—¿Tienes algún mensaje que darnos?

—Sí. Se supone que tengo que enseñaros dónde os quedaréis.

—¿Qué quieres decir?

Kenji sonríe.

—Tú y James seréis mis nuevos compañeros de habitación.

Adam maldice por lo bajo.

—Lo siento, pero no tenemos habitaciones suficientes para ti y Manos Calientes. —Me guiña un ojo—. Sin ánimo de ofender.

—¿Tengo que irme ya?

—Sí, tío. Quiero irme a dormir pronto. No puedo pasarme todo el día esperando a que muevas el culo.

—¿Que mueva...?

Me apresuro a interrumpir antes de que Adam contraataque.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué hora es?

—Son casi las diez de la noche —me dice Kenji—. Es difícil de saber bajo tierra, pero todos tratamos de estar atentos al reloj. Hay pantallas por los pasillos, y la mayoría intentamos llevar reloj. Perder la noción del día y la noche es peligroso. Y ahora no es momento de acomodarse demasiado.

—¿Cómo sabes que Warner no está muerto? —pregunto.

—Acabamos de verlo por una cámara —explica Kenji—. Él y sus hombres están patrullando el área con más ahínco de lo que nos gustaría. Conseguí oír parte de su conversación. Al parecer, lo dispararon.

Trago saliva, intento silenciar los latidos de mi corazón.

—Por eso tuvimos suerte anoche... Ordenaron a los soldados que volvieran a la base porque *creyeron* que Warner había muerto. Hubo un cambio en el mando que duró muy poco. Nadie sabía qué hacer. Ni qué órdenes seguir. Pero luego resultó que no estaba muerto. Sólo malherido. Llevaba el brazo vendado y en cabestrillo —añade Kenji.

Adam logra hablar antes que yo.

—¿Y cómo de seguro es este lugar ante un ataque?

Kenji se ríe.

—*Segurísimo*. No sé ni cómo han podido llegar tan cerca. Pero nunca encontrarán nuestra ubicación exacta. Y si lo hicieran, nunca conseguirían entrar. Nuestra seguridad es casi impenetrable. Y además tenemos cámaras por todas partes. Podemos ver lo que hacen incluso antes de que lo planeen. Aunque en realidad no importa —prosigue—. Porque vienen buscando guerra y nosotros queremos dársela. No nos da miedo un ataque. Además, no tienen ni idea de lo que somos capaces de hacer. Y llevamos toda la vida preparándonos para esta mierda.

—Y tú... —Me detengo. Me sonrojo—. ¿Puedes...? Quiero decir, ¿tú también tienes un don?

Kenji sonríe. Y desaparece.

Se esfuma de verdad.

Me levanto. Intento tocar el espacio donde estaba.

Reaparece justo a tiempo para saltar y apartarse.

—¡Eh, tú! Ten cuidado... Que sea invisible no significa que no pueda sentir nada.

—¡Vaya! —Me aparto, avergonzada—. Lo siento...

—¿Puedes hacerte invisible?

—Te he sorprendido, ¿no?

—¿Desde cuándo me espías? —Adam entrecierra los ojos.

—Desde que ha hecho falta —dice con una sonrisa pícara.

—¿Y entonces eres... corpóreo? —pregunto.

—Mírala como habla usando palabras extravagantes! —Kenji se cruza de brazos. Se apoya contra la pared.

—Bueno... No puedes atravesar paredes y cosas así, ¿no?

Resopla.

—Qué va, no soy un fantasma. Sólo puedo... integrarme, creo que sería la palabra correcta. Puedo integrarme en cualquier fondo y cambiar para adaptarme a mi alrededor. Me ha costado mucho tiempo darme cuenta de ello.

—¡Vaya!

—Normalmente seguía a Adam a su casa. Por eso sabía dónde vivía. Y por eso conseguí escapar, porque no podían verme. Aunque de todos modos intentaron dispararme —añade amargamente—, pero al menos conseguí mantenerme con vida.

—Bueno, pero ¿por qué seguías a Adam hasta su casa? ¿No me buscabas a mí? —le pregunto.

—Sí... Bueno, me alisté poco después de que se enteraran del gran proyecto de Warner. —Me señala con la cabeza—. Habíamos intentado buscarte, pero Warner tenía más autorizaciones y acceso a más información que nosotros... Nos costaba mucho seguirte la pista. Castle pensó que sería más fácil tener a alguien dentro que prestara atención a todas las locuras que planeaba Warner. Así que cuando oí que Adam era el principal implicado en el proyecto y que tenía esta historia contigo le mandé la información a Castle, que me dijo que también vigilara a Adam... Ya sabes, por si resultaba que Adam estaba tan loco como Warner. Quería asegurarse de que no era una amenaza ni para ti ni para nuestros planes. Pero no sabía que pretendíais huir juntos. Me volvisteis loco.

Nos quedamos en silencio un momento.

—¿Y entonces cuánto me has espiado? —le pregunta Adam.

—Bueno, bueno, bueno. —Kenji ladea la cabeza—. ¿El señor Adam se siente un poco intimidado de repente?

—No seas idiota.

—¿Escondes algo?

—Sí, mi pistola.

—¡Venga! —Kenji da una palmada—. Nos vamos ya, ¿o qué?

—Necesito unos pantalones.

Kenji parece molesto.

—¿En serio, Kent? No quiero oír tantas tonterías.

—Bueno, a menos que quieras verme desnudo, te sugiero que hagas algo al respecto.

Kenji le dirige a Adam una mirada obscena y se va, refunfuñando algo sobre dejarle su ropa a todo el mundo. La puerta se cierra tras él.

—En realidad no estoy desnudo —confiesa Adam.

—¿Qué dices! —digo con dificultad. Miro hacia arriba. Mis ojos me traicionan.

No puede reprimir la sonrisa. Me acaricia la mejilla.

—Sólo quería que nos dejara solos un segundo.

Me sonrojo por completo. Busco algo que decir.

—¡Me alegro tanto de que estés bien!

Me dice algo que no oigo.

Me toma la mano. Me lleva a su lado.

Se inclina y me inclino hasta que prácticamente estoy encima de él y me desliza entre sus brazos y me besa con una desesperación diferente, una pasión distinta, una ardiente necesidad. Enreda sus manos en mi pelo, sus labios tan suaves, tan insistentes que siento una explosión de fuego y miel en mi boca. Mi cuerpo suelta chispas, desprende una corriente eléctrica por la columna vertebral que me estremece. Quiero deshacerme en su boca.

Busco su cuerpo.

Adam se aparta un poco. Me besa el labio inferior. Lo muerde un instante. Su piel está a cuarenta grados más que hace un momento. Acaricia mi cuello con los labios mientras mis manos recorren su torso y me

pregunto por qué tengo tantos trenes de carga en el corazón y por qué su pecho es como una armónica rota. Sigo la pista del pájaro atrapado para siempre a medio vuelo en su piel y por primera vez me doy cuenta de que me ha dado mis alas. Adam me ha ayudado a volar y ahora estoy atrapada en un movimiento centrípeto, planeando hacia el centro de todo. Acerco sus labios a los míos.

—Juliette —dice. Un suspiro. Un beso. Diez dedos provocando mi piel

—. Tengo que verte esta noche.

Sí. Por favor.

Dos golpes nos separan. Kenji abre la puerta de improviso.

—Sois conscientes de que la pared es de cristal, ¿no? —Parece que haya mordido la cabeza de un gusano—. Nadie quiere ver esas cosas.

Le tira unos pantalones a Adam.

Me hace un gesto con la cabeza.

—Venga, te llevaré con Tana y con Randa. Te ayudarán a instalarte esta noche. —Se gira hacia Adam—. No hace falta que me devuelvas estos pantalones *nunca*.

—¿Qué pasa si no quiero dormir? —pregunta Adam, sin vergüenza—. ¿No puedo salir de la habitación?

Kenji aprieta los labios. Entrecierra los ojos.

—No usaría esa palabra, Kent, pero *por favor*, no vayas de listo e intentes una escapada nocturna secreta. Las cosas tienen que estar bajo control por un motivo: es la única forma de sobrevivir. Así que haznos un favor a todos y déjate los pantalones puestos. Ya la verás por la mañana.

Pero la mañana está a un millón de años luz de nosotros.

CINCUENTA

Las gemelas siguen despiertas cuando alguien llama a la puerta. Tana y Randa me enseñaron dónde estaban los baños de chicas así que anoche me pude duchar, aunque sigo llevando la ropa enorme de Kenji. Me siento un poco ridícula al ir hacia la puerta.

La abro.

Parpadeo.

—Hola, Winston.

Me mira de arriba abajo.

—Castle ha pensado que quizás te gustaría cambiarte.

—¿Tienes algo que me pueda poner?

—Sí... ¿recuerdas? Te hemos hecho algo a medida.

—¡Oh, vaya! ¡Qué bien!

Salgo en silencio y sigo a Winston por los oscuros pasillos. El mundo subterráneo está en calma, sus habitantes siguen durmiendo. Le pregunto a Winston por qué nos hemos levantado tan temprano.

—Me imaginé que querías conocer a la gente durante el desayuno. Así podrás involucrarte en la vida rutinaria de por aquí e incluso podrás empezar tu entrenamiento. —Mira hacia atrás—. Todos tenemos que aprender a aprovechar nuestras habilidades con la mayor eficacia posible. No es bueno no tener control sobre tu cuerpo.

—Un momento... ¿Tú también tienes una *habilidad*?

—Hay exactamente cincuenta y seis personas así. El resto son familiares, hijos o amigos cercanos, que ayudan con el resto de cosas. Así que sí, yo soy uno de éstos. Como tú.

Prácticamente estoy pisándole los talones para conseguir seguir el ritmo de sus largas piernas.

—¿Y qué puedes hacer tú?

No me responde. No estoy segura. Creo que se ha sonrojado.

—Lo siento... —me retracto—. No quería entrometerme. No debería haber preguntado...

—No pasa nada —me interrumpe—. Es sólo que es un poco estúpido.

—Se ríe con dificultad—. De entre todas las cosas que... —suspira—. Al menos tú puedes hacer algo *interesante*.

Me paro, asombrada. Horrorizada.

—¿Te crees que esto es un concurso? ¿Cuál es el truco de magia más retorcido? ¿Quién puede provocar más dolor?

—No quería decir eso...

—No es *interesante* matar a alguien accidentalmente. No es *interesante* tener miedo de tocar a un ser vivo.

Se le tensa la mandíbula.

—No quería decirlo así. Me gustaría ser más útil. Eso es todo.

Me cruzo de brazos.

—No tienes que contármelo si no quieres.

Pone los ojos en blanco. Se pasa una mano por el pelo.

—Yo sólo... Soy flexible —dice.

Tardo un momento en procesar la confesión.

—O sea... ¿Puedes doblarte como un *pretzel*?

—Claro. O estirarme si es necesario.

Estoy tan boquiabierta que debería estar avergonzada.

—¿Puedo verlo?

Se muerde el labio. Se recoloca las gafas. Mira a ambos lados del pasillo vacío. Se envuelve la cintura con un brazo. Dos veces.

Tengo la boca tan abierta como un pescado.

—¡Impresionante!

—Es una tontería —se queja—. Y también es inútil.

—¿Estás loco? —Me inclino para mirarlo—. ¡Es *increíble*!

Pero su brazo ya ha vuelto a la normalidad y se ha vuelto a poner en marcha. Tengo que correr para alcanzarlo.

—No seas tan duro contigo mismo —digo—. No es algo de lo que debas avergonzarte. —Pero no me escucha y me pregunto cuándo empecé a dar charlas para motivar a la gente. Cuando dejé de odiarme. Cuando me pareció bien elegir mi propia vida.

Winston me lleva a la habitación donde lo conocí. Las mismas paredes blancas. La misma cama. Pero esta vez Adam y Kenji me esperan dentro. El corazón se me acelera y me pongo nerviosa.

Adam está de pie. Sin ayuda, y parece que esté perfectamente. Guapo. Ileso. No tiene ni una gota de sangre por el cuerpo. Camina hacia delante con un ligero malestar, pero me sonríe sin problemas. Tiene la piel un poco más pálida de lo normal, pero radiante en comparación con la noche en que llegamos. Su bronceado natural queda contrarrestado por un par de ojos azules como el cielo a medianoche.

—Juliette —dice.

No puedo dejar de mirarlo. De maravillarme. Me sorprende lo reconfortante que resulta saber que está bien.

—Hola. —Consigo sonreír.

—Buenos días a ti también —interviene Kenji.

Me sobresalto. Estoy más roja que un atardecer en verano, y me voy encogiendo igual de rápido.

—¡Ah! ¡Hola! —Agito mi flácida mano en su dirección.

Resopla.

—Vale. Saquémonos ya esto de encima, ¿no? —Winston se dirige hacia una de las paredes, que resulta ser un armario. Del interior sale un toque de color. Lo saca de la percha.

—¿Puedo quedarme un momento a solas con ella?

Winston se quita las gafas. Se frota los ojos.

—Tengo que seguir el protocolo. Explicarle todo lo que...

—Ya lo sé. No pasa nada, puedes hacerlo después. Sólo será un minuto, lo prometo. No he tenido la oportunidad de hablar con ella desde que llegamos.

Winston frunce el ceño. Me mira. Mira a Adam. Suspira.

—Está bien. Pero luego volveremos. Tengo que asegurarme de que todo va bien y tengo que comprobar el...

—Muy bien. Genial. Gracias. —Los empuja hacia la puerta.

—¡Un momento! —Winston abre la puerta de golpe—. Que se ponga el traje mientras esperamos, al menos.

Adam se queda mirando la tela que Winston tiene en la mano. Winston se frota la frente y murmura algo sobre gente que le hace perder el tiempo continuamente, y Adam contiene una sonrisa. Me mira. Yo me encojo de hombros.

—Vale —dice, cogiendo el traje—. Pero tienes que salir... —Y los vuelve a empujar hacia el pasillo.

—Estamos *fueras* —grita Kenji—. A cinco segundos de...

Adam cierra la puerta en sus narices. Se da la vuelta y sus ojos me queman. No sé cómo tranquilizar a mi corazón. Intento hablar pero no lo consigo.

Se me adelanta.

—No he tenido la oportunidad de darte las gracias —dice.

Bajo la mirada. Finjo que el calor no está intentando subir a mi rostro. Me doy un pellizco sin motivo aparente.

Da un paso adelante. Se inclina. Me toma las manos.

—Juliette.

Lo miro.

—*Me has salvado la vida.*

Me muerdo la parte interior de la mejilla. Parece absurdo decir «de nada» por salvarle la vida. No sé qué hacer.

—¡Estoy tan contenta de que estés bien!

Es lo único que consigo decir.

Me mira los labios y me duele todo. Si me besa en este momento no podré detenerlo. Toma una bocanada de aire. Parece recordar que lleva algo en la mano.

—¡Oh! Quizás deberías ponértelo, ¿no? —Me entrega una pieza ajustada de color púrpura. Parece minúsculo. Como un mono para un niño pequeño. Pesa como una pluma.

Observo a Adam con la mirada perdida.

Sonríe.

—Pruébatelo.

Lo miro de una forma diferente.

—¡Ah! —Se aparta tímidamente—. Bueno... Yo... Me daré la vuelta...

Espero a que me dé la espalda y suspiro. Miro a mi alrededor. No hay ningún espejo en esta habitación. Me quito la enorme ropa de Kenji. Dejo todas las prendas en el suelo. Estoy aquí de pie, completamente desnuda, y durante un instante tengo los músculos tan paralizados que no consigo moverme ni un ápice. Pero Adam no se gira. No dice ni una palabra. Examino la ropa púrpura y brillante. Supongo que se dará de sí.

Y estoy en lo cierto.

De hecho, es asombrosamente fácil de poner, como si hubiera sido diseñada especialmente para mi cuerpo. Tiene un forro integrado donde debería ir la ropa interior, un refuerzo para mi pecho, un collar justo a la altura del cuello, mangas que me llegan a las muñecas, perneras hasta los tobillos y una cremallera que lo une todo. Examino la tela extrafina. Es como si no llevara nada. Es un color púrpura sofisticado, ceñido pero no me aprieta en absoluto. Es transpirable, cómodo.

—¿Cómo te queda? —pregunta Adam. Parece nervioso.

—¿Puedes ayudarme a subir la cremallera?

Se gira. Se le abre la boca, vacila, esboza una sonrisa increíble. Sus cejas llegan al techo. Estoy tan ruborizada que no sé dónde mirar. Da un paso adelante y yo me giro, ansiosa por ocultar mi rostro y las mariposas que compiten en mi pecho. Adam me toca el pelo y me doy cuenta de que me cubre toda la espalda. Quizás sea hora de cortarlo.

Sus dedos son extremadamente cuidadosos. Aparta las ondas que caen sobre mis hombros para que no se queden atrapadas en la cremallera. Traza una línea desde la base del cuello hacia donde empieza la costura y hasta la curva de la parte baja de mi espalda. Mi columna vertebral transporta tanta electricidad que podría abastecer a una ciudad entera. Se toma su tiempo para abrocharme la cremallera. Pasa la mano a lo largo de mi cuerpo.

—Dios mío, te queda genial. —Es lo primero que me dice.

Me doy la vuelta. Tiene el puño pegado a la boca, intentando ocultar la sonrisa, intentando frenar las palabras que le salen de los labios a

borbotones.

Toco la tela. Decido que debería decir algo.

—Es muy... cómodo.

—Sexy.

Miro hacia arriba.

Niega con la cabeza.

—¡Es muy sexy!

Da un paso adelante. Me abraza.

—Parezco una gimnasta —murmuro.

—No —me susurra acalorado—. Pareces una superheroína.

EPÍLOGO

Todavía siento un cosquilleo cuando Kenji y Winston vuelven a irrumpir en la habitación.

—¿Y cómo se supone que este traje me va a hacer la vida más fácil? —le pregunto a quienquiera que desee responderme.

Pero Kenji se ha quedado petrificado, mirándome descaradamente. Abre la boca. La cierra. Se mete las manos en los bolsillos.

Winston interviene.

—Se supone que tiene que ayudarte con el tema de tocar —me dice—. No tienes que preocuparte de si vas tapada de pies a cabeza en este clima tan impredecible. La tela está diseñada para mantenerte fresca o abrigada en función de la temperatura. Es ligera y deja pasar el aire para que tu piel transpire. Te protegerá de hacerle daño a alguien sin querer, pero también te permitirá tocar a alguien... intencionadamente. Por si alguna vez lo necesitaras.

—¡Es increíble!

Sonríe. Ampliamente.

—De nada.

Examo el traje más de cerca. Me doy cuenta de algo.

—Pero tengo las manos y los pies completamente desprotegidos.
¿Cómo...?

—¡Vaya! —interrumpe Winston—. Casi se me olvida. —Corre hacia el armario y saca un par de botines negros sin tacón y un par de guantes que me llegan al codo. Me los entrega. Examo el suave cuero de los accesorios y me maravillo de lo elásticas y flexibles que son las botas.

Podría hacer ballet o correr un quilómetro con ellas—. Deberían irte bien. Son lo que falta para completar el equipo.

Me los pruebo y flexiono los puños, me pongo de puntillas, deleitándome con mi nuevo atuendo. Me siento invencible. Por primera vez en mi vida, desearía tener un espejo. Miro de Kenji a Adam y de Adam a Winston.

—¿Qué opinas? ¿Te va... bien?

Kenji hace un ruido extraño.

Winston parece aburrido.

Adam no puede dejar de sonreír.

Ambos seguimos a Kenji y a Winston fuera de la habitación, pero Adam se detiene para sacarme el guante de la mano izquierda. Me toma la mano. Entrelazamos los dedos. Me ofrece una sonrisa que consigue llegarme al alma.

Miro a mi alrededor.

Flexiono el puño.

Noto que la tela me abraza la piel.

Me siento increíblemente bien. Me noto los huesos rejuvenecidos, la piel vibrante y saludable. Tomo grandes bocanadas de aire y lo saboreo.

Las cosas están cambiando, pero esta vez no tengo miedo. Esta vez sé quién soy. Esta vez he tomado la decisión correcta y lUCHO en el bando correcto. Me siento segura. Confiada.

Incluso emocionada.

Porque esta vez

estoy preparada.

AGRADECIMIENTOS

Mis más profundos agradecimientos para:

Mi marido, mi mejor amigo, mi mayor fan, y el único hombre del mundo que entiende el interior de mi cerebro. Eres la estrella más brillante de mi universo.

Mis padres, que me han estado animando cada minuto de mi vida, sin dudar de mí ni una sola vez y sin desilusionarme jamás.

Mis hermanos, porque nadie conoce nuestras historias como nosotros. Porque nos mantenemos unidos. Porque siempre habéis creído en mí y yo siempre creeré en vosotros.

Tana y Randa, por todo. Por todos los momentos, todas las palabras de ánimo, todas las risas, todos los recuerdos preciados.

Sarah, que me dio la fuerza para ser valiente. Me diste la mano cuando más lo necesitaba y nunca lo olvidaré.

Jodi Reamer, el superhombre más increíble que he conocido. Me has llenado los días de estrellas fugaces y un día voy a arrancar la luna del cielo para ponerla en tu buzón.

Alec Shane, que me dio la oportunidad que cambió mi vida.

Tara Weikum, la mejor editora que una chica puede pedir. Eres increíble y te adoro. Todavía no me creo que haya tenido tanta suerte.

Muchas gracias a todas las personas de HarperCollins y Writer's House que trabajaron sin descanso entre bastidores para hacer que mis sueños se volvieran realidad: Melissa Miller, Cecilia de la Campa, mis ingeniosas correctoras de estilo. ¡Gracias, gracias!

Mis primeros lectores, incluyendo a Sumayyah, Bahareh y Saba, y a mis fantásticos amigos del blog y de Twitter que hacen que mis días sean mucho

más alegres e infinitamente más hermosos. Gracias por compartir mi viaje y honrarme con vuestra amistad. ¡Espero que sepáis que os adoro!

Y a cada lector que abre este libro: Bien. Sin vosotros, ¿dónde estaríamos?

¡Gracias, gracias, gracias!